

MÁS ALLÁ DE LOS 50

LOLA MASMOLA



Índice

[Title Page](#)

MÁS ALLÁ DE LOS 50

LOLA MASMOLA

El inicio de todo

No me gusta el invierno.

Si pudiera elegir, me quedaría solo con el verano. Con los días largos, mis frutas favoritas y el mar.

El invierno en Madrid había sido largo y crudo. Más de una nevada colapsó la ciudad y mis salidas fueron escasas, a excepción de la cena de los sábados con los amigos, que siempre permanecen en pie, pase lo que pase y sean dónde sean. Cenas aburridas en las que debo lucir una eterna sonrisa y aguantar conversaciones tan alejadas de mi interés como un extraño planeta.

Mi hijo llevaba varios meses sin pisar España y lo echaba de menos. Pensaba que vendría en Semana Santa, pero el trabajo se le había complicado. Y yo me sentía incapaz de viajar.

Pedro estaba liado, desde hacía varios meses, con unas negociaciones importantes en Barcelona con alguna marca de coches y pasaba más tiempo en el puente aéreo, el AVE o en la oficina que en casa. Había semanas que ni lo veía.

Mi vida se centraba, principalmente, en cumplir por las mañanas mi rutina en el gimnasio y la piscina y, así, de paso, dar una vuelta por el club social, donde lo más interesante que podía pasar era que volcase un carrito de golf.

Las tardes se perdían entre los martes de pádel y los jueves de cartas en el club. Dos actividades que cada día me costaba más hacer por encontrarlas intrascendentes y aburridas. Poco a poco, y cada vez que podía, las sustituía por un encierro voluntario en la biblioteca de casa, con una buena lectura y un té. Tampoco necesitaba mucho más para sentirme bien. Bueno, solo a mi hijo, al que añoraba sin descanso.

Este invierno he leído a los clásicos rusos, creo que todo lo que hay publicado en España de Henning Mankell, y cualquier novela de Elisabet Benavent que ha caído en mis manos. En realidad, me dejó recomendar por mis amigas y sobre todo por los de la librería donde compro habitualmente. Estos últimos meses he sido una de sus mejores clientes, seguro.

En más de un momento de mi vida he pensado que, aun teniéndolo casi todo, no era feliz. Pero siempre me he convencido a mí misma de que eso era lo que la vida me había dado y que así debía de tomarlo, sin plantearme mucho más. Y he seguido con mi existencia programada por otros como si eso fuera mi obligación. De madre, de esposa, de amiga. He vivido la vida que se organizaba a mi alrededor sin plantearme nada.

Pero este invierno ha sido diferente. He conocido el hastío.

De repente me sentí como una extraña en un mundo ajeno a mí. Todos me parecían seres salidos de otra galaxia que nada tenían que ver conmigo. No quería relacionarme con nadie. Nada de lo que me rodeaba me hacía sentir bien, a excepción de la lectura y las pocas conversaciones telefónicas compartidas con mi hijo.

Comencé a levantarme más tarde y a permanecer largas horas en la cama. Hubo días en los que fingí no encontrarme bien para no moverme de mi habitación. Acabé por no salir de casa los días de lluvia y abandoné todo lo que pude mis obligaciones en el club social.

Me sentía atrapada en una piel que no era la mía, y cada día que pasaba me ahogaba más. Pedro pensaba que cuando llegara el buen tiempo y las vacaciones todo cambiaría, por lo que ni se preocupaba por mí. Todo lo contrario, su ironía se cebaba con mi estado de ánimo para hundirme un poco más. Supongo que hasta disfrutaba de verme así.

Sabía que algo tenía que hacer para salir de esa situación que me arrastraba. Pero no sabía qué, ni cómo. Visité a un psicólogo, pero aparentemente, no me ayudaba mucho.

Hasta que un día, un joven abogado, Roberto Tolosa, se puso en contacto conmigo. Una tía segunda por parte de mi madre y oriunda de Galicia, de la que ni me acordaba, me había dejado una pequeña herencia de la que debía hacerme cargo. Durante la guerra, mi madre vivió allí con ella hasta que Madrid fue un sitio seguro y pudo regresar. La mujer no había tenido hijos y mi madre y yo éramos sus parientes más cercanos. No obstante, al estar mi madre ya muerta, me convertí en su legítima heredera.

Me reuní con Tolosa y descubrí que se trataba de una granja con tierras de labor y una pequeña cantidad de dinero. Para la granja, había un vecino muy interesado en su compra, que estaba dispuesto a pagar algo más de su precio por hacerse con ella.

No me interesaba nada una propiedad en un caserío entre montañas en Galicia, y el abogado me propuso venderlo todo, hacer la liquidación correspondiente y disfrutar del dinero.

Disfrutar del dinero. Esas fueron las palabras mágicas que abrieron mi mente y encendieron una luz en mi cabeza. Disfrutar.

Pedro estaba de viaje y no le comenté nada del asunto. Pero una locura empezó a rondarme por la cabeza.

Empecé a sopesar la idea de lo que podía hacer con ese dinero, desde costearme un viaje a comprarme un coche, o invertirlo en un apartamento en la playa, aunque no tendría suficiente para esto último. De lo que ya estaba segura era de que sería para mi uso y disfrute. Y eso me animó un poco. Al menos, el pensar en toda esta historia de la herencia me hizo salir durante unos días de la cueva donde yo sola me había metido.

Me volvió a llamar el abogado para decirme la cantidad que me quedaría finalmente tras la venta de la casa, pagar los impuestos correspondientes y todos los gastos, incluidos sus honorarios: 68.000 euros. Además, no era necesario que me desplazara a Galicia, sino que podía hacerle a él unos poderes para que se encargase de todo. Quedé en visitarlo al día siguiente en su oficina para que me explicara los detalles. Sonaba interesante.

Fui a verlo. Me pareció un buen muchacho y con ganas de hacer bien las cosas. Le pedí unos días para pensar en todo lo que me dijo y cómo lo resolvería.

Durante los días siguientes no paré de darle vueltas a la cabeza, y poco a poco se fue perfilando en mí la idea, una gran idea.

Hice un recuento rápido de las propiedades que tenía a mi nombre y de lo que podía hacer efectivo sin que Pedro llegara a enterarse. Disponía de varios relojes de oro y joyas, dos o tres abrigos de pieles y un par de cuadros que podrían alcanzar una buena cotización en el mercado. Con todo junto sacaría una cantidad nada despreciable.

Si no gastaba mucho, sería capaz de subsistir dos o tres años sin problemas. Mientras, buscaría otras soluciones.

Era una auténtica locura. Lo que se me estaba pasando por la cabeza era una insensatez. Me descubrí pensando en perderme, en dejarlo todo y empezar una nueva vida en cualquier sitio junto al mar. En dejar a Pedro, a Pablo, a Marta... ¡a todos!

Abandonar mi casa, mi cómoda vida y empezar de nuevo sola.

Estaba a punto de cumplir 50 y mi vida era un asco. Me sentía infeliz, y creía que otra vida era posible y ahora se me abría la oportunidad de escapar y dejarlo todo atrás.

Dejé de comer, de dormir y no paraba de darle vueltas en la cabeza. Estaba como loca.

Viví unos días como en una montaña rusa. Igual se me disparaba el corazón de emoción, imaginándome dando un paseo por una solitaria playa, que caía en el más negro de los agujeros cuando pensaba en lo desprotegida y sola que estaría. A veces la alegría y la ilusión me hacían bailar y otras, en cambio, la desolación me hacía temblar de miedo al sentirme junto a un abismo desde el que podría caer sin retorno posible. Perder a Pablo no podía ser una posibilidad, eso me volvería loca.

Una mañana, viendo salir el sol, me decidí. Quería vivir otra vida. A costa de todo, incluso de mí misma. Y de las consecuencias que tuviera.

Llamé a Roberto Tolosa y concertamos una cita. Le expliqué exactamente lo que quería y cuáles eran mis intenciones. No hizo preguntas innecesarias, ni me juzgó. Me confirmó lo que ya sabía: me ayudaría a llevar a cabo todo mi plan.

1

María de Leza salió del edificio apresurada. Necesitaba aire.

La reunión se había alargado más de lo que esperaba, pero por fin ya estaba todo dispuesto y eso le quitaba un gran peso de encima.

Se colocó las gafas de sol, y comenzó a andar por la avenida hasta dar con una tranquila terraza a la sombra, en la que corría algo de aire y se sentó en ella. Septiembre estaba siendo inusualmente caluroso ese año. Pidió un Martini doble con aceitunas. La ocasión lo merecía. Aún tenía que hacer unos recados, pero tampoco tenía prisa. Ni nada demasiado urgente ya. Su amiga Marta se retrasaría media hora para comer y le daba tiempo a saborear su refrescante copa mientras tomaba consciencia del paso que había dado. Cerró sus hermosos ojos verde mar y suspiró.

Estaban ocurriendo demasiadas cosas y muy deprisa, pero justo ese era el camino que había elegido y no estaba dispuesta a dar marcha atrás ni un ápice. El plan seguía adelante. Sonó el teléfono, era su hijo.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien. Te llamo para decirte que finalmente puedo llegar el jueves. He cambiado algunos días de vacaciones con un compañero. ¿Por qué tanto interés en que esté ahí antes si papá no llega hasta el viernes?

—Te lo agradezco, hijo. La verdad es que egoístamente quiero estar contigo a solas y disfrutarte antes de todo el lío de la fiesta.

—¿Estás bien, mamá?

—Claro. Todo lo bien que se puede estar a punto de cumplir los cincuenta.

—Me refiero a si te ocurre algo. Te noto rara.

—No te preocupes, Pablo. Solo quiero pasar un día entero con mi hijo, al que no veo desde hace casi dos meses y que está a tres mil kilómetros de distancia. Es lo que me gustaría como regalo de cumpleaños. ¿Tan raro es?

Ultimaron los detalles de la llegada y se despidieron.

El Martini se acabó y aunque sopesó la idea de tomar otro, pagó y se levantó. El restaurante donde había quedado con Marta no estaba muy lejos y comenzó a andar bajo las pocas sombras que encontraba, refugiándose de un sol abrasador.

Entró en el restaurante Birka. Ya habían comido juntas allí un par de veces. A María le encantaba la cocina *street* fusión que servían. El joven chef, Carlos Portillo, había conquistado a todo Madrid con sus platos y María era una de sus incondicionales.

Como Marta aún no había llegado, se sentó en uno de los pocos huecos libres que quedaban junto al ventanal que daba a la calle Canales. Pidió otro Martini mientras esperaba a su amiga y se entretuvo observando a un grupo de japoneses tras el cristal, cargados con sus maravillosas cámaras fotográficas y bolsas de compras de las mejores tiendas de la ciudad. Pronto este bullicio de gente y coches sería cosa del pasado.

Marta llegó arrebatadora como siempre. Vio de lejos a María sentada en la mesa y atravesó

rápida el restaurante, cargada con bolsas de sus nuevas adquisiciones, sin importarle mucho el estrecho espacio entre las mesas y los golpes que iba repartiendo con ellas.

Al llegar donde estaba su amiga, las dejó caer todas al suelo.

—¡Estoy muerta! —dijo a modo de saludo.

Se besaron e intentó colocar las bolsas como pudo debajo de la mesa con ayuda de un descompuesto camarero.

—Perdona el retraso —se disculpó Marta—. Han traído la nueva colección de Manolos en La Rosa y no me he podido resistir a probármelos todos —exclamó con una de sus particulares y sonoras carcajadas que llamó la atención de más de un comensal a su alrededor.

—Y seguro que has comprado unos.

—¡Dos! —Y volvió a soltar otra de sus descomunales risas, pero paró en seco fijando sus ojos en el vaso de María—. ¿Y qué haces tú tomando un Martini? Nunca te he visto con uno, pero es una buena idea. Creo que yo tomaré otro para acompañarte.

El camarero se apresuró a tomarles nota. El resto de la comida Marta no dejó de hablar, algo habitual en ella y puso al día a María sobre lo humano y lo divino, sin dejarse ni uno solo de los cotilleos que sobrevolaban la ciudad; en especial, los concernientes a sus amigos más cercanos. Divorcios, amantes y compras nuevas eran sus temas favoritos de conversación.

María dejaba hablar a su amiga mientras saboreaba unos deliciosos *dumpling* de carabineros, uno de sus platos favoritos. De vez en cuando asentía o ponía cara de asombro ante alguna de sus banales noticias, como si aquello le fascinara de verdad. Nunca le había interesado, pero mucho menos ahora. Llenó su vaso de agua y lo bebió de golpe, intentando calmar el picante que abrasaba su boca. Marta había pedido unas vieiras a la plancha que aún no había probado.

—¿De verdad, Marta, que te interesan todas esas cosas?

—¿Y qué otra cosa me iba a interesar más, además de mi hándicap de golf, los tratamientos de Le Mer y las compras?

María suspiró y se centró en el exquisito curry verde de pato que le acababan de servir, mientras Marta seguía contando historias sobre amores clandestinos. Tomaron allí el té y dedicaron la tarde a ir de compras juntas. María no necesitaba nada, pero aprovecharía para comprar algo de abrigo para su hijo y, en el fondo, le pareció que ir de tiendas con Marta era la mejor forma de despedirse de su amiga.

Llegó a casa tarde y cansada. Lupe le abrió la puerta y le colocó sus compras mientras ella se daba una buena ducha. Bajó con un camisón fino, de seda azul, y una toalla aún en la cabeza. Salió a la terraza y se tumbó en el gran sofá blanco del porche a leer los mensajes acumulados en su nuevo modelo de iPhone.

Tenía uno de Pedro:

«Llegaré viernes tarde. Esto se ha complicado un poco. Espero resolverlo mañana. Te he llamado, pero supongo estabas ocupada. Mañana lo intentaré. Buenas noches.»

Lo normal, todo bien.

Y un mensaje de su abogado, Roberto Tolosa:

«Todo ya formalizado. Por fin lo ha conseguido. Me alegro mucho por usted. Estaremos en contacto. Buen viaje.»

Bien, al final había estado todo muy ajustado de tiempo, pero el chico se lo había trabajado con ganas y había cumplido los plazos. Le había sido de gran ayuda, casi imprescindible para

poder llevar a cabo su propia revolución.

Sí, porque en el fondo todo aquello iba a resultar una auténtica revolución, y no solo para ella. Para algunos sería con seguridad un torbellino, aunque para otros quizá fuera una liberación. Y pensó en su marido. ¿Cambiaría algo su vida a partir de ahora? Supuso que no mucho, al menos de lunes a viernes. Los fines de semana serían otra cosa. Acostumbrado a una vida social muy activa, pero organizada hasta el último detalle por ella, estaba convencida de que le resultaría un poco complicado al principio. Nada que no curase el tiempo y una buena secretaria.

Levantó la vista y miró a su alrededor. El jardín estaba iluminado y desde el porche se encuadraba una perspectiva perfecta de la piscina, el cenador y la cocina exterior donde estaban la barbacoa y el pequeño horno de leña. Un poco más al fondo se divisaban, entre las palmeras, las barracas pintadas de añil de los vestidores y aseos. Y, a la derecha, más cerca de la entrada, la casa de invitados. Mañana ya estaría llena, más los seis dormitorios de la casa principal. ¡Una locura!

Asumía que la fiesta se le había ido un poco de las manos. Entre los invitados impuestos por su marido, y el mínimo aplicable de cortesía social, llegaban casi a cien personas. Pero él la había apoyado sin reparos, aunque sin implicarse en nada. Le había dado carta blanca para preparar la fiesta de su 50 cumpleaños. Para él, aquella era una estupenda oportunidad de relacionarse con sus antiguos y nuevos clientes que no iba a desaprovechar.

Sin embargo, por primera vez desde que se casó, alguien se había encargado de todo lo referente a la celebración: Alfredo Bastian, un profesional de renombre afamado en la organización de bodas de lujo y eventos para lo más selecto de la ciudad y grandes firmas de moda. Les había llevado un tiempo ponerse de acuerdo en algunos temas, pero finalmente María decidió darle unas cuantas indicaciones a Bastian y dejarle que hiciera su mejor magia para ese día. Él se encargó de todo, hasta del más mínimo detalle, lo que le había permitido a ella centrarse en los temas verdaderamente importantes en aquellos últimos días.

Lupe llegó con una bandeja con su cena. María pensó entonces que ya no tendría quien le preparase la comida, le lavase la ropa y atendiera sus demás necesidades aún antes de saber que las tenía. Lupe llevaba en su casa más de diez años y siempre había sido su más fiel aliada. La echaría de menos, mucho más que a otras personas de su entorno.

Cenó rápido un poco de pavo asado y ensalada y se tumbó en el sofá del porche a leer. La noche estaba calurosa, pero allí, con el jardín recién regado, se mantenía un poco más el fresco. El delicado olor de los jazmines perfumaba la zona. Lupe apareció con una infusión y se llevó la bandeja. Sí, era mucho lo que dejaría atrás. Nada de lo que la rodeaba existiría en cuestión de... horas. Su corazón dio un vuelco y notó que la sangre se le acumulaba en los pies. De repente, sintió vértigo. Estaba al borde del precipicio y a punto de saltar al vacío.

Empezó a sudar y su respiración se aceleró. Dejó el libro que tenía en su regazo y se incorporó, necesitaba respirar. Estaba descalza, pero se puso a caminar hasta la piscina. Comprobó que sobre una de las tumbonas había toallas y, sin pensarlo mucho, se desnudó y se tiró al agua. Estaba fría y hasta el último centímetro de su cuerpo agradeció el súbito cambio de temperatura. Se puso a nadar y realizó unos cuantos largos por la gran piscina. Lupe apareció con más toallas y se quedó allí hasta que María decidió salir del agua.

—No me quedaba tranquila sabiendo que estaba usted aquí sola —le dijo Lupe, arropándola con una gran toalla.

—Nadie me cuida como tú, Lupe. Te echaré de menos —se le escapó.

—Yo no pienso ir a ningún lado a menos que usted me eche. ¿Es eso lo que quiere decirme?

—le preguntó angustiada.

—¡Oh, no, Lupe! Ahora es cuando más te necesitamos todos. Esta casa no podría pasar sin ti. No tienes que preocuparte de nada —respondió María evitando su mirada.

—¿Está bien? Voy a prepararle otra infusión para dormir, creo que la necesita —le dijo Lupe y se dirigió a la cocina.

María se quedó sola, secándose sobre una tumbona. Casi se le escapaba todo con Lupe. Tendría que llevar más cuidado los próximos días. Y sí, por un momento, había sentido pánico. «Estaré sola», pensó, «no tendré a nadie a quien acudir, nadie a quien pedir auxilio llegado el momento. Pero esto es lo que quiero, es mi decisión», se dijo a sí misma. Vio a Lupe que dejaba la taza junto al sofá y comenzó a andar hacia el porche. Se vistió y se acomodó de nuevo entre los cojines. Cerró los ojos y soñó con los días inciertos que vendrían a partir de ahora.

2

El jueves se despertó tarde y desayunó en la cama. Pensó que era uno de esos placeres a los que tendría que renunciar y decidió no perderse una oportunidad de saborear algo que le gustaba tanto antes de que desapareciera definitivamente.

Le dio indicaciones a Lupe sobre la comida y la cena y le dijo que almorzaría pronto para ir al aeropuerto a por Pablo, que llegaba a las tres. Le pidió también que se encargara de atender a los operarios que Bastian mandaría para empezar a montar las carpas y el escenario para la fiesta. Ella, mientras, estaría en la biblioteca hasta la hora de comer y no quería que la molestasen.

María lo había preparado todo con antelación. Sacó una caja que guardaba en su escritorio que contenía papeles de distintos colores, texturas y gramajes, así como sus correspondientes sobres. Se había hecho con un sello y lacre, aquello le pareció una idea muy romántica, además de una buena medida de seguridad para los destinatarios.

En realidad, ya había escrito esas cartas infinidad de veces en su cabeza. Las palabras estaban ahí, y solo tuvo que transcribirlas. La que más le costó fue la de su hijo Pablo. Era lo que más miedo le daba de todo su plan; que su propio hijo no la entendiera, que la odiara por lo que iba a hacer y que, al final, pudiera perderlo. Por eso había pensado que necesitaba un tiempo con él, casi para despedirse, y preparó esa tarde para disfrutarlo a solas, sin nadie que les molestara.

Cuando terminó de escribir las cartas eran las doce y media, llamó a Bastian y ultimaron detalles para la tarde. Vendría sobre las siete, lo que le daba un tiempo maravilloso para disfrutar de su hijo. Guardó las cartas en su escritorio, bajo llave, y salió al jardín a comprobar cómo iba el montaje de su último espectáculo. Comió, se duchó y se preparó para ir al aeropuerto. Antes de salir, revisó la habitación de Pablo, comprobó que todo estaba perfecto y salió en su busca.

Llegó con tiempo al aeropuerto y se sentó a tomar un café. Marta la llamó para ver si cenaban juntos el viernes, pero se excusó al no tener muy clara la hora de llegada de Pedro. Tampoco le apetecía. Tendría suficiente el día de la fiesta. Quería estar en casa y disfrutar todo lo que pudiera de Pablo, a sabiendas de que seguro que él ya habría elaborado sus planes para salir con los amigos.

Anunciaron la llegada del avión de Edimburgo y María, un poco nerviosa, se preparó para recibir a su hijo.

Pablo la vio desde lejos y la saludó con la mano. Se fundieron en un largo abrazo. A María le habría encantado comérselo a besos, pero sabía lo poco que le gustaban a él y se reprimió hasta donde pudo.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó feliz de sentirlo a su lado.

—Bien, aunque algo movido al principio. Allí había tormenta. Qué diferencia con el calor de aquí —dijo mientras se quitaba la chaqueta.

—¡Qué alegría tenerte a mi lado, cariño! Este es el mejor regalo que me podrías hacer. Ni te imaginas la ilusión que me hace.

—¿Cómo está papá? Hace días que no hablo con él —preguntó Pablo de camino al

aparcamiento.

—Bien, como siempre. Ya sabes, con sus cosas, sus viajes... Bien.

De camino a casa, pararon a echar gasolina y aprovecharon para comprar unas cuantas golosinas, que a los dos les encantaban. Lupe les recibió en la puerta. Pablo era su devoción desde el primer momento que empezó a trabajar con la familia y supo ganarse al muchacho, con el que siempre tuvo una gran complicidad. Pablo la abrazó y la levantó como si fuera una muñeca. El chico sonreía feliz al sentirse entre los suyos. Y María, de verlo así, aún lo estaba más.

Tras acomodarse en su antigua habitación, Pablo y su madre se pusieron los bañadores y se sentaron en las tumbonas del jardín bajo las palmeras. Lupe le sirvió unos refrescos bien fríos. Unos operarios montaban las carpas y las mesas en la explanada de césped, pero ellos quedaban escondidos de cualquier mirada. María suspiró, sabía que ya no habría más momentos como ese. Un instante de felicidad plena junto al ser que más quería en el mundo.

Habría sido capaz de contárselo todo a Pablo en ese momento, de decirle la verdad, pero prefirió la seguridad de seguir su plan tal y como lo había pensado y no arriesgarse a que a él se le escapara algo. Tenía que ser cautelosa, aunque le costó morderse la lengua más de una vez esa tarde.

Madre e hijo disfrutaron de unas horas tranquilas y ociosas. Hablaron del trabajo de Pablo, de su vida en Edimburgo, de su novia... María deseaba saber cada detalle y Pablo le contaba todo lo que su madre quería oír. Se bañaron, tomaron unos canapés y rieron recordando viejas anécdotas de los viajes que realizaran cuando él era pequeño.

A Pablo, en un momento dado, le sonó el teléfono. Sus amigos lo reclamaban. Negoció con ellos salir un poco más tarde y así cenar con su madre. Lupe le estaba preparando su plato favorito y no se lo perdería por nada del mundo.

Subieron a cambiarse y aún estaban arriba cuando llegó Bastian, que pasó directamente al jardín a supervisar los trabajos de sus montadores.

María bajó y salió al porche. Bastian la vio y fue hacia ella.

—Estás preciosa —le dijo mientras la besaba con un teatral gesto que hizo sonreír a la mujer.

Llevaba un bonito vestido largo de gasa amarillo, con grandes flores, su pelo moreno recogido con una pequeña cola e iba descalza, como era habitual en ella. Pese a sus cincuenta años y sin una gota de maquillaje, María tenía una belleza serena que sorprendía.

Se sentaron en la mesa del porche donde Bastian había dejado unas muestras de flores, platos y cajas de madera. Lupe les sirvió unas bebidas y estuvieron ultimando detalles para el día siguiente hasta casi las ocho.

Pablo había aprovechado para descansar en su cuarto, pero se reunió con ambos para conocer al famoso Bastian, del que tanto le había hablado su madre cuando ya casi terminaba la sesión de trabajo. El decorador declinó la invitación de María para quedarse a cenar pues tenía ya otros compromisos y se despidieron hasta la mañana siguiente.

Mientras Lupe preparaba la mesa en el jardín para la cena, madre e hijo abrieron una botella de albariño, bien frío, y comentaban divertidos la organización de la fiesta. Por la mañana llegarían los tíos y algunos invitados, por lo que se serviría una comida ligera al mediodía en la piscina. Por la tarde, vendrían el resto de invitados y, a las ocho, sería la gran apertura de la ceremonia, como la llamaba Bastian.

Lupe llegó con la cena y ambos se sentaron a la mesa. El plato estrella era lasaña, la debilidad de Pablo; pero también tenían cebiche de rape y langostinos, ensalada y helado de dulce de leche. La cena transcurrió entre confidencias y risas, y María lo agradeció como una bendición. No sabía

cuándo volvería a tener un momento así con su hijo, ni siquiera estaba segura de que él entendiera lo que estaba a punto de desencadenar. Y ese era su mayor miedo, no volver a verlo. Que no quisiera saber nada de ella. Eso la horrorizaba.

Una mano invisible le estrujó el estómago y, por un momento, creyó que vomitaría. Miró a Pablo, le cogió la mano y respiró hondo para calmarse.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó él, preocupado por el gesto de su madre.

—Sí, cariño. No es nada; la emoción, supongo. Soy muy feliz de tenerte aquí y disfrutar contigo estos momentos. Casi tengo ganas de llorar de tanta felicidad.

Su hijo la abrazó y entonces sí que resbalaron por su mejilla unas solitarias lágrimas. De pronto, les interrumpieron porque sonó el teléfono de Pablo, sus amigos lo reclamaban. El chico terminó la cena rápido, sin tomar postre, y subió a su cuarto a cambiarse. María, sola a la luz de las velas y con su copa de vino en las manos, se preguntaba cuándo sería la próxima vez que podría cenar a solas con su hijo. De que pasaría tiempo estaba segura, pero le aterraba la posibilidad de que no volviera a suceder nunca.

Pablo bajó a despedirse de su madre.

—Mañana, cuando me levante, quiero llevarte a un sitio especial. Comeremos fuera. No me preguntes nada, solo prepárate para una bonita sorpresa. Bueno, me voy, que me están esperando. Me llevo tu coche —dijo, dándole un beso—. No me esperes, volveré tarde.

—¡Qué intriga! Será estupendo, seguro. Estaré preparada cuando bajes a desayunar. Ten cuidado, hijo. No bebas. —Y lo vio alejarse, ajeno a todo lo que estaba a punto de ocurrir en sus vidas.

María escuchó el ruido del coche perderse en la oscuridad de la noche entre los chalets de la urbanización y pensó que era el momento idóneo para leer un rato antes de dormir. Se despidió de Lupe y subió a su cuarto pensando en que había sido un gran día. Los minutos al lado de Pablo le parecían un auténtico regalo y todo lo que en realidad anhelaba. El resto era postizo y, por eso, había decidido deshacerse de él.

3

El viernes fue un día de mucho ajeteo en la casa. Los jardineros aparecieron temprano, luego llegó Bastian con una legión de electricistas, carpinteros y montadores que literalmente tomaron el jardín. María, siguiendo los consejos de Lupe, decidió recluirse en la biblioteca, lejos de aquel caos, y leer un rato antes de que se levantara su hijo.

Un poco antes de las doce, Pablo apareció por allí, duchado y fresco como una rosa, a pesar de haber llegado cuando ya había amanecido.

—¡Buenos días! —dijo, dándole un beso—. ¿Preparada?

—¡Claro! Déjame que coja mi bolso y ya estoy. ¿Dónde vamos? —preguntó ilusionada.

—Es una sorpresa. ¡Venga! —le dijo casi tirando de ella.

Cogieron el coche de María, conducía Pablo, mucho más prudente al volante que su madre. Salieron de la urbanización y se dirigieron al centro. El día anterior se había inaugurado en el Museo Reina Sofía una gran exposición sobre Durero, uno de los pintores favoritos de María, y Pablo había conseguido entradas para esa mañana. María sabía de la exposición, pero desechó la idea de ir para no separarse un minuto de su hijo esos últimos días. Aquello era un sueño, ver la exposición con él era otro regalo que le hacía la vida.

En la cola, abrazó y besó a su hijo pese a sus reticencias. Si había alguien en el mundo que la entendía ese era Pablo; bueno, y Lupe. Sonrió para sí misma y decidió disfrutar las siguientes horas como si fueran las últimas de su vida.

Tras ver la exposición, comieron en el mismo museo, donde Pablo había hecho una reserva. Un plato de jamón, patatas con cigalitas, chipirones encebollados y café fue su menú, todo delicioso. Pablo disfrutó con la comida y María aún más de tenerlo frente a ella, ver sus tiernos ojos de caramelo y compartir esos momentos tan especiales con él. Regresaron a casa, aunque Pablo no tardó en cambiarse para volver a salir con sus amigos y María aprovechó para descansar un poco.

La despertó el teléfono. Era Pedro. Ya estaba en Madrid, pero había pasado por la oficina primero. Llegaría sobre las ocho. Aún faltaban dos horas.

A ella le daba lo mismo que regresara o no. Mejor dicho, prefería que no estuviera en casa. Se sentía mucho más cómoda sin él y se podía mover a su antojo. En realidad, hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que ambos se evitaban en la medida de lo posible los fines de semana o durante el poco tiempo que estaban juntos; y, en los eventos sociales en los que participaban, era difícil verlos uno al lado del otro en algún momento de la celebración, excepto para cumplir las mínimas reglas que el protocolo exigía.

Aunque Pedro seguía siendo todo un caballero bien educado, respetaba todas las normas básicas de cortesía y a la vista de todos eran una pareja perfecta, la verdad era otra bien distinta. El suyo era un matrimonio vacío, muerto, envuelto de desidia y apatía. Nada quedaba ya.

Pablo llamó para decir que no vendría a cenar, pero que volvería pronto. Y Pedro se presentó pasadas las nueve. Besó a su mujer con indiferencia, saludó a Lupe y subió a darse una ducha; sin embargo, cambió de opinión y bajó en bañador para hacer unos largos en la piscina. María se alegró de tener un poco más de tiempo antes de afrontar con desgana el reencuentro con su marido.

Lupe preparó la cena en el porche y Pedro se sentó a la mesa envuelto en su albornoz. La conversación se centró en Pablo y en el avance de las negociaciones que su esposo había llevado a cabo en Barcelona, sin entrar en muchos detalles, como era normal. Cuando a Pedro le sonó el teléfono, se levantó de la mesa y ya no volvió. La cena se había acabado. María, casi agradecida, subió a su habitación y se quedó dormida con un libro en la mano.

4

El sábado amaneció un poco nublado, aunque María había estado mirando la previsión del tiempo y tendrían un día despejado y con calor. Esperaba que aclarase y poder lucir todo el espectáculo preparado por Bastian.

Aún estaba en la cama cuando entraron su marido y su hijo. Pablo llevaba un enorme ramo de rosas amarillas y Pedro una pequeña caja con un nuevo anillo de brillantes que añadir a la colección. Oficialmente daba comienzo su cumpleaños. Cincuenta años. Una barbaridad, toda una vida. Agradeció sus regalos, a Pedro con un ligero beso vacío de sentimientos y, a su hijo, con un gran abrazo que él colmó de besos. Por un momento María sintió que estaba cometiendo un fraude con ellos, pero siguió con su farsa sin flaquear, con el pánico que la invadía, y bajaron juntos a desayunar.

La imagen de los tres en la mesa del porche era la viva estampa de la felicidad familiar. Nada más lejos de la realidad. En unas horas, toda esa fachada se desmoronaría irremediablemente. Y tres vidas que, hasta ahora, habían estado unidas saltarían por los aires con inevitables consecuencias para todos, sin poder evitarlo. Ser consciente de ello provocaba náuseas de puro miedo en María, pero no dudaba de que aquello era lo que tenía que hacer, lo que por fin ella misma había decidido hacer. Eso era lo que ella quería y, como todo en esta vida, hacer realidad su deseo traía sus propias consecuencias.

Comentaron los últimos detalles del evento y Pedro puso mucho interés en que quedara claro el grupo de clientes a los que se debía dar un trato especial durante toda la celebración. La fiesta sería una de las más comentadas en la sociedad madrileña durante mucho tiempo. Por la increíble velada en sí y por todo lo que sucedería después.

Los invitados empezaron a llegar. Marisa, la hermana de Pedro, y su marido Pepe fueron los primeros, se acomodaron en su habitación y bajaron a la piscina con Pedro y Pablo. Bastian estaba ya desde primera hora organizando la zona de aparcamiento con el chico que se encargaría de mover los coches y María recibía en la puerta de casa a los invitados conforme llegaban. Marta, que apareció pronto, se puso a su lado y la acompañó gustosa en las tareas de bienvenida que su marido obvió hasta la llegada de sus propios clientes.

Los invitados que se quedaban a dormir se instalaban en sus habitaciones, o dejaban sus maletas y bolsas en un saloncito, junto a la biblioteca, que haría de guardarropa. Después, ya con sus trajes de baño o lujosas prendas veraniegas dignas de un desfile de moda, pasaban a la zona de la piscina donde se encontraban el resto de invitados. A las doce ya casi habían llegado todos y el jardín se convirtió en una gran sala de fiestas al aire libre.

Bastian no había reparado en detalles. Flores, rincones decorados y carritos para la comida se mezclaban con los invitados. Comenzó a sonar una música suave y los camareros sirvieron bebidas y unos aperitivos. Daba comienzo el espectáculo.

María era una perfecta anfitriona, deambulaba de un lado a otro, a conversando con los distintos corrillos que se formaban mientras estaba pendiente de los ojos de Bastian, que lo tenía todo muy controlado. A la hora de la comida, los cocineros se encargaron de las brasas y de

atender los carritos donde podías servirte diferentes tipos de comida: uno para los embutidos y quesos, otro para las ensaladas, otro más con pescados y mariscos, otro para las carnes que salían del fuego y, finalmente, uno de comida asiática, la debilidad de María; una de las sorpresas que Bastian le había preparado para aquel día y que ella agradeció con cariño.

Los invitados se servían a su gusto y, poco a poco, se fueron expandiendo por las diferentes zonas del jardín y en pequeños grupos en la piscina. Apareció entonces la tarta, que era enorme y de dos pisos, con una bonita decoración vegetal que simulaba una hiedra. Pedro y Pablo se acercaron para las fotos de rigor y algunos invitados también quisieron hacerse una foto con María delante de la tarta; la mayoría para luego presumir con sus amigos del pedazo de fiesta a la que habían asistido o para colgarla en sus redes sociales.

Tras la comida, se organizaron diferentes partidas y juegos en el porche, se sirvieron copas en la piscina y quien así lo quiso se retiró a dormir, aunque hubo quien lo hizo en las hamacas o en cualquier hueco que encontraron para tales menesteres.

A las cinco se sirvió un té inglés, con sus sándwiches y pastelitos y, poco después de las seis, comenzaron los juegos acuáticos. Un grupo de jóvenes mostraron una bonita coreografía en el agua; eran mitad bailarines, mitad acróbatas. Luego vino un pequeño partido de waterpolo y unas clases de *aquagym* para los más atrevidos. Pero la auténtica sorpresa para todos fue cuando Bastian descubrió, al fondo del jardín, un mini golf para el que se formó cola para jugar toda la tarde y donde se congregaron buena parte de los invitados masculinos.

Pedro estaba demasiado ocupado con sus clientes y amigos como para dedicarle mucha atención a María y Pablo se dio cuenta. El muchacho se acercó a ella y la llevó a un rincón donde no había nadie.

—¿Qué tal lo estás pasando? No pareces muy divertida —le dijo tratando de sonreír para esconder su preocupación.

—¡Está genial! Bastian ha hecho un gran trabajo. Es una fiesta preciosa. Y tú estás aquí, no puedo pedir más —aseguró María, cogiéndose del brazo de su hijo para volver con los invitados.

—No te he visto mucho con papá —dijo el chico con un deje de tristeza.

—Él está liado con sus clientes y tiene que atenderlos. Es comprensible, ¿no crees?

—Bueno, es tu cumpleaños. Solo le he visto contigo para posar para la foto. ¿Va todo bien?

—¡Claro! —disimuló ella—. Ahora disfruta de la fiesta y de tus amigos. Pásalo bien.

Marta llegó en ese momento buscando a María y se la llevó hasta la piscina donde un grupo de invitados la reclamaba. La fiesta continuaba.

Sobre las ocho todos fueron a descansar un poco y a cambiarse para la cena, que se serviría en las mesas al aire libre, con un toque más formal que el resto de la velada, y a la que se sumarían nuevos invitados. No les faltó buen jamón, verduras y pescados frescos, ni tampoco cava o vino. Después, de postre, se sirvieron unos pastelitos portugueses de crema que eran la perdición de la homenajead.

Tras la cena, María se dispuso a abrir los regalos, que se habían colocado sobre una mesa preparada para ello en una esquina del jardín. Bolsos, zapatos, collares, ropa... Una buena colección de artículos de las mejores marcas que posiblemente nunca se utilizaría. Pero lo agradeció a todos con su mejor sonrisa. Luego comenzó a sonar la música en la carpa, se encendieron las luces y empezaron a servirse las primeras copas. Para María fue el mejor momento del día. Bailó hasta no poder más con sus amigas, pese a las fulminantes miradas de Pedro, que la observaba con recelo desde el grupo con el que compartía charla y whisky.

Algunos invitados dejaron la fiesta temprano, cansados después de todo el día, pero un buen

número de ellos, incluidos Pablo y sus amigos, siguieron bailando hasta bien entrada la madrugada. Pedro se retiró cuando se fueron sus invitados y ya no se le volvió a ver. María aún aguantó un poco más. Al fin y al cabo, era su fiesta; su fiesta de cumpleaños y de despedida.

5

El domingo se levantaron tarde, para entonces en el jardín no quedaba ningún resto de la fiesta del día anterior. Lupe preparó un succulento desayuno tipo *buffet* en el porche y, a mediodía, ya se habían ido todos los invitados. Pedro estuvo toda la mañana encerrado en su despacho, y Pablo y su madre decidieron darse un baño rápido. Estuvieron relajados hasta que Pedro salió a comer.

—¿No crees que anoche te pasaste un poco, María? —inquirió su marido cuando estuvieron los tres a solas sentados a la mesa.

—¿Qué? —exclamó ella con ojos de sorpresa, sin salir de su asombro.

—Te pusiste a bailar como una posesa en medio de los invitados. ¡Como una loca! —gritó.

—¡Todos bailamos, Pedro! Exactamente era eso, una fiesta, mi fiesta de cumpleaños y no creo que molestara a nadie con el baile.

—Papá, ¿no crees que exageras un poco? —intervino Pablo, intentando quitarle importancia.

—No. No sé qué idea se llevarían ayer mis clientes de tu madre. Pensarían que estoy casado con una desequilibrada —dijo escondiendo sus ojos en el plato.

—¿Tus invitados? —contestó su esposa alzando la voz—. No haberlos traído a «mi fiesta», no pintaban nada aquí.

—¿Cómo qué no? Son mis clientes y los que me permiten pagar extravagancias como esta celebración.

—¡Que les den a tus clientes! —profirió María enfadada.

—Bueno, bueno, tengamos el día en paz —intervino Pablo—. Me voy esta tarde y no quiero pensar que dejo en casa a mis padres enzarzados en esta discusión. Era una fiesta, y en las fiestas se baila, papá —dijo muy serio, mirando a su padre.

—No como lo hizo tu madre, que parecía una barriobajera —afirmó Pedro levantándose de la mesa y dando por terminada la comida casi sin probar bocado.

María se quedó mirando al suelo, casi avergonzada por la escena que había vivido con su hijo delante. Odió a Pedro un poco más, pero se alegró al pensar que solo le quedarán unas horas para dejarlo atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó Pablo, sentándose a su lado.

—Sí, claro, hijo. Siento que hayas tenido que presenciar esta escena. Tu padre está muy nervioso últimamente.

—No le defiendas, mamá. Puedes hacer lo que quieras y bailar hasta que se te salgan las rótulas —dijo riendo para suavizar el momento—. Pero no debes consentir que papá te hable así —añadió ahora más serio—. Sus comentarios están fuera de lugar y parecen los de un auténtico tirano.

Pablo abrazó a su madre y María puso en ello todo el cariño que era capaz de transmitir a su hijo. ¡Cuánto necesitaba de esos abrazos que aliviaban tanto su humillación!

Madre e hijo pasaron el resto de la tarde juntos, tumbados en los sofás del porche, hablando y compartiendo las confidencias que Pablo le relataba. María sabía que tenía que aprovechar esos

momentos porque serían los últimos que disfrutaría con él durante mucho tiempo.

A las ocho, se fueron rumbo hacia el aeropuerto. El avión de Pablo salía dos horas después y pensaron en tomar unos sándwiches rápidos en Rodilla antes de embarcar. Había llegado el momento que tanto temía María. Tenía que decírselo. Justo antes de subir al avión, así era cómo tenía que ser.

—Pablo, necesito decirte algo y no sé bien por dónde empezar. Tengo mucho miedo de que no me entiendas —le confesó, mirándolo a los ojos, con un ligero temblor en los labios.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó preocupado.

Llamaron al embarque de su vuelo. El tiempo apremiaba.

—Voy a estar fuera una temporada. No te preocupes, es lo quiero. Se trata de una decisión mía. Toma esta carta —le dijo tendiéndolo un sobre—. He procurado escoger las palabras adecuadas para explicarme, aunque no sé si lo habré conseguido.

—¿Qué significa esto? —exclamó su hijo sin comprender nada.

—Significa, Pablo, que quiero empezar una nueva vida, aunque no tiene nada que ver contigo, sino con la existencia repleta de soledad y humillaciones que sufro con tu padre. No sé si podrás entenderme algún día, pero quiero que sepas que eres lo que más quiero en el mundo, tú eres mi vida. Sin embargo, ahora tienes que irte, y yo también —le dijo mirando con todo su amor a los desconcertados ojos del chico.

Pablo no entendía nada y su sorpresa no había hecho más que empezar. Cuando se produjo una nueva llamada para el embarque del avión a Edimburgo, María le pidió, con lágrimas en los ojos, que leyera la carta con todo el cariño que le fuera posible y que, por favor, no dijera nada a nadie. Solo él lo sabía y nadie tenía que enterarse hasta que llegara el momento. Le explicó también que, en aquel sobre, le dejaba un nuevo número de teléfono donde podría localizarla, aunque era posible que estuviera unos cuantos días desconectada, pero quedaron en, al menos, mandarse un wasap de vez en cuando para saber que estaban bien.

Se abrazaron y María le besó como si fuera la última ocasión en que lo vería. Pablo pasó el control con aquella carta en la mano, descompuesto y con más ganas de perder el avión que de subirse a él. Miró atrás y vio a su madre llorando, diciéndole adiós con la mano y dedicándole una forzada sonrisa. ¿Qué significaba todo aquello?

María se quedó unos minutos hasta que su hijo desapareció de su vista. ¿Qué había hecho? Pablo se había ido con el alma desencajada, sin entender nada de la locura que iba a cometer su madre. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. ¿Llegaría a entenderla o, por el contrario, lo perdería para siempre? Esa era una posibilidad que pesaba sobre ella como una gran losa. Su verdadero temor y la mayor de sus preocupaciones.

Salió del aeropuerto, cogió el coche y volvió a casa empapada de una dolorosa tristeza. Pablo, acomodado en su asiento junto a la ventanilla, abrió el sobre antes de despegar.

6

Mi queridísimo hijo,

Si tienes esta carta en las manos ya sabes la decisión que he tomado y supongo que así, de golpe, te resultará cuando menos una excentricidad o un disparate de tu madre.

Nada más alejado de la realidad, Pablo.

Siento mucho que te hayas enterado justo antes de subir al avión, pero era imprescindible que fuera de este modo para evitar un desliz de última hora. Seguro que he estado tentada a hablar contigo muchas veces estos días que hemos pasado juntos, pero me habré contenido con gran esfuerzo. Perdóname.

Y ahora que lo sabes, también te pido, por favor, que no comentes esto con nadie, ni siquiera con papá; él se enterará a su debido tiempo, no antes. Es muy importante que así sea.

Mañana me marcharé de casa y ya no hay vuelta atrás.

Te preguntarás por qué.

La respuesta corta es que ya no puedo más, no quiero seguir viviendo una vida falsa que no me hace feliz. La versión larga espero tener la oportunidad de comentártela en detalle la próxima vez que nos veamos, que deseo sea pronto.

Tu padre y yo tenemos ya pocas cosas que nos unen, básicamente solo tú. Él disfruta de su trabajo y en su vida hay apenas cabida para mí. Y yo, cada día, estoy más harta de personas y situaciones que no me aportan nada. Mi existencia está vacía y solo mejora cuando tú estás cerca. Sin ti en casa, mi vida tiene poco sentido. Más bien ninguno.

Tú tienes tu vida encaminada, lejos de este Madrid que mata y me alegro mucho por ello. Sobre todo, de que seas independiente y de que te hayas alejado de este ambiente del que pretendo escapar. Estoy muy orgullosa de todo lo que has conseguido y de lo que aún está por venir, que será estupendo, seguro. Te lo mereces.

Yo, en cambio, llevo una vida que no quiero, sola y hastiada. Creo que merezco vivir los años que me queden de otra forma, quizás sin lujos, pero tal y como yo quiera, tomando mis propias decisiones y equivocándome por mí misma.

Necesito salir de aquí y dejar todo esto atrás. Siento que si no lo hago ahora, ya nunca lo haré.

Estoy asesorada por un buen abogado, Roberto Tolosa, que me ha ayudado con los trámites y al que podrás acudir si necesitas algo. Él está al tanto de todo y se pondrá en contacto contigo en unos días. Al final de esta carta te adjunto su teléfono junto al mío, donde podrás localizarme cuando quieras. Pero de nuevo te pido que lo mantengas en secreto, este número solo lo tienes tú y no debe conseguirlo nadie más.

Ya he iniciado los trámites de divorcio de tu padre, al que supongo no le gustará nada la idea y no creo que se lo tome muy bien cuando se entere.

No te preocupes por mí, lo he planificado de modo que no haya problemas y que, por supuesto, tú no los tengas tampoco. Sabré arreglármelas sola estupendamente, y es lo que quiero hacer ahora.

Me da miedo que no puedas entenderme, aunque espero que, poco a poco, logres hacerlo y,

sobre todo, que me perdones si esto te daña de alguna forma, hijo. Te quiero más que a mi vida y en ningún momento quisiera verte perjudicado, al contrario. Solo te pido un poco de comprensión para una madre que, a sus cincuenta años, quiere comenzar una nueva vida, sencilla y plena. ¿Será posible?

Te llamaré dentro de unos días y te iré contando. De momento, espero que tengas buen viaje y que nada de esto te desconcierte ni en tu trabajo ni en tu vida. Tranquilo, estaré bien y encantada de comenzar esta nueva etapa de mi vida, de eso puedes estar seguro.

Te quiero con toda mi alma, Pablo. Ojalá no me guardes rencor y logres entender de alguna forma lo que estoy a punto de hacer.

*Te quiero eternamente,
Mamá*

Sin darse cuenta, a Pablo le corrían las lágrimas por las mejillas como a un niño. Tuvo que contener el impulso de bajar atropelladamente del avión, que ya se encaminaba a la pista de despegue, y volver junto a su madre. Sentía que la dejaba abandonada en el peor momento. Pero no era eso lo que le pedía. Quería su complicidad y su silencio. Y eso sería lo que tendría si era lo que ella necesitaba. El avión despegó dejando en la distancia un Madrid tan sucio y gris como el dolor que sentía en ese instante.

El lunes era el gran día. Salió un sol deslumbrante bajo un cielo azul intenso que poco ayudaba a una bajada de las temperaturas. Pedro salía temprano para el despacho y se sorprendió de ver a María ya desayunando.

—¿Y eso, cómo es que te has levantado tan temprano? —dijo él a modo de saludo.

—Buenos días. Anoche me acosté pronto, supongo que he dormido suficiente —contestó ella—. ¿No desayunas?

—No, tengo prisa. Tomaré algo en la oficina cuando pueda. Vendré tarde esta noche, tengo cena con unos clientes. Ya le he dicho a Lupe que me prepare la maleta antes de marcharse esta tarde, mañana salgo temprano para Barcelona y seguramente no vuelva hasta el jueves o el viernes. —Aquello sonó más a excusa que a planificación.

—Bien —dijo María tranquila mientras se levantaba y le daba un beso a su marido.

—¿Y esto?

—Para desearte que tengas un buen día —le respondió ella con su mejor sonrisa.

Pedro estaba sorprendido, pero ridículamente pensó que su mujer se mostraba agradecida por la estupenda fiesta que le había organizado y que había supuesto darle un buen mordisco a su cuenta bancaria. Lo que estaba lejos de imaginar era que pasarían muchos días antes de volver a ver a su esposa y que aquello era un simple beso de despedida que ni siquiera lo había parecido.

María le vio alejarse atravesando el salón y una mezcla extraña de sentimientos se agolparon en su estómago: pena por él, miedo por ella, ilusión por una nueva vida. Todo revuelto. Había llegado el momento, estaba decidida. Lo haría pese a todos sus miedos. Necesitaba salir de allí y empezar a vivir la esperanza y la ilusión que ella misma se había creado.

Subió a su habitación y comenzó a preparar las maletas. Llevaba días organizando con esmero la ropa y los enseres que se iba a llevar, seleccionando aquello que finalmente le acompañaría en el viaje. Algo de ropa, de verano y de invierno, un par de zapatos cómodos y unos más de vestir, un álbum de fotos que se había preparado y unos cuantos objetos de los que le costaba separarse, casi todos hechos o regalados por Pablo. El dinero que llevaba en efectivo, casi cincuenta mil euros, los repartió en diferentes sitios entre las maletas, su bolso y un cinturón especial que sujetaba sus vaqueros. El resto estaba en una cuenta a su nombre que le había abierto Roberto Tolosa.

Luego, preparó dos cajas con otros efectos personales, documentación y joyas que su abogado pasaría a recoger al día siguiente y que Lupe debería darle sin que Pedro se enterase, una vez se hubiera marchado.

Como todos los lunes, Lupe le dejaría la comida hecha y se marcharía al centro para disfrutar de su tarde libre. Antes, sin embargo, María tenía que hablar con ella.

Cuando terminó de recogerlo todo llamó a Lupe a la biblioteca. María confiaba en que ella le ayudaría, como siempre, y ni siquiera se le había ocurrido pensar que no quisiera participar. Ahora, en cambio, dudaba de su reacción.

Le indicó que se sentara frente a ella en el sofá y le contó lo que estaba a punto de hacer y cómo ella tendría que ayudarla, especialmente con Pedro y con la casa. En realidad, con Lupe no temía que la entendiera o no, solo necesitaba que fuera su cómplice, como lo había sido otras veces. Solo que, esta vez, Lupe temía por su futuro. ¿Qué haría ella en la casa sin su señora?

—No tienes de qué preocuparte, Lupe. Me gustaría que siguieras aquí, que cuidaras de Pedro y de Pablo cuando venga, si lo hace. Pero entiendo también que quisieras marcharte. Ten esta carta —le dijo, tendiéndole un sobre—. Aquí te lo explico todo con detalle y verás cómo, para ti, no será un problema, tanto si decides quedarte como si finalmente prefieres irte.

Lupe no entendía nada, pero por encima de todo quería apoyar a su señora. Y, por eso, decidió que seguiría su lado, de forma incondicional, aún antes de leer la carta. Aquello insufló energías a María para continuar explicándole el plan y la parte que le correspondía a Lupe en él, incluidas las otras cartas y el momento indicado para entregar cada una a su destinatario. Ya solo quedaban la de Pedro y la de Marta, quien seguro tendría tema de conversación para varios meses entre sus conocidos después de leerla.

Lupe se encargó de los últimos preparativos mientras María daba un paseo recorriendo la casa, a modo de despedida. No quiso comer nada. Entró en la habitación de Pablo y sintió cómo los recuerdos se agolpaban de repente en su cabeza y cientos de imágenes la envolvieron en un pasado que creyó feliz. No, no era buena idea seguir por ese camino, se marchaba y todo quedaría atrás. Se llevaba consigo los buenos recuerdos y el resto se quedaría allí, encerrado en su jaula de oro haciéndole compañía a Pedro. Ese pensamiento le arrancó una leve sonrisa y bajó a la puerta, donde ya la esperaba Lupe. En la entrada, dejó su recién estrenado iPhone con un poco de lástima, era espectacular. Pero no lo podía llevar y tampoco lo necesitaba. Sacó de su bolso el nuevo teléfono que le había comprado su abogado, un Samsung que no estaba mal y lo encendió.

—El taxi está a punto de llegar —dijo Lupe, colocando las maletas en la entrada.

—Si quieres, te puedo dejar en el centro.

—Se lo agradezco, pero he quedado con unas amigas en el centro comercial. Tomaré el autobús.

El taxista llamó a la puerta y Lupe le abrió para darle acceso hasta la casa. Había llegado la hora de las despedidas.

María se abrazó a Lupe y a ambas se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Espero volverte a ver algún día, Lupe —dijo María con la tristeza cierta de quien sabe que aquello no ocurrirá.

—Cúidese mucho, señora. La echaré de menos. Siempre.

El taxista colocó las maletas en el coche mientras María subía al vehículo con los ojos fijos en Lupe, que con su mirada le trasmitía todo el miedo que sentía en ese momento la pobre mujer. Miedo por su señora y miedo por ella misma, de saberse cómplice de una historia que no sabía cómo podría llegar a acabar, pero en la que quería participar pese a todo. El coche arrancó y María no volvió la vista atrás. No quería ver más allá de lo que ahora tenía por delante. El resto, el pasado, quedaba allí, encerrado tras aquellos bonitos muros.

8

El taxi la dejó en la estación de Atocha. Al salir del coche, una bocanada de aire caliente se le vino encima. Cogió sus maletas y cuando estuvo sola, soltó una risita nerviosa de alegría mientras andaba con rapidez para alcanzar el aire acondicionado de la estación. ¡Por fin! Estaba sola y, en ese momento, comenzaba su nueva vida. Se sintió orgullosa de sí misma y feliz con su decisión. Aún le daba tiempo de tomar algo antes de subir al tren y se pidió un bocadillo pequeño de jamón, una copa de vino y un botellín de agua que metió en su bolso.

Antes de las tres de la tarde ya estaba sentada en su asiento con las dos maletas colocadas en el compartimento, situado justo encima de ella. El AVE arrancó con destino Valencia y María se concentró en ver cómo la ciudad se alejaba tras el cristal de su ventana. Se alegró de no tener a nadie sentado a su lado. Sacó de su bolso la botella de agua y el libro que había preparado para el viaje: *Mi isla*, de Benavent. Se había sentido tentada en varias ocasiones a empezarlo, pero se contuvo para esperar al momento adecuado, ateniéndose a su plan. Y ese era el momento, iniciando su viaje en el tren camino del mar, del sol y, sobre todo, de su nueva libertad.

En Cuenca se sentó junto a ella un señor mayor que intentó darle conversación varias veces, aunque María no le dio pie a que se extendiera en sus explicaciones. Iba a Valencia a ver a su hija, pero no le prestó demasiada atención y siguió enfrascada en su libro. Se levantó para ir al baño y, al salir, pensó que un café le sentaría bien, por lo que se dirigió al coche bar, justo cuando el tren se detenía en una parada. Se pidió un descafeinado con hielo y se llevó el vaso a su asiento. El tren arrancaba de nuevo.

Cuando iba a sentarse se dio cuenta. Le faltaba una maleta, la gris. Hizo un recuento rápido de lo que llevaba en ella. Ropa de verano, libros, zapatos, algunos recuerdos y... dinero. ¡En esa maleta llevaba casi diez mil euros! El viejo había visto a un chico joven levantarse y coger una de las maletas, pero en ningún momento pensó que no era suya. Tampoco pudo dar muchas más explicaciones, la gente entra y sale en cada estación sin fijarse mucho unos en los otros.

Buscó al revisor, sin embargo, no se podía hacer nada. Posiblemente el ladrón se había bajado en Requena y, a esas alturas, ya habría vaciado el contenido de la maleta y tirado a la basura lo que no le interesara. María le dijo que llevaba dinero y efectos personales, a lo que el revisor respondió que tendría que poner una denuncia al llegar a Valencia, pero no creía que fuera a recuperar nada y mucho menos el dinero.

El tren llegó a la estación Joaquín Sorolla a su hora, poco antes de las cinco de la tarde. María fue directa a poner la denuncia a la comisaría de la estación. No tenía una dirección en Valencia, tampoco un hotel donde alojarse, ni quiso dar la dirección de su casa en Madrid. Finalmente, dejó los datos de la oficina de su abogado para que contactaran con él y tuvo que mirar el número de su nuevo teléfono, que llevaba apuntado en el propio móvil, cuando se lo preguntaron. No quiso hablar de su marido, ni de la aventura que había empezado ese día. Nada de eso tenía que ver con el robo de sus pertenencias.

Es posible que por todo ello la policía no se la tomara demasiado en serio y, aunque dieron curso a la denuncia, le advirtieron que sería muy difícil encontrar nada y, por supuesto, el dinero podía darlo por perdido. Le preguntaron sobre la procedencia del mismo y, a pesar de que María

les explicó el tema de la herencia, se quedaron con el teléfono del abogado para confirmarlo.

Cuando salió de la comisaría cargada con lo poco que le quedaba ya estaba casi anocheciendo. Valencia se le presentó de golpe como una gran ciudad similar a la que había dejado, sucia, calurosa e impersonal. Cogió un taxi en la estación y le indicó al conductor que la llevara a la playa.

—¿A las Arenas o a la Malvarrosa? —le preguntó el taxista.

—La Malvarrosa suena mejor.

—¿Va a algún hotel o a una dirección concreta?

—No —le dijo María muy seria—. Solo lléveme hasta allí, cerca del mar, por favor.

El taxista la dejó a mitad del enorme paseo de la Malvarrosa, con su maleta, su bolso y la horrible decepción que la acompañaba desde el robo. Había perdido buena parte de su patrimonio financiero y aquello podría hacer temblar todo su plan. Tendría que encontrar una solución para tapar ese agujero. Pero en ese instante no se sentía con fuerzas para pensar en ello.

El olor a mar la distrajo. Ya no quedaba mucha gente en la playa, aunque vio bajar a unos grupos de jóvenes que preparaban una fiesta en la arena. Sintió hambre. Siguió andando por el paseo cargada con su maleta y con una mezcla de fracaso y soledad que la invadía por momentos. Tenía ganas de llorar, pero sobre todo tenía ganas de meterse en su cómoda cama y perderse entre sus suaves sábanas para disfrutar de un sueño reparador. Una imagen que borró completamente de su mente al sentir un retortijón en el estómago que la devolvió a su nueva realidad.

Un poco más allá vio las luces de un establecimiento y se dirigió en aquella dirección. Era un Pans & Co. que le vino al pelo. Se sentó en una de las mesas de la terraza, pero enseguida se dio cuenta de que tendría que entrar a pedir si quería tomar algo. Optó por un pollo marinado Santorini, que le pareció un nombre muy evocador y veraniego, una Coca-Cola y un té. Quizás comer algo le levantara el ánimo.

Como no se quería separar de la maleta que le quedaba, le resultó un tanto difícil salir hasta la terraza con la bandeja de la comida, pero despacio y con un poco de destreza, lo consiguió. Cuando pudo sentarse y darle el primer bocado al pan, casi saboreó las mieles del triunfo. Devoró el bocadillo en unos minutos y pensó en pedir otro, pero desistió. Tendría que ser muy comedida con el dinero si quería subsistir decentemente a partir de ahora.

No podía dejar de pensar en la maleta perdida, y sobre todo en el dinero que, tarde o temprano, sabía le haría falta. Y ese amargo pensamiento no la dejaba disfrutar de su momento de gloria, su primera cena en soledad, frente al mar. En realidad, no era como lo había soñado. Tendría que haberle hecho caso a su abogado y haber reservado un hotel. Ya eran más de las diez de la noche y aún no sabía dónde se alojaría esa noche. A ese disparate lo había llamado «aventura».

Cuando decidió que era hora de ponerse en marcha preguntó a una pareja que estaba sentada en la mesa de al lado si había algún hotel cercano. Le indicaron que tanto en la avenida del paseo, como en la calle de atrás, había algunos, aunque no sabían recomendarle ninguno en concreto.

Comenzó a andar. No se veía demasiada gente y tampoco le apetecía caminar sola con la maleta por allí. Lo único que le faltaba era que también se la robaran. El primer hotel que encontró era un cuatro estrellas con unos precios prohibitivos, aunque tentada estuvo de pagar aquella barbaridad por una buena cama. Más adelante, localizó uno de tres estrellas ocupado en su totalidad por una excursión del Imserso.

Estaba cansada y necesitaba dormir. Pasó a la calle de atrás, una paralela al mar a ver si tenía más suerte. Vio un pequeño hostel con las luces encendidas. «Las Campanas», indicaba su

llamativo cartel luminoso. La recepción era minúscula. En realidad, se trataba de una casa convertida en pensión o algo similar y le pareció, cuando menos, bastante pintoresco. Un señor mayor levantó la cabeza del libro que leía casi sorprendido de tener una clienta a esas horas. La habitación costaba veinticinco euros y María decidió que hasta allí había llegado esa noche; se registró, pagó y subió al cuarto que le asignaron.

Debía haber gente hospedada porque en algunas habitaciones se oía ruidos. El cuarto de María estaba en medio del pasillo, oscuro y sucio, pero en aquel momento no era lo que más le preocupaba. Abrió la puerta y entró en un dormitorio inundado por la luz del luminoso con las campanas. No hacía falta encender la diminuta lámpara. La habitación era pequeña, con una cama de matrimonio estrecha, una minúscula mesilla y un colgador a modo de armario. En el baño, ridículamente enano, apenas cabía una persona. Y el olor, el desagradable y fuerte olor que flotaba en el aire, mezcla de desinfectante, humo y colonia barata era repugnante. Pero esa noche ya no se movería de allí.

Sacó sus cosas de aseo de la maleta, se puso para dormir la parte de arriba de un pijama de invierno y se tumbó en la cama tras tirar al suelo una mugrienta colcha de flores. Estaba muerta de cansancio.

Entonces empezaron los ruidos, o quizás ya se oían y no se había dado cuenta de ellos hasta caer en la cama. Una pareja parecía estar haciendo el amor sin complejos en la habitación de al lado. Ella gritaba pidiendo más, y él jadeaba sin descanso. Además, el rechinar de la cama con sus movimientos completaba el concierto.

Aún tardaron un rato en cesar aquellos ruidos y cuando María ya pensaba que por fin había llegado la hora de dormir tranquila, algo similar empezó en la habitación de su izquierda. Esta vez era al hombre a quien más se oía, una voz ronca que no dejaba de decir «Voy, voy, voy...» como si en aquello se le fuera la vida.

¿Dónde se había metido?

María se moría del asco y pensaba en su mullida cama, sin embargo, el cansancio la venció y se quedó dormida. Mientras, en las habitaciones contiguas, otras mujeres solitarias vendían sus cuerpos tras una vida de sueños incumplidos.

9

Se despertó al amanecer, cansada aún, se aseó como pudo y salió de la pensión con más prisa que la que tenía cuando había entrado. En una cafetería del paseo donde se sentó a desayunar, le recomendaron otra pensión que estaba bien y que se hallaba muy cerca de allí.

Su nueva habitación, aunque pequeña, estaba limpia y no olía mal. Tenía además un pequeño balcón desde donde se podía ver un pedacito de mar, lo que era un plus. Cuando se instaló, bajó y preguntó en recepción por alguna tienda donde poder comprar algo de ropa de verano, ya que todo lo que llevaba en la única maleta que le quedaba era de invierno. Le indicaron un bazar chino próximo que vendía ropa y hasta allí se dirigió.

Un par de vestidos frescos, algunas camisetas y pantalones cortos fue el grueso de su compra. Cuando ya salía agregó también un bañador, unas chancas y una toalla de playa, su equipamiento veraniego. Se asombró de lo increíblemente barato que resultaba comprar en ese tipo de sitios, muy alejados del glamour y los precios de las tiendas a las que solía ir con su amiga Marta. Tampoco se asemejaba ni de lejos la calidad, claro, pero eso ahora no importaba. Volvió a su habitación a dejar las cosas y cambiarse para bajar un rato a la playa.

No se veía a mucha gente en el arenal, quizás los que había fueran personas del barrio o familias que solo en esa época podían tomar vacaciones. Aquella tranquilidad le agradaba. Extendió su toalla y se sentó mirando al inmenso azul del mar para disfrutar de esa luz tan particular del Mediterráneo.

Pensó en Pedro, quien supuestamente aún estaría ajeno a todo, de momento. Se encontraría ya de camino a Barcelona y hasta su vuelta, Lupe no le daría su carta. Después, se sucederían sin descanso las notificaciones del juzgado. Quizás no fuera la mejor etapa de su vida para él, pero sí que lo era para ella. «¡Que le den!», pensó. «Mi momento es ahora».

Allí estaba, junto al mar, lejos de todo, disfrutando de los últimos rayos del verano, mientras sus conocidos estaban a punto de recibir la noticia. Sabía que para algunos de sus allegados sería una conmoción, sobre todo para Pedro, que no se imaginaba, ni en sus peores pesadillas, que su perfecta esposa lo hubiese abandonado. A él y a todo lo que suponía ese matrimonio.

Pensó en Pablo y decidió mandarle un mensaje. Sacó su nuevo teléfono y le mandó un wasap.

«Hola, cariño. Estoy bien. He llegado a Valencia y ahora estoy sentada frente al mar. Sola, pero bien. Te quiero.» Guardó el móvil en su bolso. Sabía que su hijo, posiblemente, no le contestaría hasta la tarde.

Se puso las gafas de sol y se tumbó a disfrutar del sol y de la brisa del mar. Ese olor que tanto necesitaba, sin saber por qué. De repente, alguien gritó a su lado. «¡Alto! ¡Alto!» y pasó junto a ella corriendo al tiempo que la llenaba de arena. «¡Qué fastidio!», se dijo molesta. «¡Anda que no habrá playa para correr!».

Cuando se incorporaba para quitarse la arena de encima, un chico llegó a su lado con su bolso en la mano.

—Perdona —dijo con la respiración entrecortada—. Han estado a punto de robarte el bolso —afirmó y se lo tendió.

—¿Qué? —exclamó María sorprendida, cogiéndolo y estrechándolo en su regazo.

—Estaba ahí sentado con mi novia y he visto que un chavalín se llevaba el bolso, pero he salido corriendo tras él y lo ha tirado.

—No sé cómo darte las gracias, ni me había dado cuenta —reconoció ella un tanto confundida.

—Imagino. Es algo normal aquí, sobre todo cuando está lleno de gente. Estos ladronzuelos aprovechan la menor ocasión para robar a bañistas despistados —explicó sonriendo.

—Me gustaría invitaros a algo a tu novia y a ti en agradecimiento por el rescate.

—No te preocupes, no ha sido nada.

—Insisto, de verdad. Ya me robaron ayer una maleta y si no hubiera sido por ti, ahora lo estaría lamentando y mucho. ¿Os parece si os invito a comer? Me han dicho de un buen sitio para tomar un arroz aquí cerca. ¡Por favor! —suplicó María.

—Ven, te presento a mi novia —accedió el chico.

Charlaron en la playa, María agradeció varias veces la intervención del chico, que se llamaba Nacho. Parecía un buen muchacho y Mónica, su novia, también. Se trataba de una pareja que disfrutaba de estar juntos y compartir la vida. Algo extraño para ella y su frustrante matrimonio.

Durante la comida dieron cuenta de un excelente arroz valenciano, al que acompañaron con un par de botellas de vino. María se sentía a gusto con aquellos chicos, mucho más jóvenes que ella, porque desprendían una alegría contagiosa y esa loca felicidad que otorga el estar enamorado.

María no quiso entrar en detalles y solo les contó que se acababa de separar y que se había tomado unos días para estar sola, sin ningún plan definido.

Ellos se hallaban de vacaciones. Eran de Bilbao, habían estado ya en Barcelona y se disponía a ir a Cabo de Gata, en Almería, a visitar a un amigo. Le propusieron que los acompañara, y a María le pareció buena idea. Valencia parecía que le ponía demasiados obstáculos, no había tenido mucha suerte ni siquiera antes de llegar. Sí, iría con ellos hasta Cabo de Gata; aquel lugar era un paraíso, según decían los chicos. Sin prisas, planearon su salida para el día siguiente.

Tras la comida, María se marchó a su hostel a descansar y pasó la tarde leyendo en la cama, con la ventana abierta, y disfrutando de la brisa, lejos de la playa donde casi pierde el grueso de su capital. Bajó a cenar algo rápido cuando el hambre la atosigó y volvió a hacer las maletas y a recoger. Entonces vio el mensaje de Pablo.

«Me alegra saber que estás bien. Ten cuidado y no te olvides de escribir. Jane te manda saludos. Te considera una heroína. Ya te contaré. Besos. Te quiero.»

Eso era suficiente. Su hijo se encontraba bien y sabía dónde estaba. Recordó entonces que había quedado con su abogado en que lo mantuviera informado de todo, pero tampoco le apetecía llamarlo. Un mensaje sería suficiente.

«Hola. Estoy en Valencia, pero mañana salgo para Cabo de Gata. Me han robado una maleta en el tren. Sigo adelante. Todo bien.»

Tampoco era necesario dar más explicaciones en ese momento. Estaba cansada y quería dormir. Pero el abogado le respondió:

«Siento lo del robo. ¿Puedo hacer algo? Recogí las cajas esta mañana. Pedro ya se había ido y Lupe estaba muy afectada. Se ha quedado más tranquila cuando le he explicado todo. Llámeme si necesita cualquier cosa.» Daba gusto contar con alguien como Tolosa a su lado. La verdad es que, sin él, nada de aquella loca ilusión de María podría haberse hecho realidad.

10

A la mañana siguiente, Nacho y Mónica la recogieron en la puerta del hostel a las ocho, como habían quedado. Fue un poco complicado colocar su maleta entre los cientos de cosas que llevaban en el viejo Peugeot 205 gris y acabó poniéndola a su lado. María recordaba haber tenido uno igual en rojo cuando Pablo era pequeño y eso le dio buenas sensaciones para emprender el viaje.

Pararon a tomar un café, entre Alicante y Murcia, en una estación de servicio. Al salir, encontraron a una chica con mochila que hacía autoestop con un cartel en la mano que ponía Almería. Ni se lo pensaron para invitarla a subir. Le indicaron que iban a San Antonio y ella solo contestó: «¡Perfecto!». Acomodaron la maleta de María entre ellas y la joven puso su mochila a los pies.

La chica se mantuvo en silencio mientras Nacho hacía unas someras presentaciones de sus compañeras de viaje, que la saludaron animadas. Luego, ella hizo su propia presentación:

—Pues yo soy Tina y vivo en Campolindo, un pueblo lejos de cualquier civilización que os pillas de camino a San Antonio, repleto de analfabetos con dinero y en el que es insoportable vivir. Acabo de abandonar la carrera de Derecho que estudiaba en Granada y aún no tengo idea de lo que voy a hacer. Me he escapado unos días con unos amigos a Alicante para salir de ese maldito pueblo y respirar aire limpio. Fiesta a rabiar para ahora volver a un sitio muerto. Pero soy una buena chica, podéis fiaros de mí —dijo con una sincera sonrisa.

Todos se quedaron en silencio y Tina volvió a romperlo.

—Si lo digo todo seguido, no tendréis que estar formulando preguntas —sentenció divertida.

—Eres muy directa. Hablas fatal de tu pueblo, aunque no será para tanto —dijo Nacho.

—Es peor —contestó con rapidez al tiempo que aproximó su cuerpo hacia él, casi de forma amenazadora—. Es un antro de cuervos que se sacan los ojos entre ellos, un pueblo negro y lúgubre donde lo más exótico es ir de compras al supermercado Halal.

—¿Por qué has vuelto de Granada entonces? —le preguntó Mónica.

—Mi padre está enfermo y quizás sea más útil aquí que en Granada, donde me lo pasaba bien, pero perdía el tiempo con una carrera que no me gustaba.

María sintió una cálida admiración por aquella chica y fue ella la que contestó.

—Has sido muy valiente por dejar atrás lo que no quieres y dice mucho de ti el que ayudes a tu familia cuando te necesita. Te deben querer mucho —le dijo con cariño.

—Es tu punto de vista. Ellos no lo ven así —aseguró con sequedad y cambió inmediatamente de conversación, como cerrando ese capítulo de su vida—. ¿Qué planes tenéis para San Antonio? Conozco la zona y os podría enseñar algunos lugares mágicos que pocos turistas conocen.

Nacho le agradeció el ofrecimiento y le explicó que ellos se alojarían con unos amigos que vivían allí, por lo que seguro que ya habrían preparado alguna excursión por la zona. A María, en cambio, sí que le interesó su propuesta e intercambiaron los números de teléfono para quedar algún día si la madrileña seguía por allí.

—Lláname —le dijo Tina—, estaré deseando de salir del pueblo con cualquier excusa y no hay nada mejor que disfrutar del sol y del mar aprovechando el buen tiempo.

María le aseguró que lo haría, no tenía nada mejor que hacer allí, al menos de momento. La conversación fue decayendo hasta formar grandes silencios que todos interpretaron como un descanso. Nacho puso música, comenzó a sonar *Music Box* de Calexico y dejaron que aquellas bellas notas mecieran sus pensamientos. Cada cual con los suyos.

Tiempo después, dejaron a Tina en una avenida desierta de Campolindo. La muchacha se empeñó en quedarse allí, aunque Nacho se ofreció a llevarla hasta su casa. Agradecida, la despedida fue breve y Tina prometió llamar a María. Luego, los demás siguieron por una estrecha carretera que la joven les había indicado y que, por lo visto, se trataba de un atajo que utilizaban los lugareños en verano cuando la carrera principal se llenaba de turistas y caravanas. Pero, ahora, esa tortuosa carretera junto a los acantilados no parecía lo más rápido.

Nacho y Mónica querían dirigirse primero a casa de sus amigos, para que María los conociera, pero ella prefirió ir directa al hostel. Una vez en la puerta, los chicos le dejaron la dirección donde los podía encontrar si necesitaba algo, a pesar de que ya tenía sus teléfonos. La pareja afirmó que la llamarían para salir y que conociera a sus anfitriones, aunque a María, sin saber bien por qué, no le apetecía demasiado la idea. Había llegado hasta allí para perderse del mundo y no estaba dispuesta a mezclarse mucho con él. Al menos, por el momento. Cuando se alejaron con el coche y María cogió sus cosas. ¡Al fin sola!

El hostel se llamaba Las Garzas y era una construcción de la zona dividida en grandes cubos blancos con ventanas estrechas, quizás para no dejar pasar en exceso el ardiente sol andaluz. Sobresaliendo de la torre más alta, dos grandes garzas de hierro negro parecían sobrevolar el hostel. «Podrían haberlas pintado de blanco», pensé, «y así contrastarían con el azul intenso del cielo».

La recepción consistía en una pequeña entrada cubierta de azulejos hasta media altura y una mini barra de madera, que al parecer era el mostrador, tras la que se encontraba un hombre mayor y muy delgado que fue el encargado de registrarla sin ninguna prisa. Cuando le preguntó cuántos días se quedaría, María contestó que dos o tres. En realidad, no lo había pensado aún, pero aquel sitio invitaba poco a quedarse para disfrutarlo.

Subió al primer piso donde le asignaron su habitación. Pequeña, con una cama de matrimonio de mimbre recuerdo de los años 70, con sus correspondientes mesillas a juego, una desgastada mesa de comedor con una silla de plástico y un diminuto frigorífico sin enchufar, completamente vacío. El baño, estrecho y alargado, disponía de una ridícula ducha. La habitación daba al patio trasero y solo tenía vistas a las construcciones que se apiñaban comiendo terreno a las laderas de las colinas. Desde luego, no era el mejor hotel del mundo, pero estaba limpio y, de momento, le valdría como punto de arranque para su aventura. Pasados un par de días, ya vería lo que hacer.

Se dio una ducha y bajó a tomar algo. El mismo señor de la recepción le indicó una calle cercana donde podría hacerlo. Se decantó por una pizzería con terraza para aprovechar el sol. Pidió una pizza con todos los extras que le gustaban y una botella de rosado. Antes de que le sirvieran la comida, miró en su móvil si había recibido algún mensaje. Ese número solo lo tenían su hijo, su abogado y Lupe, por lo que no esperaba encontrarlo colapsado como le ocurría antes con los distintos grupos de WhatsApp, a los que había abandonado de golpe.

Vio un mensaje de Lupe. «Todo bien. La casa me parece enorme sin nadie, especialmente sin usted. Su teléfono no ha parado de sonar hasta que se le ha gastado la batería. El señor ha llamado para decir que llegará mañana jueves. Tiemblo de miedo. Dice que no le coge el móvil. Le he dicho lo que me pidió, que esta semana está muy liada con la tómbola del Club y que lo llamará cuando pueda. Espero que se encuentre bien.»

Decidió que un escueto mensaje sería suficiente para tranquilizarla:

«Estoy bien y disfrutando. Sigue las instrucciones y todo saldrá bien. El viernes irá Roberto, el abogado. Tranquila. Todo está controlado y sabes que tienes otras opciones».

Bien sabía María que, de momento, Lupe ya había escogido una opción y seguiría su papel hasta el final. De eso estaba segura.

Le llevaron la pizza y pensó en su hijo y lo mucho que le gustaban. Le mandó otro mensaje:

«Estoy genial. Ya te contaré. Besos, mamá». Aquello le dejaría tranquilo.

La pizza estaba pasable, pero dio buena cuenta de casi toda la botella de vino, por lo que parecía buena idea volver al hostel para dormir un poco la siesta.

Cuando despertó casi anocheceía y le costó unos segundos ser consciente de dónde se encontraba. En un cutre hostel en San Antonio, Almería, sola tras abandonar a su marido y toda la vida que ello suponía. En realidad, toda la vida que había vivido hasta ahora. Pero eso iba a cambiar. Esa era una certeza que poco a poco se hacía realidad. Tomó una chaqueta y salió a dar un paseo por la localidad, de la que aún no había visto nada.

San Antonio era un antiguo pueblo de pescadores que fuera descubierto por el mundillo *hippie* de los 60 y del que casi no quedaba ni rastro. Ahora, la cantidad de tiendas de recuerdos, hamburgueserías y pizzerías denotaban el turismo joven y de baja calidad que se amontonaba en sus calles en los meses de verano. Lo cierto es que todas las construcciones guardaban cierta similitud con sus paredes encaladas y la mayoría de las puertas, y ventanas, pintadas en azul añil. Sin embargo, aquello resultaba insuficiente para mantener ese aire tradicional de antaño.

En cambio, desde la zona sur de la bahía todavía se disfrutaba esa imagen de postal que atraía a tantos visitantes. Refrescaba un poco al caer el sol, pero se mantenía una buena temperatura, por lo que a María le pareció buena idea sentarse en la única terraza que parecía estar abierta en esa zona. Pidió una copa de vino blanco mientras ojeaba la carta y admiraba el paisaje que tenía delante.

Por primera vez estaba relajada y tranquila, con el mar enfrente y un penetrante olor a yodo y sal que lo envolvía todo, junto a la deslumbrante luz de una gran luna llena. Y allí estaba ella, gozando de ese momento casi mágico que quedaría grabado para siempre en su memoria. Quizás por lo mucho que significaba, por lo valiente y segura que se sentía en aquel instante. O por la belleza del mar y de la noche.

Pidió pescado a la plancha y otra copa de vino. La ocasión lo merecía. ¡Y de qué manera! No quería pensar en nada. Solo disfrutar de aquellos minutos, suyos, solo suyos. Suspiró aliviada al sentirse liberada de un peso que la había acompañado durante demasiado tiempo; una pesada carga que, por fin, podría liberar frente al mar en esa cálida bahía una noche de septiembre.

Llegó su pescado y se dispuso a saborearlo como hacía mucho no lo hacía. De vuelta al hotel, se sobresaltó cuando sonó su móvil. Se llevó una grata sorpresa al ver que se trataba de Tina. Pasaría por la mañana a buscarla para llevarla de excursión, como le había prometido. Era una chica de las que cumplían.

—Coge una toalla y el bañador. Seguro que no aguantas sin meterte en el agua —le advirtió.

A María le pareció buena idea. En San Antonio no había mucho más que ver y le apetecía conocer mejor a Tina. Aparentaba ser una buena chica, quizás un poco desencantada, pero aquello era de lo más normal para alguien de su edad, que ella le calculaba entre los veinte o veintidós años.

11

Aquella noche durmió de un tirón y antes de las diez de la mañana ya estaba en la puerta del hotel preparada para la excursión. Poco después, Tina llegó en un antiguo Golf blanco de los años 80 a más velocidad de la recomendada, paró a su lado y le indicó que subiera.

—¡Buenos días! —le dijo al entrar María—. ¿Has desayunado?

—Sí, un café en el hostel, pero la verdad, dejaba mucho que desear y no he pedido nada más.

—¡Genial! —exclamó Tina—. Pararemos de camino a tomar algo como Dios manda. Yo aún no he desayunado.

Tina arrancó el coche y salió a la carretera a la misma velocidad con la que había llegado. Estuvieron hablando sobre la mala calidad y el servicio del hostel. Tina le confirmó la poca profesionalidad del sector de la hostelería, donde acababan todos los que se negaban a trabajar en los invernaderos, junto a los inmigrantes que colonizaban la zona.

María le contó su paseo nocturno por la bahía y cómo lo había disfrutado. Entonces Tina le preguntó por lo que tanto había estado temiendo ella hasta ese momento.

—¿Y tú qué haces por aquí en esta época del año? La mayoría de turistas ya se han marchado.

Era hora de contar la verdad o inventarse una historia. Había pensado bastante en eso, en la posibilidad de dejarlo todo atrás y crear una nueva vida, pero también idear un nuevo pasado a su antojo. ¿Por qué no inventarse una vida y la razón de estar allí? Por unas décimas de segundo vio la imagen de su hijo de pequeño jugando en el jardín, como tantas tardes habían hecho juntos. Sonrió. No, no estaba dispuesta a perder todo su pasado, así que decidió ser sincera.

—Me he divorciado de mi marido y quiero empezar de nuevo. No tengo aún muy claro lo que voy a hacer —se sorprendió a sí misma al decírselo a Tina—. Lo he dejado todo atrás y creo que lo único que necesito viene conmigo. Bueno, excepto mi hijo, pero él ya tiene su vida hecha en el extranjero y su madre parece que no pinta mucho en ella.

Tina la miró asombrada por el modo en que había resumido, de forma escueta y aséptica, todo lo que había pasado aquella mujer. María siguió hablando pues no esperaba tampoco una respuesta, ni siquiera hablar con esa franqueza a nadie. Tenía los ojos fijos en el horizonte y en un intenso mar que se abría delante.

—He disfrutado de una vida cómoda, pero muy infeliz —continuó—, solo mi hijo me ha salvado de volverme loca. He decidido romper con una vida que me tenía consumida y empezar de cero, aunque todavía no sé dónde. Y me siento bien —dijo sonriendo a Tina que, raro en ella, había permanecido callada.

—Pues si lo que buscas es tranquilidad, por aquí hay zonas muy bonitas que seguro te gustarán —acertó a decir la joven antes de parar a desayunar.

Ambas dieron buena cuenta de unas enormes tostadas y un rico café mientras Tina le explicaba lo bonitas que eran algunas de las calas menos accesibles de la zona, especialmente aquellas a las que solo se podía llegar en barco.

Al reanudar su camino y atravesar un pequeño pueblo casi desierto, María comprobó cómo la larga carretera se adentraba en una zona natural con pequeñas dunas a la izquierda y el mar infinito a la derecha. La luz, el color, el olor del mar —o, quizás, todo junto— hacían de ese

paraje algo único. Al fondo, las montañas desde donde se divisaba el faro de Punta Negra y, a sus pies, una pequeña aldea de la que sobresalía la torre de una vieja iglesia. Era La Calilla. Al pasar por ese lugar, Tina le dijo que, al bajar del faro, pararían a ver a su tía Luisa, que vivía allí.

Cuando llegaron al faro y alcanzaron el mirador, María quedó fascinada con la asombrosa vista que se extendía a sus pies. Por un lado, estaba la larga playa de dunas que habían pasado antes y, por el otro, grandes acantilados dejaban entrever unas maravillosas calas en las que perderse, si había posibilidad de llegar hasta ellas. Comprendió entonces la pasión con la que Tina hablaba de aquella zona. Era espectacular, un paisaje único y de una belleza singular.

Tina sacó fotos de las dos y María se animó a hacer algunas con su nuevo móvil. Pensó que sería una buena idea mandarle alguna a su hijo. Le hubiera gustado poder disfrutar de todo aquello con él, pero estaba demasiado lejos. Una foto estaría bien. Seguro que le gustaba.

Tras un rato disfrutando del sol y de las vistas, volvieron al coche y bajaron de nuevo al pueblo. Aunque decir «pueblo» quizás era demasiado. Más bien, se trataba de un grupo de viejas casas de pescadores que seguían la línea de la costa. Algunas habían sido arregladas un poco, otras se hallaban en estado semiruinoso, pero en conjunto tenían un encanto especial.

—Parece un pueblo abandonado, pero con mucho encanto —dijo María.

—En invierno casi que lo está, no deben vivir aquí ni diez personas —le contestó Tina—. En cambio, en verano, se alquila hasta un chamizo y pueden rondar los mil, entre los que se quedan y los que se van. Esto se pone abarrotado de gente, suerte que la playa es grande. Ahora es cuando mejor se está, todavía hace calor y los turistas ya han desaparecido por fin.

María se sorprendió con el comentario, pero no le dio tiempo a preguntar nada. Tina había parado el coche junto a una de las casas que parecía de las mejor conservadas y que tenía unas bonitas macetas en la puerta.

—¡Hemos llegado! —dijo saliendo del coche—. ¡Baja! —le pidió con una sonrisa.

Entró en la casa, que estaba abierta, llamando a su tía. María aún se encontraba cogiendo su bolsa cuando salió con ella. Era una mujer de unos cuarenta años —aunque aparentaba muchos más—, bajita, morena y con unos grandes y vivarachos ojos marrones.

—Esta es mi tía Luisa —dijo Tina a modo de presentación—. Ella es María, la amiga de la que te hablé.

—Encantada de conocerla, Luisa.

—Lo mismo digo. Una amiga de Tina siempre es bien recibida en casa. Pasad, por favor —pidió con amabilidad la señora.

La casa era pequeña y muy acogedora. Desde el recibidor, una puerta a la derecha daba a un dormitorio y, al fondo, había una salita con chimenea desde donde se accedía a la cocina. Luisa las hizo sentar en la sala mientras ella se afanaba en preparar un café y preguntaba a Tina por su viaje, por amigas y los chicos que había conocido. Se notaba entre ellas una relación cómplice, más de amigas cercanas que de tía y sobrina. Pese a ser una extraña, María se sentía a gusto con aquellas mujeres participando en su divertida conversación.

—Tenéis que quedaros a comer. Voy a preparar unos garbanzos con sepia que harán que se os salten las lágrimas —exclamó Luisa entusiasmada.

Tina aceptó de inmediato por las dos. Su tía cocinaba como los ángeles, según le afirmó, y en un momento trazó un estupendo plan para aquel día ya que no la esperaban en casa. Bajarían a la playa, luego tomarían el aperitivo con su tía y, tras la comida y la siesta —que era de obligado cumplimiento—, acudirían a la reducida ensenada a esperar el regreso de los pocos pescadores que aún salían a faenar al mar. Si tenían suerte, podrían llevar algún pescado para casa. A María

le pareció que la ilusión y el entusiasmo que emanaba de Tina eran contagiosos y suficientes como para dejarse arrastrar sin titubeos.

Cuando terminaron sus cafés, cogieron las toallas y bajaron a la playa, que se hallaba justo frente a la casa. A María le sorprendió la luz porque era tan intensa que hacía ver los colores más puros y brillantes. El agua era completamente transparente y el azul turquesa que formaban las leves olas convertía aquella solitaria playa en un auténtico paraíso. La arena era de guijarros finos —algo muy de agradecer para Tina, que odiaba la arena—, y se podía apreciar mil formas y colores bajo el agua cristalina. Colocaron sus cosas y se prepararon para pasar una buena mañana en la playa.

12

Tina era una muchacha abierta y se encontraba cómoda con María, por lo que no le costó mucho sincerarse y hablar sobre sí misma. María sabía escuchar. Durante años había sido la persona a la que todos recurrían para contar sus penas. Y ahí estaba ella, siempre dispuesta a escuchar, a calmar estados inquietos, depresivos o enamorados. Especialmente desarrolló esta capacidad con Pedro, su marido, para más tarde darle ánimos y subirle el ego cuando lo tenía por los suelos. Escuchar las historias de Tina le resultaba placentero esa agradable mañana de playa.

Entre baño y baño, la muchacha le contó buena parte de su vida. Pese a su juventud, había pasado por mucho, aunque no estaba hundida, sino todo lo contrario, era más fuerte de lo que nadie a su alrededor podía imaginar. Excepto quizá para su tía Luisa, quien, por lo visto, fue la única que la apoyó desde pequeña. Ella era su refugio, la persona a la que acudir cuando el resto le daba la espalda. Pero, a pesar de tantas dificultades, Tina nunca perdió su sonrisa, ni su capacidad para salir adelante. Cada minuto que María pasaba junto a esta vitalísima chica, más optimismo le contagiaba.

Sin darse cuenta, la conversación las llevó a evadirse por completo del tiempo hasta que llegó Luisa a buscarlas. Irían al bar de Paco, el único abierto ya, para tomar el aperitivo. Recogieron sus cosas y las tres subieron por la escalera de madera hasta la pasarela del paseo que recorría la pequeña ensenada. Hacia la mitad, unas mesas invadían parte del paseo buscando el sol de septiembre y se sentaron fuera sin dudarlo para disfrutarlo con unas cañas y una animada conversación que siguió durante toda la comida. El guiso de la anfitriona estaba delicioso, a María le pareció uno de los mejores platos que había probado en mucho tiempo y así se lo hizo saber. Luisa en ningún momento le preguntó nada personal y tampoco hizo falta.

Tras el café y recoger la cocina, Luisa se retiró a su dormitorio a descansar. Tina y María se acurrucaron a sendos lados del sofá viendo un reportaje en la televisión sobre China.

—Me encantaría viajar a algún sitio lejano —comentó la joven—. China estaría bien. O Corea, que ahora dicen es lo más moderno.

—Yo tengo ganas de visitar los fiordos noruegos —replicó María—. No sé si algún día lo conseguiré.

—¡Seguro que sí! Solo tienes que empezar a trabajar para que eso ocurra —exclamó Tina con seguridad.

—¿Quieres decir a tener un trabajo para conseguir el dinero?

—No, aunque el dinero es importante. Me refería a que si hay algo que quieres, tienes que ponerte en marcha para conseguirlo. Trazar un plan que te lleve hasta donde quieres. Y llevarlo a la práctica paso a paso —le contestó Tina convencida de lo que decía.

Aquellas palabras quedaron grabadas en la mente de María y aún siguió dándole vueltas antes de que ambas se quedaran dormidas. Cuando Luisa bajó seguían las dos descansando, pero no las despertó hasta que tuvo preparado el café, un poco de fruta y unas galletas caseras para la merienda. Tina prefería una cola light y fue al bar en busca de una, momento que aprovechó Luisa para poner a María al día sobre la muchacha. Había sido una chica que lo había tenido todo hasta que su padre, hermano de Luisa, le diagnosticaron una enfermedad degenerativa y tuvo que

arrendar las tierras y los invernaderos por no poderlos atender. Todo cambió entonces para Tina. Ella aún estaba en Granada estudiando Derecho sin mucho éxito y salía con un chico desde que empezó la carrera. Poco después de enterarse de la enfermedad de su padre, el chaval la dejó por otra. «¡Imbécil!», dijo. Aquello fue el detonante que llevó a su sobrina a abandonarlo todo y volver a casa. La excusa del estado de salud de su padre le vino perfecta para esconderse y curar las heridas al calor del hogar. Pero aquel no era su sitio, le confesó la mujer afectada, y eso la estaba consumiendo poco a poco.

Estaba claro lo mucho que Luisa quería a su única sobrina y que ella era su refugio, los brazos donde guarecerse, especialmente desde que su madre vivía volcada en su padre y en su enfermedad.

—En realidad a Tina siempre le ha gustado pintar, desde niña. Es su pasión —le confesó a María—, pero en su casa no se lo han permitido nunca. Mi hermano es muy cabezón para eso y su madre le sigue a la zaga. Lo consideran algo poco productivo, ya sabes. Cuando estaba en Granada yo le pagué una academia donde iba algunas tardes a la semana para aprender, y aquí tiene sus pinturas en su habitación. Pinta muy bien, la verdad, y es una pena que no siga yendo a clases.

—No me había contado nada —replicó María.

—No lo comenta con nadie. Pero siempre lleva en su bolsa una libreta con sus dibujos. Seguro que acaba por enseñártelos —continuó Luisa—. Me ha hablado muy bien de ti. Te estima y necesita tener amigas. Seguro que acaba confiando en ti. Dale tiempo, es una gran chica.

—¿Estáis hablando de mí? —dijo Tina entrando por la puerta.

—Sí —contestó su tía—. Déjame presumir de sobrina, que no tengo otra, hija.

Las tres mujeres se sumergieron en una agradable conversación sobre la amistad, que derivó en algún que otro chismorreo, mientras daban cuenta del café y la merienda. Bajaron a la ensenada a eso de las seis de la tarde y vieron que ya habían llegado un par de barcos. El reducido grupo de pescadores se afanaba en la tarea de colocar la pesca en cajas para llevarla después a la lonja. Aquello era todo un espectáculo para los ojos de María y no se resistió a hacer algunas fotos con su móvil. Le mandaría alguna a Pablo más tarde.

Luisa conocía a los pescadores, a los que llamaba por su nombre, porque se trataba de hombres del pueblo y la madrileña imaginó que sería amiga de sus mujeres o de sus hijas. Tras regatear un poco con ellos, compró unos hermosos pescados que seguro serían una delicia en el plato. Le ofreció algunos a María pero, como esta se alojaba en el hostel, no tenía posibilidad de cocinarlos.

—Quedaos a cenar y os lo preparo yo —dijo la mujer.

—No puedo, tía. Le he prometido a papá que estaría de vuelta antes de la cena.

—Bueno, pues llévate uno para él, que estos sargos le gustan mucho. Y si queréis, podéis venir mañana a comer y hacemos una barbacoa con el pescado en la playa, si hace buen día. Ahora ya hay menos gente y no molestaremos a nadie.

A Tina le pareció una gran idea y María aceptó encantada. Le gustaba estar en compañía de esas vitalistas mujeres. La hacían partícipe de un mundo hasta ahora desconocido para ella, donde las cosas importantes eran, al mismo tiempo, las más sencillas como la dirección del viento, las cosechas o el estar cerca de la familia. Cosas muy diferentes de lo que se suponía importante en el mundo del que ella provenía: el dinero, el estatus y el poder. Eran como dos mundos paralelos que nunca llegarían a encontrarse. María se alegró de haber salido de allí por fin y de hallarse ahora en la otra parte. Sin embargo, también sintió celos —celos sanos—, pero los sintió por un

momento. Celos de aquellas sencillas gentes que disfrutaban de ese paraíso cada día, celos por poder vivir de forma simple y natural, lejos del quijotesco mundo del que ella procedía.

Se despidieron planificando el día siguiente y Tina llevó a María a su hostel en San Antonio.

—No desayunes —le dijo a su amiga al bajar—, te recogeré a las nueve y desayunamos de camino donde hemos parado esta mañana.

—¡Perfecto, aquí estaré! —se despidió María entusiasmada con volver a La Calilla al día siguiente.

Se duchó y agradeció quitarse la sal de todo el día y ponerse ropa limpia. Sacó de la maleta unos vaqueros, una vieja camiseta de su hijo, junto a una sudadera gris que solo utilizaba cuando salían al campo. Se sentía cómoda y a gusto con aquella ropa. No entendía por qué había estado tanto tiempo haciendo cosas que no quería y dejando de hacer las que realmente le llenaban. Ahora todo iba a cambiar. Todo.

Tenía hambre y, de repente, imaginó esos succulentos peces sobre las brasas y lo deliciosos que debía estar. La boca se le hacía agua de solo pensarlo. Dejó la habitación y salió a la calle para tomar algo. Una cerveza y unos pinchos le parecieron una buena opción esa noche. Revisó su teléfono, pero no tenía ningún mensaje.

Pedro ya habría llegado a casa a esas horas y quizá tuviera la carta entre sus manos. María se lo imaginó estallando en cólera y a la pobre Lupe encerrada en su habitación, muerta de miedo, esperando que pasara la tormenta, como cuando llegaba con alguna copa de más y la tomaba con ella por cualquier tontería. No tenía por qué aguantar eso, ni ella ni nadie. Pero aquella noche no ocurrió nada.

Pedro llegó a su casa, dejó la maleta, se cambió y salió a cenar. Cuando preguntó a Lupe por María, esta le dijo que había salido, sin dar más explicaciones. Inmerso en otros temas no vio su carta y cuando regresó, bien entrada la madrugada, con semejante nivel de alcohol en sangre, no podría haber leído ni los titulares del periódico. Al día siguiente, por el contrario, ya sería otra cosa.

María tardó en conciliar el sueño. Ese pequeño pueblo de pescadores seguía en su cabeza. En realidad, no había gran cosa allí: unas pocas casas, un bar que abría según le apetecía al dueño y un minúsculo colmado que cerraba los meses más fríos del invierno. Pero, a María, le parecía un lugar fantástico para vivir, alejada de todo. Se imaginó levantándose cada mañana junto al mar y una leve sonrisa de felicidad asomó a sus labios.

Desde luego, le gustaba mucho más que San Antonio y pensó que quizá Tina y su tía le podrían ayudar a encontrar algo más estable para alojarse que aquel mugriento hostel. La Calilla podría ser un buen sitio para empezar su nueva vida.

13

A la mañana siguiente, cuando Tina fue a buscarla, María ya había liquidado la cuenta y la esperaba en la puerta con su maleta y las pocas pertenencias que le quedaban.

—¡Buenos días! —exclamó Tina al llegar—. ¿Te vas a escapar?

—¡Buenos días! ¡Sí! Al menos de este cutre hotel. No quiero estar aquí ni un minuto más —dijo María colocando sus cosas en la parte de atrás del coche.

Cuando subió le contó a Tina su idea de establecerse en La Calilla y de alquilar algo allí si era posible. Ya había estado en un par de hostales de mala muerte y prefería alquilar un pequeño apartamento, de forma temporal, mientras pensaba en cómo organizar su nueva vida. El pueblo le había encantado, le parecía el sitio ideal para descansar y pensar sin nada que la molestara.

—¿Hay algún sitio para dormir? ¿Se podría alquilar algo? Porque cualquier cosa será mejor que lo que acabo de dejar —sentenció convencida de lo que hacía.

—Sé que en verano alquilan apartamentos, pero seguro que mi tía nos puede ayudar —le dijo la chica, incluyéndose como parte de la aventura.

Desayunaron mientras Tina le contaba lo divertidas que eran las barbacoas en la playa aunque, antes de nada, tendrían que resolver el tema del alojamiento. Por el transporte no debía que preocuparse. El autobús que conectaba el pueblo con la capital pasaba varias veces al día y, además, estaba ella, que podría llevarla donde necesitara si no tenía que ayudar en casa.

María irradiaba felicidad de solo imaginarse allí, inconsciente aún de todo lo que estaba por ocurrir en su casa de Madrid.

Cuando llegaron a La Calilla, Luisa se hallaba en la puerta regando las plantas; las únicas de la calle, por cierto. Se alegró de verlas, dejó lo que estaba haciendo y fue a saludarlas. Se la veía encantada de tenerlas de nuevo en su casa, o al menos, de ver a su sobrina contenta.

—Tenemos que contarte una gran noticia. —Fue lo primero que dijo Tina al bajarse del coche.

Luisa ya tenía preparado café y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina para comentar la decisión de María.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le preguntó Luisa.

—Ni idea. La verdad es que no tengo ganas de ir a ningún lado. Este me parece un sitio estupendo para quedarme por un tiempo, pero tampoco dispongo de un gran capital, por lo que tiene que ser asequible. ¿Crees que podemos encontrar algo?

—El hostel ya está cerrado. En los dos bloques de atrás alquilan apartamentos en verano y te aseguro que a precio de oro. No sé ahora, pero vamos al bar de Paco y le preguntamos. Quizás alguien nos pueda decir algo. ¡Vamos, chicas! —las animó Luisa, al tiempo que tiraba de ellas para levantarlas.

Aún sin terminar sus cafés, las tres salieron de la casa en dirección al bar del pueblo. Por el camino, Luisa declaró lo contenta que estaba de que María se estableciera allí. Sería una gran compañía en invierno, se lo pasarían en grande y seguro que, con su presencia, vería más a su sobrina. María se sintió afortunada de estar con aquellas dos mujeres a su lado; una, con la vitalidad y el entusiasmo propios de la juventud, otra con toda la sensatez de la experiencia.

En el bar les comentaron que algunos vecinos alquilaban sus casas y cocheras en verano,

además de los apartamentos que alquilaba don José. Luisa tomó buena nota de ello y decidieron ir primero a ver los apartamentos.

Don José no estaba, pero les atendió su mujer, Paquita, que las informó de los desorbitados precios y les dejó la llave de uno para ir a verlo. Era un apartamento pequeño y desvencijado con dos dormitorios y un baño. No lo habían cambiado mucho desde los años 70. Tenía un pequeño balcón en el salón desde donde podía verse el mar si te asomabas al callejón. No estaba del todo mal, sin embargo, María no podía pagar los cincuenta euros diarios que le había pedido. Luisa dijo que hablaría más tarde con don José, para intentar que le rebajase el precio.

Luego, fueron a ver un par de casas, pero estaban en un estado lamentable para pasar en ellas el invierno y las descartaron. Era evidente que lo poco que había para alquilar estaba pensado para los turistas veraniegos y no para alguien que pretendía establecerse durante los meses de invierno.

La mañana había sido infructuosa, pero tía y sobrina estaban convencidas de que encontrarían algo que se ajustara a sus necesidades. De vuelta en casa de Luisa, las tres mujeres hicieron acopio de provisiones y útiles para bajar a la playa y empezar a encender la barbacoa. El sol del mediodía aún calentaba y, mientras encendían las brasas, María tuvo más de una tentación de meterse en el agua; no obstante, primero acabaron de montar las sillas, la sombrilla y la mesa antes de darse un buen chapuzón juntas.

Asaron los pescados a la brasa y disfrutaron de una excelente comida en la paradisíaca y solitaria playa. A María eso le parecía el lujo máximo. Buena comida, excelente compañía y un entorno único. No podía pedir más. Ese sitio le estaba llegando al corazón y se sentía afortunada de estar allí.

Había encontrado a dos amigas que no se cuestionaban nada, simplemente la apoyaban, estaban allí y la hacían partícipe de su sencilla forma de disfrutar la vida, sin pedirle nada a cambio. Aquello era algo nuevo para ella, acostumbrada a que todo favor acabara pagándose. Sí, indudablemente aquel sitio podía ser el suyo, si era capaz de encontrar un lugar en el que alojarse.

Llevaron a la playa un termo con café recién hecho y estaban dando cuenta de él, acompañándolo con un espectacular pastel de manzana, bajo la sombrilla cuando llegó un chaval en busca de Luisa.

—Señora Luisa, dice mi madre que vaya a verla por lo de la casa que busca porque puede tener algo que le valga.

—Las noticias en el pueblo vuelan —susurró María.

—Se lo hemos dicho a Paco el del bar, eso es suficiente para que, en menos de una hora, lo sepa todo el mundo. Esperadme aquí —pidió la mujer tras apurar su café—. Voy con este guapo mozo a ver lo que me dice Encarna.

Tina y María estaban mitigando el calor de la siesta en el mar cuando volvió Luisa, indicándoles que salieran del agua. Ya bajo la sombrilla, les contó que esa vecina tenía una pequeña casita que quizá pudiera gustarle y que había quedado en que irían a verla un poco más tarde.

—De todas formas, puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites hasta que encuentres algo —le dijo Luisa a María—. No te preocupes por eso.

—Muchas gracias, te lo agradezco de verdad, pero no quiero ser ninguna molestia para ti.

—¡En absoluto! Será un placer tenerte en casa y disfrutar de buena compañía.

Las tres siguieron un rato más en la playa, se dieron un largo baño y recogieron sus cosas para volver a casa de Luisa. Tras una ducha rápida en el patio, se cambiaron y salieron a ver la

vivienda que les había ofrecido la vecina como si fueran unas chiquillas en busca de aventuras.

Se trataba de una construcción pequeña, casi escondida entre otras dos, al fondo de un callejón. Se entraba directamente en el salón, en el que había un desvencijado sillón, una mesa de comedor y una estufa de leña y, en un lateral, una cocina americana. Al fondo, una puerta daba al dormitorio que contaba con cama, armario y mesilla, y la otra a un minúsculo baño con ducha. La casa era diminuta, pero del salón salían unas escaleras de obra que llevaban a un cuartito donde estaba la lavadora y una terracita, desde donde se veía el mar. A María le pareció el sitio perfecto para ella. Aquello podía convertirse en su refugio y se imaginó instalada allí empezado su nueva vida.

Le pedían cinco mil euros por un año completo de alquiler, pero Luisa intervino en la negociación para ayudar a bajar el precio hasta que llegaron a un acuerdo y volvieron a casa de la vecina a redactar el contrato. De camino, María recibió en el móvil un mensaje de su abogado:

«Pedro ya lo sabe y está hecho una furia. Culpa a Lupe por haberla ayudado, pero ella dice que, de momento, se queda. La llamaré más tarde y hablamos.»

«Bueno, esto tenía que llegar», pensó. Por un instante, le resultó fácil imaginarse la ira desatada de Pedro y el miedo que habría pasado Lupe al encontrarse a solas con sus gritos. En ese momento, Luisa la llamó sacándola de sus pensamientos. Su nueva casera necesitaba sus datos. Luego retomaría el tema de Pedro. Ahora tenía cosas que hacer y era ocuparse de su futuro. Acordaron que pagaría medio año por adelantado y la casera se comprometió a que, al día siguiente, tendría la casa limpia para entregarle las llaves.

Mientras Tina le comentaba a María lo contenta que estaba de que viviera en La Calilla, Luisa seguía negociando con la casera la intendencia de la casa, los enseres y ropa de cama que debía dejar, además de incluir un sofá. Sabía que María solo llevaba una maleta y necesitaba que la casa tuviera lo básico. De vuelta a su casa, le fue contando a la madrileña los detalles de la negociación. Esa noche María dormiría en su casa, sí o sí, no cabía discusión posible, y al día siguiente la ayudaría a instalarse.

Tina no quería perderse por nada del mundo una noche de chicas en casa de su tía y llamó inmediatamente a su madre para ver si podía quedarse, intento que resultó inútil pues la estaba esperando para salir a hacer unos recados antes de que se hiciera de noche. Tener que volver a su casa no era lo que más le apetecía, pero se despidió y se marchó rápido con su coche, prometiendo volver temprano por la mañana. Luisa instaló a María en el cuartito de arriba donde solía quedarse Tina. Era una habitación llena de pinturas y cuadros.

—¿Esto es de Tina o tú también pintas? —le preguntó María.

—No, es de mi sobrina. Ella lo llama su pequeño refugio. Ya quisiera yo tener esa vena artística —respondió sin dar más explicaciones.

—Bueno, la tienes con la cocina. Todo lo que sale de tus manos está delicioso, Luisa. Ese es tu arte.

Salieron a dar un paseo y ver la puesta de sol. La madrileña se sorprendió del espectáculo que tenía delante. Un impresionante sol naranja avanzaba rápido hacia la línea del horizonte, dispuesto a zambullirse en el mar. El cielo dibujaba pequeñas nubes azules y violetas, creando un espacio cromático junto a los infinitos tonos del mar. Era como una bonita postal difícil de describir.

—Nunca había visto nada tan hermoso —exclamó embelesada María—. Es de una belleza arrolladora.

—Sí, y lo mejor es que no te cansas de él porque siempre es diferente y cada día te vuelve a sorprender. Este es el mejor sitio que conozco para vivir —concluyó su amiga con la certeza que da la experiencia.

—Espero haber tomado una buena decisión quedándome aquí.

—Verás qué poco tardas en amar este sitio por muy viejo y abandonado que te parezca ahora —le aseguró Luisa con una tranquilizadora sonrisa.

Los pescadores ya estaban atracados y ambas se acercaron a ver sus capturas. Acabaron comprando un pulpo mediano y unos salmonetes. María insistió en pagarlos y Luisa la invitó a un vino en la terraza del bar de Paco para disfrutar así de los últimos rayos del sol. De pronto, se acercaron unos lugareños a conocer a la nueva vecina, o más bien a cotillear un poco. Cuando uno de ellos se atrevió a preguntar cómo había acabado allí, Luisa se adelantó enseguida a contestar:

—Rafael, esa no es una pregunta muy propia de alguien que se refugió aquí para curar sus heridas sin que nadie se entrometiera —dijo con un tono de voz contundente y serio que el aldeano no tardó en comprender.

Aquello debían ser como unas palabras mágicas porque, de inmediato, surtieron efecto. Los lugareños le dieron la bienvenida al pueblo, se ofrecieron a ayudarla si necesitaba algo y jamás nadie volvió a hacerle esa pregunta. Posiblemente se tratara de un código especial que todo el mundo sabía que había que respetar, como todos sabían que el sol, el mar y la sal ayudaban a cerrar las cicatrices por muy profundas que estas fueran. María supuso que quizás habría allí más gente como ella que buscaba un rincón especial para comenzar una nueva vida. Luisa, luego, le explicó:

—Aquí el que más o el que menos tiene sus propias heridas que curar. Quizá sea lo único que

tenemos todos los vecinos en común, además del sentimiento de amor-odio que sentimos por el lugar, y eso se respeta.

Y su triste tono de voz se hizo más lento cuando continuó:

—Yo también tengo las mías —confesó—. Mi marido un día salió al mar y nunca volvió. Sin embargo, sigo aquí esperando que en algún momento ese mar me devuelva algo de él, aunque no sé qué. Pero eso es lo que me obliga a levantarme cada mañana —dijo con la vista perdida en el mar y dando un sorbo a su copa de vino.

A María le conmovió su historia, pero como no quería ahondar en el tema solo logró susurrar un tímido «Lo siento» y tomó la mano de Luisa bajo la suya, gesto que la mujer agradeció más que unas inútiles palabras.

El momento lo rompió el teléfono de María con una llamada de su abogado. La mujer se disculpó, se levantó y echó a andar por la pasarela mientras escuchaba las últimas novedades.

Pedro se retorcía de ira, lo que era previsible y quería hablar con ella a toda costa. Roberto no le recomendaba que lo hiciera ahora, «Quizá más adelante», dijo. Lupe se iría el lunes, el día que entraba una nueva chica de confianza que ella misma había buscado entre sus amigas. A Pedro este tema le había dado igual, pero seguía culpando a Lupe por haber participado en «este montaje», como le llamaba él. El abogado tenía una carta de Lupe para ella y todas las cajas que había recogido en su casa ya estaban en un almacén a la espera de enviárselo a la dirección le dijera, en el momento que María decidiera.

En general, las cosas estaban saliendo tal cual había planificado y eso le aportó cierta sensación de seguridad. Cuando colgó, pidió otra ronda de vinos antes de volver a la mesa con Luisa.

—¿Todo bien? —le preguntó ella.

—Perfecto. No podría ir mejor —contestó María con una gran sonrisa—. Tomemos otro vino para celebrar que ya tengo casa.

Aún se quedaron un rato más en la terraza y Luisa la puso al día sobre los vecinos que había conocido antes. Cada uno tenía una historia única, como si hubieran salido de una novela y los hubieran dejado allí como parte ineludible del decorado. Y, entre risas, volvieron ya de noche a casa de Luisa como si fueran dos viejas amigas.

Lavaron el pulpo y lo metieron en el congelador para comerlo al día siguiente y cenaron los salmonetes fritos con una ensalada, que María ayudó a preparar. La noche estaba en calma y se instalaron en el patio. La conversación se animó, conforme se vaciaba la botella de vino, y llegó el momento en el que María se encontró dispuesta a contarle toda su historia a la mujer que la había acogido en su casa. Y así lo hizo.

Le confesó cómo era su vida, lo infeliz que se sentía y en la espiral tan peligrosa en la que estaba entrando, sin saber muy bien cómo salir de ella. Le explicó cómo halló la solución cuando recibió la herencia, cómo soñó con ser libre y cómo ideó todo un plan para conseguirlo.

—Eres una verdadera heroína —le dijo Luisa mientras apuraba su vino—. Yo no hubiera sido tan valiente.

—Quizá solo he sido un cobarde —contestó María con un tono casi culpable.

—¡No! Has hecho lo que tenías que hacer y no todo el mundo se atreve a dar ese paso. Lo importantes es cómo te sientes ahora.

—Me siento feliz, Luisa. Como liberada de algo que me estaba oprimiendo hasta casi dejarme sin respiración.

—Pues ese es el mejor síntoma de que has tomado la decisión correcta.

—Sin embargo, temo la reacción de mi marido. Tiene amigos influyentes y no sé lo que será capaz de hacer. He destrozado su imagen, su fachada y todo el mundo que había creado a su alrededor.

—Aquí no te va a pasar nada. Estás entre amigos —le aseguró Luisa poniendo su mano sobre la suya.

—No conoces a Pedro y el daño que puede hacer —sentenció María con la mirada clavada en el suelo.

En este punto, ambas mujeres parecían haber acabado con la conversación, cada una con una idea en la cabeza sobre la capacidad de Pedro de hacer daño, cada una con una historia diferente y ambas posibles. El silencio se apoderó de ellas mientras recogían y la sombra del miedo no se borró ya en toda la noche de la cara de María. Se acostaron pronto, aunque ninguna de las dos descansó bien aquella noche.

Pedro se levantó con un intenso dolor de cabeza. Se acordó de haber tomado un par de Macallan más de la cuenta, pero sonrió al pensar en el contrato de cifra indecorosa que esepreciado líquido le ayudó a firmar con su nuevo cliente. Nuevas puertas se abrían para el bufete a partir de ahora y eso le provocó una lujuriosa sonrisa.

Tomó una larga ducha y llamó a Lupe para que le subiera el café. Necesitaba espabilarse. Ojeaba el periódico cuando ella entró con la bandeja del desayuno.

—¿Se ha levantado la señora? —Fue todo lo que le dijo a modo de saludo.

—¡Buenos días! —contestó cauta—. No la he visto esta mañana, señor.

—Últimamente parece que jugamos al gato y al ratón. No coincidimos ni por casualidad —dijo algo molesto.

Lupe no respondió. Dejó la bandeja sobre una mesa, bajó la cabeza y dio media vuelta para salir, casi de puntillas, suplicando a todos los dioses del universo que no le preguntara nada más. Vanas esperanzas.

—Lupe —la llamó serio Pedro mientras esta paraba en seco, pese a que tardó unos segundos en volverse hacia él.

—¿Señor? —Logró contestar aterida de miedo.

—Dígale a la señora cuando se levante que no vendré a comer, pero nos veremos esta noche a las nueve en el club para cenar. Yo iré directamente desde el despacho, que se lleve su coche.

—De acuerdo, señor —le respondió ella con la mirada en el suelo para no encontrarse con sus inquisidores ojos y salió con rapidez, cerrando con cuidado la puerta.

De esta había escapado. Ahora estaba segura de que aún no había abierto la carta que seguía en el mismo sitio donde la había dejado. Lupe se refugió en la cocina convencida de que la tormenta estaba a punto de estallar.

Pedro se sentó en la mesa y se sirvió café mientras seguía echando un vistazo a la prensa. Estaba a punto de dar cuenta de unos de los suculentos *croissants* que le había llevado la asistente cuando vio una carta sobre el aparador. Se extrañó de que alguien dejara un sobre allí. Lupe colocaba toda la correspondencia que llegaba en el mueble del recibidor principal. Dejó el café y se levantó intrigado. La misiva solo ponía su nombre, pero reconoció al instante la letra perfecta de María. La abrió aún con más interés.

Hola, Pedro.

Quizás te asombres un tanto al ver que te he dejado esta carta. No es usual en mí escribirte notas, pero creo que la ocasión lo requiere.

No sé si en este momento ya lo sabes todo o aún estás esperando que aparezca de repente por algún lado. Algo que ya no sucederá.

Me he marchado de casa y me he ido de tu lado.

¿Te sorprendes? No deberías. Al fin y al cabo, te da igual si salgo o si entro, si estoy bien o mal o tan siquiera si existo. Solo me necesitas para tenerme como un maniquí elegante a tu

lado cuando la ocasión lo requiere, si no hay forma de evitarlo.

Te juro que me casé enamorada y que, durante muchos años, he llevado a cabo de forma impecable mi papel de abnegada esposa tal y como tú querías. Y hasta en algunos momentos puedo decir que he sido feliz.

Pero eso ya ha terminado. Me he acabado convirtiendo en una persona que no quiero ser, viviendo una vida que no quiero vivir. Y no es porque no tenga todo lo que materialmente pueda pedir. Es al contrario, por todo aquello intangible, pero imprescindible, que a tu lado sé que nunca tendré: amor, respeto, admiración, cariño... Palabras que a ti te suenan vacías y de las que yo me siento despojada. Me marchó lejos, a vivir mi propia vida antes de que sea demasiado tarde.

Te agradezco los buenos momentos que hemos pasado juntos y el gran hijo que tenemos en común. Sin embargo, desde hace ya unos días, mi vida se ha separado para siempre de la tuya.

He iniciado la demanda de divorcio. Mi abogado se pondrá en contacto contigo para ultimar la documentación y todo lo necesario.

No sé si Lupe querrá seguir en casa contigo, ya te dirá ella. Pero si decide marcharse vendrá alguien a sustituirla, por lo que no debes preocuparte por la casa porque estará atendida. No lo pagues con ella que no tiene ninguna culpa, ni tiene porqué aguantar tu ira que supongo ha ido en aumento según has ido leyendo esto.

Pablo lo sabe todo y me gustaría que lo mantuvieses al margen, por favor. Ya es mayor y sabe tomar sus propias decisiones. Déjalo tranquilo con su vida lejos de esto porque es algo que solo nos incumbe a ti y a mí.

No intentes localizarme, no tengo nada que hablar contigo en estos momentos. Ahora lo que quiero es un tiempo para mí y darme la oportunidad de comenzar a vivir.

Espero que todo te vaya muy bien. Te deseo lo mejor, con sinceridad, y que tú también sepas iniciar una nueva etapa en tu vida que te llene por completo.

Sinceramente, María

No podía dar crédito a lo que acababa de leer. Sin duda aquella letra era de María, pero no la reconocía en ninguna de sus palabras. ¿Estaría drogada? ¿Habría bebido? ¿Qué clase de broma era esa?

Tiró la carta y salió hecho un demonio enfurecido hacia su dormitorio. La puerta estaba abierta y fue la primera que pagó su ira al estrellarla contra la pared. La habitación estaba vacía y la cama sin deshacer. Allí no había dormido nadie. «¿Dónde se habrá metido ahora esta loca?», se dijo .

Salió de la habitación de su mujer y fue a la suya, directo a por el móvil. Marcó su número, pero solo llegó a escuchar el inicio del estúpido mensaje de siempre. Cortó y tiró el teléfono sobre la cama. «Todo esto es una completa locura y tiene que haber alguna explicación lógica», pensó.

Intentó hacer un esfuerzo por recordar cuándo había sido la última vez que hablara con ella. De repente, se dio cuenta de que el lunes, al salir para el despacho, la vio, habló con ella unos segundos y María hasta se despidió con un beso. Desde entonces no respondía a sus llamadas ni tampoco recibía ninguna de ella. Había estado muy liado y no era en su mujer en lo primero que pensaba cuando tenía trabajo.

—¡Lupe! —exclamó en voz alta. «Sí, ella tiene que saber algo más que no me ha contado», pensó. La llamó de nuevo.

Por la forma de gritar, Lupe estaba segura de que, al fin, había leído la carta. A la mujer le temblaba todo el cuerpo mientras subía las escaleras repitiéndose una vez más las palabras que ya había aprendido de memoria. Su señora confiaba en ella y no le iba a fallar. El miedo invadía su cuerpo sin piedad, pero estaba decidida a que no le arrebatara la poca lucidez que aún le quedaba. Llamó levemente a la puerta con la vana esperanza de que no le oyera. No fue así.

—Pasa, Lupe —contestó Pedro desde el interior con una fuerte voz que presagiaba lo peor.

—¿Señor? —dijo con cortesía sin mirarle a los ojos.

—¿Tú sabías toda esta historia? —preguntó a gritos señalando la carta que aún estaba en el suelo.

—No, señor —respondió casi sin voz—. Yo también me encontré con una para mí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Yo leí mi carta el miércoles por la mañana —dijo con miedo.

—¿Y no te pareció raro no verla por casa? —le inquirió, subiendo el tono de voz.

—No, señor —susurró temblando, intentando esforzarse para recordar las palabras exactas—. Libré el lunes y ella estaba aquí cuando me marché. El martes no la vi en todo el día, pero me llamó para decirme que podía acostarme ya porque llegaría tarde. Me dijo que pasaría el día en el club y no le di más importancia.

—¿Y no sospechabas nada? —le preguntó, clavándole los ojos como si fueran puñales.

—No, señor —contestó Lupe muy seria—, no tenía de qué sospechar.

—¡Ya! ¡Pues no me creo nada! —gritó tan fuerte como pudo.

La asistente retrocedió un par de pasos asustada. Lo imaginaba capaz de cualquier cosa y aún más enfadado de esa forma.

—¿Qué es lo que te ha dicho a ti en la carta? —siguió preguntado Pedro como si fuera un rugido.

—Es personal, señor —dijo todo lo digna que le permitían sus propios temblores.

—¿Pero algo te habrá dicho? ¿Dónde está? —gritó sin control.

—No lo sé, señor —respondió convencida—. No sé dónde está, de verdad. Solo me escribió que se marchaba y que yo también podía volver a mi país si era eso lo que quería. No sé nada más.

—¿Y eso es lo que vas a hacer, marcharte? —le preguntó con desprecio.

—Todavía no lo sé, pero si decido regresar con mi familia alguien de mi confianza vendrá a sustituirme para encargarse de las tareas de la casa.

—¿De «confianza» dices? ¿Crees que puedo confiar en ti ahora? —le dijo ya sin mirarla.

Lupe no contestó, se limitó a bajar la vista y esperó, paciente, el siguiente grito.

—¡Lárgate de aquí! Recoge tus cosas y márchate de esta casa cuanto antes—le espetó señalando la puerta.

Lupe dio media vuelta y salió lo más rápido que pudo de la habitación. Temía por lo que pudiera pasar a partir de ahora que ya se había descubierto todo. En cuanto llegó a la cocina, sacó su móvil del bolsillo y llamó al señor Tolosa, el abogado. Era hora de marcharse de allí. En unos días, estaría de nuevo con su hijo y eso le arrancó la primera sonrisa del día.

16

Luisa ya tenía preparado el café cuando María bajó por la mañana. La mujer necesitaba borrar esa extraña sensación de temor con la que se habían acostado y había decidido, en sus horas de duermevela, que pasarían un día lo suficientemente divertido como para hacer que María olvidara sus miedos.

—¡Buenos días! —le dijo con una sincera sonrisa—. Hoy vamos a tener una jornada especial para chicas. Tina vendrá pronto —comentó mientras le servía café y unas magdalenas enormes cubiertas de azúcar—. Come, que las he hecho yo y seguro que te gustan.

—Gracias, Luisa. Gracias por todo lo que haces por mí sin apenas conocerme. Eres una gran mujer.

—¡Tú también lo eres! —exclamó ella y acabaron riendo las dos.

Cuando acabaron de desayunar la enseñó a cocer bien el pulpo y un viejo truco para «asustarlo» asegurando lo exquisito que estaría después en diferentes preparaciones: a la plancha, al horno o con unas simples patatas. María estaba convencida de ello y tomó buena nota del experto saber hacer de su nueva amiga entre fogones. Ninguna de sus conocidas sabía cocinar, y ella tampoco lo había hecho nunca. Siempre había alguien en casa que se encargaba de esas tareas y lo único que tenía que hacer ella era decidir los menús semanales y pagar la factura del supermercado. Nada difícil. Ahora, en cambio, tendría que cocinar y no estaba muy segura de que saliera bien. Quizás fuera el momento de aprender y así se lo confesó a Luisa.

—Me da un poco de vergüenza decirlo, pero prácticamente no sé cocinar. Puedo cocer pasta o preparar una ensalada, pero poco más.

—¿Qué me dices? ¿De verdad? Pues eso lo solucionamos pronto —dijo, con las manos sobre las caderas, tomando las riendas del asunto—. Yo te enseñaré, no soy muy mala cocinera.

—No sé si seré buena alumna —dijo sonriendo mientras recogía la cocina.

—Tampoco sé yo si seré una buena maestra, pero seguro que acabarás haciendo algún plato interesante —aseguró su amiga.

A María le gustó la idea e, inconscientemente, se imaginó compartiendo un plato hecho por ella con su hijo en su nueva casa. Lo echaba de menos y quería contarle todas las novedades que estaban surgiendo a su alrededor.

Un poco antes de las diez, llegó Tina con el coche cargado. María quiso ayudarla a bajar las cosas, sin embargo, Luisa intervino con rapidez:

—No hay que bajar nada, excepto la tierra para las plantas. Lo demás es para tu nueva casa, María. Vamos para allá y lo descargamos.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida mirando a Tina—. ¿Por qué?

—Yo solo he traído el encargo —dijo la chica.

—Vamos a darle un poco de calor de hogar a tu casa —contestó entusiasmada Luisa.

Cuando llegaron, su casera y una chica estaban terminando de limpiar y le entregarían las llaves en diez minutos. Habían colocado un pequeño sofá en tonos azules algo desgastado por el uso y un par de sillas más. La casa estaba recién pintada y parecía muy diferente de cómo la había visto el día anterior. Le daba la sensación de parecer más grande y bonita. O quizá solo fuera su

imaginación y las ganas de vivir en ella. Descargaron las cosas que Tina había traído: una plancha de dos fuegos, una cafetera italiana y café, dos bandejas para el horno, media docena de copas y una caja de vino blanco. La casera le entregó la llave y se marchó con la chica que la ayudaba a limpiar.

—Bienvenida a tu casa —le dijo Luisa.

—No me lo puedo creer. Ha sido todo tan deprisa....

—Lo importante es que ya tienes casa como querías —la interrumpió Tina.

—¿Ha pintado la casera?

—No —dijo Luisa—. Francisco, uno de los pescadores, se ofreció ayer a darle una mano de pintura. Es lo mejor para hacer una desinfección rápida.

Quedaron en pasar a verlo luego para darle las gracias, pero antes Luisa propuso ir al mercadillo de los sábados que se ponía en la plaza del Mar. En realidad, lo componían dos puestos de fruta y verdura, un camión con un colmado que llevaba chacinas, encurtidos y legumbres secas y un par de puestos pequeños de ropa. Luisa le contó que en verano era más grande, ponían bolsos, bañadores y algún puesto de *hippies* vendía la artesanía.

—Ya verás cómo cambia esto en verano —le dijo Tina—. Hay mucho ambiente.

—Y menos tranquilidad —sentenció Luisa—. Acabarás como todos, deseando que llegue el invierno y nos dejen solos de nuevo.

María no sabía cómo sería el verano, pero desde luego ahora era un sitio de lo más tranquilo. Echaron un vistazo a los puestos de ropa y María compró una chaqueta y unos pantalones cómodos para estar en casa. Hizo caso a Luisa y compró algo de fruta y verdura para la semana. «Algo básico», le dijo, «patatas, cebollas, zanahorias...». Cuando volvieron a casa de María comenzaron a colocar lo que habían dejado en la entrada. Luego, subieron las tres a la terraza. Todas estaban de acuerdo en que era el mejor sitio de la casa.

—Te hacen falta unas sillas o algo para sentarte —comentó Tina—. Seguro que pasarás mucho tiempo aquí, se está genial. No te molesta el viento y se ve el mar.

Cada una dio su idea sobre cómo quedaría mejor la terraza y María fue creando la suya propia casi sin darse cuenta. ¡Era su casa, pero aún no lo podía creer!

—Me siento feliz —acertó a decir—. Solo puedo daros las gracias a las dos por vuestra ayuda y la paciencia que habéis tenido conmigo.

—¡Bueno! —contestó Luisa—. Te mereces comenzar una nueva vida y te ayudaremos en todo lo que esté en nuestra mano. De eso, puedes estar segura.

Volvieron a casa de Luisa a preparar la comida y, aunque María insistió en que podían preparar algo allí, Luisa consiguió convencerla para comer en la suya, porque ya lo tenía todo preparado, y a la noche podría hacerlo en su casa para inaugurarla, a lo que las tres estuvieron de acuerdo. Pusieron la mesa en el patio y mientras Tina y María montaban una ensalada, Luisa preparó el pulpo en la plancha. Los restos de la tarta de manzana del día anterior y un buen café sirvieron de postre.

Cuando Luisa subió a dormir la siesta, Tina ayudó a María a llevar el resto de sus pertenencias a su nueva casa. Supuso que le apetecería algo de intimidad para instalarse y quedaron en verse más tarde. María, por primera vez, estaba sola en el que, a partir de entonces, sería su hogar. Instintivamente tomó algunas fotos dando una vuelta completa a la casa y, luego, metió sus cosas en el dormitorio.

Era una sensación extraña y contradictoria. Se encontraba en una vivienda desconocida que ahora era suya. Por un lado, tenía la percepción de haber conseguido algo grande, una de las

escalas que haría en su nueva vida. Un primer paso. Pero, al mismo tiempo, también le palpitaba dentro una indescriptible sensación de soledad que se apoderó de ella al verse sin nadie a su lado entre aquellas paredes.

Encendió la televisión para aplacar su incipiente ansiedad y comprobó que funcionaba bien. Se tumbó en el sofá, se relajó con el suave ronroneo de la tele y, al poco, estaba durmiendo. La despertó el timbre de la puerta sobre las cinco. Tina y Luisa venían a ayudarla con la mudanza. Habían pasado por casa de la casera a recoger más sábanas y toallas. Luisa, por su parte, traía trapos para la cocina y tres viejas sillas de playa.

—Esto es provisional —dijo Luisa—, pero de momento servirán para tener dónde sentarte en la terraza.

Pasaron el resto de la tarde colocando enseres y ropa hasta que la casa quedó todo lo bien que se podía para hacerla medianamente habitable. Las tres habían trabajado duro y pensaron que un baño en la playa les sentaría de lujo antes de la cena, como así fue. María salió antes del agua para ir a comprar unas cosas en el colmado.

—No será gran cosa, os lo aseguro. Compraré un poco de pescado para hacer a la plancha.

—¡Genial! —exclamó Tina—. Esta noche puedo quedarme con vosotras.

—Ve a cambiarte si quieres y nos vemos en media hora en la ensenada —le dijo Luisa—. Te enseñaré cómo hay que comprar a la gente de aquí sin dejarte engañar.

Todas rieron convencidas de que María se habría dejado timar con facilidad por cualquiera de ellos.

María ya se había cambiado y hecho la compra en el colmado cuando llegaron tía y sobrina a la ensenada. Luisa estaba radiante con un vestido de flores y la seguridad que transmitía a cada paso se podía agarrar con la mano. María la envidió. «Algún día me gustaría ser tan fuerte como ella», pensó.

Luisa le presentó a algunos de los pescadores como la nueva vecina y pidiéndoles expresamente que la trataran como una más del pueblo y no como a una visitante a los que solían aumentar el precio del pescado. Compraron al final una hermosa lubina con la que quedarían satisfechas las tres y, con ella en la mano, pararon en el bar de Paco para llevarse unas cervezas frías.

Ya en casa de María, Tina preparó un aperitivo con patatas fritas y aceitunas mientras Luisa enseñaba a María cómo limpiar el pescado y una forma sencilla de hacerlo, al horno. Metieron una botella de vino a enfriar y subieron a la terraza a ver la puesta de sol con sus cervezas bien frías y el aperitivo, mientras se hacía el pescado.

—También falta una mesa —observó Luisa.

—La verdad es que podríamos cenar aquí si tuviera una.

—¡Y una tumbona! —apostilló Tina riendo.

Las luces anaranjadas del atardecer inundaron la terraza y a las tres mujeres, que pasaron arriba un buen rato de charla antes de bajar a cenar.

El salón-cocina-comedor era pequeño, pero a María le parecía el más acogedor del mundo y la primera cena en su casa le resultó mucho más agradable de lo que hubiera imaginado. Tenía un nuevo hogar, suyo, para ella, y lo compartía con nuevas amigas con las que crear vínculos en un futuro. Relaciones sanas que no recordaba haber tenido desde su niñez y que, ahora, se daba cuenta de lo mucho que las había echado de menos. Quizás ese fuera otro de los grandes logros que pretendía conseguir en su nueva vida y estaba en el buen camino para alcanzarlo. O al menos, eso esperaba.

El vino y el café alargaron la cena. Fue entonces, de forma natural y espontánea, cuando Tina confesó su pasión por la pintura y su deseo de pasar más tiempo allí con ellas para pintar.

—Tu terraza es un sitio ideal para poner el caballete —le dijo a María.

—La tienes a tu disposición siempre que quieras, Tina.

Y su respuesta era sincera de verdad. Le apetecía tener a Tina cerca y contagiarse de su optimismo cada vez que fuera posible. Esa chiquilla insuflaba energía positiva allí por donde iba. Y ella estaba dispuesta a dejarse envolver por esa corriente que la hacía sentir tan bien.

Ya pasaba la medianoche cuando tía y sobrina se retiraron a dormir dejando a María a solas para pasar la primera noche en su casa. Tina tenía lío al día siguiente en casa y Luisa pasaría el día en la capital para hacer varias gestiones, por lo que no se verían posiblemente. Aunque era tarde, María no tenía sueño y decidió mandarle unas fotos a su hijo con un breve mensaje:

«Creo que he encontrado mi sitio. Es el paraíso y me siento feliz. He alquilado una mini casa y me encanta estar aquí. Te quiero.»

Se sorprendió de lo rápido que le respondió su hijo.

«Me alegro por ti. Me encanta verte feliz. Deseando que me cuentes más. Te quiero.»

Que su hijo no la tomara por una loca ya era bueno, pero que además la apoyara en esto, sabiendo que en el otro lado estaba su padre, aún le proporcionaba más ánimos y fuerza para seguir adelante.

Se cambió, preparó la cama y acercó una lamparilla a la mesilla de noche preparándose para leer uno de los libros que había sacado de la maleta.

El silencio de la noche era ensordecedor. No recordaba haber estado nunca envuelta en esa quietud, rota solo por el incesante ir y venir de las tímidas olas que rompían en la playa. Era hermoso e inquietante al mismo tiempo. Cogió su libro y se dejó mecer por las palabras hasta que se le cerraron los ojos. Aquella noche fue la primera de muchas en las que María se encerró con su soledad en su casa. Esa nueva sensación, entre el temor y la felicidad, la acompañaría durante bastante tiempo. Tardaría en acostumbrarse a ella.

Se levantó temprano, y aunque tardó un buen rato en hacerse con la situación de los enseres domésticos, consiguió prepararse un café que acompañó con unas galletas. Era su primer día a solas en el pueblo y quería explorar un poco. Se vistió y salió a pasear. Bajó hasta la playa y anduvo con los pies descalzos por la arena, dejándose acariciar por las olas. Desde luego, aquel era un sitio espectacular que te obligaba a relajarte y desconectar. No parecía existir nada más allá de aquella inmensa playa que se extendía ante ella. Solo había que disfrutar de lo que tenías delante.

Pero María no era capaz de hacerlo del todo. Ciertos pensamientos revoloteaban por su cabeza sin cesar. Y, a veces, llegaban en el momento menos oportuno. Por un lado, estaba Pedro. No tenía muy claro hasta dónde podían llegar sus tentáculos, si sería capaz de encontrarla y obligarla, de algún modo, a volver para recuperar su estatus, que ahora se hallaría por los suelos.

Por otro lado, estaba la cuestión de qué es lo que haría para sobrevivir allí. Tenía que encontrar algún medio de recibir ingresos. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Había calculado que podría vivir bastante bien con lo que tenía, y más cuando su abogado vendiera las pertenencias que le había indicado. Pero quería hacer algo, ser útil de alguna forma y que le reportara un salario. En una palabra, ser independiente.

Nunca había trabajado, ni era especialmente buena con nada. Bueno, sí. Tenía algo en lo que destacaba y era en su capacidad para relacionarse con los demás. Tenía «don de gentes», como le decía su madre, y sabía escuchar. Ya era algo, pero no tenía ni remota idea de cómo eso le podría ayudar a conseguir dinero para alimentarse y pagar el alquiler.

Durante su paseo, recogió algunos trozos de madera por la playa, conchas y piedras que se llevó a casa, las lavó y puso a secar al sol. Le gustaban y, de alguna manera, las pondría como decoración. Se preparó un té y subió a la terraza con su libro. Allí corría una agradable brisa y los edificios colindantes proporcionaban una buena sombra para leer. Solo el hambre hizo que bajara a tomar algo. Su terraza era un sitio estupendo por las mañanas también.

Se decidió por hacer un poco de pasta, que acompañó con salsa de tomate y queso. Se podía comer, pero calculó mal las raciones y supuso que tendría pasta cocida para unos días. Un café le bastó como postre. Se tumbó en el minúsculo sofá y echó de menos algo con lo que arroparse. Pensó que quizás fuera capaz de hacer algo ella misma, pero mientras, fue a por una colcha de su cama para taparse.

Durmió una buena siesta y se despertó ya tarde cuando tocaron a la puerta. Era Francisco que le traía una vieja mesa cuadrada de madera por si la quería. A María le pareció estupenda. Con un poco de pintura quedaría fantástica para la terraza.

—Solo tienes que lijarla un poco antes de pintarla del color que quieras —le indicó el hombre.

—¡Muchas gracias! —dijo entusiasmada ella—. Ayer mismo comentaba con Luisa lo bien que me vendría una mesa. Es todo un detalle por tu parte, como el pintar la casa. Te lo agradezco de verdad, Francisco.

María lo invitó a tomar un café, pero el hombre tenía que ir a la ensenada y se marchó, no sin

antes subirle la mesa a la terraza y prometer que traería unas lijas para que pudiera empezar a arreglarla cuando quisiera. A ella también le pareció una buena idea bajar hasta la ensenada y ver llegar a los barcos. Cogió su libro y salió de casa para instalarse en la terraza del bar de Paco, desde donde tenía una estupenda visión de todo lo que pasaba.

Allí estaba Francisco ayudando a colocar las cajas del pescado y la llamó para que se acercara. Le presentó a su mujer, Lola, y a su hermano Fernando, un atractivo y curtido pescador, especialmente amable. Los dos hermanos iban juntos cada tarde a la lonja y Lola arreglaba las redes y dejaba el barco preparado para el día siguiente.

Charlar con los vecinos y disfrutar de una vida tranquila, con sus rutinas y sin prisas era lo que María no deseaba abandonar. Estaba orgullosa de tener su propia casa, de vivir por su cuenta y, sobre todo, de poder decidir lo que quería hacer en cada momento. Y no estaba dispuesta a perder aquello por nada del mundo. Ni siquiera por el miedo que aún sentía y que, de alguna forma, tendría que arrancarse de su piel.

Pero Pedro estaba al acecho, esperando seguramente el mejor momento para atacar. Sabía que intentaría hacerla volver a ese mundo que ella había abandonado, que haría todo lo posible para arrastrarla de nuevo al abismo. Conocía sus tretas y él era capaz de orquestar toda una trama a su alrededor para hacerla volver a su lado y recuperar el control de la situación. Una corriente helada se apoderó del cuerpo de María y la hizo estremecer. No estaba dispuesta a dejarse arrastrar junto al monstruo que ya la había devorado una vez.

Una señora se acercó y la sacó de su pesadilla cuando le habló:

—Usted es la nueva, ¿no? —preguntó la señora.

—Supongo —dijo María sonriendo.

—No sé qué se le habrá perdido por aquí, que no hay nada —dijo muy seria, a modo de especial bienvenida.

Quizá fue porque María se encontraba lidiando con sus negros pensamientos o solo por que la mujer era bastante indeseable, le costó trabajo contenerse para no contestar mal.

—Perderse nada. Estoy aquí porque así lo he decidido. Espero que eso no la moleste —dijo María en un tono cortante, sin dar pie a seguir con la conversación y retomando su libro.

—Pues nada, que lo disfrute —contestó muy seca la mujer dando la vuelta y marchándose como si fuera una escena surrealista.

Paco llegó con una cerveza fría en la mano para María.

—Venía a rescatarte —dijo—. Esta Pepa es un mal bicho. No le hagas ni caso.

—Poco educada parece.

—No se lo tomes en cuenta. Es con todo el mundo igual, muy desagradable. A esta ronda te invito yo —dijo sirviéndole la caña con una gran sonrisa.

Cuando regresó a su casa era casi de noche. Entró y cerró la puerta tras de sí, apoyándose en ella para echar un vistazo general a su casa. Era pequeña, pero ahora era su hogar, su refugio y allí era donde quería estar. Se preparó una tortilla, que parecía más unos huevos revueltos, y algo de fruta para cenar. Cuando recogió la minúscula cocina pensó que sería buena hora para hablar con su hijo. Sabía lo poco que le gustaba a él alargar una conversación por teléfono, por lo que le resumió su llegada al pueblo, cómo había encontrado la casa y lo mucho que le gustaba aquello.

—Me alegro por ti, mamá.

—Y tú, ¿cómo estás hijo? —preguntó María interesada.

—Con mucho lío en el trabajo. Presentamos un nuevo proyecto y andamos de cabeza.

—¿Todo bien con Jane?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Solo quiero saber que estás bien.

—Yo sí —dijo cambiando el tono de voz, ahora algo más inseguro—. El que no está nada bien es papá. Está desquiciado y no hay forma de mantener una conversación razonable con él.

—Supongo que, con el tiempo, se le pasará y lo aceptará —admitió María sin mucho convencimiento.

Su hijo tampoco estaba demasiado seguro de ello. Le contó que su padre se había tomado el hecho de que ella se marchara como algo personal, una ofensa contra su persona y todo lo que él representaba.

—No escucha. Solo quiere encontrarte para que vuelvas con él —le confesó.

Pablo le aseguró que no le había contado nada. También había recibido la llamada del abogado, que lo tranquilizó y le advirtió lo importante que era que, en estos momentos, su padre no supiera nada sobre ella, ni su paradero. Se despidieron prometiéndose estar en contacto con nuevos mensajes y hablar en unos días. Temblaba cuando colgó.

María se preparó una infusión para relajarse. Se imaginaba la furia de Pedro y se alegraba de no encontrarse cerca. Ella la había sufrido en su piel durante años y ahora lo sufrirían otros. No quería seguir pensando en él. Puso la tele un rato, era demasiado pronto para irse a la cama, pero no había nada interesante. Cogió las maderas que había recogido de la playa y comenzó a jugar con ellas. No sabía muy bien para qué servirían, pero eran muy bonitas. Pensó que quedarían estupendas pegadas alrededor de una maceta o de una fuente decorativa. O, simplemente, juntas cogidas como un ramo y atadas con una cuerda. Quedarían bonitas de cualquier forma. Entonces se le ocurrió que podría unir las una a una, atravesándolas con una cuerda, y hacer un maravilloso móvil de maderas para la entrada de su casa.

Aquella mañana estaba tomando café cuando llegó Luisa con sus deliciosas magdalenas y unas cuantas macetas metidas en bolsas reutilizables del supermercado.

—¡Buenos días! He pensado que a tu casa le faltaba un poco de vida vegetal —le dijo sonriendo y dejando las macetas a un lado—. He sacado algunos hijos de mis plantas y te los he traído para que te entretengas.

María se lo agradeció de verdad. Adoraba las plantas, pero no sabía si sería capaz de que sobrevivieran en sus manos. Luisa le indicó las que podía tener dentro de casa y las que sería mejor subir a la terraza por necesitar más luz. Desayunaron juntas comentando el día anterior y María le hizo una detallada descripción de la gente que había conocido, incluyendo a la desagradable Pepa y al atractivo Fernando.

—Ten cuidado con él —le advirtió—, tiene fama de mujeriego. Nunca se le ha conocido novia oficial, pero se le ve con quien se deja embaucar.

—Tiene algo que atrae —dijo María en su defensa.

—Por eso mismo. Sabe aprovecharse bien de las foráneas, primero vendiéndoles el pescado a precio de oro, y luego colándose en sus camas.

—¡No será para tanto! —exclamó riendo María.

—No te dejes engañar, eso será suficiente —le aconsejó su amiga.

Cambiaron de tema. Luisa quería enseñarle a hacer un caldo de pescado y un guiso para aprovecharlo. Cuando estaban con los preparativos sonó el teléfono de María. Era Roberto, su abogado. No le gustaban las llamadas imprevistas y aquello no tenía buena pinta; y, en efecto, como comprobó enseguida, así era.

Pedro había puesto una denuncia por desaparición y, aunque el abogado había presentado toda la documentación sobre la separación, que él solo tenía que ratificar, el juez había ordenado que se personara en comisaría, o en un puesto de la Guardia Civil, para dar fe de su estado y tomarle declaración. No podía eludirlo y tenía que solucionarlo cuanto antes. Roberto le dio las instrucciones precisas y ella prometió llamarlo en cuanto llegara a la policía.

Tras colgar, le contó con detalle a Luisa lo que ocurría, aunque esta ya intuía que algo iba mal, y avisó inmediatamente a Tina para que fuera a buscarlas. Se personarían en el puesto de Tajines, que era el más cercano. María se arregló enseguida. Estaba nerviosa y Luisa preparó una infusión para las dos, que tomaron en la terraza mientras esperaban a Tina.

—No te preocupes —intentó consolarla Luisa—. Seguro que no va a pasar nada.

—Sabrá dónde estoy y se habrá acabado mi tranquilidad.

—Eso no pasará. No tienes por qué verlo nunca más, si no quieres.

—Ya hará él todo lo posible para encontrarme —sentenció estremecida María.

Sus palabras no eran suficientes para transmitir todo el miedo que sentía, pero Luisa supo ver el pánico que reflejaban sus ojos. Era real, profundo y atávico.

Tina llegó pronto y las tres subieron al coche camino del cuartel de la Guardia Civil mientras Luisa ponía al día a su sobrina. Antes de bajar llamó a su abogado y, con él al teléfono, entraron juntas en el cuartel. Luisa saludó a un par de agentes que conocía, pero tuvieron que esperar en la

puerta mientras María prestaba declaración.

Gracias a Roberto que hablaba desde su móvil con los agentes fue todo muy rápido. Ya había solicitado una orden de alejamiento y, por expresa orden del juez, en ningún caso se le comunicaría a su marido desde dónde le habían tomado declaración. Además, allí le aseguraron que estarían pendientes de su caso y le pidieron que los avisara si, de cualquier forma, Pedro intentaba ponerse en contacto con ella.

No es que le tranquilizaran mucho las palabras de los guardias, pero Roberto le había asegurado que nadie le diría nada a Pedro sobre su paradero. Y en él sí confiaba.

Luisa y Tina la esperaban en la calle, sin embargo, hasta que no estuvieron de nuevo las tres montadas en el coche, ninguna abrió la boca.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Luisa sin poder contenerse más.

—Bien. Solo he tenido que decir que estoy aquí por voluntad propia, que ratifico mi demanda de separación y divorcio y que me da miedo que se acerque a mí —dijo aún conmocionada por la situación vivida en el cuartel.

—No es algo agradable, pero tenías que hacerlo —dijo Luisa—. Ya ha pasado.

—Solo espero que no llegue hasta aquí —dijo casi con rabia.

El silencio se apoderó de ellas durante el resto del trayecto. Tina tenía que regresar a casa. María le agradeció el haberla llevado y, después, Luisa le propuso dar un paseo para despejarse. Bajaron a la playa y caminaron descalzas por la orilla. María se hallaba sumida en sus pensamientos y su amiga la dejó estar hasta que ella fue capaz de hablar.

—Tengo miedo, Luisa —dijo—. No quiero que me encuentre, no quiero verlo, ni quiero volver.

—Nada de eso va a pasar, ya verás.

Se sentaron en la playa y mientras María jugueteaba, de modo inconsciente con los granos de arena, dejando que escaparan de entre sus manos, abrió su alma a la persona que estaba a su lado. Le habló de lo vacía y triste que era su vida, y del valor que tuvo que reunir para escapar de ella; de lo mucho que odiaba ser un decorado más en la vida de Pedro y de lo sola que se sentía aún rodeada de gente.

—Quizá, desde fuera, parezca que he actuado fríamente, pero en realidad he dado muchas vueltas antes de dar este paso —dijo María mirando a los ojos a su amiga, tal vez buscando su comprensión.

—Ya te dije que habías sido muy valiente —contestó con rapidez Luisa.

—Ahora no quiero regresar. Me ha costado demasiado llegar hasta aquí.

Poco después, Tina llamó para ver cómo estaba María y quedaron en que se pasaría a verla tras la siesta. En escasos segundos, Luisa ya había preparado en su mente el plan que tendrían esa tarde.

—Vamos a mi casa —la invitó Luisa—. Tengo un vino frío en la nevera que nos vendrá bien.

Una vez allí, y cada una con su copa de vino, Luisa desvió la conversación a la cocina y compartiendo fogones, ambas mujeres comenzaron a preparar un guiso de patatas con pulpo.

Después de comer, María se fue a su casa y se tumbó en la cama a leer. Terminó el libro y escogió otro de los pocos que se había traído: *El azar y viceversa*, de Felipe Martínez Reyes. Pensó en decirle a Roberto que le enviara algunas cosas, entre ellas libros, pero la imagen de Pedro le hizo abandonar la idea de momento. ¿Y si aún tenía que volver? Ya no descansó más.

Tina y Luisa aparecieron sobre las cinco. Habían preparado unos bocadillos y bebidas para ir de excursión. Mientras esperaban que María se pusiera el bañador, llegó Francisco a traer las lijas para la mesa.

—Se te acumulan las tareas —le dijo Luisa cuando salió—. Francisco te ha traído estas lijas para que te entretengas.

—Sí, creo que ya tengo trabajo para mañana. ¿Dónde puedo comprar pintura?

—En casa tengo algunos botes, puedes utilizarlos si te gusta algún color. Pero en Tajines, donde hemos estado esta mañana, hay una ferretería.

—¿Y biblioteca? —preguntó María ilusionada.

—Pues no sé, creo que sí —contestó Luisa, pensando que nunca había hecho uso de ella.

Luisa comentó los horarios de bus y lo fácil que resultaba para ir a comprar y volver en poco tiempo. Tina se ofreció a traerles los encargos que le pidieran mientras subían al coche. Se metieron por un maltrecho camino más allá del faro hasta que el sendero se volvió monte y tuvieron que dejar el vehículo allí para continuar andando por el sendero que bajaba a la playa.

Escondida entre las rocas se encontraban dos pequeñas calas, una más grande de piedras, a la derecha, y otra diminuta, a la izquierda, con una maravillosa arena fina. A María le pareció un sitio idílico, una pequeña playa secreta de aguas transparentes solo para ellas.

—Aquí te puedes bañar desnuda que no te ve nadie —exclamó Tina quitándose toda la ropa y metiéndose la primera en el agua.

Las tres disfrutaron del espléndido baño y, después, de la suculenta merienda que había preparado Luisa. Tina sacó un bloc de dibujo de su bolsa y tomó algunos apuntes. María no la había visto nunca pintar y pudo comprobar que la chica tenía un don especial. Era increíble cómo convertía unos simples bocetos en verdaderas obras de arte.

—Son preciosos, Tina —le dijo—. Tienes que pintar más, eres muy buena.

—¡Eso le digo yo! —corroboró enseguida Luisa.

Tina guardó silencio y siguió con sus dibujos como si aquella conversación no fuera con ella. Estaba concentrada en no perder ni un solo detalle para plasmarlo en el papel.

Cuando empezó a oscurecer recogieron y volvieron al coche, aunque aprovecharon para parar y hacer alguna foto con aquella fantástica luz. Tina tenía que volver a casa y las dejó a cada una en la suya. Fue una tarde memorable compartida con unas personas estupendas que intentaban, como podían, hacer más llevaderos sus miedos.

Sin embargo, poco después, María se encontró a solas en casa con sus sentimientos como única compañía, por lo que se duchó y se puso ropa cómoda para disfrutar de la lectura un rato.

No tenía hambre, pero ya casi a medianoche se obligó a tomar una fruta y un té, aun sosteniendo el libro en sus manos, sin dejar de leer. Sumergirse en una buena lectura era para ella como estar en otro mundo. María vivía las historias de los personajes como si estuvieran a su lado y era capaz de abstraerse totalmente de la realidad para vivir una nueva, diferente y excitante, en cada una de las obras que leía. No obstante, de pronto, la rescató de su ensoñación un mensaje en el móvil. Era Lupe.

«Hola. ¿Cómo se encuentra? Rezo porque esté bien. Hoy me he marchado de su casa con mucha pena. Mi amiga Sari se queda en mi puesto. Confío en ella, solo espero que el señor la trate bien. Estoy en un hotel precioso junto al aeropuerto. Salgo mañana para Manila. Le dejo a Roberto una carta para usted. Gracias por todo, la recordaré siempre. Que Dios la bendiga.»

Lupe también había tomado la decisión de marcharse. Por fin volvería a su casa, después de una década, y abrazaría a su hijo, al que dejó allí con tan solo cuatro años. Su asistenta no había

viajado a su país ni una sola vez en todo aquel tiempo. No gastaba nada para enviar todo el dinero que podía para él, que estudiaba en un buen colegio, y así le permitía llevar una vida cómoda junto a su abuela. Ahora, su madre volvía a su lado.

María se emocionó al pensar en el reencuentro y en lo mucho que había esperado Lupe este momento. Se alegró por ella y de que, al menos, ese capítulo de su vida había tenido un final feliz. Se lo merecía. La satisfacción que sentía de haber hecho algo importante por Lupe la relajó y, junto al cansancio que la invadía, no tardó en cerrar los ojos para perderse en un profundo sueño.

19

Las siguientes jornadas María estuvo inquieta. Temía que, de alguna forma, Pedro se enterara dónde se encontraba y fuera en su busca. Era una idea que la perseguía sin cesar. Luisa tuvo que ir alguna vez a la capital, por lo que apenas coincidieron. A Tina hacía días también que no la veía. Su padre había empeorado y debía pasar más horas en casa. Pero creó un grupo de WhatsApp para permanecer en contacto las tres y ponerse al día.

María ocupaba su tiempo en leer, dar paseos y trabajar en sus maderas. Poco a poco fue perfeccionando la rudimentaria técnica que empleaba en sus creaciones. Empezó a hacer pequeños pececillos con las maderas que recogía en la playa. Pensó en pintarlos de vivos colores, pero no tenía pintura ni materiales, por lo que la idea quedó solo en eso, en un bonito proyecto de momento.

También se fue acostumbrando a su nueva soledad. Sin embargo, todavía alguna noche se despertaba sobresaltada creyendo que estaba en su antiguo dormitorio, al alcance de su marido. Empapada en un desagradable sudor frío, necesitaba de unos minutos para alejar esa imagen y decirse a sí misma que allí se hallaba a salvo. Aunque, en el fondo, sabía que ningún sitio sería seguro si Pedro se proponía encontrarla.

Pero estar sola no la molestaba, todo lo contrario. Encontraba un tremendo placer en hacer lo que le apetecía en cada momento, sin estar pendiente de nada ni de nadie. Pero, sobre todo, empezaba a disfrutar de pequeñas cosas a las que antes no les daba importancia: un rayo de sol, andar descalza por la playa o el simple hecho de tomar café por las mañanas disfrutando de la vista y la brisa del mar desde su terraza. Excepto a su hijo, y un poco a Lupe, no echaba en falta nada de su vida anterior. Solo el miedo ensombrecía su dicha.

Un día, Luisa la animó a acompañarla a la capital. Mientras ella atendía sus asuntos, María podía entretenerse yendo de tiendas y, después, comer juntas. Así lo hicieron. Cuando llegaron a Almería, Luisa la acompañó hasta el Paseo, en plena zona comercial y quedaron en verse, junto al mercado, a las dos en punto. A María la ciudad le pareció agradable y cómoda para llegar a pie a todos lados.

Al principio, dio una vuelta sin rumbo fijo mirando escaparates. Se sorprendió de la cantidad y calidad de zapaterías que había, lo que la llevó —aun sin querer— a acordarse de su amiga Marta y de lo mucho que hubiera disfrutado allí. Le hizo sonreír el pensar que ya no necesitaba esos carísimos zapatos. Pero sí le vendría bien algo cómodo para pasar el invierno en su nuevo pueblo. Se decantó por unas New Balance de gamuza azul, como la canción, con la «N» en blanco; le recordaban a su juventud, a los veranos en la playa y las noches de luna llena sumergida en un platónico amor adolescente.

Compró unos periódicos y revistas; luego, se sentó en una concurrida terraza para tomar un café y actualizarse sobre lo que ocurría en el mundo, sin embargo, acabó por cerrarlos. No le interesaba, ni quería saber más sobre un planeta que parecía volverse más loco cada día. Llevaba una temporada completamente aislada, pero en realidad no le apetecía nada de lo que tenía ahora

delante: coches, ruidos y gente, mucha gente. Se había acostumbrado al silencio, al rumor de las olas y sobre todo a estar sola. Ahora, el ajetreo y el bullicio de la ciudad casi que le molestaban. Decidió moverse.

Con la ayuda del mapa de su teléfono fue localizando diferentes tiendas para comprar los materiales que quería. En una pequeña aunque preciosa tienda de arte adquirió acrílicos, pinceles, papeles y dos bonitos cuadernos, además de una caja completa de pinturas que quería regalar a Tina. En una ferretería cercana se hizo con cuerdas, herramientas y cola. Todo aquello iba a contribuir a darle vida a sus pececillos de madera.

Antes de las dos estaba en la puerta del mercado y entró a dar un vistazo. Era impresionante, ya no por su bonita estructura de hierro del siglo xix, sino por el colorido, la profusión de frutas, verduras y el orden en el que estaban expuestas. Aquello era un verdadero placer para los sentidos. Cuando llegó Luisa hicieron unas compras allí, algunos productos que solo se encontraban en él, como jengibre, bacalao o unos ricos entrecots de ternera que su amiga prometió se comerían juntas.

—A mi marido le encantaban —dijo—. Cada vez que vengo, sigo con la vieja costumbre de comprarlos.

Como iban cargadas de bolsas decidieron no ir muy lejos y se sentaron en una conocida terraza cerca del mercado. María estaba a punto de descubrir el fascinante mundo de las tapas en Almería. La dejó perpleja que con cada caña de cerveza o bebida pudiera elegir entre decenas de tapas diferentes, cada cual más apetecible. Aconsejada por Luisa, no dejó de probar el atún, los calamares, los huevos rotos o el típico «guisillo». Todo un lujo para el más exigente *gourmet* [Es un galicismo, así que hay que escribirlo en cursiva o usar la forma castellanizada.]. Quizá pidieron alguna cerveza de más, pero disfrutaron con ganas su día en la ciudad. Un poco más tarde, cogieron un taxi para ir a la estación y tomar el autobús de vuelta, donde ambas se quedaron dormidas nada más salir.

Llegaron a La Calilla a media tarde y a las dos les pareció buena idea echarse una siesta en condiciones. Cuando María se despertó se puso el bañador y bajó a la playa. El agua ya estaba más fría, pero tan cristalina que invitaba a meterse. Sabía lo bien que le sentaría el baño, por lo que no lo dudó.

De vuelta a casa, vio llegar los barcos de los pescadores y, por un segundo, se le pasó por la cabeza ir a admirar sus capturas. No obstante, al final, se decantó por una buena ducha y ropa calentita.

Aquella tarde empezó a soplar el poniente. Ya había habido algunos días con viento, pero nada comparable con aquel temporal que se avecinaba. El aire parecía meterse por cada hueco de la casa, rugiendo sin descanso, y María, intranquila, supuso que aquella noche sería larga. Llamaron a la puerta y fue a abrir con rapidez pensando que sería Luisa, pero no. Se quedó muy sorprendida al ver ante su puerta a Fernando, el pescador, el hermano de Francisco. Desde luego, a él no lo esperaba.

—¡Buenas tardes, por decir algo! ¿Puedo pasar?, o saldremos volando —preguntó al tiempo que entraba en la casa y cerraba la puerta sin esperar contestación.

—Pasa, pasa —acertó a decir María cuando ya estaba dentro.

—Este poniente viene fuerte —exclamó—. Te he traído algo de pescado fresco. No volveremos a salir en tres o cuatro días.

—Gracias —respondió María aún sorprendida, cogiendo la bolsa que le tendía.

—Te lo he limpiado, por si no te gusta mucho esa parte.

—Gracias, pero no hacía falta. ¿Quieres tomar algo? —ofreció educada.

—Una cerveza fría estaría bien.

María sacó dos del frigorífico y un poco de mojama con almendras, que había comprado en el mercado por la mañana por recomendación de Luisa. Recordó sus palabras sobre el hombre que ahora estaba sentado en la mesa de su cocina e intentó mantenerse alerta.

—Te lo agradezco, aunque no tenías que traerme pescado —dijo lo más fría que pudo.

—Lo sé, pero quería hacerlo. He venido porque hoy no te he visto en la ensenada.

—He estado en Almería.

—¿Te ha gustado? —preguntó interesado Fernando.

—Sí, me parece una ciudad cómoda para vivir y se come muy bien.

—Yo no cambio esto por nada del mundo. No me gusta salir de aquí si no es en mi barco —afirmó antes de dar un trago a su cerveza.

—Esto es un paraíso. Yo tampoco lo cambio —dijo María sonriendo, aunque enseguida se dio cuenta de que no debería haber perdido tan ingenuamente su compostura.

—Tienes una sonrisa preciosa —alabó él, mirándola a los ojos.

—Ya me dijeron que eras un adulator con el que tenía que tener cuidado.

—No te creas todo lo que te dicen. No es el lobo tan fiero como lo pintan.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Conversar con una hermosa mujer a la que me gustaría invitar a cenar, ya que ella no me invita a mí.

—Lo siento, no soy muy buena cocinera —respondió ella bajando un poco la cabeza. No podía aguantar más sosteniéndole la mirada.

—Si quieres, puedo cocinar yo. No se me da muy mal, sobre todo el pescado —insistió.

—Gracias, pero estoy cansada después de todo el ajetreo del día. Quizás en otra ocasión.

—¿Me invitas a marcharme? ¿No te apetece que me quede, prepare una rica cena y te haga compañía en esta desapacible noche?

—Hoy no, Fernando. Te lo agradezco igualmente.

—No des más las gracias —dijo él levantándose—. Ten por seguro que lo volveré a intentar.

De repente, se acercó a ella, la besó con suavidad en los labios y dio media vuelta en dirección a la puerta.

María se quedó tan perpleja que no podía articular palabra mientras procesaba lo que acababa de ocurrir.

—Volveremos a vernos. Y espero que, entonces, podamos cenar juntos.

—Gracias por el pescado —acertó a decir ella.

Cuando Fernando salió, María se quedó apoyada tras la puerta cerrada. Le temblaban las piernas y su ritmo cardíaco se había disparado de golpe. Había estado a punto de dejarse llevar, pese a estar precavida. Aquel hombre había dejado inundada la casa del fuerte olor a mar y sal que desprendía cada uno de los poros de su piel. Sus grandes ojos marrones, el pelo alborotado y, hasta su tono de voz, resultaban seductores.

No podía negarlo, ni tampoco evitarlo. Por mucho que su parte racional le decía que aquel tipo era un impresentable y arrogante pirata, María había tenido que esforzarse para mantenerse distante y no caer rendida ante sus toscos encantos. No estaba muy segura de lo que habría podido ocurrir si aquel leve beso hubiera durado unos segundos más y sus fuertes brazos la hubieran rodeado sin dejarle escapatoria. Casi sintió un febril deseo que no recordaba haber vivido en

mucho tiempo, por lo que agradecía que él se hubiera marchado. Nada de aquello estaba planificado y tampoco era algo que quería ahora. «Solo ha sido un mal pensamiento», se dijo mientras intentaba tranquilizarse.

Guardó el pescado, partió un poco de queso y abrió una botella de vino. No quería pensar en Fernando y en lo que había ocurrido, pero su imagen y sus certeras palabras revoloteaban en su cabeza sin descanso, como el viento que soplaba incansable y se colaba en cada rincón de su casa. Luisa le mandó un mensaje diciéndole que estaba cansada y que se iba a la cama porque al día siguiente tenía que volver temprano a la ciudad. María lo agradeció, necesitaba estar sola.

Aquella noche dejó que la imaginación la sedujera como si fuera Fernando, explorando con sus rudas manos cada pliegue de su piel. Allí, en lo más profundo de su solitaria intimidad, María decidió que se mantendría alejada del pescador. No era el momento y, quizá, tampoco el hombre adecuado.

Temprano, a la mañana siguiente, recibió una llamada de su abogado. Pedro y sus letrados ya conocían su declaración y, desde luego, no sabrían nunca dónde se encontraba. Podía estar tranquila, al menos por ahora. Ella le pidió que le enviara algunas cosas, no muchas, solo libros y algunos enseres personales. No cabía mucho en su nueva casa, le dijo. Roberto le contó cómo iban las ventas de sus pertenencias y que tenía ya veinte mil euros en la cuenta, pero aún quedaban cosas por vender. Buenas noticias por fin.

Esa conversación la tranquilizó un poco y pudo relajarse algo más que los días anteriores. Seguía soplando el fuerte viento de poniente y no se podía bajar a la playa, ahora prácticamente desaparecida bajo enormes olas. La pequeña ensenada daba algo de cobijo a los barcos que, pese a sus resistentes amarres, no dejaban de zarandearse unos junto a otros. Aún no hacía frío, pero María se puso una chaqueta con capucha para salir a dar un paseo y protegerse de las infinitas gotas de agua salada que el viento arrastraba sin descanso. Esa indomable fuerza de la naturaleza la seducía tanto, o más, que los soleados y calurosos días de levante.

El tiempo no invitaba a permanecer mucho en la calle y entró al bar de Paco a tomar un café caliente. Allí estaba Francisco, que le presentó a Matías, un vecino al que todos recurrían cuando precisaban que les hiciera algún trabajo con madera. Había sido carpintero y ahora, aunque estaba jubilado, siempre andaba con algún encargo entre manos. María aprovechó para preguntarle algunas dudas que tenía sobre cómo pegar y pintar las maderas, y que él contestó con amabilidad. Pensó que merecía la pena estar cerca de aquel hombre porque seguro tenía mucho que aprender de él si quería mejorar sus pequeñas obras de arte.

Ella los invitó a los dos al café y Matías se despidió antes de marcharse. Fue entonces, a solas, cuando Francisco le preguntó si sabía idiomas.

—Inglés y un poco de francés, ¿por qué? —preguntó María intrigada.

—En la Cooperativa de Tajines necesitan a alguien con conocimientos de idiomas, quizá te interese.

—Pues sí —contestó ella—. Me vendría bien tener un trabajo remunerado.

Francisco le dio el teléfono de un tal Jesús Albaida para que lo llamara de su parte. Era amigo suyo y el que le había contado lo del trabajo. «Seguro que te trata bien», le dijo. María le dio las gracias y cuando terminaron el café, se despidieron y salieron del bar para enfrentarse a un verdadero temporal antes de llegar a casa.

Aún era temprano cuando llegó y aprovechó para llamar al número que le había dado Francisco. Jesús fue muy amable con ella. Le explicó que buscaban a alguien en el departamento de exportación para combinar las diferentes cargas de camiones en los que se distribuían sus productos por Europa. Quedaron en tener una entrevista al día siguiente.

A María le parecía una buena oportunidad. Nunca había trabajado y le daba hasta vergüenza admitirlo. Sin embargo, se le daba bien relacionarse con todo tipo de personas; además, organizar y planificar había sido lo que llevaba haciendo desde hacía años. Los idiomas no serían un problema.

Poco después, Luisa le mandó un mensaje: «María, te invito a comer, ven a casa». Sin

pensarlo dos veces, cogió su chaqueta y las llaves y salió para allá. Luisa la esperaba con una botella de vino abierta.

—¡Hola! ¿Celebramos algo? —preguntó María al entrar y verla.

—¡Claro! Que estamos juntas y vamos a darnos un buen homenaje. ¿No te parece suficiente?

—Me parece genial, Luisa. Gracias por invitarme.

—¡Siempre con tus gracias!

Ambas se miraron divertidas, sabiéndose cómplices del buen rato que ya adivinaban. María no pudo esperar para contarle lo de la entrevista en Tajines, lo que alegró sinceramente a su amiga. Luisa le comentó que su hermano se encontraba mejor. Había pasado una crisis, aunque ya estaba casi recuperado y pronto Tina se reuniría con ellas. María le comentó la visita sorpresa de Fernando y Luisa no pudo reprimirse:

—Te lo advertí. ¡Ten cuidado con él! —exclamó casi regañándole entre risas.

—¡Y tanto! Es un seductor nato. Creo que si llega a estar un poco más en casa hubiera quedado atrapada en sus redes, y nunca mejor dicho —confesó María.

Las dos rieron divertidas y continuaron su animada charla al tiempo que daban cuenta de los ricos chuletones que Luisa había comprado, en la plaza, en honor a su desaparecido marido. Cuando recogieron y se sentaron de nuevo en la mesa para terminar el vino, Luisa comenzó su confesión ante la perplejidad de María, que no podía creer lo que oía, ni se esperaba algo así.

—Tengo que decirte algo —comentó Luisa—. Estos días he ido a Almería porque me han estado haciendo unas pruebas. Tengo un bulto en el pecho izquierdo.

—¿Cómo? —la interrumpió María—. ¿Y no has dicho nada?

—Espera. Escúchame primero, por favor —pidió, y continuó hablando—: No tienen claro que se trate de algo malo, pero quieren extirpar para curarse en salud. He hablado con una amiga, que ya ha pasado por esto, y me recomendó que, antes de nada, fuera a una clínica de Madrid donde la operaron a ella. Insiste en que no deje que me toquen y que vaya primero allí. Lo voy a hacer, me voy mañana. Tengo muchas esperanzas.

—Te acompaño, voy contigo —replicó decidida y seria María.

—Gracias, pero no. Tú no debes salir de aquí y menos volver a Madrid. Además, tienes una entrevista mañana.

—¡Puedo posponerla! Y quiero estar contigo.

—Tranquila, mi amiga me acompañará. Conoce a los médicos y a todo el mundo allí. Estaré bien y solo es una primera revisión.

—Pero ¿cómo no me has dicho nada? No es justo que lo guardes solo para ti cuando has estado a mi lado cada vez que lo he necesitado, y con tu mejor cara pese a lo que estás pasando. ¡Quiero hacer lo mismo por ti! —dijo María conmovida, al tiempo que colocaba su mano sobre el hombro de su amiga intentando acercarse a ella.

—Lo sé, pero Tina no sabe nada. Bueno, nadie lo sabe y así quiero que sea. Lo que tenga que venir ya vendrá cuando llegue el momento, no ahora, ¿entiendes?

—No, Luisa, no lo entiendo. No puedo comprender por qué quieres pasar por esto sola.

—No estoy sola y te lo estoy contando a ti, ¿no? Pero no quiero que nadie más se entere, al menos por ahora. Solo voy a estar fuera un par de días y aquí todos pensarán que estoy con mi hermano, no me echarán de menos. Y eso es lo que tú dirás si te preguntan, ¿vale? —dijo muy seria, mirándola a los ojos y esperando su respuesta.

—Por supuesto, aunque me gustaría acompañarte.

—Sabes que no puedes, María, y tampoco es necesario. Volveré pronto y nadie sabrá nada, ni

siquiera Tina. Ella cree estoy liada arreglando papeles de mi marido y, como todavía está ocupada con mi hermano, no vendrá por aquí.

—Todo saldrá bien, ya verás —sentenció María, dándole un gran abrazo.

Acabaron el vino mientras Luisa desviaba la conversación sobre la carne y dieron por terminada la velada. Tampoco había muchas más palabras que decir. María no pudo dormir bien aquella noche, demasiadas emociones para tan corto espacio de tiempo. El viento seguía soplando sin descanso y sus extraños sonidos la arroparon durante una larga noche.

Se levantó temprano, se duchó y se arregló lo mejor que pudo para la entrevista, muy alejada de su atuendo diario en La Calilla. Cogió el autobús de las ocho y, en menos de quince minutos, estaba en Tajines. El trayecto era corto, así que le dio tiempo a desayunar en un bar junto a la parada. La cooperativa se hallaba a las afueras del pueblo y sus invernaderos se extendían por buena parte de la zona, pero tuvo suerte y las oficinas se encontraban cerca, por lo que pudo ir andando, aunque se sintió incómoda con los tacones, poco apropiados para aquel camino mal asfaltado.

Jesús Albaida la esperaba y enseguida pasaron a un despacho en el lateral del edificio. La entrevista fue rápida y, aunque no le quedó del todo claro su cometido, María salió de allí pensando que quizá tenía posibilidades para ocupar el puesto. Mostró sus mejores dotes sociales, le aseguró poder lidiar con la organización del transporte y a su entrevistador pareció convencerle.

Luego, María aprovechó que estaba en el pueblo para preguntar por la biblioteca. Sí que había y era más grande de lo que se imaginaba. Se hizo el carnet y sacó prestados tres libros de los que llamaban novedades, aunque en realidad llevaban ya varios meses en el mercado. Tenía quince días para devolverlos y le pareció tiempo más que suficiente para leerlos todos. A las once, tomó el autobús de vuelta a La Calilla. Sí, definitivamente podía arreglárselas bien con el transporte público sin necesidad de coche.

Llegó a casa y preparó un poco de pasta con setas para comer. Estaba rico, quizá su buen hacer culinario mejoraba. Por la tarde, llamó a Luisa para ver cómo había ido todo. Estaba contenta, pero tenía que esperar hasta el día siguiente para saber los resultados de las pruebas. Aquel tema preocupaba a María y no podía entender que se lo hubiera callado tanto tiempo. «Algo así no es para llevarlo una sola», pensó. «Para algo estamos las amigas». Sin embargo, enseguida recordó que ella también tardó en contarles toda su situación real.

Aunque era temprano, mandó un mensaje a su hijo a sabiendas de que no lo leería hasta la noche. «Estoy bien, todo OK. Me gustaría que vinieses. Te echo de menos, ahora más que nunca».

Pasó el resto de la tarde trabajando con sus maderas. Algunos de los pequeños peces estaban quedando muy bien con las nuevas pinturas, pero sobre todo la entretenían. No podía dejar de pensar en Luisa y, por alguna razón que no llegaba a entender, en su hijo Pablo. Pensó que quizás era el miedo ante una situación así lo que le hacía acordarse de tus seres más queridos. Y de repente cayó en la cuenta: si Pablo se decidía a venir, ¿dónde lo metería? En el mini sofá no cabría ni la mitad de su atlético cuerpo y compartiendo cama no estaría bien ninguno de los dos. Recordó entonces que Roberto le había dicho que ya disponía de un dinero extra y estuvo dándole vueltas a la idea de gastar algo en un buen sofá cama para la sala.

Pese a que aún soplaba bien el poniente, cogió su chaqueta y salió a dar un paseo. Los barcos seguían amarrados, como ya le había advertido Fernando. No tenía ni idea de por qué le venía ese hombre a la cabeza. Se alegró de que no estuviera por allí, no le apetecía encontrárselo, o al menos eso era lo que se decía a sí misma sin mucho convencimiento. De pronto, oyó una voz a su espalda que la mantuvo inmóvil durante unos segundos antes de volverse:

—¡Hola, forastera! ¿Venías a por pescado fresco?

María se giró y se encontró pegada a ella a Fernando.

—Hola —dijo con un hilo de voz—. Estaba dando un paseo y ya volvía a casa, hace mala tarde.

—¿Puedo acompañarte? —le susurró tan cerca que volvió a sentir su ajado olor a sal.

—Claro, pero no sé si seré la mejor compañía.

—Te aseguro que la mejor en este momento —contestó rápido y altivo.

Ambos empezaron a andar bajo la tenue luz del crepúsculo envueltos en un vendaval que no daba descanso. María se quedó callada intentando calmar los desbocados latidos de su corazón que, de repente, bombeaba sangre a una velocidad de vértigo hasta el último rincón de su cuerpo. No, definitivamente aquello no podía sucederle a ella. No ahora. Debía recuperar el control. ¿Cómo era posible que un hombre como aquel pudiera ponerla nerviosa? Dejó que él hablara mientras se tranquilizaba.

—Tenía ganas de verte y esperaba que el parón por el temporal me diera la oportunidad de hacerlo —dijo él acercándose peligrosamente a su brazo.

—Pues ya lo has hecho —respondió ella cortante.

—¿Te molesta?

—No —mintió María sin mirarlo—. Vivimos en el mismo pueblo, es normal que nos crucemos por aquí.

—Bueno, tenemos una cena pendiente, ¿recuerdas?

María supo que era el momento de dejar las cosas claras si no quería quedar atrapada en su red.

—Te lo agradezco de verdad, Fernando, pero ahora mismo no es el mejor momento para cenas ni para salir con nadie.

—¿Te ocurre algo o es que tienes ese bonito corazón ocupado?

—Estoy bien. Es solo que no quiero complicar más mi vida. Solo eso.

—¿Yo te la complico? —preguntó él con un gesto de incredulidad.

—Es lo que quiero evitar.

—Simplemente tienes miedo. Temes dar rienda suelta a tu vida y disfrutarla como te apetezca. ¿Es así?

—No, no es así, Fernando. Es solo que ahora necesito estar tranquila.

Ya casi estaban llegando a su casa. María sacó las llaves.

—Supongo entonces que no me invitarás a entrar.

—No lo tomes como una descortesía. Es mejor así. Espero que lo entiendas.

—La verdad es que no, pero si es lo que quieres, no te molestaré. Sé respetar los deseos de una mujer... ¡y también complacerlos! —susurró él mostrándole una cautivadora sonrisa que casi la vuelve a desarmar.

—Estoy segura —dijo ella convencida.

Se despidieron en la puerta y María se refugió en su casa sintiéndose a salvo de un peligroso depredador que sabía seguiría al acecho.

Al día siguiente el viento parecía más calmado, pero quizá solo era una ilusión, pues más tarde comprobó que los barcos seguían amarrados en la ensenada. Se hizo un café y se disponía a desayunar algo cuando sonó su móvil. Se sobresaltó y corrió hasta la mesa para cogerlo. Era un número desconocido para ella. El teléfono seguía sonando, pero no se atrevía a cogerlo. Decidió descolgar.

—¿Sí?

—¿María de Leza?

—Sí. ¿Quién es? —preguntó azorada intentando reconocer la voz.

—Soy Jesús Albaida, de la Cooperativa de Tajines. Hizo una entrevista con nosotros y queríamos saber si podría empezar a trabajar a principios de mes.

—¿Dentro de una semana? ¿Me han dado el trabajo? —preguntó María casi asustada.

—Sí, eso es. Estamos en plena campaña y necesitamos a alguien en el departamento cuanto antes. ¿Acepta el puesto?

María dudó durante unos interminables segundos, pero contestó:

—Sí... sí, claro.

—¡Perfecto! ¿Podría pasar mañana de nuevo por la oficina para arreglar toda la documentación?

—Sí. ¿A alguna hora en concreto?

—No, cuando le vaya bien de nueve a dos. Pregunte en recepción por Cristina, ella será quien la atienda —dijo Albaida a través de la línea con un sereno tono de voz.

—¿Necesito llevar alguna documentación?

—Solo su DNI y el número de afiliación a la Seguridad Social o la tarjeta de demandante de empleo si la tiene.

—No, no la tengo —dijo ella un tanto asustada.

—Entonces no le hará falta. No se preocupe, Cristina le dirá si necesita algo más.

—De acuerdo. Muchas gracias por confiar en mí, señor Albaida. Lo haré lo mejor posible, de eso puede estar seguro —dijo convencida.

—Eso espero yo, María. Nos vemos por aquí. ¡Que tenga un buen día!

—¡Igualmente...! —No le dio tiempo a terminar porque ya había colgado.

De repente, su vida había dado un nuevo giro casi sin avisarla. Su estadio medio vacacional había llegado a su fin sin haberle dado mucho tiempo a disfrutarlo. En un instante, se agolparon en su cabeza infinidad de tareas que requerían una atención inmediata y llamar a su abogado era lo primero de la lista. Además, no disponía de ropa adecuada para ir a trabajar, tenía que refrescar un poco su inglés, organizar la casa... Las tareas le caían encima como si fueran una avalancha. Debía recomponerse y nada mejor que un café para ayudarla. Tomó uno doble mientras intentaba tranquilizarse y poner en orden sus pensamientos. De pronto, se sentía abrumada por la cantidad de decisiones que tenía que tomar en tan poco espacio de tiempo. ¡Todas urgentes! Subió a la terraza a respirar aire fresco.

Se dio cuenta de que tenía trabajo pendiente con las mesas y las sillas, pero aquello no era lo

que más le preocupaba en ese momento. Entonces, se acordó de Luisa y de Tina, y comprendió al instante que sus preocupaciones no era nada comparado con lo que estaba pasando Luisa. No tenía noticias de ella y, aunque supuso que llegaría por la noche, decidió mandarle un mensaje: «Hola. ¿Todo bien?»

No esperaba una respuesta inmediata, solo saber algo de su amiga.

Se dio cuenta de que tenía un mensaje de su hijo: «Hola, mamá. Me alegro de que estés bien. Yo ahora ando muy liado con un nuevo proyecto en la *ofi*. Ya te contaré. Este *finde* te llamo.»

Bueno, al menos estaba tranquila en ese sentido. Pablo sabía cuidarse y no le quitaba el sueño ahora.

Llamó a su abogado para contarle lo del trabajo y la documentación que necesitaba. Roberto se alegró por ella, aunque tendría que moverse para que a su exmarido no le llegara ninguna información al respecto. No habría ningún problema una vez firmada la sentencia de divorcio, pero Pedro aún no lo había hecho. María se asustó solo de pensar en la posibilidad de que la encontrara.

Roberto intentó tranquilizarla, argumentando que tenía herramientas para evitar que conociera su paradero y la animó a disfrutar de esa nueva experiencia de trabajo. Cuando colgaron María no estaba totalmente convencida, aunque decidió que se presentaría al día siguiente en la cooperativa.

Aprovechó el resto de la mañana para limpiar un poco la casa y hacer la colada. Sacó uno de los pescados que le regaló Fernando para comer y salió a comprar pan al colmado, a pesar de que aún soplaba fuerte el viento. De vuelta, ya cerca de su casa, se encontró con Matías. Charlaron un poco sobre el poniente que no los abandonaba y María aprovechó para invitarle a una cerveza en casa y enseñarle sus trabajos en madera. Matías aceptó encantado. Se sentaron en la cocina, donde María puso la cerveza bien fría y un aperitivo. Luego, colocó con cuidado sus colgadores y peces sobre la mesa.

Matías se quedó sorprendido de las habilidades de su nueva vecina y la felicitó por su originalidad. Además, le dio algunas expertas indicaciones para mejorar sus acabados y la aconsejó respecto a ciertos productos y herramientas que le serían de gran ayuda ya que eran muy útiles en ese tipo de trabajos.

Matías se fue pronto y ella recogió antes de preparar la comida.

Después de la siesta, recibió un mensaje de Luisa: «Todo bien. Llegaré tarde esta noche. Mañana comemos juntas.» En fin, tampoco le daba mucha información.

María, tras ordenar y guardar la ropa de la colada y preparar lo que se pondría al día siguiente, se sumergió de lleno en sus peces de madera hasta que se hizo de noche. Durmió poco y mal, por lo que no tenía muy buena cara cuando se levantó, algo que solucionó con un poco más de maquillaje, pese a que no le gustaba. Pensaba coger el primer autobús e ir temprano a la cooperativa, luego hacer la compra en Tajines y volver pronto para ir a ver a Luisa cuanto antes.

En la cooperativa fue todo muy rápido. Cristina la atendió encantada y, cuando estaban en la puerta despidiéndose, su compañera le presentó al que sería su nuevo jefe, Román Fuertes, que entraba en ese momento. El hombre estuvo con ellas solo unos segundos, pero fueron suficientes para que María supiera que no se llevarían bien. Era un tipo alto y apuesto, ya entrado en años, que dejaba a su paso un aire de superioridad y arrogancia difícil de olvidar. Su último comentario fue para Cristina, obviando totalmente a María:

—Muy bien, espero que me dure más que la anterior —exclamó cortante.

Dicho esto, dio media vuelta y siguió su camino hacia el interior de las oficinas. Cristina se

disculpó por él:

—No le hagas mucho caso, es un poco raro —le dijo su nueva compañera.

—Pero será mi jefe, ¿no?

—Sí. Y te alegrarás de no verlo mucho, suele estar siempre de viaje.

Sin más explicaciones, se despidieron hasta la semana siguiente cuando empezaría a trabajar. María salió de allí no muy convencida de que aquel fuera su trabajo ideal, al lado de tipos como Fuertes. Había escapado de un monstruo y no estaba dispuesta acercarse a otro por propia voluntad. Pero, aun así, decidió darle una oportunidad. Quería trabajar y aquella podría ser una opción para ella.

Compró algunas cosas que necesitaba en el supermercado y tomó el autobús de vuelta a La Calilla. Fue a casa a cambiarse y dejar la compra, e inmediatamente se dirigió a casa de Luisa. La encontró regando las plantas en la puerta.

—Me podías haber dicho que te las regara estos días. No caí, lo siento. ¿Cómo te encuentras? —preguntó María dándole un abrazo.

—Muy bien y con ganas de estar en casa. Madrid me agobia. No entiendo cómo la gente puede vivir en una ciudad tan grande e impersonal.

—¡Dímelo a mí! Estoy encantada de haberme mudado aquí y haber abandonado esa vorágine.

Luisa la invitó a un café y, ya sentadas en torno a la mesa, le contó todo lo que había vivido esos días sin obviar ningún detalle.

—Cuando me dieron los resultados estaba muerta de miedo. Mil posibilidades habían pasado por mi cabeza, pero son buenos profesionales y saben cómo hacer las cosas, especialmente en situaciones tan difíciles.

—Pero ¿qué te han dicho? —preguntó con interés María, deseando conocer los resultados.

—Estoy bien, María —dijo con una gran sonrisa—. Es un bulto de grasa que me tienen que tratar para que vaya reduciendo, pero no es un tumor, ¡gracias a Dios!

María casi se tiró encima de ella para abrazarla.

—¡Cuánto me alegro! He estado muy preocupada. Es una excelente noticia, Luisa.

—Ni te imaginas lo que me he alegrado yo, amiga.

Sin esperarlo, ambas mujeres dejaron correr las lágrimas, permitiendo escapar así el estado de tensión vivido. Para reponerse, Luisa sacó un par de cervezas frías mientras empezaba a preparar la comida. Tenía un hermoso pargo rojizo y se disponía a prepararlo al horno. «Una receta fácil para novatos», le dijo riendo. Cuando ya estaba en el horno, mandaron un mensaje a Tina. «Te esperamos mañana», escribió Luisa.

Tina no tardó en contestar: «Iré por la tarde. Papá tiene médico por la mañana. ¿Qué tal la entrevista de María?»

«Empiezo a trabajar el día 1».

«¡Esto hay que celebrarlo! Llevaré algo».

A María le reconfortaba reunirse de nuevo las tres y a Luisa se la veía feliz y relajada. Solo ella sabía lo que había pasado esos días de incertidumbre, de tener una espada afilada sobre su cabeza. Ahora, todo eso quedaba atrás.

Tras dar cuenta de aquella sencilla y deliciosa comida, entre risas y anécdotas del viaje, se retiraron a descansar, pero quedaron para cenar juntas esa noche en casa de María.

—Seguro que no estará tan rico como tu comida.

—¡Estará perfecto, amiga mía!

María ya había decidido que prepararía algo especial para Luisa y, aunque no podía confiar

del todo en su manejo en la cocina, estaba convencida de que nadie le ganaba organizando un ambiente especial. Y a ello se dedicó toda la tarde.

Cuando Luisa llegó ya estaba casi anocheciendo y por fin el poniente daba un descanso, después de varios días de azote. María sacó una botella de vino bien fría, la metió en una cubitera improvisada con hielo y subieron a la terraza.

Luisa se quedó impresionada al ver el agradable ambiente que había creado María con lo poco que tenía. Sobre la vieja mesa colgaba una guirnalda de luces que, unida a las velas repartidas por todos los rincones, daba a la terraza un aire mágico. Protegido junto a la pared había creado una pequeña zona *chill out* con una vieja jarapa, todos los cojines que había en la casa y algunas de las plantas que su amiga le había regalado. Un poco de música suave acababa de darle ese ambiente especial a la terraza.

—¡Qué bonito! —exclamó Luisa casi emocionada—. No parece tu terraza, sino un sitio de esos de moda que triunfan en verano.

—Una velada especial para ti, para celebrar que estás bien y en casa.

—Hace mucho tiempo que nadie se tomaba tantas molestias por mí.

—No es ninguna molestia, Luisa. Es todo un placer ofrecerte lo poco que puedo darte —le dijo complacida María.

—A Tina le encantaría estar aquí en este momento.

—Mañana podemos cenar aquí con ella también. Haremos algo divertido.

Ambas mujeres disfrutaron juntas de una agradable noche y, aunque María tuvo que subir unas chaquetas y una manta ligera para taparse cuando empezó a refrescar, las dos llenaron la noche con historias que alimentaban sin buscarlo una sincera amistad.

Para Luisa, aquella velada que le regalaba su amiga fue toda una celebración que no se borró jamás de su mente y, con el paso del tiempo, hasta la nombraría como «La noche de la vuelta a la vida». Nadie había hecho nunca nada tan bonito por ella, ni siquiera su desaparecido marido.

A la mañana siguiente, y con la resaca a cuestas que le dejaron las dos botellas de vino, las dos amigas se refugiaron en sus respectivas casas hasta que apareció Tina por la tarde.

Tina las había echado de menos tanto como ellas a la joven, por lo que el reencuentro entre las tres fue muy cariñoso y agradable. Tía y sobrina se presentaron en casa de María antes de las ocho, con unas cervezas heladas en un cubo que acarreaba Tina y un pulpo asado que llevaba en una bandeja Luisa. Terminaron de preparar la cena y fueron subiendo los platos a la terraza. Tina quedó fascinada de ver el nuevo aspecto que tenía y no pudo evitar el comentario:

—¡La hostia! Esto parece sacado de una revista. ¡Qué chulo! ¡Yo quiero vivir aquí! —exclamó sorprendida.

María y Luisa rieron con gusto mientras colocaban la mesa. Tina alucinaba con el aspecto de la terraza y el estar allí, con ellas, ya era toda una felicidad. Había pasado muchos días encerrada en casa cuidando de su padre y necesitaba estar al aire libre. No podía imaginar mejor sitio que ese para relajarse, ni mejor compañía. Tampoco nadie ensombreció la noche con el inquietante suceso que Luisa había padecido. En cambio, sí que contaron sus novedades, cada una a su manera, y María pudo comentar el incidente que había vivido al conocer a su nuevo jefe, así como la mala sensación que le producía.

Tina les comentó que había un festival todo el fin de semana con varios conciertos en San Antonio, que montarían un mercadillo, puestos de comida y artesanía. El sábado sería un buen día para ir, si a todas les parecía buena idea. Luisa y María no pusieron inconveniente. Seguro que les vendría bien un poco de diversión.

La velada transcurrió entre risas y confidencias que las tres mujeres disfrutaron a pesar de que el frío de la noche las hizo cubrirse. A Tina le interesaba mucho la historia de Fernando e intentaba que María contara más detalles, pese a su resistencia.

—Tienes que aprovechar la ocasión —le decía—. Fernando te lo pone en bandeja.

—No es mi tipo —replicó ella con una sonrisa pícaro.

—Es un tipo. Y muy atractivo, por cierto —sentenció Tina.

Luisa intentaba desviar la conversación, pero en el fondo le gustaba que su amiga estuviera en el punto de mira del pescador. Era señal de que aún resultaba atractiva y sabía lo importante que eso era para una mujer que ya había cumplido los cincuenta. Sin embargo, también era consciente de lo poco recomendable que era Fernando para ella.

Se despidieron bien entrada la madrugada. Tina se quedaba a dormir en casa de su tía, pero prometió estar allí, por la mañana temprano, para pintar un rato en aquella encantadora terraza. María durmió de un tirón toda la noche y no se despertó hasta ya bien entrado el día, cuando Tina llamó insistentemente en su puerta.

—Buenos días. ¿Te he despertado? —le preguntó Tina un tanto avergonzada.

—Sí, pero ya es hora de levantarse, no te preocupes.

—Perdona, pensaba que madrugabas —se disculpó la chica.

—Y así es, menos cuando tu tía y yo acabamos la noche antes con la botella de vino —dijo riendo.

Tina entró cargada con sus bártulos de pintura, que dejó junto a la puerta para sentarse a tomar el café que María ya preparaba. Lo acompañaron con unas tostadas y fruta, al tiempo que la joven

se disculpaba, de nuevo, por haberla molestado.

—Es por la luz —le explicó—. A esta hora, la luz es mucho más suave y delicada. Es un buen momento para captarla.

María asentía mientras intentaba despertarse del todo. Luego, la ayudó a subir sus cosas por la estrecha escalera que llegaba a la terraza.

Tina colocó su caballete en el lado desde el que se veía el mar y María montó su pequeño taller de carpintería sobre la mesa. Tenía que pintarla, pero eso sería otro día. Continuó rematando los últimos peces que tenía casi terminados y buena parte de la mañana se les fue sin darse cuenta, cada una concentrada en su respectivo trabajo. Luisa las sacó de su éxtasis creativo cuando las llamó por teléfono. Las esperaba a comer en quince minutos. Tiempo suficiente para recoger el improvisado estudio que ambas tenían montado en la terraza. María se acercó a ver el cuadro de Tina. Era excepcional.

—¡Es precioso!. Tienes una habilidad especial para plasmar algo así —le dijo con sinceridad admirando el cuadro.

—Forma parte de mi alma, y eso es suficiente para mí.

—Tienes que pintarme uno para poner en casa. Eso solo ya le daría clase a mi modesto hogar —exclamó ilusionada María.

—¡Claro! En cuanto haga uno que me guste, te lo prometo. ¿Y tú que estabas haciendo?

María le enseñó los pececillos ya terminados y el carillón de maderas viejas.

—¡Son súper chulos! Esto puedes venderlo a buen precio. Voy a hablar con una amiga que tiene una tienda y se los llevaremos el día que vayamos a San Antonio.

—Bueno, Tina, no corras. No es nada. Están graciosos, sí, pero nada más. De ahí a que alguien los quiera comprar... va un abismo.

—Eso ya lo veremos.

Terminaron de recoger, pero Tina le pidió permiso para volver por la tarde, si no le molestaba, porque así podía dejar montado el caballete. Por supuesto, María no puso ninguna objeción; incluso si se acostaba, no le importaba que Tina estuviese pintando en la terraza. Envolvió un par de pececillos en un viejo papel y los guardó en su bolsa.

Antes de llegar a casa de Luisa, ya se podía oler el inconfundible aroma de la carne asándose en la barbacoa porque este inundaba toda la calle. Su amiga las esperaba en el patio al cuidado del fuego.

—No os he visto en toda la mañana. ¿Dónde estabais metidas? —dijo al verlas entrar.

—En la terraza de María. Es todo un oasis. Yo he estado pintando desde bien temprano y, de hecho, a la pobre la he despertado.

—Ya te había dicho que esas no eran horas de ir a casa de nadie —le reprochó su tía.

—Estaba casi despierta, no pasa nada.

—¡Tendrías que ver los peces tan chulos que hace María! —exclamó Tina mientras empezaba a poner la mesa—. Los voy a llevar a San Antonio a la tienda de mi amiga.

—Bueno, ya veremos —respondió María sacando de su bolsa el paquete con los peces—. Te he traído estos para ti, Luisa. Los he terminado esta mañana.

—Son muy bonitos, María, ¡gracias! —le dijo al abrir el paquete—. Tengo que ponerlos en un sitio que se vean bien. Y estoy de acuerdo con Tina en que se podrían vender. ¡Se te da genial esto!

—Este verano, los turistas los comprarán como locos, y si no ya veréis —sentenció Tina con cara de felicidad.

Luisa empezó a sacar del fuego unos estupendos chorizos que partió sobre la tabla que tenía al lado antes de llevarlos a la mesa. Le siguió el pollo, la panceta y unas tiernísimas tiras de costilla de ternera. Estaba todo delicioso. María recordó la última barbacoa en su jardín y le pareció un acontecimiento muy lejano. Allí estaba sentada junto a dos mujeres casi extrañas que ya formaban parte de su nueva vida. Y por raro que pudiera parecer, se sentía mucho más cerca de ellas que de ninguna de sus antiguas amigas y, por supuesto, más plena que con la fría vida que había vivido junto a su ya exmarido.

Le gustaba estar allí y disfrutar de cosas sencillas con sus amigas, vivir en su diminuta casa de La Calilla, junto a un mar infinito, y, sobre todo, la sensación de independencia que sentía iba conquistando día a día. Su vida, eso era en realidad lo que estaba consiguiendo: vivir como quería, sin que nadie le dijera a cada instante lo que debía hacer, la ropa de última moda que tenía que llevar, ni lo que hablar en una aburrida cena con absurdos personajes. Y, en especial, no tener a nadie cerca que pensara que su vida no importaba nada. Ahora era ella la que decidía cada mañana si bajar a la playa o crear peces con un viejo trozo de madera, cuándo dormir o cuándo comer, y la que decidía si estaba sola o compartía buenos momentos con sus nuevas amigas. Y allí estaba, disfrutando de uno de ellos.

Después del café, Luisa se fue a dormir un rato, momento que María y Tina aprovecharon para volver a casa de esta, que también reclamaba una siesta. Tina subió a la terraza y María se metió en su habitación. No durmió mucho, pero cuando subió para reunirse con la joven, ya por la tarde, Tina parecía haber montado una exposición. Había varios cuadros por la terraza, apoyados contra el muro, en el suelo y encima de la mesa.

—Parece que se te ha dado bien la tarde —la interrumpió.

—Ni te imaginas lo que ha dado de sí—dijo Tina mientras apoyaba en una bandeja sus pinceles—. Se está muy a gusto aquí, y es fácil pintar cuando una está bien.

—Me alegro por ti, Tina. Tus cuadros son fantásticos, deberías de pintar aún más.

—Llevaba tiempo sin coger un pincel con todo lo de mi padre. Espero poder venir más a menudo.

—Esta es tu casa cuando quieras, o cuando puedas. Siempre tendrás las puertas abiertas para pintar o para lo que quieras.

Tina se le tiró al cuello, agradeciéndole tal ofrecimiento, y María sonrió al pensar que no tardaría mucho en hacer uso de él.

Los siguientes días no se vieron mucho. Tina había vuelto a casa y Luisa tuvo que ir a la capital un par de veces para iniciar el tratamiento con el dermatólogo y fue también a ver a su hermano, por lo que María aprovechó para hacer un nuevo móvil de madera y terminó varios peces de colores más. Solo salió una tarde a pasear con Luisa y acabaron tomando una cerveza en la terraza del bar de Paco. Ahora soplaban un levante flojo, pero La Calilla estaba protegida por las montañas que tenía detrás y allí era prácticamente imperceptible.

—Me da pena abandonar esta vida tranquila y relajada que tengo ahora —confesó María a su amiga.

—No la vas a abandonar, solo vas a trabajar y el horario es muy bueno, tendrás casi todas las tardes para ti.

—Ya, pero no será igual. Y no te creas que me apetece mucho estar bajo las órdenes de ese déspota de Fuentes.

—Bueno, tú prueba y si no te convence, ya verás cómo sale otra cosa —intentó animarla Luisa.

Los barcos ya estaban ultimando su faena. Francisco las saludó desde lejos cuando subía a la furgoneta, con su mujer, camino de la lonja. A María no le hubiera importado bajar a comprar pescado, pero la sola idea de encontrarse con Fernando la disuadió. Aunque no tuvo ningún efecto, ya que cuando terminó la faena, subió hasta el paseo a saludarlas. María se alegró al menos de estar con su amiga y pensó que le serviría de escudo, pero se equivocó.

—¡Buenas tardes, señoras! —dijo con amabilidad—. ¿Me permiten invitarlas a una ronda?

—Gracias, Fernando, pero ya nos íbamos —contestó nerviosa María.

—¡Pero si todavía no se ha puesto el sol! Es un sacrilegio marcharse ahora con la buena tarde que hace —exclamó haciendo señales a Paco para que sirviera otra ronda sin darle tiempo a responder nada más.

—No te pases, Fernando, que nos conocemos —le advirtió Luisa—. ¿Hoy no vas a la lonja?

—He venido a traeros unas jibias que he sacado —le contestó, entregando una bolsa a Luisa—. Repartidlas entre las dos. Y no, hoy ha ido Francisco con Lola. Yo tengo faena con el motor —dijo señalando su barco.

—Gracias, pero no es necesario que nos traigas pescado —afirmó María intentando no cruzarse con sus atractivos ojos.

—Solo son unas jibias, no tienes que agradecer tanto. Pero si te molesta, no volveré a llevarte nada que saque de mi barco —dijo en un tono serio, aunque a María aún le parecía seductor.

—Fernando, sabes que no van por ahí los tiros —salió defensora Luisa.

—Me queda claro que María no quiere ni cenar conmigo, pero tampoco es cuestión de afear a un vecino, ¿no? —dijo con una sonrisa en la boca que las desarmó a ambas.

—No te preocupes porque de lo que nos quieras traer, daremos buena cuenta —exclamó con rapidez una risueña Luisa para quitarle hierro al asunto.

María estaba inquieta. Sin saber por qué —o quizá sí—, Fernando la ponía nerviosa.

Agradeció por ello que él se levantara cuando apuró su caña.

—Siento que este humilde pescador las haya molestado, señoras —dijo haciendo una reverencia, lo que consiguió que ambas mujeres sonrieran ante su teatralidad—. Están ustedes invitadas. Nos veremos en otra ocasión.

—Gracias, Fernando —le replicó María, mirándolo a los ojos pese al peligro que eso suponía.

Cuando se alejó, Luisa no pudo contenerse:

—Ten cuidado; el zorro está herido y ahora puede ser más peligroso, amiga mía.

—Creo que tendré que estar siempre alerta cuando ande cerca.

—Y yo creo que limpiaré las jibias esta noche —dijo Luisa con sorna.

Ambas mujeres terminaron su cerveza viendo la puesta de sol y, dando un paseo, regresaron a sus casas donde, puertas adentro, cada una vivía su propia soledad a su manera.

Tina llegó el sábado temprano y pasó primero a recoger a su tía y fueron juntas a por María, que aún estaba envolviendo los peces de madera y los carillones en papel de periódico para transportarlos en una caja. Tina la ayudó a meterlos en el coche.

De camino a San Antonio, la joven les contó que había empezado a mirar escuelas de arte, y que la de Almería se estaba convirtiendo en una opción posible por su calidad y cercanía a casa.

—Puedo ir y volver cada día, solo que no tengo ningún espacio propio para pintar en casa y ya sabes que a mamá y papá no les hace mucha gracia encontrarse con todos mis trastos por el medio.

—Siempre puedes habilitar parte del garaje. Tu padre ya no lo usa.

—Me da miedo hasta proponérselo.

—Déjame intentarlo a mí —le dijo con cariño su tía—. Además, tienes mi casa, ya lo sabes.

Se notaba que había ambiente de fiesta. Pese a haber empezado ya el otoño, San Antonio estaba repleto de gente. Se dirigieron primero a la tienda de la amiga de Tina, Manuela, quien era dueña de un pequeño establecimiento de artesanía, ropa y hasta recuerdos del pueblo, aunque estos resultaban un tanto vulgares; al menos, a los ojos de María. Tina las presentó y le mostró los trabajos de la madrileña de quien tanto le había hablado.

—Son muy bonitos, María —dijo Manuela, encantada con lo que estaba viendo—. ¿Tienes más?

—Ahora mismo no, pero voy haciendo poco a poco —contestó algo cohibida.

—Los pondremos a la venta y vamos a ver qué piensa el resto del mundo —respondió la propietaria con una sonrisa.

Pactaron el precio y Manuela les dijo que, además, durante el fin de semana, tendría un pequeño puesto también en el mercadillo, por lo que se llevaría parte para allá.

Tras salir de la tienda, las tres mujeres dieron un paseo por toda la zona viendo lo que se ofertaba en cada tenderete y atracción. Compraron unas bolsas de tela estampadas y Tina le sacó a su tía una camiseta.

Al mediodía, tomaron una caña en uno de los puestos, pero prefirieron sentarse en uno que tenía mesas cerca del paseo para comer. En él, había un poco de todo, incluida una pequeña barbacoa donde asaban carne, pinchos y hamburguesas y hasta ofrecían un símil de comida asiática de corte más mediterráneo que oriental. Además, estaba al sol y, desde él, se veía el mar, lo que fue suficiente para que resultara escogido.

María recordó entonces la última vez que comió en un asiático con su amiga Marta, el día que

se despidió de ella. No habían vuelto a hablar, aunque suponía ya habría leído la carta que le dejó. Tampoco la echaba de menos. Pidió unos *dumpling* de gambas para probar, pese a la extrañeza de sus amigas.

—Me gustaba mucho la comida asiática y aquí no tengo apenas oportunidad de tomarla —les explicó casi a modo de disculpa.

—Pues un día tendrás que prepararnos algo así —le dijo Tina—. Me gustaría probar, a ver si está rico.

—¡No creo que mi capacidad culinaria llegue a tanto, Tina! Pero puedes tomar de los míos —dijo María riendo.

—Bueno, un día intentaremos hacer las dos juntas alguna receta de esas raras que te gustan, si quieres —le contestó Luisa muy dispuesta.

En la mesa de al lado, un apuesto hombre de cabello moreno y escandalosos ojos verdes escuchaba divertido la conversación de las tres mujeres mientras ojeaba un libro. De repente, Tina se percató de algo en su mesa.

—¡María, ese hombre tiene uno de tus peces! —dijo sorprendida sin quitarle ojo al atractivo morenazo.

—No es posible —contestó ella intentando mirar con disimulo.

—Sí que lo es —apostilló Luisa—. Y además es muy guapo.

Las tres miraron de golpe y el hombre enrojeció, concentrándose en su libro. Ninguna evitó sonreír.

—Tenemos que salir de dudas —exclamó Tina decidida.

Sin esperar ni un segundo, la joven se levantó y fue directa hacia su mesa ante la muda sorpresa de sus acompañantes.

—Hola. Perdona que le moleste, pero ese pez... —dijo señalando al bonito pez azul que había sobre la mesa—. ¿Dónde lo ha comprado?

—Hola. Pues en una tienda aquí cerca. Había cosas muy bonitas —dijo el hombre sin dejar de sonreír.

—¿Cuánto le ha costado, si no es mucho preguntar?

—Quince euros, pero tenían unos un poco más grandes y algo más caros. ¿Te gusta?

—Los hace mi amiga —le dijo Tina señalando a María.

—Pues tiene un gran talento, además de ser muy guapa —alabó él, posando sus enormes ojos verdes en los de María.

—Ven, te la presentaré —dijo Tina con la ligereza de la juventud.

El hombre no pudo menos que levantarse, recoger sus cosas y acercarse a la mesa de al lado, detrás de Tina.

—Ella es María, la creadora de estos peces. ¡Y de más cosas! Y ella —dijo, refiriéndose a Luisa—, es mi tía Luisa. ¡Ah! Y yo me llamo Tina —se presentó estrechándole la mano.

—Encantado de conocerlas, señoras —dijo, extendiéndole la mano a todas—. Me llamo Andrés.

Le respondieron con educación y Tina no dudó en invitarlo a sentarse con ellas, cosa que aceptó encantado. Sus ojos volvieron a cruzarse con los de María que sintió algo especial en ellos y, aunque era incapaz de describirlo, le hizo bajar la mirada. Fue él el que comenzó a hablar:

—Así que eres tú la creadora de estos hermosos peces —exclamó dirigiéndose a ella.

—Sí, eso parece —respondió María intentando articular las palabras que no se atrevían a salir de su boca.

—Son muy originales, seguro que venderás muchos —le dijo, al tiempo que desplegaba una hermosa sonrisa.

María era incapaz de sostenerle la mirada. De repente, casi empezó a temblar sin tener frío. Luisa se dio cuenta e intervino para desviar la conversación:

—¿Eres de aquí, Andrés?

—Sí, vivo cerca de Níjar. ¿Vosotras también?

—Sí, por aquí cerca —dijo Luisa prudente—. Pero tu acento no es muy almeriense

—No lo es. Soy sirio, pero llevo ya aquí casi quince años. Me estoy ya haciendo a la tierra.

—¿Un refugiado? —preguntó Tina sorprendida.

—Sí, más o menos. Yo escapé antes, pero también salí huyendo de la tiranía y la represión que vivíamos, solo que ahora es peor.

—Una triste historia —comentó Luisa—. Aunque poco sirio me suena a mí el nombre de Andrés.

—Bueno, es más fácil de pronunciar que en árabe. El nombre es adoptado, como yo.

María no quería ni abrir la boca para que no se le notara lo nerviosa que estaba, pero Luisa tenía claro lo que estaba ocurriendo.

El camarero llegó a servir, interrumpiendo la conversación y le preguntó al recién llegado si se quedaba en esa mesa, a lo que este contestó rápido que sí y pidió un refresco de limón, aunque el camarero le trajo la bebida que tenía en la otra mesa. María se lanzó a por su copa de vino y ya estaba bebiendo cuando el desconocido propuso un brindis:

—Brindo por tres bellas mujeres que se han cruzado hoy en mi vida —exclamó levantando su refresco.

—¡Qué galante! —dijo Tina embelesada por el atractivo hombre.

Luisa y Tina subieron sus copas para brindar, pero María se quedó rezagada mientras tragaba un buen sorbo de su vino y todos la miraban, especialmente él, hasta que brindó también. No sabía lo que estaba ocurriendo, sin embargo, aquel sirio encantador la estaba perturbando. Tina, ajena a todo, se veía entusiasmada por tener a un refugiado sirio en su mesa y lo acibilló a preguntas hasta que Luisa la frenó:

—Tina, hemos venido a pasar un buen rato y a comer. ¡Deja descansar a Andrés! —dijo con un tono socarrón.

—No me molesta, estoy acostumbrado. En mi tierra soy un desertor y aquí un extranjero. No soy de ningún sitio en realidad, solo de donde esté mi hogar.

María no había probado bocado de lo que le habían traído, y ni siquiera se le habría ocurrido intentarlo porque casi no era capaz ni de respirar. Aquel hombre tenía un tono de voz cautivador, unos ojos esmeralda inmensos y despedía un aroma especial que la estaba volviendo loca. ¿Qué le pasaba últimamente con los hombres? Desde luego, este sirio no tenía nada que ver con Fernando pero, en ese momento, sentía una atracción que escapaba a todo razonamiento. Luisa intentó traerla de nuevo al mundo.

—¿No pruebas tu comida asiática? —le preguntó señalando el plato de *dumplings* sin tocar.

—No me importa que estén fríos —dijo con esfuerzo mirando el plato y evitando así un nuevo cruce con esos vibrantes ojos. Bebió otra vez de su copa. Necesitaba tranquilizarse.

—Pues están deliciosos calientes —comentó Andrés—. Yo voy a pedir unos también.

—¿Puedo probar uno tuyo? —preguntó Tina a María.

—Claro, puedes comerlos todos, no tengo hambre.

—Pide otra cosa, si te apetece. ¿Quieres probar mis pinchitos? —insistió Luisa.

A María casi le da una arcada solo de pensarlo, pero hizo un esfuerzo para contenerse y responder.

—No, gracias. Creo que no estoy muy bien del estómago. Pero tienen buena pinta —mintió.

El camarero volvió, pidieron de nuevo y María se apuntó a un agua con gas. Mejor no tentar con el vino. Tina volvió a la carga con el casi desconocido.

—¿Y qué haces en Níjar? ¿Trabajas en los invernaderos?

—No, estoy de encargado en un almacén. Eso ya es un buen puesto para un «refugiado» como yo —afirmó antes de echarse a reír.

Andrés les contó que, en su país, era ingeniero industrial y había trabajado en varias fábricas. Cuando llegó a Almería, su experiencia le había permitido ir progresando hasta llegar al puesto que ocupaba ahora. María estaba segura de que algo habría tenido que ver el que fuera tan encantador. Hasta Luisa que, al principio, se había mantenido en guardia, empezaba a relajarse con él.

—Bueno —dijo divertido—. Ahora os toca a vosotras contarme algo de vuestra vida porque ya sabéis demasiado sobre mí y, en cambio, yo todavía no sé nada de vosotras.

Tina se lanzó a contestar:

—Yo soy pintora, bueno estudiante —se corrigió—. Vivo cerca de Campolindo, pero paso todo el tiempo que puedo en La Calilla, con mi tía.

—Así es —dijo Luisa—. Vivo en La Calilla, en una casa que compartía con un pescador que nunca volvió del mar.

—Lo siento —se lamentó él—. Eso también es duro. ¿Y tú, María?

Necesitó unos segundos para responder.

—Yo trabajo en una cooperativa en el departamento de exportación.

—Por aquí hay mucha gente que trabaja en algo relacionado con el campo o los invernaderos. ¿También vives en La Calilla?

—Sí —contestó escueta.

—¿Nos tomamos un café? —les preguntó Luisa para cambiar otra vez de conversación ante la rigidez de María.

—¡Claro! —dijo Andrés—. Pero solo si me dejáis que os invite.

No les dio tiempo a negarse porque se levantó para pagar en el pequeño mostrador que, en aquel momento, estaba abarrotado de gente. Ninguna de las tres podía dejar de mirarlo. Era alto, tenía un cuerpo atlético y su ropa —unos chinos claros y un polo azul marino— le conferían un aspecto inmejorable.

26

Luisa dejó de observarle para volver a la realidad y aprovechó el momento, sin pensarlo, para centrarse en su amiga.

—¿Estás bien, María? —le preguntó preocupada.

—No. Estoy a punto del colapso. ¿Has visto qué ojazos? ¡Me tiene hipnotizada! —confesó en un susurro a Luisa con la ilusa idea de que Tina no la oyera.

—No tienes que jurarlo, se te nota a la legua.

—¿Te gusta? —preguntó Tina sorprendida al oírla pese a que hablaban en voz baja.

—No lo sé. Estoy atontada, supongo —acertó a decir.

No les dio tiempo a más pues Andrés ya estaba de vuelta. Y las tres volvieron la mirada al apuesto hombre que regresaba a la mesa con una enorme y encantadora sonrisa.

—Vamos —dijo recogiendo sus cosas, entre ellas el pez, al que miró con delicadeza antes de dirigir su mirada a María—. Conozco un sitio muy agradable aquí cerca, estupendo para tomar un café tranquilo.

Luisa intentó quedarse un poco atrás, arrastrando a Tina, con la excusa de llamar por teléfono y María se vio, de repente, andando a solas con él. Volvió la mirada hacia Luisa en busca de socorro, pero solo encontró una sonrisa cómplice que sabía no era de ayuda. Él se mantuvo unos segundos en silencio, pero no aguantó mucho.

—Me alegro de tener un pez hecho por ti, y me alegro aún más de haberte conocido. Bueno, a todas —corrigió.

—Está siendo un buen día —logró responder con esfuerzo para que le salieran las palabras.

—¿Estás mejor? No has probado bocado.

—No es nada, no te preocupes. Quizá me siente bien el paseo —contestó.

—Pues entonces daremos un rodeo. Hace una tarde preciosa.

María agradecía ir a su lado y no toparse de nuevo con esos ojos que la desarmaban, pero ahora que lo tenía tan cerca, su intenso perfume se hizo más cercano, y la fascinación que estaba sintiendo por aquel desconocido se intensificó sin ninguna lógica aparente. Ambos guardaban silencio, y los dos sabían por qué. María tomó aire para llenar sus pulmones y se atrevió a indagar sobre algo que la llenaba de curiosidad desde que lo había visto.

—¿Lees mucho a Sthendal? —preguntó interesada señalando la novela que llevaba en las manos.

—*La Cartuja de Parma* es uno de mis libros favoritos. De vez en cuando lo releo. ¿Te gusta a ti o prefieres otras lecturas?

—Hace tiempo que lo leí y recuerdo que me impresionó. Pero últimamente casi prefiero leer cosas que me entretengan, que me hagan pasar un buen rato o me transporten a mundos donde será difícil que yo llegue.

—Nunca sabes hasta dónde puedes llegar si no lo intentas.

—Creo que lo estoy intentando —le dijo algo confundida.

—¿Llegar a algún sitio concreto? —preguntó Andrés interesado.

—Intentando vivir, que ya es mucho.

—Totalmente de acuerdo —dijo él volviendo su cara para encontrarse con la suya.

Sus ojos hablaron más que sus labios y entre ambos estalló una magia especial a la que ninguno de los dos se atrevió a poner nombre. Luisa y Tina se les unieron antes de entrar en un local del paseo que tenía un bonito porche cubierto de buganvillas y violetas.

El sitio era muy agradable, disponía de unas pequeñas mesas en la terraza y unas estupendas vistas de la playa. Sonaba de fondo música de *jazz* y el ambiente era más tranquilo que el de la bulliciosa plaza. Tomaron café, pero María se decantó por un té con hielo, no se atrevió a nada más fuerte con el estómago vacío. Tina seguía interesada en conocer más a fondo a un musulmán que no lo parecía.

—¿Y tú rezas mirando a La Meca y respetas el Ramadán? —le preguntó curiosa.

—No soy yihadista, si es a lo que te refieres —contestó con un tono serio que no había utilizado hasta ahora.

—Perdona, no quería decir eso —respondió la chica avergonzada.

—Disculpa a Tina —saltó Luisa—. Su juventud la hace un poco descarada.

—No importa —dijo él, clavando de nuevo sus ojos en María—. Soy musulmán por mis orígenes, pero no practicante, como muchos católicos. Ya llevo demasiado tiempo aquí y mis costumbres se han occidentalizado. Me gusta el buen jamón y, a veces, me bebo una copa de vino. Soy un demonio corrupto para mi pueblo y un moro raro para vosotros. Ando en tierra de nadie, supongo.

—No tienes por qué dar más explicaciones, Andrés —le comentó Luisa—. Cada uno vive su vida como quiere.

A María se le venían a la cabeza mil preguntas que hacerle, pero era incapaz de decir nada. De vez en cuando, levantaba la mirada para enfrentarse a sus inmensos ojos que sabía le querían hablar, sin embargo, no podía sostenerla. La corriente de energía que sentía le quemaba todo el cuerpo.

Sonó el teléfono de Andrés, un iPhone de los grandes, se percató María. Él se disculpó y se levantó de la mesa para salir al paseo a hablar.

—¿Qué te pasa, María? —le instó rápida Luisa.

—No sé qué me ocurre. Me tiene desencajada. Es el hombre más apuesto y atractivo que he visto nunca. Parezco una niña, pero no puedo evitar temblar cuando me mira.

—¡Pues queda con él! —dijo Tina como si fuera lo más natural.

María puso los ojos en blanco. Solo de pensar en estar a solas con él se le aceleraba más el corazón. Andrés volvió a la mesa, pero su sonrisa había desaparecido.

—Lo siento, chicas, me tengo que marchar. Ha surgido un problema en el almacén y tengo que ir a resolverlo —dijo con su tono serio de voz—. Os dejo mi teléfono para que me llaméis y quedemos otro día. Me ha encantado conoceros. —En ese instante, volvió a clavar sus ojos en María como si solo le estuviese hablando a ella—. ¿Nos volveremos a ver?

—¡Claro! —contestó Tina por todas—. Te dejo yo mi teléfono y así nos tienes controladas.

María casi entró en pánico. Aquel hombre se marchaba y no quería separarse de él. Sus miradas suplicaban más, ajenas a las otras personas que los rodeaban. Andrés le dio un par de besos a Tina y a Luisa. Cuando llegó a María se acercó suavemente a su cara, impregnando la piel con su intenso perfume, y le susurró al oído:

—Te encontraré, princesa.

Luego, recogió sus cosas, dio media vuelta y desapareció entre el bullicio de la gente. María intentó seguirlo con la mirada hasta que lo perdió. Suspiró y, de alguna forma, sintió como si

perdiera algo que ya le pertenecía.

Las tres amigas coincidieron en que era hora de volver a casa. En el coche, María iba callada en el asiento de atrás, intentando calmar la frustración de haberle dejado marchar sin reaccionar, pero sobre todo quería calmar ese desenfrenado fuego que la había quemado hasta lo más profundo de su alma.

No podía comprender cómo podía sentir algo así por un perfecto desconocido, del que lo único que sabía es que era sirio, que tenía trabajo y que le leía a Sthendal. «¡Por Dios!» —se dijo —, «me estoy volviendo loca».

Tina fue la que rompió el silencio:

—¿De verdad te gusta el tío bueno del «morito»?

—¡Tina! —la reprimió su tía.

—Déjala, Luisa, tiene toda la razón —intervino María—. Sí, Tina, creo que ese «morito» me ha vuelto loca. Debo estar perdiendo la cabeza —confesó.

—¿Qué es lo que te preocupa más: enamorarte o que sea moro? —inquirió Luisa.

—Creo que ambas cosas. No sé si estoy preparada para esto ni para nada semejante —sentenció María.

El resto del viaje lo hicieron en silencio, cada una ocupada con sus propios pensamientos, todos ellos protagonizados por Andrés y María. La jornada había sido demasiado intensa. Tina las dejó en La Calilla y volvió a casa.

María se dio una ducha y se puso ropa cómoda. Tenía hambre ya que casi no había comido en todo el día, pero no le apetecía cocinar. Se decidió por un poco de jamón que aún quedaba en la nevera. «Andrés también come jamón», pensó. «No debe de ser un extremista». Luego, sin poder evitarlo, se lo imaginó en una sala llena de alfombras rezando mirando a La Meca, tomando el té con unos beduinos y, finalmente, con un harén de mujeres a las que contentar. Todas las imágenes y clichés que podía suponer sobre el mundo musulmán pasaron por su cabeza como una película donde el protagonista siempre era el mismo: Andrés; y ella una embelesada espectadora.

Nada de eso era suficiente para mitigar el deseo irrefrenable que María sentía por aquel hombre, por sus enormes ojos verdes, por su piel morena y su seductor tono de voz. Pero sabía que había más, que era más profundo de lo que le gustaría admitir, que había sido tocada por el dardo que destroza corazones y, envuelta en un primitivo deseo, se quedó dormida.

María se levantó temprano y se preparó para su primer día de trabajo, al que llegó pronto. Cristina le presentó a alguno de sus compañeros y la introdujo en el departamento de exportación donde desarrollaría su trabajo. Allí trabajaban, además de ella misma —que gestionaba los pedidos a preparar—, Ginés y Félix que eran los que controlaban los *stocks* que salían de los invernaderos para el almacén y Salva, que era la mano derecha de Fuertes y su cabeza visible cuando él no estaba. Y ahora se incorporaba María para el control de cargas y expediciones. Cristina se encargó de ponerla al día, ubicarla en la que sería su mesa —junto a la suya— y presentarla por correo a los colaboradores con los que tendría que trabajar. No le dieron tiempo ni para acomodarse. Salva llegó con algo urgente y su compañera la puso en marcha.

—Bueno, vamos a estrenarnos, María —le dijo dándole las especificaciones de la carga—. Aquí tienes las direcciones y fechas de entrega —le extendió una carpeta azul llena de papeles—, y lo primero es hacer el parte de salida y el de entrega.

María no tuvo ningún problema en seguir el proceso, contactar con diferentes empresas de transporte de una lista que le suministraron y dejar resuelto su primer pedido con la ayuda de su compañera. De hecho, incluso organizó dos cargas más antes de terminar la jornada.

—Parece que te desenvuelves bien —le dijo su compañera al despedirse—. Espero que aguantes el ritmo de aquí.

—Seguro que sí —le contestó María con una sonrisa.

Para ser su primer día de trabajo, no había ido mal. Sus compañeros habían entrado y salido a lo largo de toda la mañana, por lo que se relacionó poco con ellos. En realidad, solo Cristina había estado con ella. Ahora, se alegraba de volver a casa. Había desayunado pronto y tenía hambre, pero no había dejado nada preparado.

Hizo un poco de pasta con tomate y se tumbó en el sofá a dormir la siesta. Se despertó cuando alguien llamó a la puerta. Era Luisa. Quería saber cómo le había ido en la cooperativa, pero sobre todo quería saber cómo estaba ella y, en especial, su corazón.

—Estoy asustada, Luisa —comentó—. Siento una atracción enorme por ese hombre, del que no sé nada, solo que pertenece a una cultura que no es la mía. Se trata de un perfecto desconocido y eso me da miedo.

—Que sea diferente no debe asustarte —le contestó su amiga—. Solo es eso, diferente.

—No puedo dejar de pensar en él, en sus ojos, en su voz... Pero me aterra ese mundo suyo extraño para mí. Y, además, ¿qué pensará mi hijo? ¿Que me he vuelto loca?

—Tu hijo no tiene por qué saber nada de momento, y cuando lo sepa seguro que te entenderá.

—¿Y tú qué piensas de verdad? —La miró a los ojos suplicando una respuesta sincera.

—Creo que te mereces ser feliz, María. No importa quién te ayude a que lo consigas. Si es Andrés esa persona, pues bienvenido.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí —contestó segura—. No debes preocuparte antes de tiempo. Primero tendrás que conocerlo y ver si es eso lo que quieres. Luego, el tiempo te irá dando pistas y tomarás tus propias decisiones.

María preparó café. Luisa tenía el don de tranquilizarla. Sus palabras, llenas de sentido común, la hacían pensar y la ayudaban a alejar sus irracionales miedos. Tina pareció querer unirse a ellas porque envió un mensaje: «¿Cómo estáis? Andrés me ha enviado mensaje pidiéndome teléfono de María. ¿Se lo doy?»

«Sí», contestó Luisa en el acto.

«Bien. Mañana iré por la tarde. ¿Puedo pintar en tu terraza?»

«Claro. ¿Te ha preguntado algo más?», se interesó esperanzada María.

«No. Nos vemos mañana».

En el fondo, María estaba entusiasmada de que Andrés tuviera su teléfono y que se abriera así la posibilidad de que la llamara, pues ella se había propuesto no hacerlo a pesar de que había grabado su número cuando se lo dio a Tina. Luisa se dio cuenta, con esa capacidad suya de leer entre líneas, de que su amiga necesitaba espacio y la dejó sola disfrutando de su momento. Se verían más tarde.

María subió a la terraza aprovechando que había quedado buena tarde y sacó sus trabajos en madera para continuar con ellos pero, por supuesto, sin separarse de su móvil, que consultaba de forma intermitente. Durante todo el tiempo que estuvo trabajando solo le llegó un mensaje de su hijo diciéndole que quería ir a verla y que, posiblemente, se pudiera escapar unos días a final de mes. Aquello era una gran noticia, aunque también le dejaba un margen de escasos días para acondicionar un poco su casa. Como mínimo, tenía que hacerse con un sofá-cama si no querían dormir juntos. Hablaría con Luisa, a ver qué se le ocurría. Recogió la terraza y se preparó para dar un paseo. Pensaba pasar por casa de su amiga, por si le apetecía acompañarla, pero en ese momento sonó el teléfono. Era Andrés. El corazón se le disparó al instante.

—Hola, ¿María? Soy Andrés.

—Hola... ya. ¿Qué tal? —dijo con un nerviosismo que casi la delataba.

—Bien. ¿Estás en La Calilla o trabajando aún?

—No, estoy en casa, ¿por qué?

—Estoy aquí y me gustaría invitarte a un café, si quieres.

—¿Aquí, en La Calilla? —preguntó notando cómo su corazón se aceleraban más.

—Sí, estoy junto a la ensenada. ¿Te apetece?

—Claro —contestó sin dudar—. Allí cerca hay un bar que tiene terraza, bueno... en realidad, es el único que hay. ¿Te parece si nos vemos allí en diez o quince minutos?

—Perfecto, estaré esperándote.

—Vale. Pues nos vemos ahora —dijo despidiéndose y colgando antes de soltar un grito de alegría.

No disponía de tiempo. Tenía que cambiarse enseguida. Se enfundó unos vaqueros y una camisa blanca. Cuando se miró al espejo no aparentaba muy buena cara, pero lo solucionó con un poco de agua y jabón, además de unas gotas de su colonia fresca. Nada más, aquello era suficiente para mejorar y mucho. No obstante, su estado de nervios no lo hizo en la misma medida. El mero hecho de pensar que él estaba allí ya la había revolucionado. No quería ni imaginar lo que pasaría cuando lo tuviera de nuevo delante. Pero lo deseaba con toda su alma. Necesitaba volver a verlo. Definitivamente, algo estaba cambiando en ella para salir corriendo y citarse así, de pronto, con un sirio en un pequeño pueblo perdido de la costa almeriense. ¿Locura? Quizá solo fueran deseos de vivir y experimentar sensaciones que creía olvidadas.

Vio a Andrés desde lejos, sentado en una mesa. Y también a Fernando, faenando en el barco, lo que la puso todavía más nerviosa. Creía que el corazón se le saldría por la boca, literalmente. Él no dejaba de mirarla mientras se acercaba y eso no contribuía a tranquilizarla. Se levantó antes de que llegara a la mesa y se fue directo hacia ella, para saludarla con un par de delicados besos en las mejillas que consiguieron electrizar su piel.

—¿Cómo estás? —le preguntó Andrés a modo de saludo.

—Muy bien, y tú, ¿qué haces por aquí? —respondió ella en un tono inquieto.

—He venido a verte —declaró sin titubear.

—¿A mí? —Su cara reflejaba incredulidad.

—Sí, a ti. No he podido dejar de pensar en ti desde ayer —dijo sincero—. Estaba deseando volver a verte. Ayer me supo a poco y tuve que salir corriendo sin poder hablar contigo como me hubiera gustado.

—¿Y de qué querías hablar? —preguntó insegura.

Paco los interrumpió mientras les tomaba nota de los cafés.

—Me gustaría poder conocerte —continuó—. Eres una mujer muy hermosa e inteligente. Has despertado en mí emociones que nunca pensé que existían. Necesitaba volver a estar cerca de ti.

María no sabía qué responder, intentaba procesar sus palabras, sin embargo, sus nervios la estaban traicionando. No podía mirarlo a los ojos si no quería ser abducida por completo y bajó la mirada.

—¿Te molesta que te hable así? Lo siento si soy muy directo, pero me gusta ir de frente y ser honesto; en especial, con las personas que me importan —confesó con un tono dulce, quizá para suavizar sus palabras.

—No sé qué decir, Andrés. —Y levantó sus ojos para encontrarse de lleno con los suyos.

—No tienes que decir nada. Solo tomemos un café, charlemos un rato en este idílico lugar y disfrutemos del momento. ¿Te parece?

Paco les llevó los cafés e interrumpió de nuevo la conversación. María estaba segura de que su encuentro con el «morito» sería tema de conversación para algunos vecinos.

Andrés comenzó a hablarle sobre la maravillosa costa de la que disfrutaban y consiguió que ella se relajara al contarle la historia de los torreones que jalonaban el litoral, que habían sido contruidos para defenderse de las incursiones de piratas y corsarios que los atacaban para saquearlos. Era un buen orador que sabía ganarse a su audiencia desplegando todos sus encantos. A María, por supuesto, la cautivó por completo ya que, poco a poco, se fue encontrando más tranquila en compañía de aquel hombre. Callada, escuchaba sus palabras y se deleitaba con ese tono de voz que la hipnotizaba. Cuando Andrés la notó más tranquila, se atrevió a preguntar:

—Y tú, ¿cómo has llegado hasta aquí? —María cambió el semblante y él debió de notarlo—. Lo siento, quizá no debería haber preguntado —se disculpó.

Ella dudó unos instantes. Andrés había sido sincero y ella también quería serlo. Le contó su historia, de un modo muy resumido, y le explicó cómo había llegado a La Calilla mientras él la escuchaba con atención sin apartar su mirada.

—Y aquí estoy, intentando empezar una nueva vida —concluyó María.

—Has sido muy valiente.

—Eso dice Luisa, pero no lo creo así. El miedo y el hastío también te pueden hacer huir.

—¿Crees que has huido?

—Al menos, he escapado de una vida que estaba acabando conmigo.

—Pues eso es muy lícito y valiente —sentenció él.

Pidieron otro café. Francisco la saludó desde lejos cuando terminó de cargar el coche y María rogó para que Fernando no se acercara por allí.

Andrés le dijo que también él había huido y que tenía una historia que debía saber. Le contó cómo tuvo que salir de Siria apresuradamente tras el asesinato de toda su familia. Tuvo suerte porque el día que los secuaces del gobierno incendiaron su barrio y fueron, casa por casa, masacrando a familias enteras —con la excusa de que eran contrarios al régimen—, él se encontraba en un pueblo un poco más al norte. Pudo escapar de la tragedia, pero jamás logró volver ni a su casa, ni a su país. Hasta que llegó a Francia, y más tarde a España, su viaje fue una odisea que no merece soportar ningún ser humano. María quedó aturdida por aquel relato y sintió rabia por todo el dolor que había sufrido. Era evidente la angustia que sentía al hablar de su exilio, y María tampoco quiso entrar en detalles. A su lado, la suya era una historia de princesas.

—Siento mucho todo por lo que has pasado, Andrés —exclamó con sinceridad.

—Ya lo tengo asumido, aunque el dolor sigue ahí, conmigo, y creo que me acompañará siempre. Pero no nos pongamos tristes —dijo con la mayor de sus sonrisas—. ¿Puedo invitarte a cenar en algún sitio?

—Te lo agradezco, pero mañana trabajo y prefiero estar descansada. Quizás en otra ocasión.

—Claro. Me gustaría volver a verte —confesó atravesándola con la mirada.

María enrojeció, pero no le contestó. No le dijo lo mucho que ella también deseaba volver a verlo, ni cuánto ansiaba seguir a su lado y perderse en sus inmensos ojos. Andrés pagó la cuenta y se levantaron. Caminaron un rato por el paseo y, sin darse cuenta, llegaron a casa de María.

—Aquí vivo —murmuró ella, parándose delante de su puerta—. Te invitaría a entrar, pero no es una gran casa para enseñar a nadie, y ya es muy tarde.

—Tranquila, en otra ocasión tal vez. —Ambos sonrieron deseando que el tiempo se detuviera allí mismo.

Andrés le prometió que la llamaría y que no tardarían en volver a verse. Cuando estaba a punto de marcharse, se acercó a ella y, con delicadeza, la besó un instante casi rozando sus labios. María se estremeció y una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo mientras Andrés daba media vuelta y se marchaba.

Aquella noche le costó dormir y, cuando lo hizo, la imagen de Andrés la acompañó en sus sueños, que resultaron mucho más eróticos de los que ella se atrevería nunca a confesar a nadie. No habló de ellos ni siquiera con sus amigas, a las que las informó sobre su cita al día siguiente mediante mensaje, aunque sin entrar en demasiados detalles.

La semana comenzó tranquila en el trabajo, lo que le permitió a María centrarse con Cristina y no le resultó muy complicado controlar a la perfección sus tareas. Llegaba cansada a casa y, tras comer algo ligero y echarse una pequeña siesta, dedicaba la mayor parte de las tardes a trabajar sus maderas sobre la mesa de la cocina, pues ya refrescaba lo suficiente como para no estar bien en la terraza en cuanto el sol bajaba un poco. Pese a estar en contacto a través de mensajes, Tina, Luisa y María no se vieron tanto como hubieran querido.

Una tarde salió a pasear con Luisa y otra que fue esta a ver a María, se quedó a cenar. María le contó más cosas sobre su cita con Andrés tras la insistencia de su amiga que deseaba conocer los detalles.

—Tú estás enamorada —le soltó Luisa sin pensar.

—¡No! —exclamó rápida—. Pero sí es cierto que me atrae de una forma que soy incapaz de controlar. ¡Me muero de ganas de verlo!

—Lo que yo te digo, enamorada hasta las trancas.

—No puedo, Luisa. No estoy preparada para tener una relación ahora. Y, menos, con una persona de una cultura diferente de la que no sé nada —se explayó María casi avergonzada de sus propias palabras.

—Sí que sabes. Ha sido sincero contigo, te ha contado su dolorosa historia y, desde luego, no es un «moro» al uso, como decimos aquí. Es todo un caballero, tremendamente atractivo y, además, por lo que dices, culto. ¿Qué más necesitas?

—Me da miedo. Por un lado, siento una atracción irrefrenable pero, por otro, sé que no puedo. Es como estar al borde de un precipicio y pensar que tengo que saltar. No estoy preparada.

—¿Preparada para qué? —le inquirió riendo Luisa sirviendo en las copas lo que quedaba de vino.

—Supongo que para algo más que un café. Creo que estoy desentrenada. Además, pienso en Pedro y... —su voz se quebró—, creo que es como si le traicionara.

—Tú eres una mujer libre, María, con todo el derecho a ser feliz y rehacer tu vida —le dijo sería su amiga—. Al fin y al cabo, has llegado hasta aquí para eso, para empezar de nuevo. Y ahora tienes una oportunidad. No sabemos lo que pasará, pero de momento disfrútala.

Luisa tenía razón. Quizá no debería preocuparse antes de tiempo y solo aprovechar las oportunidades que la vida le ponía por delante. Aún así, no podía dejar de sentir miedo.

Ambas se animaron hablando sobre la visita de Pablo y los cambios que su madre quería hacer en la casa. Quedaron en ir un día a Almería de compras y buscar el sofá-cama que necesitaba. La idea de ver a su hijo le hacía tremendamente feliz, y la mantendría con la cabeza ocupada en alguien más que Andrés.

Luisa propuso organizar una barbacoa el sábado en su casa y juntarse de nuevo las tres ya que tenían ganas de ver a Tina.

María recibió un escueto mensaje de Andrés el martes: «Te echo de menos», al que ella respondió con un emoticono sonriente. El jueves recibió otro: «Tengo ganas de verte. ¿Comemos juntos el sábado?» y le contestó que ya tenía un compromiso, pero que podían verse el domingo,

algo que él aceptó encantado. María deseaba con descaro volver a verlo, quería estar cerca de ese hombre y, a pesar de sus miedos, volver a sentir sus suaves labios sobre su boca.

El viernes por la mañana, el ambiente en el trabajo se notaba tenso. Había llegado Fuertes y todos pudieron oír los gritos que soportaron Ginés y Félix por un problema que, en realidad, había causado Salva. Cristina se centró en su trabajo y procuró que su mirada no se encontrara con la de Fuertes, evitándolo todo lo que podía. María la imitó.

Ya casi a la hora de salir, Fuertes la llamó a su despacho. La hizo pasar y sentarse en uno de los incómodos sillones que tenía frente a su mesa. Ni saludó.

—Cristina me ha dicho que te desenvuelves bien con las cargas. ¿Es así?

—Bueno, intento hacer todo lo que puedo para cumplir los plazos.

—Bien, aquí una chica lista como tú puede llegar lejos —le dijo con tono un tanto lascivo que a María no le gusto.

—¿A qué se refiere? —preguntó inquieta.

—Ya sabes, a veces hay que hacer cosas para seguir avanzando. Por cierto, quédate ahora cuando termines y tomamos algo.

—Lo siento —le contestó María muy seria—. Me están esperando, no puedo quedarme. ¿Necesita algo más? —dijo levantándose y dando por terminada la reunión.

Sin embargo, Fuertes la cogió del brazo y se lo apretó, pero ella se soltó con un movimiento brusco.

—Ser tan arisca no te ayudará mucho. Que tengas buen fin de semana —le deseó ya sin mirarla y volviendo de nuevo a su ordenador.

María salió sin contestar. No podía creer lo que le acababa de suceder. ¿De qué estaba hablando su jefe? ¿Sería posible todo lo que estaba imaginando? Cristina la vio llegar con la cara desencajada y supo de inmediato lo que había ocurrido.

—No te preocupes —le dijo cuando estuvo sentada en su mesa—. No es tan fiero el león como él solo se pinta.

Desde luego, aquello no fue lo que más tranquilidad le dio. ¿Cristina se prestaba a esos juegos? Salió del trabajo a las tres en punto deseando alejarse de allí lo antes posible.

Cuando llegó a casa no comió, se duchó y se colocó ropa cómoda. Necesitaba hablar con Luisa y contarle lo ocurrido, pero esperaría a que despertara de la siesta. Por suerte, su amiga se le adelantó al mandarle un mensaje: «Vente a casa, Tina ha venido y nos lleva a Almería de compras».

Le pareció una excelente idea compartir la tarde las tres juntas. Era justo lo que necesitaba. Ya de camino en el coche, casi avergonzada, María les contó lo sucedido con su jefe y lo mal que la hacía sentir todo aquello. Al igual que a ella, a sus amigas les pareció algo tan abominable como para denunciarlo. Luisa le recordó que no tenía por qué soportarlo y que estaba en su derecho de salir corriendo de allí.

—Necesito trabajar, Luisa.

—Sí, pero no aguantando eso, no debes.

María sabía que su amiga tenía razón, aunque el lunes vería cómo estaban las cosas y decidiría entonces qué hacer con su nuevo trabajo. Tina le dio buenas noticias sobre sus peces. Su amiga los había vendido todos y necesitaba más.

—¿Y si dejas el trabajo ese de mierda y te pones a hacer tus maravillosos peces para

Manuela? —le propuso la joven.

En el fondo, aquella era una idea que la seducía, aunque le parecía una locura demasiado bonita para ser real y poco consistente económicamente.

Pasaron una buena tarde de compras, lo que hizo que María se relajara y sacara de su cabeza por un rato al indeseable de Fuertes. Encontraron el sofá adecuado, que le llevarían a casa a la semana siguiente y esperaba tenerlo a tiempo, antes de que llegara su hijo el viernes, como le había dicho.

Luego, se fueron de tapas a un nuevo gastrobar que estaba en boca de toda la ciudad y con razón. Disfrutaron de una amena cena, en la que María no tuvo más remedio que poner al día a sus amigas sobre Andrés y los últimos acontecimientos.

—¿Entonces estás saliendo con él? —preguntó interesada Tina.

—Yo no diría tanto —contestó María.

—Está en proceso —replicó Luisa y las tres rieron divertidas.

Luisa pensó que deberían invitar a Andrés a la barbacoa del sábado y así, entre todas, conocerlo mejor y tanto a Tina como a María les pareció una gran idea. Eso supondría adelantar un día su encuentro y estaba deseándolo.

Tina no tardó en mandarle un mensaje con la invitación, que él aceptó encantado sin dudar. Preguntó si tenía que llevar algo y si estaban todas bien aunque, en realidad, ellas ya sabían por quién iba su interés. Tina hizo un *selfie* de las tres y le mandó la foto.

«Estáis guapísimas y se os ve disfrutar. ¡Pasadlo bien!», respondió él.

—Este hombre es un encanto, María —le dijo Luisa—. No deberías dejarlo escapar.

—Solo sé que quiero volver a verlo y estar cerca de él, aunque parezca una locura.

—Eso se llama amor —sentenció Tina y nadie pareció contradecirle.

Llegaron tarde a La Calilla, y se fueron directas a dormir, aunque María tardó en conseguirlo. La idea de ver al día siguiente a Andrés no se iba de su cabeza. ¡Deseaba tanto encontrarse con esos infinitos ojos verdes, con su voz susurrante, con sus carnosos labios entre los suyos! No lograba frenar ese deseo que le nacía desde lo más profundo de sí misma, pero tampoco podía evitar el miedo atroz que la invadía, como un virus rebelde incapaz de controlar. Cuando consiguió dormirse era ya de madrugada y Andrés le acompañaba en su sueño.

Cuando despertó era ya tarde. Mientras preparaba el café, leyó los dos mensajes que tenía en el móvil. Primero el de Andrés: «Cuento los minutos para verte». María respondió con un emoticono de sonrisa. No obtuvo respuesta, pero tampoco la esperaba.

El otro mensaje era de su hijo: «Confirmado, llego el viernes a las seis de la tarde. ¿Vendrás a buscarme?»

«Claro, allí estaré. ¡Qué ganas! Te quiero», le contestó.

Aún estaba escribiendo cuando Tina llamó a la puerta y entró cargada con sus materiales de pintura.

—¡Buenos días! He traído mis cosas. ¿Te importa si me pongo arriba a pintar un poco?

—Por supuesto que no, Tina. ¿Quieres café? —dijo, ofreciéndole una taza.

—Pues sí, aunque ya me he tomado uno con mi tía. Se ha levantado temprano para preparar las cosas.

—Tendría que ir a ayudarla. Ahora me acerco.

—Conociéndola, seguro que ya lo tiene todo a punto, no te preocupes —afirmó su sobrina riendo.

María puso unos pimientos y verduras a asar en el horno y, mientras Tina disfrutaba de su pasión en la terraza, ella se dedicó a limpiar y ordenar la pequeña casa, cambió las sábanas y puso una lavadora. Tareas atrasadas que no había hecho en toda la semana. El nuevo trabajo le había cambiado las rutinas a las que ya se había acostumbrado y ahora tendría que tener otras nuevas. Y, la verdad, aquello no era una idea que le entusiasmara. Echaba de menos sus días tranquilos, sus paseos y, sobre todo, el estar más tiempo con Luisa.

Cuando los pimientos estuvieron asados, los limpió y preparó junto con el resto de verduras una rica ensalada con aceite. Subió a tender y pudo admirar de nuevo el trabajo de Tina. La chica tenía un verdadero talento, pero lo mejor era verla disfrutar con lo que hacía. Le dijo que se iba a casa de Luisa para ayudarla, y que ella se quedara allí hasta la hora de comer si quería, cosa que agradeció encantada.

María se arregló con un ligero vestido, en color crudo, con unos diminutos dibujos en azul y una chaqueta del mismo tono. No se maquilló, pero su cara de felicidad era suficiente para resaltar su madura belleza. Cogió la ensalada de pimientos, un par de botellas de vino blanco y salió hacia la casa de Luisa.

La encontró en la cocina, liada con sus platos y macerando la carne para las brasas.

—¡Buenos días! —le dijo al entrar—. He venido a ayudarte, y he traído una ensalada de pimientos asados... ¡hecha por mí!, con tu receta, claro.

—¡Buenos días! Estará deliciosa, seguro —contestó su amiga a modo de saludo—. Ya está casi todo, pero hace buen día y podíamos comer en el patio. Me apetece decorarlo bonito para tu «encuentro amoroso» —bromeó, echándose a reír.

—Si te soy sincera, estoy un poco nerviosa. Aunque estoy deseando verlo de nuevo —confesó María, al tiempo que sus mejillas se ruborizaban.

—Estás preciosa. Relájate y disfruta. Deja que ocurra lo que tenga que ocurrir. Y olvídate del

resto del mundo por un rato.

—Tienes toda la razón: lo que haya de ser, será —dijo María intentando convencerse a sí misma.

Cuando ya tenían el patio decorado a su gusto, las macetas cambiadas de sitio mil veces y la mesa puesta para los cuatro, empezaron a encender la barbacoa. Al poco, llegó Tina con Andrés, lo que dejó sorprendidas a las cocineras.

—¡Hola, ya estamos aquí! —exclamó Tina—. Andrés ha ido a casa de María y ya me he venido con él para acá.

—¡Hola, buenos días! —dijo Andrés mientras saludaba con dos besos, primero a Luisa y, luego, mucho más despacio, saboreando el instante, a María, a quien no dejaba de mirar—. Creo que he llegado en buen momento. Dos bellas mujeres como vosotras no tienen que dedicarse a encender el fuego. Dejadme eso a mí, por favor, y estará en marcha enseguida.

Se quitó la chaqueta que llevaba puesta y dejó sobre la mesa un paquete que traía envuelto.

—No sabía qué traer y he hecho unos dulces típicos de mi tierra para el postre, si os parece bien.

—¡Qué ricos! —exclamó Tina.

—¡Y, además, cocina! —dejó escapar Luisa como si tal cosa, mirando María con una grata expresión de sorpresa.

Al rato, las carnes se asaban en la parrilla bajo la atenta supervisión de Andrés, mientras los cuatro charlaban relajados, aprovechando el cálido sol del otoño. María se puso nerviosa nada más verlo aparecer, pero su tierna mirada que no la abandonaba, su voz sosegada y la tranquilidad que transmitía hicieron que se relajara aún sin querer.

Luisa asignó los asientos de forma que Andrés y María se sentaran juntos. Eso había provocado que más de un inocente roce de manos entre ellos para coger el pan o servirse asado, se convirtiera en una descarga eléctrica que sacudía cada poro en la piel de María. Era una sensación nueva para ella y, aunque la temía, no dejaba de esperar con incomprensible deseo la siguiente.

La comida transcurrió amena entre anécdotas y el interés de Tina por conocer más sobre lo que, para ella, era el exótico origen de Andrés. Tras disfrutar el exquisito postre y el café, él había propuesto ir a dar un paseo por las calas del norte, a lo que Tina se apuntó encantada. Sin embargo, Luisa se apresuró a atajar la candidez de su sobrina.

—Es un plan estupendo, Andrés, pero Tina y yo tenemos que ir a Tajjines a recoger unas cosas. Debo aprovechar que la tengo aquí —dijo, volviéndose hacia ella y guiñándole un ojo.

No obstante, la joven no entendía nada y se quejó:

—Pero podremos ir luego, tía.

—No, Tina, he quedado temprano y no puedo coger el autobús, por favor —le suplicó—. María y Andrés pueden ir de paseo y si luego llegan con ganas, podemos cenar juntos.

Tina, por fin, se dio cuenta.

—Buena idea —intervino Andrés—. ¿Qué te parece María? —le preguntó clavando sus profundos ojos verdes en ella.

—Claro —contestó, sin dejar de mirarle y con la certeza de que después de ese paso ya no habría vuelta atrás.

Terminaron de recoger y se despidieron hasta la noche. Andrés y María salieron para ir a casa de esta a cambiarse en un momento y recoger su bolso de playa. Apenas hablaron, las miradas que se dedicaban eran suficientes para entender la conexión que había entre ellos. En unos minutos, se

encontraron subiendo a la enorme furgoneta *pick up* blanca de Andrés.

—Vamos aquí cerca —le dijo él, tranquilizándola sin dejar de mirarla a los ojos—. Había preparado una sorpresa para ti.

—¿Estabas seguro de que vendría?

—Sí —le respondió arrancando el coche—, pero no esperaba tener la suerte de estar a solas contigo.

Al encender el contacto, irrumpió la música que Andrés escuchaba cuando llegó, una deliciosa *bossa nova* que se apresuró a bajar de volumen.

—Me gusta esa música —dijo ella.

—A mí también —le respondió con una amplia sonrisa y puso en marcha el vehículo.

Tras pasar el faro, Andrés se metió por un camino de tierra abandonado, lleno de baches, por el que hasta a la *pick up* le costaba trabajo moverse. Luego, bajó por una cuesta casi imposible hasta que llegaron a una pequeña zona más plana, donde paró el coche.

—Hasta aquí podemos llegar con la furgoneta —dijo con una sonrisa que dejó sin habla a María—. Tendremos que seguir andando.

María cogió su bolso y bajó del coche, mientras Andrés sacaba una bolsa azul de la parte trasera.

—¿Te has traído bañador? —le preguntó jocosa María.

—¡Claro! Y más cosas —le respondió él enigmático al tiempo que emprendía el camino que bajaba hasta el mar—. Ponte detrás de mí y ten cuidado de no resbalar con las piedras que hay sueltas.

Tras seguir más de diez minutos bajando por una senda inclinada bastante peligrosa, por la que María estuvo a punto de caer un par de veces, una pequeña cala apareció ante sus ojos.

—¡Qué bonito! —exclamó María.

—Muy poca gente conoce este lugar. Está muy escondida para los turistas y es demasiado incómoda para los lugareños. Pero perfecta para ti y para mí —dijo con seguridad.

La cala era pequeña y de una belleza fuera de lo común. De fina arena negra, con forma de media luna, estaba protegida por grandes rocas volcánicas que se adentraban en el mar a uno y otro lado, lo que la hacían casi inaccesible. A la izquierda, un voladizo en la roca creaba una pequeña cueva y hacía allí se encaminó Andrés.

María no podía dejar de admirar tanta belleza. Los rayos de sol cubrían buena parte de la cala, aunque no tardarían en esconderse más allá del faro. Cuando se volvió, Andrés ya había colocado sobre la arena una colcha fina de colores con unos cojines y, al abrigo de la diminuta cueva, tenía un hornillo encendido donde calentaba algo. María se acercó.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Preparo un té especial. Seguro que no has probado nunca uno igual.

—¿No llevará algún tipo de droga?

—¿Me has visto cara de delincuente? —inquirió, dirigiéndole una profunda mirada—. Intento impresionar a una bella mujer, invitándola a un té en una playa maravillosa, ¿y teme que la drogue? —se dijo a sí mismo sonriendo—. Ven, siéntate aquí, a mi lado, y verás cómo lo preparo.

Con paciencia y delicados movimientos, Andrés comenzó la ceremonia. Esperó a que el agua estuviera suficientemente caliente, la volcó en una tetera preciosa de vivos colores, echó dos tipos de té, que removi6 durante unos segundos, y tir6 el líquido que sali6 muy oscuro. Luego, volvió a echar más agua en la tetera y le explicó a María todo el proceso.

Ella escuchaba, pero solo podía centrarse en su voz, que la envolvía para hechizarla, para hacerle sentir ese deseo que la ahogaba y que disparaba sus pulsaciones. Intentó concentrarse en la explicación, aunque sin éxito.

Andrés continuó. Echó azúcar, hierbabuena y unas ramas de canela. Lo dejó infusionar todo mientras sacaba unos bellos vasos de cristal con base de metal, de los que salía una pequeña asa,

y los dejó sobre una minúscula bandeja junto a ellos. Entonces sacó de su bolsa un recipiente con unos dátiles enormes.

—Prueba esto. Son especiales, te gustarán —le dijo a María, ofreciéndolos.

—Me encantan los dátiles —exclamó ella—, pero no los había probado nunca tan grandes. — Le dio un bocado—. ¡Ni tan dulces! ¡Qué ricos! Te has tomado muchas molestias, ¡mira todo lo que has organizado! —le dijo aguantando su mirada en un alarde de fortaleza que no tenía en ese momento—. ¿Tenías esto preparado también para Tina y Luisa?

—No —contestó, rápido y seguro—. Solo si la ocasión lo merecía y podía compartirlo contigo, como así ha pasado.

Andrés sirvió el té y le enseñó cómo beberlo a pequeños sorbos para tomarlo caliente sin quemarse. Disfrutaron del momento entre risas, al cobijo del sol en su pequeña gruta, con el sonido de fondo de un mar tranquilo e intercambiando miradas que pedían a gritos saciar el deseo que sentían.

Cualquier pequeño roce con Andrés, el más leve contacto con su piel, se convertía en una auténtica descarga eléctrica para María. Aquel hombre la cautivaba de forma desmedida, sin control y eso la asustaba, pero no por ello disminuía aquella intensidad. Estaba desbocada. Andrés pareció darse cuenta y, con su tono de voz más sosegado, intentó tranquilizarla.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, la verdad. Parezco una chiquilla —confesó.

Andrés le cogió la taza, que puso sobre la bandeja, le tomó la mano y clavó sus ardientes ojos verdes en los de ella antes de hablar.

—María, no sé cómo ha pasado y tampoco sé cómo evitarlo. Ni quiero. Me he enamorado perdidamente de ti, como un adolescente, no puedo sacarte de mi mente ni de mi corazón. Nunca había sentido algo así por alguien, es algo tan profundo que me quema por dentro.

María callaba atónita, dejando que sus palabras se pegaran a sus poros, a su alma y, sin quererlo, sus dedos se enroscaron entre los de Andrés. Él sintió más cerca su piel y continuó:

—Quiero estar cerca de ti, María. ¡Te necesito! —Y, acercándose, posó con delicadeza sus labios en los de ella.

En ese momento, María se derretía al sentir esos ardientes labios sobre los suyos. No los rechazó. Andrés se separó unos milímetros, buscando en sus ojos licencia para seguir. María se separó un poco más antes de hablar.

—No puedo, Andrés —le dijo sin apartar la mirada—. Yo no he hecho nada así en mi vida, casi eres un desconocido... Yo... yo estoy desentrenada —afirmó bajando la cabeza, escondiendo el miedo que la hacía temblar.

Ambos seguían cogidos de la mano. Andrés la acarició ligeramente y, con la otra, levantó la barbilla de María para encontrarse de nuevo con sus ojos.

—No soy un desconocido —le susurró con su sensual voz—. Soy el hombre que te ama con locura y que quiere hacerte la mujer más feliz del mundo —dijo encendiendo los ojos de María—. Déjame que lo intente.

Andrés le tendió su vaso de té y, sin soltarla de la mano ni perder su mirada por un segundo, también bebió del suyo. Luego, volvió a dejar los vasos sobre la bandeja, que puso a un lado para quedar así más cerca de María, lo que desbocó aún más su corazón.

No podía luchar más contra ese deseo que la encendía sin remedio. Andrés se acercó y la besó de nuevo con delicadeza, pero ahora fue María la que no le dejó marchar, la que abrió sus labios buscando los suyos.

Sus manos se soltaron para abrazarse, para empezar a conocer el cuerpo del otro con suaves caricias que a María la transportaban a un paraíso de placer que nunca había conocido. Andrés besó su cuello y siguió hasta llegar a sus electrizados pechos, a los que liberó rápido de la parte de arriba del bikini para besarlos. María perdió sus manos entre el negro pelo de Andrés, que volvió a sus labios, ahora casi devoradores, plenos de deseo.

Sin pausa, entre besos y caricias, se despojaron de la poca ropa que les quedaba para quedar desnudos sobre la colcha, bajo la luz del atardecer. Los sabios dedos de Andrés recorrieron el cuerpo de María sin descanso, haciéndole descubrir, entre gemidos de placer, rincones insospechados para ella, mientras sus bocas se devoraban sin medida.

Cuando María alcanzó su primer éxtasis, como jamás lo había sentido en su vida, Andrés continuó con ternura sus caricias hasta que consiguió de inmediato una segunda explosión de placer en ella. Fue entonces cuando, con todo el cariño del que era capaz de mostrar, entró en su territorio más íntimo, al ritmo que ella le marcaba tras arquear su cuerpo henchido de placer.

Sus cuerpos se conectaron de inmediato y comenzaron una erótica danza que los llevó mucho más lejos de lo que ninguno hubiera imaginado nunca. Juntos entraron en una nueva dimensión desconocida hasta entonces para ambos. Una conexión tal que unía sus pieles, tanto como sus sexos y sus almas.

Exhaustos, sus cuerpos entrelazados descansaban rendidos. Andrés extendió un brazo para alcanzar de su bolsa una toalla grande para cubrirlos. El cielo se había oscurecido y una gran luna comenzó a salir, por el horizonte, sobre el mar. Pese al frío, ninguno de los dos quería moverse. María temblaba.

—¿Frío o miedo? —le preguntó Andrés.

—Ambos —contestó ella sonriendo, sin abandonar sus ojos casi pegados a los suyos.

—Te amo, María. Jamás en mi vida había sentido nada así. Eres una gran mujer y no quiero separarme de ti. Ni muertos de frío —exclamó riendo mientras acariciaba su pelo.

—Ha sido algo muy especial, Andrés—dijo antes de besarle.

Antes de que el frío y la noche los atenazara más, se vistieron y volvieron al coche, alumbrados por la luna, y María agarrada a la bolsa de Andrés para no caerse. Cuando arrancaron, pusieron la calefacción para entrar en calor. María, aún tapada con la toalla, fue la que primero habló.

—¿Qué te parece una buena ducha caliente?

—¡Pensé que nunca me lo ibas a decir! —soltó él con una sonrisa.

Al llegar a su casa, fueron directos a la ducha. María dejó correr el agua hasta que estuvo bien caliente y cuando fue a darle unas toallas limpias a Andrés, este la cogió de la mano, la desnudó con prisas y ambos se metieron bajo el agua. Sus bocas se enlazaron tan rápido como sus cuerpos. Andrés la apoyó contra la pared y la alzó, sujetando sus glúteos. Ella enrolló las piernas sobre sus caderas y destaparon una nueva explosión de placer bajo el agua caliente que caía sobre ellos.

Cuando salieron, ya vestidos, eran más de las diez. Un mensaje sonó en el móvil de María. Era Luisa: «Supongo que no hay cena. Me alegro por ti».

Y la contestación rápida de María fue: «Perdida del todo».

—No tenemos que ir a cenar con las chicas —le dijo a él, a modo de explicación—. ¿Te apetece tomar algo tranquilos aquí, en casa? Te advierto que no soy muy buena cocinera.

—Yo sí —contestó—. Puedo preparar algo en un momento, lo que te apetezca, si quieres.

Preparó una pechuga de pollo, con una salsa deliciosa, en el tiempo que a María le llevó hacer una ensalada y poner la mesa en la cocina. Colocó una vela en medio y puso una lista de música

en su móvil. El momento lo requería.

Pensó en sus amigas y en lo entretenidas que estarían imaginando lo que sucedía entre Andrés y ella. Pero seguro que ni se imaginaban el estado de felicidad en el que se encontraba. Ya mucho más tranquila, se sentía a salvo cerca de aquel hombre que la había hecho vivir de nuevo.

Cenaron tranquilos compartiendo una botella de vino, risas, caricias y miradas que decía mucho más de lo que callaban.

Andrés se quedó a dormir, a pesar de que se tendría que marchar pronto por la mañana. La noche fue larga, hasta que sus cuerpos, exhaustos, cayeron abrazados rendidos por el sueño.

El lunes por la mañana, María llegó temprano al trabajo. Félix era el único que había en la oficina, aunque andaba atareado entre sus papeles y no le dedicó mucho tiempo. Al poco, llegaron Cristina y Ginés, que entraron juntos. Salva entró antes de que Fuertes hiciera su aparición estelar a gritos.

—¡Esta semana va a ser jodida! —dijo a modo de saludo mientras se dirigía a su despacho—. Os quiero a todos al doscientos por cien porque me juego mucho con los alemanes de los cojones.

Cuando estuvieron seguros de que ya no les oía, tras el portazo que dio, Cristina le comentó a María medio en susurros:

—Vienen unos clientes alemanes que casi hemos perdido por culpa de un montón de meteduras de pata seguidas —explicó—. Si no consigue convencerlos de que somos sus mejores proveedores, Fuertes se verá en un serio aprieto en la cooperativa, por mucha mano que tenga.

—¿Estará aquí toda la semana? —preguntó intranquila María.

—Me temo que sí, y espero que salga todo bien si no queremos ser aniquilados por el tsunami Fuertes —le dijo su compañera con una gravedad que casi la asustó.

María intentó concentrarse en el trabajo que Cristina le iba pasando, pero le resultaba imposible quitarse de la cabeza a Andrés, ni su olor, ni su sabor. De vez en cuando, Fuertes salía de su despacho para dar un par de gritos, que dirigía principalmente a Félix y Ginés. Además, Cristina tuvo que aguantar la despectiva forma de pedir las cosas que tenía Salva cuando Fuertes andaba por allí, como queriendo seguir sus pasos.

A media mañana, María recibió un mensaje de Andrés: «Solo tú en mis pensamientos» y ella contestó: «Aun me parece un sueño».

Al poco, le llegó su respuesta: «Tan real como tú y yo».

Por desgracia, en ese momento, llegaba Salva con algo en la mano para Cristina, pero se dirigió primero a María.

—En horas de trabajo no se juega con el móvil —le escupió con rudeza.

—Perdona —se atrevió a decir—. Solo estaba contestando un mensaje.

—Pues eso, que los mensajitos para después del trabajo —le apremió dando la vuelta y dirigiéndose a Cristina para preguntarle por algún expediente.

María guardó el teléfono y siguió el resto de la mañana con su trabajo casi sin moverse del asiento, intentando no cruzar su mirada ni con Salva ni con Fuertes si no era estrictamente necesario. Estaba saliendo por la puerta al terminar la jornada, cuando una voz que ya odiaba, se le dirigió por detrás.

—¿Ya te vas? —inquirió Fuertes.

—Sí, ya he terminado mi trabajo por hoy —le contestó ella deteniendo el paso, pero casi sin darse la vuelta; no quería mantener una nueva conversación con él.

—¿Estás segura de que está todo acabado? —volvió a insistir su jefe.

María se volvió hacia él y su tono de voz no indicaba tranquilidad precisamente.

—Pues sí, estoy bien segura de haber terminado mi trabajo —le dijo tajante—. Y si no tiene nada más que decirme, ahora me voy a mi casa.

—No creo que dures mucho aquí con esa actitud desafiante —le contestó con su fría voz.

—Eso ya lo veremos —rebatía ella con una falsa sonrisa en los labios—. Quizá lo que me salve sea mi actitud.

María siguió su camino y dejó tras de sí a un atónito Fuertes, poco acostumbrado a que nadie le diera una réplica y, mucho menos, a entender su significado.

En el autobús de vuelta consultó de nuevo sus mensajes. No había más de Andrés, pero sí uno de Luisa: «¿Qué tal ayer?»

Su respuesta fue rápida: «Después de la siesta, voy a verte y te cuento».

Llegó a casa sin hambre, se preparó una ensalada y, sin pensarlo, se metió en su cama a dormir un rato entre aquellas sábanas que aún olía a él, a caricias infinitas y al placer acumulado que estallara allí la noche anterior. No pudo evitar que su cuerpo se encendiese de nuevo.

Durmió más de lo que esperaba y, pasadas las seis, ya estaba en casa de Luisa, quien horneaba unas galletas cuyo aroma inundaba la calle.

—¿Qué bien huele! Buenas tardes —exclamó María al entrar.

—¡Hola! Llegas justo tiempo. Estoy a punto de sacar las galletas que te gustan del horno. ¿Quieres café? —le preguntó.

—Sí, gracias, me vendrá de lujo. Estoy aún dormida —respondió, sentándose ante la mesa de la cocina.

—Eso es porque la noche se te dio bien, ¿no? ¡Cuéntame! —imploró.

María le contó todo lo sucedido el día anterior, cómo se había dejado seducir y cómo había descubierto que el sexo era mucho más que sexo. Ya no había duda, estaba completamente enamorada de Andrés. Ni podía negarlo, ni evitarlo, esa era la verdad.

—Me alegro mucho por ti, María —le dijo su amiga cuando acabó de contarle—. Te lo mereces y él es un buen hombre que te quiere.

—¿Pero si casi no nos conocemos! ¿No crees que es una locura?

—Locura sería que te pasase esto por delante y no te subieras al tren. No todo el mundo puede decir que ha vivido un amor así. ¿Por qué vas a dejarlo escapar sin disfrutarlo? Ahora es tu momento, María.

—Quizá tengas razón. Cuando estoy a su lado no tengo ninguna duda, no quiero separarme de él. Pero todo esto me sobrepasa, me da miedo. ¡Casi no me reconozco! —le confesó María, al tiempo que se tapaba la cara con las manos avergonzada.

—Estás viviendo cosas nuevas y eso siempre nos asusta un poco, pero eso no es nada que una mujer como tú no pueda superar —afirmó su amiga riendo.

Aún con el café en las manos, María le contó también su nuevo roce con Fuertes en el trabajo y lo poco que le gustaba ese hombre.

—Es de lo más desagradable que he visto en mi vida —exclamó María.

—Intenta ignorarlo.

—Esta semana lo tendremos en la oficina todos los días —dijo poniendo los ojos en blanco, resignada a soportarlo cada jornada.

—Por cierto, ¿cómo vas con tus trabajos de madera? —le preguntó Luisa—. Por lo visto, la amiga de Tina va una feria y se quiere llevar material.

—Pues tendré que ponerme con ello. Últimamente lo tengo un poco abandonado.

—¡Claro! Con pensar en Andrés, tienes suficiente... —bromeó la otra y ambas se carcajearon por la ocurrencia.

Salieron a dar un paseo y María volvió a su casa ya de noche, pese a la insistencia de Luisa de

que se quedara a cenar con ella. Se hallaba cansada y necesitaba relajarse si quería estar despejada en el trabajo y atenta a las incursiones berberiscas de Fuertes. No obstante, aprovechó para llamar a su hijo, que se alegró de oírla. La notaba feliz. Le contó lo de su trabajo y lo a gusto que se encontraba en La Calilla.

—Te encantará. Ya verás cuando vengas —le dijo.

—Estoy deseándolo, mamá. Ya nos queda poco —dijo y se quedó callado unos instantes antes de seguir—: Tengo que decirte algo que supongo no sabrás.

—¿Te pasa algo? —se asustó.

—No, no. No es a mí, es a papá. Le están haciendo unas pruebas. Según parece, tiene arritmias, o al menos eso es lo que me ha dicho.

—Pero ¿está bien? —preguntó preocupada.

—Sí, supongo que sí. No es que me haya contado mucho, ya sabes como es. Ha sido Marta, su secretaria, la que me ha dado más información que él —le confesó—. Papá no le da demasiada importancia, pero no debe estar bien.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Hace un par de días y, según él, estaba perfecto. Marta ha quedado en llamarme para ponerme al tanto de las novedades que le lleguen a ella. La nueva chica que hay en casa no tiene ni idea de esto.

—No quiero llamarlo. Pero me preocupa. ¿Estarás tú un poco pendiente, por favor?

—Todo lo que pueda a unos cuantos miles de kilómetros de distancia, mamá —le contestó serio.

Quedaron en que Pablo la llamaría en cuanto tuviera noticias sobre su padre. María pensó en que se pondría en contacto, al día siguiente, con su abogado para que la mantuviera informada si podía conseguir más datos sobre su exmarido y su enfermedad. Estaba tomando un té con leche, antes de ir a la cama, cuando sonó su teléfono. Era Andrés.

—Hola. ¿Estabas ya acostada?

—Hola. Casi, en camino.

—No podía dormir sin hablar contigo. Quería oírte. Te amo, princesa; tenía que decírtelo.

—Me alegra escuchar tu voz —dijo María con un tono un tanto apagado.

—¿Te ocurre algo? Te noto triste.

—Bueno, acabo de hablar con mi hijo y me ha dicho que su padre está enfermo. Estoy un poco preocupada porque, aunque ya no tenga nada que ver con mi vida, he pasado los últimos treinta años a su lado.

—Es normal. ¿Necesitas algo, te puedo ayudar?

—No, no gracias. No te preocupes, estaré mejor en cuanto tenga noticias. Seguro que no es nada.

—Mañana salgo un poco antes. ¿Quieres que vaya a verte y damos un paseo? —le preguntó Andrés para intentar animarla.

—¿Me llevarás otra vez a la cala?

—Solo si tú quieres, pero podemos pasear por la playa y, luego, te prepararé una buena cena. ¿Te apetece el plan?

—Mucho, la verdad. Tengo ganas de verte —contestó ella sincera.

—Perfecto. En cuanto salga mañana de trabajar, me ducho y voy en tu busca. Siento no poder estar a tu lado esta noche.

—Yo también —admitió ella mientras miraba su cama vacía.

Hablar con Andrés, de alguna forma, la había calmado un poco. Se tumbó a leer, pero se quedó dormida con el libro entre las manos.

El martes fue un día de locos en el trabajo. Los alemanes llegaban por la tarde y todo el mundo andaba, de un lado para otro, preparando el despliegue comercial para ellos. Salva se había encerrado con Fuertes en su despacho y solo salía para dar unas voces a quien correspondiera en cada momento. María intentó, como bien había aprendido de Cristina, no levantar los ojos de su ordenador cada vez que lo tenía cerca, pero no fue suficiente.

Poco antes de la hora de la salida, Fuertes se dirigió a todo el departamento con un aire de general de la Gestapo del que no se podía desprender.

—Esta tarde os espero a todos aquí hasta que me lleve a los alemanes. Si ocurre algo, os quiero disponibles.

María no creía lo que estaba oyendo. Y saltó, sin darse cuenta de lo que se le venía encima.

—Lo siento —dijo en voz alta—. Yo no puedo quedarme.

Fuertes se volvió hacia ella para contestarle.

—¿Y qué es eso tan importante que tiene que hacer la señora para no venir a trabajar cuando se lo pide su jefe?

—Primero, que mi horario de trabajo termina a las tres y, segundo, que no me encuentro bien —mintió.

Cristina salió en su ayuda antes de que él le gritara.

—Ella no sabe nada sobre los alemanes, tengo yo todo el expediente. No hace falta que esté esta tarde.

—Eso lo diré yo —le contestó con los ojos encendidos de rabia.

—No puede obligarme a venir, Fuertes —le replicó María.

—No, como tampoco tengo la obligación de aguantarte, rica —le espetó dando media vuelta y regresando a su despacho.

María miró a su compañera agradecida por la valentía que había demostrado al enfrentarse a semejante tirano.

—Gracias. Has sido muy valiente defendiéndome, pero seguro que te lo hace pagar —lamentó sincera.

—Tranquila, sé cómo manejarlo... a veces —le contestó Cristina con una extraña sonrisa que escondía su miedo.

Cuando llegó la hora de salir, María recogió sus cosas y vio cómo Fuertes la miraba de reojo desde la puerta del despacho de Salva y, luego, ambos se echaron a reír. Seguro que hablaban de ella, pero eso le importó poco. Salió orgullosa de su triunfo aún a expensas de que había hecho más difícil su situación allí.

Llegar a casa era como llegar a su oasis particular. Pese a lo pequeña que era, resultaba cómoda, funcional y, sobre todo, era su casa, su espacio, el techo de su nueva vida. Principalmente, le daba una sensación de libertad que solo descubrió una vez estuvo allí. Era su hogar y su refugio. Y allí era donde quería estar.

Se preparó una ensalada con verduras y decidió subir a comerla a la terraza, aprovechando la buena tarde otoñal. Le gustaba disfrutar del sol y de la tranquilidad que allí se respiraba. Tendría

que arreglar un poco esa zona para cuando viniera su hijo. «Al menos, debería pintar las mesas y las sillas para darle un mejor aspecto», se dijo. Bajó a hacer café y se entretuvo organizando y poniendo un poco de orden antes de que llegara Andrés.

Estaba en ello cuando apareció Luisa y ambas se sentaron en torno a la mesa de la cocina para compartir novedades. María la informó del estado de salud de su exmarido y cómo le preocupaba, pero bajo ningún concepto quería verlo.

—Si lo llamo ahora, lo más probable es que tire todo el esfuerzo hecho por la borda.

—¿Por qué? —le preguntó su amiga.

—No me atrevo a enfrentarme a él cara a cara. Siempre consigue lo que quiere, aunque te resistas —le dijo María con un miedo profundo que reflejaban sus acuosos ojos.

—¿Y crees que te conseguirá también a ti de nuevo?

—¡No! —exclamó con rapidez—. Eso no, pero no quiero verlo.

—No tienes que hacerlo. Nada te obliga.

—En eso tienes razón. Y llamarlo tampoco me parece buena idea. Seguro que se olvida de su enfermedad para atacarme —comentó intranquila.

—Puedes estar segura de que si ocurre algo, te avisarán.

—Eso espero.

Luego, María le contó su nuevo enfrentamiento con Fuertes.

—Creo que vas a durar poco allí —le dijo Luisa.

—La verdad es que no me entusiasma el trabajo y, mucho menos, el ambiente que se respira en él.

—Ve buscando otra cosa ya, por si un día decides no volver.

—Luisa, necesito trabajar.

—Ya, pero no que te exploten ni pasar por el aro de ese impresentable. Y siempre tienes la posibilidad de hacerte famosa con tus trabajos en madera —bromeó su amiga

Como siempre, salió en la conversación Andrés y María le dijo que había quedado con él esa tarde.

—Pues ya me estoy yendo, que no quiero molestar.

—Tú nunca molestas.

—Mejor que no me pille en medio de una pareja deseosa de reencontrarse —exclamó y las dos se rieron.

—Estoy preocupada por mi hijo. No creo que sea buena idea que conozca a Andrés cuando venga estos días —le confesó María, al tiempo que se levantaba para rellenar las tazas de café.

—¿Y eso?

—Bueno, quizás es demasiado pronto y, con todo lo de su padre, no me parece adecuado.

—¿Y qué crees que pensará Andrés de que no le presentes a tu hijo? —le preguntó Luisa extrañada.

—No lo sé, tal vez lo entienda.

—Lo dudo, chiquilla. Tendrá ganas de conocerlo, forma parte de ti.

—No estoy muy segura de que mi hijo lo comprenda cuando a mí ya me cuesta trabajo aceptar esta locura.

—Ya, pero esta locura, como tú la llamas, te ha devuelto a la vida. Solo hay que mirarte a los ojos para ver lo feliz que te hace. ¿Eso es malo?

—No lo es, aunque puede resultar difícil de entender para un hijo que no ha visto separados nunca a sus padres desde que nació.

—Seguro que Pablo lo entiende. También ha podido ver lo desdichada que has sido durante todo ese tiempo, ¿no?

—No tanto, Luisa. Una madre siempre intenta tapar estas cosas delante de sus hijos —le dijo con abatimiento.

En esta conversación estaban cuando llamaron a la puerta y Luisa se apresuró a levantarse para marcharse. Saludó a Andrés y enseguida se perdió calle abajo.

La pareja no aguantó ni un segundo para fundirse en un apasionado beso que dejó a un lado de golpe todas las preocupaciones de María. Andrés traía unas bolsas que apoyó sobre la mesa de la cocina.

—Suponía que no tendrías algunos ingredientes y los he traído.

—¿Qué vas a hacer que no tuviera en casa?

—Sobre todo son especias, algunas difíciles de conseguir aquí. Podemos bajar a la playa a buscar algo de pescado fresco, si te apetece.

—Sí, claro —le dijo María, aunque no estaba nada convencida de que fuera buena idea lo de acercarse al peligroso terreno de Fernando.

Salieron a pasear un rato por la playa, antes de ir a la ensenada. Había refrescado algo al caer la tarde, pero poco le importó a ninguno. Andrés le pasó la mano por el hombro y la atrajo a su lado para protegerla del frío. María no supo reaccionar. Se quedó pegada a su cuerpo, envuelta en su olor y sus brazos, oyendo latir su corazón mientras andaban sobre la arena. La sensación de seguridad y bienestar que sentía en ese momento, le hizo olvidarse de que, al día siguiente, su paseo con él sería motivo de conversación en todos los corrillos del pueblo.

Andrés le comentó que andaba liado en el trabajo y que, esa semana, tendrían pocas posibilidades de verse antes del viernes.

—Entonces, habrá que aprovechar hoy, ¿no? —le preguntó a María sonriendo mientras se acercaba para darle un delicado beso.

—¡Por supuesto! —le contestó, sorprendida de su propio descaro al pensar en la noche que pasarían—. Yo también voy a tener una semana complicada en la cooperativa. Emplearemos bien la tarde, seguro —dijo sonriendo.

Al llegar a la ensenada, María vio a Francisco que apilaba cajas junto a su furgoneta y, aún a sabiendas de que se metía en la boca del lobo, no podía hacer otra cosa que acercarse a él. Se saludaron y le presentó a su acompañante como «nuestro amigo Andrés», intentando —sin mucho éxito— que pareciera colega común también de Luisa.

—Hace días que no te veo por aquí —le dijo Francisco.

—El trabajo me tiene ocupada, ahora dispongo de menos tiempo para mí —le contestó.

—¿Todo bien allí?

—Sí, no está mal. Gracias por tu ayuda —mintió y sonrió para cambiar de conversación—. ¿Qué tienes hoy de pescado?

—Hay jibia, sargos y doradas. ¿Qué os apetece?

—Un sargo estará bien —dijo Andrés, mirándola para entrar en la conversación.

—Perfecto —le secundó María—. Un sargo entonces.

Francisco les envolvió el pescado en papel de estraza y lo metió en una bolsa, antes de dárselo a Andrés, quien se empeñó en pagarlo. Ya estaban a punto de irse, con María satisfecha de haber salido airosa del momento, cuando una voz, de sobra conocida, les interpelló por detrás.

—¿Dónde va con tanta prisa esta parejita? —preguntó Fernando desde la proa del barco.

A la mujer no le quedó más remedio que volverse para contestar.

—Hola, buenas tardes —saludó en el tono más cortés que pudo—. Hemos venido por pescado.

—¿No me presentas a tu amigo? —le pidió jocoso.

María intentó buscar ayuda en Francisco, pero este siguió colocando la pesca en sus cajas y se desentendió del tema.

—Andrés, él es Fernando, el patrón del barco, y él —dijo, volviéndose al aludido—, es Andrés, un amigo.

—Los amigos de esta encantadora mujer son mis amigos —exclamó Fernando, dirigiéndose al hasta entonces desconocido—. ¡Os invito a unas cervezas en el bar de Paco! Siempre es bueno

conocer a gente nueva.

—Te lo agradecemos, Fernando, pero nos vamos a ir, ¿verdad? —inquirió, suplicando con sus ojos a Andrés.

—Bueno, si quieres, nos podemos quedar un poco —contestó él haciendo que María pusiera los ojos en blanco ya que Andrés se dio cuenta demasiado tarde de las intenciones de ella.

—Es tarde —sentenció María, intentando atajar el asunto—. Mañana tengo que trabajar temprano. Otro día las tomaremos.

—Se nos van a acumular los compromisos pendientes —bromeó Fernando como réplica.

—Los anotaremos, no te preocupes. ¡Qué tengáis buena tarde! —se despidió María, arrastrando del brazo a Andrés para echar a andar sin dar posibilidad de que el otro le contestara. Pero lo hizo.

—¡Hasta luego! —exclamó Andrés.

—¡Nos veremos por aquí! —gritó Fernando desde el barco sin esperar respuesta.

De camino, Andrés no pudo resistir el preguntar a María por ese personaje y «los compromisos pendientes». Ella le contó la verdad, cómo se le insinuó, las veces que lo había rechazado y lo poco que le apetecía verlo, conociendo su insistencia.

—¿Y por qué le compras el pescado a él? Hay otros barcos.

—Por Francisco, que es su tío. Es buena persona, me ha ayudado mucho desde que estoy aquí y esa es su única fuente de ingresos.

—Ser buena persona no implica que tengas que aguantar a ese charlatán.

—¿Estás celoso? —rio María.

—¡No! Pero capaz soy de dejarlo en su sitio si te vuelve a molestar —sentenció Andrés, poniendo en duda a María sobre si sería capaz de hacerlo.

—No va a llegar la sangre al río, Andrés. Ya sabes, perro mordedor.... —intentó tranquilizarlo ella.

—Si se acerca a ti, tú dímelo.

—Claro.

Ya en casa de María, Andrés se dispuso a limpiar el pescado y aderezarlo con las especias que había llevado, unas hierbas y limón para, acto seguido, meterlo al horno. Abrieron una botella de vino blanco, pusieron la mesa y prepararon una ensalada antes de acurrucarse en el pequeño sofá con sus copas en la mano. A María no le hubiera importado nada olvidarse del pescado en el horno y dejarse llevar en el sofá, pero se calmó con unos intensos besos, abrazada a él.

Hablaron del trabajo y de sus respectivas empresas. Andrés conocía a Fuertes y las opiniones variables que sobre él se tenía en las cooperativas. María no había oído hablar de la empresa en la que trabajaba Andrés porque era demasiado novata para conocer el sector. Al parecer, se trataba de una importante y a Andrés le había ido muy bien en ella.

«Yo no he tenido tanta suerte», pensó, pero se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto. No era el momento de meter a Fuertes en la conversación.

Disfrutaron de la cena charlando, riendo y mantuvieron con una animada conversación sobre los libros que estaban leyendo. Era fácil estar al lado de un hombre como Andrés, exquisito en sus maneras y con una gran cultura. Y qué decir de sus enormes ojos o de su seductor tono de voz. Cada minuto que pasaba a su lado, María se sentía más enamorada de él y también más cercana. Sin embargo, eso no disipaba todos sus miedos, aunque en ese momento prefirió olvidarlos para cuando estuviera a solas. Ahora él estaba allí, con ella.

Antes de ser conscientes, ya se habían perdido uno en los brazos del otro entre desbocados

besos y ardientes caricias. Llegaron con esfuerzo a la habitación y Andrés la llevó casi en brazos hasta la cama.

—Eres preciosa, María. Te amo.

La besó con ansia mientras sus manos recorrían cada centímetro de su piel. Su boca fue bajando hasta los erguidos pechos de María que buscaban más. Luego, bajó por su vientre lentamente y fue repartiendo pequeños besos como si fueran pequeños sorbos, hasta que llegó a otros labios que lo esperaban húmedos. Ella gemía de placer y eso excitaba aún más a Andrés, que no podía dejar de acariciarla. Aquella noche los dos amantes, con sus cuerpos acompasados, se perdieron juntos en un abismo de éxtasis que María jamás había vivido. El alba los descubrió exhaustos, abrazados en un dulce sueño.

La ducha matutina fue otro encuentro de pieles, besos y caricias que enloquecieron a María tanto como a él. Pese a que no tenían mucho tiempo, tomaron juntos un desayuno rápido, que saborearon entre miradas cómplices y besos con sabor a mantequilla. Era muy agradable comenzar el día con Andrés cerca y hubiera dado cualquier cosa por pasar las siguientes horas encerrada en casa con él, en vez de tener que verle la cara al impresentable de Fuertes. Sin embargo, tuvieron que aplazar el deseo para reincorporarse a sus obligaciones.

Andrés la dejó en el trabajo, pero María le hizo parar un poco antes para despedirse a su gusto antes de llegar. Un beso infinito le pareció poco.

—Te llamo luego, cuando salga —le dijo Andrés—. No dejes de pensar en mí.

—No lo haré, puedes estar seguro —le contestó, regalándole un último beso.

María se alejó apresurada bajo la atenta mirada de Andrés.

Las siguientes jornadas en la cooperativa fueron frenéticas, pero la presencia de los alemanes por allí parecía contener a Fuertes, que no se separaba de ellos ni un segundo. Con todo el mundo entrando y saliendo, Cristina y María seguían, mano a mano, sacando trabajo adelante sin darse el menor respiro, aunque nadie pareciera darse cuenta de su esfuerzo.

Andrés le mandaba mensajes durante todo el día, aunque era por la noche cuando hablaban un rato por teléfono antes de caer rendidos, tras una agotadora jornada.

Luisa estaba esa semana de tratamiento, por lo que no se vieron mucho, pero la ayudó cuando llegó su nuevo sofá y, al menos, esa noche cenaron juntas. María preparó unos espaguetis picantes y abrieron una botella de vino.

—Estás mejorando con la cocina —le dijo su amiga—. Este plato está delicioso; picantito, pero muy rico.

—¡Gracias! Creo que te lo debo a ti, que me estás enseñando. Tengo buena maestra.

—¡Tonterías! Seguro que ese cocinillas que tienes por novio te enseña sus recetas.

—No es mi novio —la cortó María.

—¿Y qué es entonces?

—Un amigo.

—Con derecho a roce —murmuró Luisa. Y ambas echaron a reír.

Luisa supo esperar y, cuando ya casi terminaban con el vino, llegó el momento adecuado para que María se soltase y se sincerara con ella. Le habló de lo deliciosamente encantador que era Andrés y de cómo había conseguido, con suma delicadeza, que ella superara parte de sus miedos y descubriera lo maravilloso que puede resultar el sexo cuando lo disfrutas de verdad.

—Jamás me hubiera imaginado que podía sentir algo parecido —le confesó a su amiga.

—Me alegro mucho por ti, María. Te mereces disfrutar de la vida.

—Andrés es muy especial para mí. Está consiguiendo que descubra partes de mi cuerpo que creí muertas y otras que ni sabía que existían —le contó un poco ruborizada por la confesión.

—Debe ser muy bueno —bromeó Luisa.

—Lo es —le respondió contundente—. Pero no es solo sexo. Es mucho más. Me hace feliz —dijo con una amplia sonrisa en la boca y alzando su copa para brindar con la única persona con la que podía hablar con sinceridad.

Aquella noche charló con su hijo y lo notó más contento de lo habitual. Había conseguido cerrar una operación importante y eso le permitía asentarse un poco más de la empresa y de sus superiores. Algo que satisfacía con orgullo a una madre. También sabía que su padre parecía recuperarse y seguía con su estilo de vida, por lo que aquello lo había dejado más tranquilo; no obstante, estaba todo lo pendiente de él que podía, o que se dejaba.

Cuando María le preguntó por su chica, Pablo intentó desviar el tema para hablar de su viaje y, aunque su madre no quiso insistir, supo que algo no andaba bien. Sin embargo, lo notaba radiante y, para ella, eso era suficiente.

Al día siguiente, la llamó la dueña de la tienda de San Antonio donde había dejado sus peces y sus otros trabajos. Manuela deseaba quedar con ella porque tenía que pagarle por lo que había vendido y hacerle nuevos encargos, así que quedaron en verse el viernes por la tarde, en su tienda. Tendría que decirle a Tina o Andrés que la llevaran hasta allí. Le mandó primero un mensaje a él para ver si estaría disponible. Le respondió inmediatamente: «Estoy a su disposición, princesa. La recojo mañana a las siete en su casa y la invito a cenar en San Antonio».

La idea de salir a cenar con Andrés la ilusionó tanto como si se tratara de una primera cita entre adolescentes, incluso se acostó pronto deseando que llegara el día siguiente. Sin embargo, no sería tan maravilloso como imaginaba; al menos, su inicio.

El viernes llegó al trabajo con una gran sonrisa y ganas de acabar la jornada lo antes posible para encontrarse con Andrés. Cristina ya estaba en su puesto cuando entró en la cooperativa y los demás llegaron pronto, excepto Salva, que apareció un poco más tarde y con un humor de perros. Dio un portazo cuando cerró la puerta de su despacho y no salió de allí hasta bien entrada la mañana.

La primera que sufrió su furia fue Cristina, pese al trabajo impecable que había hecho durante toda la semana. Luego, se encerró con Ginés y Félix en su despacho para hablarles a gritos y era tal el escándalo que montó que se le oía desde fuera. Fuertes no había dado señales de vida en toda la mañana, cosa que era de agradecer dado aquel panorama. María solo quería acabar e irse.

Casi al final de la jornada, todos sabían ya que no se había podido evitar que la empresa alemana redujera su pedido anual a la mitad, con las desagradables consecuencias que ello acarrearía, especialmente para Fuertes y su equipo. Al menos, ese día su jefe no pasaría por la oficina, pero en la mente de todos estaba el miedo a encontrarse con él cuando apareciera por allí. Poco antes de salir, Salva llamó a María a su despacho.

—Me ha dicho Cristina que controlas bien las cargas —le dijo a modo de saludo.

—Hola. Eso creo —contestó ella con sequedad.

—Aquí puedes tener futuro, pero será imposible si no te suavizas un poco con Fuertes — afirmó sin mirarla, mientras apuntaba algo en su agenda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—Quiero decir que no es necesario cabrearle. No tendrías que ser tan arisca con él.

—¿Arisca? No entiendo lo que intentas decirme, Salva —exclamó muy seria.

—Ya sabes, mujer... sé un poco más cercana a él. Podrías ser la reina del lugar. —Esta vez sí la miró a los ojos con una sonrisa burlona que a María le dio asco.

—No puedo creer lo que estás insinuando. Haré como que no te he escuchado. Y si no necesitas nada más, me voy a casa —contestó dando media vuelta y abriendo la puerta para salir.

—No te equivoques, María. Todo en esta vida tiene un precio —le dijo Salva antes de que cerrara la puerta, pero ella ya no le escuchó.

En el autobús de vuelta a La Calilla, lloró de impotencia y de rabia, indignada por lo que acababa de suceder. No estaba dispuesta a que la humillaran de ese modo. Ni hablar, no había escapado de una vida que odiaba para soportar algo peor. Pasó por casa de Luisa porque necesitaba hablar con ella, pero su amiga no estaba. Cuando llegó a casa se dio una buena ducha en un vago intento de quitarse de encima la suciedad que se le había pegado en su trabajo y de la que no era capaz de desprenderse.

No comió nada. Se acurrucó en el sofá y, entre sollozos, se quedó dormida. Se despertó cuando llamaron a la puerta. Era Luisa.

—¡Hola! ¿Estabas durmiendo? —le dijo como saludo.

—¡Dios! Me he quedado frita. ¡Y Andrés vendrá a las siete! —contestó María, mirando el reloj de la cocina.

—Pues yo venía por si te apetecía dar un paseo y tomar algo en el bar de Paco, pero ya tienes

plan de viernes —bromeó su amiga.

—He quedado con la chica de la tienda de San Antonio en pasar por allí sobre las ocho. ¡Me va a pagar y darme más trabajo! Andrés me lleva, ¿te vienes?

—No, no. Estoy reventada después de todo el día y mejor será dejar en paz a los tortolitos —exclamó entre risas—. Tendrás que arreglarte, estás hecha un desastre.

—He tenido un día horrible en el trabajo. Otra vez han vuelto a la carga. Esta vez ha sido Salva el que me ha propuesto ser más «condescendiente» con el asqueroso de Fuertes —le contó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿¡Qué dices!?! No deberías volver allí —exclamó preocupada Luisa.

—No sé lo que voy a hacer. Estoy perdida y un poco asustada también con todo esto. No me creo que aún ocurran cosas así —comentó indignada María.

—De momento, arréglate antes de que llegue Andrés. Voy a preparar una infusión, que seguro nos sentará bien. ¡Venga, vamos! —le dijo casi con el tono apremiante de una madre y ella obedeció al instante.

Una vez vestida y con un ligero maquillaje, que logró disimular los ojos hinchados, María se sentó frente a su amiga con una taza en la mano ya más tranquila.

—No debes permitir que eso vuelva a ocurrir —le dijo Luisa—. Eso es un delito.

—Creo que lo puedo mantener a raya, pero es muy desagradable. Además, me preocupan Cristina y las otras mujeres que andan cerca de él —le dijo invadida por el dolor que aquella situación le causaba.

—Debería estar encerrado.

—Sí, en un sitio tan profundo como sus depravados pensamientos.

—Ahora intenta pasarlo bien con Andrés, disfruta y olvida toda la semana. Te lo mereces.

—Eso voy a intentar —dijo mientras llamaban a la puerta.

Luisa se levantó a abrir.

Su loco amor había llegado, el corazón se le aceleró y cuando lo vio a contraluz, el resto del mundo desapareció sin dejar rastro.

Un cruce mágico de miradas le bastó a María para perderse en la inmensidad de sus ojos verdes y en el apasionado beso que se regalaron en la misma puerta antes, incluso, de que Luisa tuviera tiempo de salir y cerrarla con una tenue despedida que ninguno de los dos oyó.

—¿Estás preparada? Yo te veo preciosa —le dijo Andrés.

—Sí, claro. Vamos —respondió recogiendo su bolso y una chaqueta.

Antes de salir, él la cogió por la cintura, la atrajo hacia su pecho y la besó de nuevo.

—Para el viaje —afirmó riendo con esa bien marcada boca que volvía loca a María y salieron de la casa.

Durante el trayecto, Andrés la notó un poco más seria de lo habitual.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí, aunque estoy cansada. Ha sido una semana dura —le contestó ella sin mirarlo.

—Yo también he tenido una semana complicada, pero... ¿ocurre algo más? —inquirió.

María decidió entonces que no habría mentiras entre ellos. Así, de camino a San Antonio, Andrés escuchó toda la historia de Fuertes, y pudo entender la rabia contenida que estaba haciendo sufrir a la persona que amaba. La dejó hablar sin interrumpirla en ningún momento hasta que ya no tuvo nada más que decir.

—No permitiré que esto te ocurra —le dijo muy serio—. Conozco a Fuertes y hablaré con él. Incluso con sus superiores, si hace falta.

—No, por favor —rogó María—. No lo hagas. Yo puedo defenderme sola. No quiero que te metas —sentenció con un tono contundente.

—No es meterme, es defenderte de un indeseable.

—Pero es que no quiero —afirmó María mirándole, aunque él seguía manteniendo fija la vista en la carretera—. Puedo hacerlo sola, no necesito a un príncipe valiente que venga en mi rescate —dijo con una ironía que Andrés desconocía.

—¡Vaya! Lo siento —exclamó confuso—. Solo pretendía ayudarte.

—Te lo agradezco, de verdad, pero creo que puedo resolver este asunto yo misma —dijo ella tajante—. Pensemos en otras cosas ahora y dejemos estar el tema, por favor. Sabré resolverlo, tranquilo —afirmó cuando ya entraban en San Antonio, dando por zanjado ese tema de conversación.

María era consciente de que había sido un poco presuntuosa y desagradable con Andrés, sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que nadie cogiera las riendas de su vida, o tomara decisiones por ella. Ni para defenderla de un ataque nuclear. Se propuso que esa noche él se olvidara del tema, tanto como ella deseaba dejarlo arrinconado también.

Aparcaron cerca de la tienda, que aún estaba abierta y con algunos clientes dentro. Manuela salió detrás del mostrador para saludarlos.

—Atiendo a estos clientes y ya cierro, así podemos hablar más tranquilos —dijo—. Dad una vuelta por si os gusta algo —bromeó antes de volver de nuevo al mostrador.

María descubrió que solo quedaba uno de sus trabajos, uno móvil hecho con maderas recogidas de la playa, que tenía un desorbitado precio de cincuenta euros. Por eso, quizás aún estaba allí. De los peces, no había ni rastro.

—Ya no se pueden comprar tus bonitos peces —le dijo Andrés—. No queda ni uno. Tuve suerte de comprar el más especial de ellos.

—El tuyo es muy chulo —contestó ella—. Fue de los primeros que hice en la terraza de casa.

—¿Tienes una terraza?

—Sí, es la mejor parte de la casa, pero hemos estado muy ocupados para verla —exclamó sonriente María intentando acercar la distancia que, sin querer, se había abierto en el coche.

—Tendremos que solucionarlo entonces —susurró, acercándose más con sus grandes ojos clavados en ella y regalándole un cariñoso beso que parecía sellar una tregua.

Manuela despidió a los últimos clientes y cerró la puerta para que no entrara nadie más.

—Ya estoy con vosotros —dijo, dirigiéndose a la pareja—. Sentaos aquí si podéis —invitó, al tiempo que les indicaba dos pequeñas sillas que tenía junto a una mesa, llena de papeles, que debía ser su pequeño despacho—. Disculpad si está todo revuelto, pero es que nunca tengo tiempo de ordenarlo.

—No te preocupes —la tranquilizó María—, está bien así.

Manuela les contó que había vendido muy bien los peces y los móviles de madera. Ahora iba a una feria en Málaga y quería llevarse más.

—Es una buena oportunidad porque toda Marbella estará allí y podemos hacer una buena caja..

Les explicó que también necesitaba más productos para la tienda, ya que había vendido todo lo que le había dejado el día que conoció a Andrés.

—Ahora estoy trabajando por las mañanas hasta las tres y no tengo tanto tiempo —replicó María—. ¿Para cuándo los necesitas?

—La feria es a principios de diciembre y deberías centrarte sobre todo en eso —dijo Manuela

—. Aquí solo abro los fines de semana, aunque estoy segura de que si tengo más peces, los venderé. A la gente les encantan, y eso hay que aprovecharlo.

María aceptó el encargo y prometió hacer todos los que pudiera para esa fecha, al igual que los móviles de maderas. Luego, Manuela se levantó y buscó entre las estanterías una caja de cartón, de la que sacó un sobre y se lo entregó.

—Esto es tu parte de la venta de los artículos que me dejaste —le dijo—. Si hubiera tenido más, más que hubiera vendido.

María abrió el sobre e intentó no poner cara de sorpresa cuando contó el dinero. ¡Había más de doscientos euros! No fue capaz de decir una palabra y Manuela tomó la iniciativa.

—Sé que no es mucho, pero verás cómo en Málaga lo petamos —le dijo.

—Está bien —contestó como pudo María—. Intentaré hacer todos los que pueda.

Quedaron en que se pondría manos a la obra inmediatamente y le comentarían sus progresos. Se despidieron y salieron a la calle en busca de un lugar para cenar.

María no cabía de felicidad al pensar que, en su bolso, tenía el primer dinero ganado con su trabajo y, además, haciendo algo que le encantaba. Se sentía orgullosa de sí misma y su cara lo reflejaba.

—Estás contenta, ¿no? —le dijo Andrés cuando se sentaron en la terraza de un restaurante frente al mar.

—La verdad es que sí —le contestó ella—. No me imaginaba que podría ganar algo haciendo esto.

—Pues yo bien a gusto que pagué por mi pez. Es precioso y, al igual que yo, mucha gente pensará lo mismo. Parece que tienes un prometedor futuro con esto.

Andrés se ofreció a ayudarla con sus creaciones, para adelantar tiempo para el encargo, y poder así entregarle a Manuela todo el material posible para la feria.

Disfrutaron de la cena al aire libre gracias a la cálida noche que hacía pese a la época del año en la que estaban. Tomaron una botella de vino y conversaron de manera agradable, entremezclando su charla con tiernos besos que presagiaban una noche prometedora. Aunque María notó, de forma muy sutil, la herida que se había abierto en Andrés con su soberbia conversación del coche.

No se les hizo demasiado tarde para volver a casa. En el coche, ya de camino, María le propuso que se quedara a dormir y él aceptó sin pensarlo. Al llegar, fueron directamente al dormitorio para perderse en un mar de besos ardientes, caricias infinitas y un placer desmedido que estaba volviendo loca a María. Allí solo había sitio para el amor.

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana y despertaron a María, que aún permanecía hasta ese momento abrazada a Andrés, quien dormía plácidamente. Le dio un pequeño beso e intentó moverse entre sus brazos para salir de la cama, pero entonces él abrió los ojos.

—¿Pensabas escapar de mí? —le dijo, apretando sus brazos para atraerla más cerca.

—Buenos días. No, ni mucho menos. Intentaba levantarme.

—No tenemos prisa —le susurró al oído para, luego, ir bajando por su cuello y repartir esos pequeños besos que la enloquecían.

María salía de la ducha cuando llamó Luisa, que los esperaba después para comer. Tina había llegado aquella noche y quería saber si podía ir a su casa a pintar en la terraza un rato.

Andrés estaba en la cocina, preparando el desayuno tardío, y María se dispuso a ayudarlo. Lo colocaron todo en una bandeja y subieron a la terraza a reponer fuerzas. Andrés se quedó alucinado con lo que vio.

—No podía imaginar que tuvieras un sitio tan bonito aquí arriba —exclamó.

—Lo es, aunque todavía le falta estar un poco más arreglado. Tengo que pintar las mesas, las sillas y hacer algún retoque más, pero aun así es un sitio especial para mí.

—Si tienes lijas y pinturas, puedo hacerlo yo, si quieres —se ofreció encantado Andrés.

—Pues sería una gran ayuda, la verdad. Últimamente, mi tiempo se ha limitado, creo —dijo ella riendo.

Al poco rato, llegó Tina y se instaló con ellos en la terraza en su rincón de pintar y se centró en sus cuadros, obviando a la pareja de enamorados que seguían disfrutando del sol y del café.

María llevó materiales y pinturas para Andrés, que se puso a lijar la mesa, mientras ella bajó a la cocina a preparar una empanada que quería llevar a casa de Luisa para la comida. Cuando la tuvo ya en el horno, subió a llevar agua fresca a los artistas. Estaba mejorando su nivel en la cocina a pasos agigantados y eso se lo debía a Luisa, que se había empeñado en hacer de ella una «cocinera potable», según sus palabras. María se sentía orgullosa de lo poco que ya era capaz de hacer con los fogones.

—¿Cómo lleváis el trabajo? —les preguntó al llegar.

Andrés ya había terminado casi de lijar, solo le faltaba una silla, y Tina seguía enfrascada con una hermosa pintura en tonos azules como el mar. Decidieron que María se adelantaría para ayudar a Luisa y que ellos irían cuando acabaran.

Cuando llegó a casa de Luisa con la empanada en la mano la encontró en la cocina preparando un guiso de pescado. La ayudó a recoger lo que pudo y a poner la mesa en el patio. Aún les dio tiempo a comentar cómo le había ido en San Antonio y lo increíble que estaba resultando su relación con Andrés.

—Me alegro mucho por ti, María —le dijo su amiga sonriendo.

—¿No te parece que es todo muy precipitado? Hace nada que dejé a mi marido y me lío con el primer hombre que se pone en mi camino.

—No es que lo tuvieras planificado. Las cosas vienen como vienen y cuando vienen.

—No era mi idea, pero tampoco he hecho nada por evitarlo.

—¿Y por qué tendrías que evitarlo? —le preguntó extrañada Luisa.

—No sé. Por respeto quizá.

—¿A quién? ¿A qué? No te entiendo. Te has enamorado y punto. Eso llega cuando llega, no cuando una lo decide. ¡Disfruta de lo que tienes y déjate de tonterías!

—Pues sí —le contestó María—. Como siempre, tienes razón, Luisa. No he buscado nada, simplemente ha ocurrido y no debería darle más vueltas.

—Eso es. Y ahora ayúdame con la ensalada que los demás deben estar a punto de llegar.

Y así fue. Andrés y Tina entraron unos minutos después riendo entre ellos.

La comida transcurrió tranquila, disfrutando tanto de los deliciosos platos como de una buena conversación, que se centró sobre todo en los nuevos encargos de María.

—Tendrás que ponerte con ello para tenerlos listos —le dijo Tina—. Puedo ayudarte si quieres.

—Andrés también se ha ofrecido, gracias. Toda ayuda será poca, supongo.

—A lo mejor ha llegado el momento de hacer que esto sea tu medio de vida, María —intervino Luisa.

—No estaría mal —exclamó ella y se echó a reír—. ¡Con las ganas que tengo de dejar de ver a Fuertes! —dijo mirando a Andrés y descubriendo una imperceptible muesca de dolor en su cara, por lo que enseguida se arrepintió de haber sacado ese tema.

—¡Pues mándalo al carajo! —increpó Tina—. No lo necesitas.

—Todavía me hace falta ese trabajo —contestó María—. Pero espero que eso cambie pronto —dijo buscando los ojos de su amante.

Andrés intentó desviar la conversación para hablar de los soberbios cuadros de Tina y de los artistas que eran por allí: Luisa con la cocina, Tina con sus pinturas y María con sus maderas. «Un trío de lo más creativo», exclamó compartiendo unas risas que intentaban quitar tensión.

Tras los cafés, todos decidieron dormir la siesta, aunque Andrés y María se entretuvieron un buen rato en calmar el deseo que les quemaba antes de dormir.

Aquella noche, tras una tarde tranquila en la terraza, cada uno con sus trabajos, y aprovechando que aún no había llegado el frío, Andrés se empeñó en invitarlas a las tres a cenar en el bar de Paco.

A aquellas alturas, el pueblo entero sabía que María estaba saliendo con un «morito» y poco le importaba ya, aunque le preocupaba encontrarse de nuevo con Fernando. Sin embargo, tuvo suerte porque no apareció aquella noche. En cambio, sí lo hizo Francisco, que se tomó una cerveza con ellos, por lo que así tuvo ocasión de conocer mejor a Andrés, con el que congenió muy bien.

Cuando se retiraron a dormir, ya bien entrada la noche, María y Andrés se perdieron entre besos y caricias, disfrutando del sexo como nunca. Iban conociendo sus cuerpos, sus ansias y sus deseos más recónditos; cada uno deseaba complacer al otro explorando cada milímetro de su piel.

Tina y Luisa fueron a comer el domingo a casa de los padres de la joven, por lo que los nuevos amantes dedicaron el día a descansar y retozar a partes iguales.

Andrés se encargó de hacer una comida frugal y, por la tarde, acabaron de pintar la mesa y las

sillas de la terraza, trabajo que María agradeció tener terminado antes de la llegada de su hijo. Sabía que aquel era un tema que tenía que hablar con Andrés, pero no encontraba el momento. No obstante, quizá este había llegado ya.

—A final de mes vendrá mi hijo a verme —dijo, dejando caer la noticia como de pasada.

—¡Qué bien! Tengo ganas de conocerlo —respondió Andrés.

Sí, aquel sería el momento. No podía esperar más.

—He estado dándole vueltas a eso y... no creo que sea buena idea, Andrés. Quizás es... demasiado pronto —balbuceó con las palabras entrecortadas.

—¿Pronto para conocer a tu hijo?

—Es todo muy reciente. Pablo no sabe nada —le dijo ella, al tiempo que bajaba la mirada para no enfrentarse a sus grandes ojos verdes.

—¿No le has hablado de mí? —preguntó tan extrañado como desilusionado.

—No, aún no —confesó inquieta.

—Pensaba que, cuando llegaste aquí, habías decidido vivir según tus deseos y dejar aparcados tus prejuicios. ¿Te avergüenzas de esta relación, María?

—No, ni mucho menos —contestó rauda—. Es solo que quizá sea demasiado para él. Acabo de dejar a su padre, que además no está bien de salud, él está lejos y... supongo que aún piensa que su madre no es capaz de hacer algo así.

—¿Algo como enamorarse?

—Sí. No todos los hijos comprenden que sus padres empiecen una nueva vida tras separarse, y aún menos a mi edad y de un modo tan rápido —argumentó.

—Tu hijo ya es un adulto y seguro que lo entenderá cuando se lo digas.

—Yo creo que todavía está asumiendo la separación de sus padres. Pero le hablaré de ti cuando esté aquí. Supongo que, después, habrá tiempo para que os conozcáis.

—¿Y qué quieres que haga esos días? ¿Desaparezco? ¿No te podré llamar?

—Bueno, también quiero estar esos días con él, disfrutarlo como madre. Han pasado muchas cosas y necesito pasar mi tiempo con él. También para hablarle de ti.

—Ya. No te preocupes —dijo. Entonces, la miró fijamente a los ojos y María descubrió en ellos, por primera vez, un brillo oculto de rabia—. No me verás por aquí, tranquila. Respeto tu decisión, aunque no la comparta.

—Te lo agradezco. Para mí supone mucho que puedas entenderlo —dijo, asumiendo que no era así.

—No lo entiendo, María. No entiendo por qué tenemos que ocultar algo tan hermoso como el amor —exclamó muy serio—. Pero si es tu decisión, la respetaré, aunque no me guste.

—Gracias —susurró María mientras se acercaba a él para dejar un cariñoso beso sobre sus labios.

La conversación parecía haber dejado fuera de juego a Andrés porque, cuando terminó de recoger los materiales de pintura, se dispuso también a recoger sus cosas para marcharse.

—¿No te quedas esta noche? —le preguntó sorprendida María.

—No. Mañana tengo que madrugar y prefiero estar más cerca del trabajo —contestó sin mirarla.

—¿Estás enfadado?

—Enfadado, no. Molesto, quizá, porque no quieras hacerme partícipe de tu vida, pero no te preocupes —le dijo mientras la besaba—, seguiré igual de enamorado de ti, princesa, aunque gravemente herido.

Cuando él se marchó, María rompió a llorar, acurrucada sobre el sofá. Había sido una idiota. Sus miedos habían vuelto a abrir otra brecha entre ellos y no sabía si sería demasiado ancha como para lograr cerrarla. Se arrepentía de haber sacado el tema y, sobre todo, le dolía lo mal que se lo había tomado él, apartándose así de la persona más importante de su vida. Temía perder a Andrés y eso provocó que sus ojos se llenaran de lágrimas repletas de angustia y rabia.

Por si no había sido suficiente su altanería con el tema de Fuertes días atrás, ahora sus estúpidos miedos la habían arrastrado hasta un punto del que no sabía si habría retorno.

Se acostó sin cenar y, al tumbarse sobre las sábanas impregnadas de su masculino aroma, no pudo evitar quemarse en el deseo que la invadía mezclado con sus sollozos de dolor.

36

La semana comenzó tranquila en el trabajo. Fuertes prefirió poner tierra de por medio tras su fracaso con los alemanes, así que pasó el lunes un momento por la oficina y, luego, se marchó de viaje toda la semana. Fue un alivio para todos, incluido Salva, que se tomó esos días más relajado.

María estaba preocupada por la reacción de Andrés y el lunes por la tarde le mandó un mensaje conciliador, pero recibió una respuesta demasiado seca: «Día liado sin parar. Te echo de menos». Nada más. Demasiado escueto para lo que ella necesitaba.

Luisa se encontraba fuera y no podía hablar con ella, por lo que se centró en trabajar con sus maderas. Puso algo de música y se sentó en la mesa de la cocina a dar forma a sus nuevas creaciones para dejar el tiempo morir en la noche.

El poniente había entrado de nuevo y, aunque pasear se convertía en toda una aventura, decidió salir de casa a media tarde para tomar un poco de aire fresco. El espectáculo estaba asegurado. Grandes olas rompían con estruendo sobre la arena, casi desaparecida en aquel momento, y el agua salada que salpicaba, arrastrada por el viento, llegaba a cualquier rincón por donde pudiera meterse. El mar, bravío e indomable, lo llenaba todo con su olor a yodo y sal, impregnando lo que tocaba, incluida María, que no tardó en volver a refugiarse en la calidez de su casa.

Aquella noche de soledad sus sueños, como siempre, solo tuvieron un protagonista, Andrés.

Al día siguiente, quedó con Luisa para dar algunos retoques más a la casa y ponerla a punto antes de la llegada de Pablo, ese fin de semana. Movieron muebles de sitio, colgaron algunos de los trabajos de madera de María y decoraron el salón con algunas plantas, velas y cojines que Luisa le había hecho a su amiga. Y, con aquella nueva imagen, la casa resultaba muy acogedora.

—Casi parece otra —le dijo María a Luisa—. Gracias por tu ayuda.

—Ha quedado muy bonita, muy tuya.

Ya anocheía cuando terminaron y María sacó una botella de vino y un poco de jamón para compartir juntas, y comentarle a su amiga el asunto de Andrés que tan trastocada la tenía.

—Creo que he metido la pata con Andrés —le confesó con todo el dolor que era capaz de expresar.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Luisa.

—Le dije que creía que no era buena idea que conociera a Pablo.

—¿No piensas contarle a tu hijo lo feliz que te hace ese hombre? ¿De verdad? —le preguntó incrédula su amiga.

—Pues, al principio, esa era mi intención —reconoció—, pero ya no estoy tan segura de que haya sido una buena decisión. Andrés está molesto.

—¡Y con razón, chiquilla! Se debe sentir excluido y confundido.

—¿Confundido? —preguntó sin entender lo que intentaba decirle Luisa.

—Claro —replicó esta—. Pasa semanas metido en tu casa, con Tina y conmigo, compartiendo tu vida y, de repente, cuando llega tu hijo, le dices que en esa faceta, la más importante para ti, no

puede participar. ¿Cómo crees que se debe sentir?

—Tienes razón. He sido una estúpida, pero tenía miedo de hacer daño a mi hijo con esta historia. ¡Acabo de separarme de su padre y dejarlo todo!

—Pues es una fantástica ocasión para demostrarle a Pablo que puedes ser feliz. Seguro que se alegrará por ti.

—¿Tú crees que entenderá que tenga una aventura con un inmigrante sirio, al poco de dejar a su padre? Yo no estoy tan segura.

—Me temo que tienes tú más prejuicios que los que le supones a él.

María guardó silencio. Sabía que, en el fondo, eran sus propios miedos los que intentaba reflejar en su hijo.

—Hablaré con Pablo cuando venga —dijo al fin—, pero no forzaré que se conozcan si él no quiere.

—Quizá también deberías hablar con Andrés para decirle que será tu hijo el que decida si quiere conocerle una vez se lo cuentes.

—No me coge el teléfono. Solo me ha mandado un escueto mensaje —exclamó María preocupada.

—Dale tiempo para que se le pase el enfado.

Las dos amigas terminaron la botella de vino hablando sobre Tina y lo entusiasmada que estaba por empezar su curso en la Escuela de Arte. Luisa se había comprometido a ir a casa de su hermano, un par de veces por semana, para ayudar a su cuñada y que no notaran tanto la falta de la chica.

Cuando, más tarde, se encontraba en la cama, María le mandó un mensaje a Andrés pidiéndole perdón por lo estúpida que había sido y explicándole que sería Pablo quien decidiría si quería conocerle, pero que sabría lo feliz que la hacía y lo enamorada que estaba de él.

No recibió respuesta y, de hecho, ni siquiera leyó el mensaje esa noche.

Cuando se levantó y cogió el teléfono, vio su respuesta: «Buenos días, princesa. Lo que tú decidas estará bien. De todas formas, voy a estar unos días fuera por asuntos personales y no coincidiremos. Disfrútalo.»

Andrés se marchaba y era por su culpa, por una solemne estupidez. María rompió a llorar y dejó que sus lágrimas se fundieran con el agua de la ducha. Esta vez, su cabezonería le pasaba una cara factura.

El jueves intentó pasar desapercibida en la oficina concentrándose en sus tareas y lo mismo hizo en casa, con las maderas. No le llegó ni un escueto mensaje de Andrés; a ella le daba pánico enviarle uno y recibir otra merecida bofetada por respuesta.

El viernes, Tina y Luisa la esperaban a la salida del trabajo para comer juntas e ir al aeropuerto a recoger a Pablo. Luisa las llevó a un destartado chiringuito de los años sesenta, junto a las pistas del aeropuerto, donde dieron cuenta de una buena parrillada de pescado fresco que las tres disfrutaron. Y media hora antes de que aterrizara el avión ya estaban esperando en la terminal.

María estaba nerviosa. No había visto a su hijo desde que lo despidió en el aeropuerto de Madrid, horas antes de dejar su casa para siempre. Por un lado, estaba ansiosa por enseñar a su hijo su nueva vida, su casa y a sus amigas, pero por otro, temía que no entendiera lo mucho que significaba para ella todo eso y que no aprobara su decisión.

—Tranquila —le dijo Luisa, al verla moverse inquieta de un lado a otro—, tu hijo también tendrá ganas de verte y saber que estás bien. No te preocupes.

—¡Me muero de ganas de verlo!

—¡Yo también tengo ganas de verlo! —exclamó Tina—. Seguro que es tan guapo como su madre y ese tipo de chicos solo se dejan ver en verano.

María intentó llamar a Andrés, pero su teléfono seguía apagado. Se decidió a mandarle un corto mensaje: «Perdóname, he sido una idiota. Estoy esperando a mi hijo en el aeropuerto. Por favor, llámame. Te echo de menos». No tuvo respuesta.

A la hora prevista, el avión aterrizó y pronto empezaron a salir los pasajeros. María tenía el corazón acelerado y solo deseaba estrechar a su hijo entre sus brazos. Pablo salió con su maleta, tras una familia inglesa con varios niños pequeños, y enseguida vio a su madre. Se fundieron en un largo abrazo mojado con algunas lágrimas perdidas por parte de María.

—¿Cómo estás, mamá? —le preguntó cuando notó que sus brazos se aflojaban un poco.

—Muy bien, hijo, ¿y tú? Te veo muy delgado. ¿Comes bien? —le dijo tocando su barriga plana.

—Sí, claro que sí. Estoy genial, mamá, y ahora mejor al verte.

—Mira, te voy a presentar a mis mejores amigas —dijo María refiriéndose a Luisa y Tina, que se habían quedado un poco atrás para darles intimidad—. Ella es Luisa, mi amiga y vecina. Gracias a ella ahora vivo en un sitio maravilloso y esta —dijo, acercándose a la joven—, es Tina, su sobrina. Una gran artista que comparte todo el tiempo que puede con nosotras y la chica que ha obrado el milagro para que pudiera descubrir esta maravillosa tierra.

Tras las presentaciones y mientras se dirigían al coche, Tina no pudo contenerse y le susurró a su tía:

—¡Este tío es guapísimo!

—Pues ojito con molestar a María. Tú ya me entiendes, hija —le respondió Luisa, mientras Tina asentía sonriendo.

Subieron al coche y emprendieron el camino de regreso a La Calilla. Tina conducía y hacía de guía, dando explicaciones sobre cualquier cosa que les quedaba cerca. Luisa reía divertida con las ocurrencias de su sobrina y María iba muy satisfecha, recostada atrás sobre el brazo de su hijo, quien intentaba seguir la conversación a Tina, cosa harto complicada dada la velocidad a la que hablaba la muchacha.

Cuando llegaron a casa, tía y sobrina se retiraron para dejarlos solos un rato, pero quedaron en tomar una cerveza un poco más tarde en el bar de Paco. Tina no pudo contenerse en cuanto se quedaron solas:

—¡Qué guapo es!

—¡Chiquilla, que es el hijo de María!

—¿Y qué? Sigue siendo escandalosamente guapo —exclamó mirando hacia atrás y viendo cómo María y su hijo desaparecían tras la puerta.

—No le vayas a crear a María más problemas de los que tiene, Tina.

—En todo caso, los problemas serán míos —dijo muy seria y su tía pensó que tenía razón.

Al entrar en la casa, Pablo se quedó sorprendido de lo pequeña que era, aunque le resultaba muy acogedora. María casi se excusó por solo poder ofrecerle el sofá cama del salón.

—Pero lo vas a estrenar tú, lo he comprado para ti.

—Está perfecto, mamá. Además, lo importante es que estoy aquí —dijo mientras la abrazaba con ese cariño que tanto necesitaba María.

Ese cálido abrazo de su hijo le dio todas las fuerzas que creía haber perdido. Le enseñó lo que ya consideraba su hogar y reservó para el final la terraza. Antes, sin embargo, preparó una bandeja con un poco de mojama, almendras y dos cervezas bien frías que el muchacho subió hasta arriba.

Ya atardecía y soplaba un poniente suave que, a pesar del fresco, aún permitía disfrutar de la puesta de sol. Pablo se quedó alucinado.

—¡Mamá, esto es una maravilla! —exclamó—. Es un rincón encantador.

—Lo es, hijo. Es mi sitio favorito de la casa. Paso muy buenos momentos aquí.

—No me extraña, es un privilegio. Me encanta la casa y todos los detalles, pero ¡esta terraza es lo más! —dijo contemplando las vistas del mar.

—Es muy pequeña —respondió María—, pero perfecta para mí, no necesito más.

—Y el sitio es un paraíso, muy tranquilo.

—La verdad es que me enamoré de este pueblo en cuanto llegué aquí, es un sitio único. Ya lo conocerás.

María contó a su hijo con detalle cómo había conocido a Tina y Luisa, cómo la habían ayudado y cómo, poco a poco, se fueron convirtiendo en sus mejores amigas. Le habló de su trabajo, aunque obvió cualquier comentario sobre Fuertes, y le enseñó algunos de sus creaciones en madera y sus peces.

—Son muy chulos, mamá. ¿Cómo te ha dado por hacer esto? —se interesó Pablo sin dejar de mirar los peces—. Jamás te hubiera imaginado capaz de hacer algo así —admitió sorprendido mientras observaba con detalle uno de ellos.

—No sé, un día me encontré un trozo de madera en la playa, de los muchos que deja el poniente cuando sopla fuerte, y en mis paseos empecé a recogerlos. Paso muchas horas sola en casa y, en un momento de aburrimiento, se me ocurrió hacer algo con ellos. Y salieron estas cosas.

—Es un *hobby* fantástico.

—Bueno, también los vendo en una tienda de San Antonio. Y tengo más encargos —le dijo orgullosa.

—Pues podrías dedicarte a esto, mamá. De verdad que están genial. Sé de mucha gente que pagaría bastante por tener uno de estos en su casa.

—¿Sí? A mí me parece increíble que me paguen por hacer algo que me encanta.

—En eso consiste el trabajo perfecto, mamá, en conseguir que te paguen por hacer lo que te gusta y, además, pasarlo bien mientras lo haces —contestó él sonriendo.

María intentó derivar la conversación para saber cosas de su hijo y lo acribilló a preguntas sobre su casa, el trabajo y su novia hasta que quedó casi satisfecha, pues no fue muy explícito sobre su relación. Pero ahí no quiso ahondar mucho, evitando algo sobre lo que le costaba hablar. También comentaron el estado de salud de su padre y que parecía tenerlo medio controlado.

Casi anocheecía y, como habían quedado con Luisa y con Tina, cogieron una chaqueta y salieron juntos para el bar de Paco, donde ellas ya les esperaban sentadas en una mesa.

—¡Pensábamos que ya no llegaríais! —dijo Tina a modo de saludo.

—Perdonad la tardanza —se excusó María—. Hemos subido a la terraza, nos hemos puesto a charlar y hemos perdido un poco la noción del tiempo.

—Buenas noches —exclamó Pablo, sentándose en la silla que Tina le ofrecía a su lado.

—Hola, chicos. No hay ninguna prisa —aseguró Luisa—. En este sitio, lo que suele sobrar es tiempo.

Paco se acercó para tomarles nota y María le presentó a Pablo. Al día siguiente, estaba segura que todo el pueblo sabría que tenía un hijo y eso, de alguna forma, la llenaba de satisfacción; o quizá la mera presencia del chico era la que la tenía completamente feliz y eso se reflejaba en su cara.

—No puedes negar la alegría de tus ojos —le dijo Luisa sonriendo—. Irradias felicidad como si fuera un perfume.

—Soy tremendamente dichosa por tenerlo a mi lado, esa es la verdad —afirmó María mirando embelesada a Pablo, al que Tina ya había acaparado.

Luisa les propuso comer en su casa al día siguiente, pero María prefería hacerlo en su terraza, si el viento lo permitía. De pronto, vio a lo lejos a Francisco cargando las últimas cajas de pescado en la furgoneta y, sin pensarlo dos veces, salió a su encuentro, dejando a todo el mundo mirando cómo se alejaba corriendo. Al poco, volvía con una bolsa en la mano.

—Casi no pilló a Francisco —dijo, a modo de disculpa—. He comprado dos hermosos sargos para mañana. Los haré al horno. —Y levantó la bolsa a modo de trofeo.

—¿Los cocinarás tú? —preguntó incrédulo su hijo.

—¡Pues claro! —soltó María muy segura.

—Tu madre se ha vuelto toda una cocinera en este tiempo. Y hace algunas cosas muy ricas —salió en su defensa Luisa.

—Ella es la que me está enseñando, es una chef de primera —contestó María, mirando con cariño a su amiga.

—Bueno, pues eso tenemos que comprobarlo. Otra nueva faceta de mi madre que desconocía —dijo Pablo satisfecho de verla con esa alegría y esas nuevas habilidades que parecían hacerla feliz.

Pidieron unas raciones, más vino y cerveza. Estaban disfrutando de una agradable y fresca noche cuando Fernando se aproximó a su mesa. María estaba de espaldas y no lo vio acercarse, pero la cara de Luisa la advirtió de peligro que se avecinaba.

—Buenas noches —escuchó María junto a su cuello—. Veo que tenéis un nuevo acompañante. ¿El morito ya se fue?

—Buenas noches, Fernando —le respondió muy seca Luisa—. No creo que sea de tu incumbencia con quién nos sentemos en la mesa.

—Fernando, te presento a mi hijo, Pablo —exclamó rápida María, intentando desviar la conversación.

—Encantado de conocerte, muchacho —le respondió directamente a él—. ¿Te instalas con tu madre en nuestro pequeño pueblo?

—No, no, solo he venido de visita —contestó Pablo—. Es un lugar precioso.

—Un pueblucho lleno de viejos pescadores, salineros y viudas del mar; el mismo mar que nos da de comer cada día. Solo eso, pero aquí nos ha tocado vivir.

En ese momento, Paco lo llamó desde la barra y Fernando le indicó con la mano que ya entraba.

—Siento no poder acompañaros, Paco me reclama dentro. Espero verte por aquí, muchacho —le dijo a Pablo, tendiéndole la mano.

—Encantado de conocerle —le contestó el chico.

Cuando el pescador entró en el bar, María y Luisa se miraron aliviadas y esta fue la primera en hablar:

—Es un pesado. Se aburre nada más poner un pie en tierra, en especial, cuando se le acaban las turistas a las que engañar.

—Vamos, que es un donjuán entonces —rió Pablo—. Espero que no te corteje a ti, mamá.

—Ya lo ha intentado, pero no ha tenido mucha suerte —le contestó sincera María.

—No me extraña, estás muy guapa. Este pueblo te ha sentado bien, eso está claro —afirmó y sonrió con cariño a su madre.

Tina volvió a reclamar su atención mientras María y Luisa siguieron hablando de los preparativos para el día siguiente. Se les hizo tarde y el frío les obligó a levantarse de la mesa para volver a casa.

El grupo se despidió en la puerta de María, no sin que antes Tina prometiese que iría hasta allí, por la mañana, para aprovechar la luz para pintar. Además, aquello era la excusa perfecta para ver de nuevo a Pablo.

María y su hijo se pusieron cómodos y prepararon la cama del muchacho en el salón. Una vez abierta, le parecía mucho más grande que en la tienda y era confortable.

—¿Te apetece un vaso de leche o una infusión? —le preguntó.

—No, gracias, mamá. Estoy bien. Si necesito algo, ya lo cojo yo; no te preocupes.

—Bien, cariño. Me alegro mucho de que estés aquí —le dijo, acariciando su cabeza y acercándose a darle un largo beso cargado de ese amor que solo es capaz de desprender una madre—. Descansa, mañana seguro que Tina vendrá temprano.

Se despidieron y María fue hacia su dormitorio, desde donde se volvió a mirar de nuevo a su hijo que, metido ya en la cama, consultaba su teléfono. Por fin lo tenía a su lado.

Aquella noche durmió tranquila de saber a Pablo bajo su techo, satisfecha de ver uno de sus anhelos cumplidos. A falta de otros, pues aquella noche tampoco tuvo respuesta de Andrés a ninguno de sus mensajes.

María se despertó cuando todavía no había amanecido, pero no quiso salir del dormitorio para no hacer ruido y se quedó un rato en la cama. Mandó un nuevo mensaje a Andrés y lo llamó, aun sabiendo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Empezaba a preocuparse. Se duchó y, al salir, Pablo ya estaba levantado y había recogido la cama.

—¡Buenos días, cariño! ¿Has dormido bien? —le preguntó, andando hacia él para darle un beso.

—Estupendamente, mamá. Buenos días. No se oye un ruido, es el silencio absoluto. Solo escuchas el mar.

—Pues haberte quedado un poco más en la cama disfrutándolo.

—No, he descansado bien y quiero aprovechar el día. ¿Te apetece un buen desayuno inglés en la terraza? —le propuso su hijo ilusionado.

—Eso sería estupendo. Te ayudo.

—No. Yo me encargo. Sube tú si quieres platos, vasos y lo que necesitemos. Las viandas son cosa mía.

María terminó de vestirse y subió a la terraza con una bandeja con agua, zumos y todo lo que precisaban para el desayuno. El día parecía tranquilo, por lo visto el poniente daba una tregua y podrían comer en la terraza. Puso la mesa y mientras esperaba que subiera su hijo, volvió a mandar otro mensaje a Andrés: «Estoy muy preocupada; por favor, al menos, contesta. Dime algo, aunque sea cualquier cosa para demostrar tu enfado conmigo, pero responde, por favor». Sin embargo, aquella vez tampoco obtuvo una contestación.

Pablo llegó con una gran bandeja y un desayuno en toda regla. Tostadas, té, café, huevos y beicon.

—He pensado que podía ahorrarme las judías —dijo él riendo.

—No sé si podremos comernos todo esto.

—Yo lo voy a intentar, me muero de hambre.

Pablo no dejaba de admirar el bonito rincón que su madre había conseguido allí.

—Me encanta tu casa, mamá —alabó el muchacho con sinceridad.

—Es muy pequeña, pero estoy muy bien aquí. Poco a poco, la voy haciendo mía.

—Me alegra verte bien y rodeada de personas que te aprecian.

—Creo que he tenido mucha suerte, Pablo. He dado con unas personas estupendas que me han ayudado mucho. De no haber conocido a Tina, posiblemente aún estaría por ahí dando vueltas con mi maleta en ristre —dijo sonriendo mientras se imaginaba en aquella playa de Valencia, que tan lejana le parecía ahora.

Entonces, de forma natural, el chico sacó la conversación que María tanto temía.

—¿A quién se refería anoche el pescador cuando hablo del morito? ¿Otro amigo vuestro?

—Sí, es amigo nuestro. Se llama Andrés y tengo que hablarte detenidamente sobre él —le contestó María bajando la mirada.

—¿Ocurre algo, mamá? —inquirió preocupado por el gesto esquivo de su madre.

María sabía que había llegado el momento. Necesitaba ser sincera con su hijo y con ella

misma. Cogió aire como si en ello le fuera la vida, suspiró y comenzó a hablar, mirándolo a los ojos, con toda la valentía de la que fue capaz.

—Estoy enamorada de él, y él de mí. No sé cómo ha ocurrido, ni lo he buscado, pero esa es la verdad. Andrés me hace tremendamente feliz, Pablo. Y debes saberlo.

—¡Mamá! —exclamó él sorprendido.

—¿Qué, hijo? Las madres también somos mujeres con derecho a amar —le dijo con todo el cariño que le permitían sus palabras—. He temido mucho esta conversación contigo, pero tengo que ser sincera. He decidido que no voy a volver a traicionarme a mí misma, y eso incluye ir con la verdad por delante, aunque duela, incluso a ti o a mi.

—No sé qué decir. No me esperaba algo así. ¿Y papá, sabe algo? —intentó comprender Pablo casi desbordado por la situación.

—No, no he hablado con tu padre desde que salí de casa. Él no tiene nada que ver en esto, tu padre y yo hemos separado nuestras vidas y, en eso, no hay marcha atrás —le contestó muy firme.

—¿Cómo ha ocurrido? —quiso saber.

—¿Que cómo ha ocurrido? ¿Cómo te enamoraste de Jane? ¿Te planteaste cada paso? ¿Planificaste cómo enamorarte de ella? No planeas querer alguien, simplemente ocurre. Y si, además, esa persona pierde el sentido por ti, te hace descubrir que hay todo un mundo maravilloso dentro de ese universo que llamamos amor y que nunca supiste de su existencia en cincuenta años, ¿no es para perderse en él?

María se sorprendió a sí misma tras su pequeño discurso, tomó aliento y dejó que Pablo asimilara sus palabras, al tiempo que lo hacía ella misma.

—Imagino que esto es algo ya consumado —dijo él cuando tomó de nuevo la palabra, recomponiéndose de la noticia que lo había dejado un tanto fuera de juego.

—Cariño, no puedo evitar amar a quien me hace feliz, por muy de locos que te parezca.

—Tengo que asimilarlo. ¿Es musulmán de verdad? —preguntó con interés.

—Tan musulmán como tú, cristiano. No es un moro de los que habrás visto trabajando en los invernaderos, ni lleva chillaba, ni es un fundamentalista. Es un ingeniero sirio que, huyendo de los extremistas de su país, ya lleva muchos años en España. Tiene un buen trabajo, es una persona culta, educada y un hombre maravilloso, todo un caballero. Nada que ver con la imagen que puedes tener de los inmigrantes que ves por la tele.

—Supongo que algo tendrá para haberte enamorado de él.

—Lo tiene, Pablo. Es el hombre que me hace feliz, por extraño que te parezca.

—¿Y no vas a presentármelo? —inquirió su hijo.

—Pues, al principio, me daba tanto miedo decírtelo porque temía tu reacción, así que le dije que no os veríais. Creo que, aunque lo aceptó, no le gustó la idea. Llevo varios días sin poder hablar con él y ya empiezo a estar preocupada.

—Pero ¿dónde está? ¿No voy a verlo? —preguntó extrañado.

—No lo sé. Ni siquiera responde a mis mensajes.

—¿Un enamorado desaparecido? ¿No será que no se atreve a conocer al hijo de su amante? —cuestionó Pablo con algo de sorna en su tono.

—¡No hables así! Estoy segura de que algo le ha pasado. No es normal en él no dar señales de vida.

—Quizá tema dar un paso más en vuestra relación y venir a presentarse, al menos —sentenció, al tiempo que buscaba en los ojos de su madre una respuesta sincera a todo aquello.

—No, Pablo. Él quería conocerte y fui yo quien se lo impedí —confesó María con pena—. Y

creo que eso ha sido lo que le ha hecho alejarse, mi miedo a que no aceptaras esta relación, hijo; mi miedo a hacerte daño.

—No es daño, mamá. Es que me cuesta un gran esfuerzo verte como una mujer, una gran mujer, además de ser mi madre —le dijo él con sinceridad—. Por un lado, me alegro de que seas feliz y, por otro, no puedo imaginarte con otro hombre que no sea papá. Me cuesta mucho.

—Papá seguirá siendo siempre tu padre y tendrá todo mi respeto, pero ya no es mi marido, ni forma parte de mi vida más allá de la sangre que le une contigo. He elegido tener mi propia vida, y estoy muy a gusto con ella, hijo —le contestó ella con toda la franqueza de la que pudo hacer acopio.

De pronto, se hizo el silencio entre ambos. Pablo necesitaba unos segundos para digerir aquella nueva situación, tan diferente a la que había vivido su familia hasta hacía bien poco. Pero también sabía, por la seriedad con que ella le habló, que nunca habría vuelta atrás. Sopesó sus palabras antes de empezar a hablar.

—Supongo que tienes todo el derecho, mamá —le dijo mientras la abrazaba—. No soy nadie para juzgar tu vida ni el modo en cómo quieres vivirla. Estoy comportándome casi como un niño enrabiado y no es esa la cuestión. Creo que me basta con saber que estás bien y que eres feliz, aunque me cueste aceptar que tienes tu propia existencia independiente. Lo más importante es verte feliz y eso no puedes negarlo. Jamás te había visto así de plena y... ¡más guapa aún!

María agradeció con el alma sus palabras, pero no les dio tiempo a seguir con la conversación ya que, de repente, sonó el teléfono de María. Era Tina, que estaba abajo aporreando la puerta, pero no la escuchaban. Pablo bajó a abrir y subieron los dos cargados con los materiales de la joven, quien llegaba dispuesta a comenzar una nueva jornada artística en la terraza.

—Pensaba que os habíais olvidado de mí —dijo al entrar—. Quedamos en que vendría esta mañana. ¿Molesto? Si queréis, vuelvo más tarde.

—¡Buenos días, Tina! Ni mucho menos, estás en tu casa.

—¡Qué buena pinta tiene este desayuno! ¿No coméis? Yo me muero de hambre, no he tomado nada para venir antes y aprovechar la luz. ¿Puedo probar estas tostadas?

—¡Claro! Come lo que quieras. Voy abajo a por más platos —le contestó María.

Cuando volvió a subir, ambos reían junto a la mesa y María no pudo más que sonreír al ver a su hijo tan relajado tras su conversación. Tina obraba milagros.

—María, ¿te enfadarías mucho si esta tarde te robo un rato a Pablo? —le preguntó la chica—. He pensado que, tal vez, le gustaría ir hasta la Cala de Arriba para darnos un baño en los saltos. Son espectaculares —continuó diciendo ya mirando a su hijo.

—¡Por supuesto que no! Seguro que se divierte más que con la viejuna de su madre —contestó riendo.

—¡De vieja nada, que estás estupenda! —saltó Pablo ilusionado con el plan que proponía la muchacha.

Los chicos terminaron de desayunar y María bajó las cosas intentando despejar la mesa mientras Tina montaba su caballete para empezar a pintar, ante la encandilada mirada de Pablo.

En la cocina, de nuevo, intentó hablar con Andrés, pero localizarlo era misión imposible. Seguía con el teléfono apagado.

Poco después, Luisa llegó cargada de bolsas.

—¡Buenos días! He traído algunas cosas para la comida.

—¡Buenos días! ¿Algunas cosas? —se sorprendió María—. Parece que vamos a tener un banquete —dijo agradecida.

—¿Y los chicos?

—En la terraza, Tina está pintando y parece que congenian bien.

—Creo que mi sobrina está tonteando con Pablo —le confesó Luisa.

—Él sabe lo que se hace, no te preocupes —aseguró confiada su madre—. La que sí que está preocupada soy yo por Andrés.

María le contó que era imposible hablar con él y que, desde hacía dos días, ni contestaba a sus mensajes.

—No sé qué hacer, ni siquiera sé dónde vive.

—Pero sabemos dónde trabaja —atajó Luisa—, y tengo una amiga allí. Voy a ver si ella sabe algo —dijo decidida, al tiempo que buscaba su teléfono.

Luisa marcó un número y habló con alguien, que la dejó en espera unos minutos antes de continuar la conversación. Cuando colgó, le contó lo que le habían dicho.

—Por lo visto, ha pedido unos días libres por asuntos familiares, aunque no saben cuándo regresará. Lo siento. Me llamarán si se enteran de algo.

María bajó la cabeza hundida en sus sentimientos de culpabilidad. Luisa se acercó para abrazarla.

—No te preocupes, volverá. ¿Qué loco puede abandonar a una persona como tú?

—Yo he sido quién lo ha espantado, por mi idiotez, por mis estúpidos prejuicios —se lamentó con rabia María.

—Han dicho que tenía que resolver unos asuntos familiares. Seguro que, en cuanto pueda, te llama.

—¿Tú crees? Yo no lo tengo tan claro. ¿Qué asuntos familiares pueden retenerle si no le queda familia?

—¡Estoy segura de que te llamará! Que haya dicho eso en el trabajo es una excusa muy normal para poder ausentarse unos días, tiene su explicación. Por ahora, disfruta del momento, de hoy, de tu hijo, que está aquí y ha venido a verte.

—Sí, es verdad. Pablo es lo más importante ahora mismo —dijo María intentando recomponerse, pero sin lograr ocultar su pesar y su inquietud.

Ambas mujeres se pusieron mano a mano en la cocina y, en un rato, fogones y viandas llenaron por completo sus pensamientos. Estaban liadas en la cocina cuando bajó Pablo en busca de unos refrescos.

—Se está genial arriba, voy a subir algo de beber. Hola, Luisa, ¡buenos días! —dijo al entrar.

—Hola, Pablo, ¿te molesta mucho Tina? A veces puede ser una pesada —contestó.

—¡En absoluto! Es una gran artista, hace unas pinturas estupendas.

—Totalmente de acuerdo, cariño. Tiene un gran talento —apostilló María.

—Conozco a gente que estaría encantada de conocer su obra. Tenemos mucho de qué hablar — afirmó mientras terminaba de preparar una bandeja con vasos y refrescos—. ¿Necesitáis ayuda?

—No, no te preocupes. Luisa me vigilará para impedir que haga un auténtico estropicio — bromeó su madre.

El chico subió a la terraza, con la bandeja en las manos, y ellas se concentraron de nuevo en la tarea culinaria hasta la hora de comer. Entonces, montaron la mesa arriba y los cuatro disfrutaron de una distendida y agradable comida en la terraza.

Después de recoger, Luisa se retiró a dormir la siesta y los chicos se prepararon para pasar la tarde en la cala, por lo que María se quedó sola. Se acurrucó en el sofá y volvió a comprobar su teléfono. Ningún mensaje de Andrés. Aunque estaba cansada, no pudo dormir. Sus pensamientos se encontraban lejos de allí, junto al hombre que amaba, estuviera donde estuviera.

Cuando bajó un poco el sol salió a dar un paseo, pero se encontró a Luisa que iba en su busca.

—¿Te apetece un café? —le dijo su amiga—. Vamos al bar de Paco y nos sentamos a ver la puesta de sol tranquilas —la animó—. Los chicos seguro que aún tardan un poco.

Acomodadas minutos después frente a sus cafés y ante una irreplicable puesta de sol, María rompió su silencio.

—Aún no sé nada de Andrés —dijo con melancolía.

—Seguro que no tarda en llamarte —le contestó su amiga—. Estará liado, pero te llamará, ya verás.

—No lo tengo tan claro, Luisa.

En ese momento, un viejo Ford Focus azul paró junto al bar y una mujer morena, alta y con exceso de maquillaje se bajó del asiento del copiloto. Llevaba un ceñido y escotado vestido corto con estampado de leopardo y, sobre él, una minúscula chaqueta negra con lentejuelas que, al estar abierta, dejaba al descubierto sus generosos pechos. En el coche, al volante, un hombre de mediana edad, con gorra, esperaba.

La recién llegada se metió en el bar. Aunque, al poco, salió y, muy decidida, se dirigió a la mesa en la que se hallaban sentadas María y su amiga. Sin ningún tipo de cortesía, la desconocida comenzó a hablar en un tono más alto del normal.

—He tenido suerte de encontraros a la primera —exclamó de sopetón—. De todas formas, en este pueblucho, no era muy difícil dar con vosotras.

—¿Quién es usted? —interpeló Luisa.

—Soy la novia de Andrés y me han dicho en el almacén que aquí se escondía la guiri que lo tiene descompuesto y sus nuevas amigas, que lo buscan como perras en celo. ¿Cuál de vosotras es? —preguntó casi a gritos.

—Yo soy la amante de Andrés —contestó Luisa, sin dar tiempo a reaccionar a María—. ¿Qué se te ofrece?

La mujer puso los brazos en jarras, tomó aire y soltó un discurso que parecía tener preparado:

—Andrés es mi novio desde hace varios meses, estamos muy bien juntos y no va a venir nadie a quitarme a mi hombre, ¿entendido?

—Él es libre de estar con quien quiera —afirmó Luisa.

—No contigo, guapita de cara —le espetó la otra socarrona—. Andrés es mío y no voy a

compartirlo con nadie, ¿te enteras? Tú tienes la culpa de que no haya podido verlo desde hace semanas.

—No tengo por qué discutir contigo —dijo Luisa antes de tomar un sorbo de su café e intentar ignorarla ante la atónita mirada de María.

—Además, vengo a decirte, por si él no te lo ha dicho, que está casado y tiene un hijo en Francia. Ahora está allí con ella. Pero eso a mí no me importa porque me quiere a mí, no a su mujer.

María no pudo reprimirse y saltó:

—¿Casado? Eso no es posible.

—¡Claro que lo es, guapa! ¡Si lo sabré yo! He visto fotos de ella y el crío.

—Por favor, déjanos en paz —le pidió Luisa—. Deja de molestarnos.

En ese momento, salió Paco del bar.

—¿Ocurre algo? —preguntó a sus vecinas.

—Nada, Paco, gracias —contestó Luisa—. Esta señora ya se iba.

—Sí, ya me voy, pero no olvides lo que te he dicho. Andrés es mío, y de nadie más —sentenció dándose media vuelta y contoneándose ante todo el que la quisiera mirar. Se subió de nuevo al coche y este se marchó tan rápido como había llegado.

—¿Estáis bien? —preguntó Paco.

—Sí, sí, claro, solo ha sido un malentendido —contestó Luisa—. Tráenos un par de *gin tonics* que creo nos lo merecemos.

Paco, sin indagar más en el tema, desapareció, al igual que lo hizo el color en la cara de María, quien aún estaba alucinada con lo que había pasado.

—¡No me lo puedo creer! —acertó a decir—. Gracias por hacerte pasar por mí. Yo no habría podido decir ni una palabra.

—Tranquila. A las señoras de esa calaña hay que tratarlas con mano firme.

—¿Cómo es posible que sea la novia de Andrés?

—Eso es lo que dice ella, María —le contestó su amiga lo más tranquila que pudo—. Es su versión y no tiene por qué ser la real, solo la suya. Basta con verla, no parece ser el tipo de Andrés.

—Pues yo no creo que se tome la molestia de venir hasta aquí para defender su territorio si no hay algo de verdad en ello.

Paco les sirvió las bebidas con la misma celeridad con la que se fue. Luisa retomó la palabra, pero pocas eran para poder consolar a su amiga.

—Seguro que todo tiene una explicación, incluso esto.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cómo sabe de nosotras? —preguntó incrédula María.

—Me temo que yo he sido la responsable. Cuando llamé a mi amiga en el almacén para preguntar por él, seguro que comentó algo entre las chicas. Las noticias vuelan en los vestuarios y le ha resultado fácil dar con nosotras. Lo siento —se lamentó apesadumbrada Luisa.

—Tú no tienes la culpa. A nadie en su sano juicio se le ocurre montar una escena como esta. Yo he sido una estúpida por meterme sola en un lío así.

—No, tú simplemente estás enamorada. Y eso no se puede evitar, cariño.

Cuando terminaron sus copas volvieron dando un paseo a casa de María. Luisa no la quería dejar sola y ambas se pusieron a preparar un poco de pasta para cenar antes de que llegaran Tina y Pablo.

María volvió a llamar a Andrés pero, como siempre, no obtuvo respuesta. Tampoco a sus

mensajes.

Minutos después, Pablo llegó solo porque había dejado a Tina duchándose en casa de Luisa.

—Si vamos a cenar aquí voy a ducharme y a recogerla —dijo entrando en el baño.

—¡Vaya! Sí que se llevan bien —exclamó María cuando él desapareció.

—Pero ¿no tenía novia? —preguntó riendo Luisa.

—Pues eso creía yo, aunque no la ha nombrado mucho desde que llegó —le contestó ella—.

Pero ya ves que no se resiste a los encantos de Tina.

—Es una buena chica —dijo convencida Luisa—. Hablaré con ella, no está bien meterse en medio de una relación.

—¡Oh, no! ¡Ni se te ocurra! Ellos sabrán lo que hacen, son adultos y toman sus propias decisiones. Lo que haya de ser, será. Y no te creas que no me haría ilusión tener a Tina de nuera —afirmó en voz baja al tiempo que ambas rompían a reír. Nada mejor que unas risas para olvidar un mal trago.

Pablo salió del baño y fue en busca de Tina mientras ellas ponían la mesa. Cenaron en la cocina y Tina acaparó la conversación contando lo bien que lo habían pasado, animada por los divertidos comentarios de Pablo, por lo que aquella velada ayudó a dejar atrás, por un rato, el dolor que invadía el alma de María.

Cuando, tiempo después, María ya estaba en la cama volvió a consultar su teléfono, pero este seguía igual: sin mensajes de Andrés. Aunque, en esa ocasión, ella tampoco se decidió a dejarle ninguno.

Se sentía traicionada y dolida. Ahora tenía una lamentable explicación para la desaparición repentina de Andrés. Casado, con un hijo, con novia... ¡Cómo se había podido dejar engañar así! Había quedado seducida por sus encantos y caído en sus redes como una adolescente. «¡Qué idiota he sido!», se dijo.

Le costó dormir. La imagen de Andrés con aquella morena la asaltaba sin tregua, combinada con la de una esposa al más puro estilo árabe, que le preparaba cuscús para cenar mientras él, sentado, charlaba con su hijo.

Mil escenas se repitieron esa noche en su mente, cada cual más desoladora que la anterior para una mujer enamorada de un hombre, ahora, desaparecido.

El domingo fueron todos de excursión en el coche de Tina a San Antonio y visitaron sus maravillosas playas vírgenes, aunque solo los jóvenes se atrevieron a darse un chapuzón en las ya frías aguas. Comieron en el puerto y volvieron casi al atardecer a La Calilla.

María decidió, desde que se levantó aquella mañana, que disfrutaría de su hijo y sus amigas, tal como hizo durante todo el día. Estaba dolida, rota en su interior y, sobre todo, se sentía engañada. Se había dejado llevar por unas emociones incontroladas que le habían hecho caer en la trampa de un embaucador, seducida y entregada a un desconocido que la había enredado en una historia sin sentido de la que tenía que huir. Ese hombre tenía que dejar de existir para ella. Solo había sido un error más en su ya errática vida. No valía la pena perder ni un minuto de estar con su hijo para dedicárselo a un hombre desaparecido que la había engañado. Pablo se iría martes y solo le quedaban unas pocas horas para disfrutarlo, por eso, el resto del día tuvo la suficiente fuerza como para centrarse en él y disfrutar de una hermosa jornada con personas que la querían de verdad.

Cenaron en casa de Luisa porque se había empeñado en preparar sus famosos chuletones, sin dejar opción a otra alternativa. Tras la cena, Pablo y Tina salieron a dar un paseo, pese a que la noche era fresca, cosa que pareció importarles poco. Luisa habló en cuanto cerraron la puerta.

—Creo que estos dos tienen algo más que una buena amistad —sentenció.

—Voy a tener que darte la razón. ¿Has visto cómo se miraban? —le preguntó María.

—¡Como para no verlo! Las mismas miradas que os lanzáis Andrés y tú cuando estáis juntos.

—¿Sí? ¿Así de idiota me ponía?

—No hables en pasado, Andrés volverá.

—Ya, casado, con un hijo y con novia. Un completo. No, Luisa, no sé si Andrés volverá algún día y si lo hace, espero que no se acerque a mí. Me siento traicionada, estafada.

—¿Qué dices? —preguntó sorprendida su amiga.

—Lo que oyes. No quiero saber nada de Andrés ahora que conozco su situación. Me ha mentido.

—Solo sabes lo que esa loca nos contó. Deberías escucharlo a él también, creo que tendrá algo que decir.

—Supongo que eso ya no importa —exclamó con toda la tristeza que la invadía y el insoportable dolor de un corazón roto.

Ambas mujeres siguieron recogiendo la cocina en silencio, cada una inmersa en sus pensamientos; aunque los de María se debatían entre el odio y el deseo de volver a estar en los brazos de ese hombre que la había engañado.

Volvió a casa antes de que regresaran los chicos y casi como un acto reflejo, miró su teléfono. Ningún mensaje ni llamada. El silencio se había vuelto ya habitual. Entró en su habitación y sobre la cama rompió a llorar de rabia por sentirse engañada, abandonada, y sí, tenía que reconocerlo, por perder al hombre que le había hecho conocer lo increíblemente maravilloso y placentero que

podía ser el amor, aunque todo hubiera sido una engañosa ilusión. No se dio cuenta de que había entrado su hijo, quien fue directo a su dormitorio al escucharla.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó asustado, acercándose a la cama y rodeándola con su brazo.

María se recompuso como pudo, se tragó sus lágrimas e intentó esconder su dolor tras una forzada sonrisa.

—No pasa nada, hijo, no te preocupes. —No estaba dispuesta a contarle a Pablo cómo se había dejado engañar de esa forma tan pueril.

—¡Claro que me preocupo si veo que estás llorando, mamá!

—Llorar es solo un mecanismo para liberar emociones, cariño, y yo tengo unas cuantas a flor de piel que necesitan una válvula de escape. De alguna forma tienen que salir y esta es una de ellas.

—¿Es por ese hombre, el moro? —preguntó serio Pablo.

—¡No le digas eso, es despectivo! Supongo que, en parte, es por él, aunque también por mí misma. No te inquietes, estoy bien. Además, no creo que lo llegues a conocer; al menos, de momento, pero eso no es lo más importante ahora. Me importas tú.

María necesitaba desviar la conversación para no entrar en más detalles respecto a Andrés y de la absurda situación en la que se había visto envuelta.

—Pero yo sí que me estoy preocupando por ti, Pablo. ¿Qué hay entre Tina y tú? —preguntó interesada.

El chico miró a los ojos de su madre. A ella no le podía mentir.

—Creo que me estoy enamorando. No sé cómo ha ocurrido, pero siento un revuelo en el estómago cada vez que se acerca y hace que el resto del mundo no tenga importancia a su lado. Solo tengo ganas de estar a su lado y escuchar su risa, que me llena de alegría.

—Pues sí, pareces enamorado —sonrió su madre—. ¿Qué pasa con Jane?

—Supongo que tendría que habértelo contado antes, pero no he encontrado el momento —confesó el.

—¿Qué me tienes que contar? —preguntó María intranquila.

—Lo hemos dejado, mamá. Casi no nos veíamos, cada uno siempre estaba liado con su trabajo, con sus propios amigos, intereses diferentes... En fin, que decidimos que estaríamos mejor cada uno por su lado.

—¡Vaya, lo siento! ¿Cómo no me habrás dicho nada? ¿Cuándo os separasteis?

—Hace ya más de un mes que se fue de casa. Pero tranquila, como ves, estoy bien.

—¿Y has decidido a meterte en otra aventura? Tina se encontrará muy lejos de tu trabajo, de tu vida allí. Os separan miles de kilómetros.

—¿Y quién dice que estemos separados? Hoy día no hay distancias, mamá. Y, además, aún es pronto para plantearse nada, aunque me encantaría que pudiera conocer el ambiente artístico de Edimburgo.

—¿Y ella qué piensa? No hay que indagar mucho para ver que está colada por ti.

—Lo sé y no quiero hacerle daño. Ella está muy unida a su padre. No sé lo que ocurrirá, ni tampoco quiero plantearme nada ahora mismo.

—Tienes razón. Lo que haya de ser, será —contestó su madre intentando aplicárselo a sí misma, al tiempo que lo besaba en la frente. Pablo le devolvió cariñoso el beso en la mejilla.

Madre e hijo se miraron y se abrazaron. ¡Cómo echaba de menos María esos cálidos abrazos! ¡Qué reparadores eran! ¿Cómo sería posible que pudieran transmitir tanto cariño y amor? Justo lo

que, en ese instante, ambos necesitaban.

—Voy a intentar descansar, que mañana madrugo —dijo ella sonriendo—. Te recuerdo que tengo un trabajo. Llegaré pasadas las tres y entonces prepararé algo de comer, si tu hambre puede esperarme, claro.

—No, yo prepararé algo para cuando llegues y comemos juntos, ¿te parece bien? Ya verás, también sé hacer mis pinitos con la cocina. ¡Te sorprenderé!

—Será estupendo, hijo.

Aquella noche, de nuevo, le costó dormir. En su cabeza revoloteaban tanto Andrés como Pablo, Tina, la jaquetona novia... y todos parecían querer decirle algo que ella no llegaba a comprender. Sus voces se mezclaban sin sentido, conversando entre ellos y hasta pudo ver el reflejo de una irónica sonrisa en la carnosa boca de Andrés que tanto deseaba volver a besar. La noche fue larga y las pesadillas amargas.

Nada hacía presagiar a María todo lo que iba a vivir ese día. Dejó a su hijo durmiendo cuando salió de casa y, una vez más, se alegró de tenerlo cerca. Llegó pronto a la cooperativa, solo estaba uno de sus compañeros en la oficina. Para cuando Cristina llegó, ella ya había avanzado con varias cargas. No le desagradaba lo que hacía, pero desde luego no era su trabajo soñado, aunque lo intentaba hacer lo mejor que podía, y se notaba el interés que le ponía a la tarea.

A media mañana, comenzaron a oír gritos en la recepción, por lo que todos supusieron que se trataba de Fuertes y una de sus trifulcas cotidianas con alguien, por lo que no le dieron mucha importancia. Al poco, un hombre alto, seguido de uno de los camioneros y la recepcionista —que corría tras ellos—, llegaron hasta la oficina donde estaba María, que debido a la confusión del momento, no se percató de inmediato de la situación. Unos segundos después, cuando se dio cuenta de quién era el desconocido que avanzaba a gritos, su cara palideció al ver a su exmarido hecho una furia directo hacia ella. ¿Era posible aquello o solo se trataba de una pesadilla? La recepcionista y el hombre seguían tras él, intentando frenarlo, algo que no consiguieron hasta que se plantó delante de la mesa de María, que aún no daba crédito.

—¿Qué significa toda esta absurda historia, María? —preguntó a gritos sin importarle donde estaba—. ¡Ya está bien de bromas!

María tardó un instante en reaccionar, su cerebro no estaba preparado para semejante asalto, pero por primera vez en su vida, no temía al hombre al que se enfrentaba. De forma instintiva, sacando una valentía y coraje que no sabía que tenía hasta ese momento, se puso de pie, con las manos apoyadas en la mesa. Con toda la entereza que pudo reunir e intentando mantener un tono sereno, contestó:

—¿Qué estás haciendo aquí?—fue lo primero que salió de su boca.

—Eso es lo que te he preguntado yo —contraatacó él sin bajar el tono—. ¿Qué coño es todo esto?

—Salgamos fuera si quieres que hablemos como personas civilizadas —intentó apaciguarlo.

—¿Civilizados? —dijo dando un golpe sobre la mesa y haciendo que todo saltara por los aires—. ¡Y una puta mierda civilizados!

En ese momento, la secretaria y el camionero que se habían parado en seco tras él intentaron agarrarlo, pero de una fuerte sacudida, Pedro pudo zafarse de los dos sin problemas para seguir chillando a María, enfrentado a ella como un toro a punto de embestir.

—¿Quién te has creído que eres? ¡Vas a volver inmediatamente y olvidar toda esta locura! ¿Entiendes? —chilló.

—Por favor, Pedro, vamos fuera y hablemos, este no es el lugar —insistió María con un tono conciliador, pero firme, mientras dos hombres del almacén entraban directos a por Pedro. De nuevo, los empleados intentaron reducirlo con poco éxito. Les sacaba más de una cabeza a cualquiera de ellos y aún estaba fuerte, por lo que no tuvo problemas para soltar algún buen derechazo, empujones y patadas al más puro estilo de película de serie B. Los tres hombres trataban de contenerlo, pero dominar a aquella bestia desbocada era misión imposible para ellos. La oficina, por un momento, se convirtió en una batalla campal hasta que apareció en la puerta

Fuertes dando un grito:

—¡Basta!

Durante un segundo la escena quedó congelada, pero inmediatamente los trabajadores intentando sujetarlo otra vez entre todos.

Fuertes se acercó para ayudar a sus hombres a reducir a aquel extraño pero, al acercarse, el puño derecho de Pedro le dio la bienvenida al estrellarse contra su mandíbula, haciéndole saltar un par de dientes, además de dejarle los labios destrozados. El jefe de María echaba sangre por la boca como un carnero degollado y tropezó con una de las mesas, por lo que quedó sentado en el suelo medio conmocionado, aunque lleno de ira.

Salva, que ya había salido del despacho, fue a socorrerlo y entre los hombres que allí había finalmente consiguieron sujetar al intruso contra el suelo, colocándose uno de ellos encima.

—¡Te voy a denunciar! —le gritó como pudo Fuertes, intentando levantarse ayudado por Salva.

—¡Que te jodan! —le respondió su atacante.

—Sacadlo a la calle —indicó Salva a los empleados que lo sujetaban.

—¡Dejadme! —gritó Pedro intentando zafarse de ellos.

En esos momentos, llegó la policía. Alguien los había avisado y fueron ellos lo que sacaron a Pedro a la calle e intentaron calmarlo, pese a hallarse aún en un estado de excitación difícil de controlar.

María no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Cristina había ido por una toalla con la que Fuertes se tapaba su boca para contener la hemorragia. Pasó a su lado para salir tras la policía.

—Lo siento mucho —se excusó—. No sé qué más puedo decir.

—¡Estás despedida! —masculló Fuertes mirándola a los ojos con rabia—. ¡Y no vuelvas!

—¿¡Qué!? —preguntó María que no entendía nada.

—Creo que te acaba de despedir —contestó Salva.

—Genial —replicó ella clavando sus ojos en Fuertes, quien ya la ignoraba dejándose mimar por Cristina—. Por fin podré alejarme de un monstruo como tú.

María se dio la vuelta, metió en su bolso las pocas cosas personales que tenía en su mesa y salió de la oficina sin volver la vista atrás mientras se oía una ambulancia llegar. Fuertes tendría una buena historia que contar cuando pudiera hablar de nuevo.

En el exterior, la policía hablaba con Pedro, al que tenían sentado en el coche patrulla con la puerta abierta. La ambulancia aparcó a su lado, bajaron dos enfermeros y uno de los policías les indicó las oficinas para que fueran a atender a Fuertes.

María se acercó al policía que hablaba con Pedro.

—¿Es usted su mujer? —preguntó el agente.

—Su exmujer —contestó ella.

—¡Será mi mujer toda la vida! —gritó Pedro. Sin embargo, de repente, este se arqueó hacia adelante y se llevó la mano al pecho—. ¡María! —susurró casi sin fuerzas quedando su cuerpo doblado.

El policía lo sujetó para evitar que cayera y gritó a su compañero para que avisara a los enfermeros que habían entrado en el edificio. María se acercó asustada.

—¡Pedro, Pedro! ¿Qué te ocurre? —dijo angustiada, pero él solo pudo contestar con una mueca de dolor.

Uno de los enfermeros bajó corriendo y se acercó a Pedro. Con ayuda del policía, lo subieron a la ambulancia y allí mismo comenzó a reanimarle. María temblaba y el policía se le acercó para

tranquilizarla cuando el enfermero gritó para que avisaran a su compañero, tenían que ir al hospital urgentemente.

Todo fue muy rápido. En unos segundos, María se encontró subida en la ambulancia, junto al conductor, viendo cómo el enfermero seguía intentando reanimar a Pedro sin conseguirlo. El sonido de la sirena se le clavaba en el cerebro y no era capaz de reaccionar hasta que se acordó de Pablo.

—¡Pablo! —gritó sin que nadie se inmutara.

Sacó su móvil del bolso y lo llamó, pero no lo cogía. Lo volvió a intentar de nuevo. Tampoco. Entonces, llamó a Luisa. Casi no la dejó contestar:

—¡Luisa! Localiza a Pablo, no logro hablar con él. Su padre está aquí y ha sufrido un infarto o algo así, vamos en una ambulancia a... ¿Adónde vamos? —le preguntó al conductor.

—A Torrecárdenas —le dijo este.

—¡Vamos a Torrecárdenas! Por favor, avisa a Pablo y tráelo para acá.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó angustiada Luisa—. ¿Qué hace él aquí?

—Ya te contaré, no es el momento. Por favor, localiza a Pablo y dile que venga. ¿Está con Tina?

—Sí, deben estar en la terraza de tu casa los dos. No te preocupes. ¡Vamos para allá!

María colgó e intentó mandar un mensaje a Pablo que poco tenía de tranquilizador, pero sí transmitía la urgencia que en esos momentos la quemaba y la tenía desencajada. Todo lo vivido en la última hora le parecía una pesadilla de la que quería despertar de inmediato.

«Papá está aquí, se ha presentado en mi trabajo y le ha dado un infarto, creo. Voy con él en la ambulancia hacia el hospital Torrecárdenas. Por favor, ven rápido», escribió.

Sabía que Pablo podía pensar que ella había sido la responsable de todo aquello y, en cierta forma, lo era. O, al menos, así lo creía María y eso no la hacía sentir mejor. De hecho, la ahogaba un poco más, casi le costaba respirar. Volvió la cabeza y vio que el enfermero le había puesto una mascarilla de oxígeno a Pedro y seguía con la reanimación y masajes cardíacos. Pedro no estaba inconsciente, pero sí abatido por el dolor y ella, a su lado, asustada, sin nada que poder hacer para ayudarlo.

Los minutos que tardaron en llegar al hospital se le hicieron interminables. Entraron por urgencias y, en la misma camilla de la ambulancia, atendieron a su exmarido corriendo. María se quedó mirando cómo desaparecía tras unas puertas por las que no la dejaron pasar. Tenía que esperar allí. Una enfermera llegó para pedirle los datos de Pedro y le dijo que la llamarían por megafonía cuando tuvieran que hablar con ella.

En el tiempo que estuvo sola en la abarrotada sala de espera que le habían indicado, su sentimiento de culpabilidad por lo que le había pasado a Pedro iba en aumento por minutos. Por ella había llegado hasta allí, por ella se había enfrentado a aquellos hombres y, por ella, Fuertes se había llevado un buen corrector. De esto último, en el fondo, se alegraba. Sabía que Fuertes se recuperaría sin problemas, pero no así su orgullo, que había quedado muy tocado tras ver salir volando sus dientes. Esa era la mejor parte.

Pablo, Luisa y Tina no tardaron en llegar. Cuando entraron en la sala, María aún tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pablo, abrazándose a su madre nervioso.

María les contó todo lo sucedido en su oficina, sin omitir un detalle y sin poder contener las lágrimas de nuevo.

—Y todo por mi culpa —concluyó.

—Nada de eso —le cortó Pablo tajante—. A papá ya le habían advertido de que esto podía ocurrir y ha hecho caso omiso a los consejos de los médicos.

—Ya, pero si no hubiera venido hasta aquí en mi busca, nada de esto habría ocurrido.

—Hubiera ocurrido en cualquier sitio, mamá. Papá estaba jugando con fuego y se ha quemado. Nada de eso es culpa tuya. —La abrazó de nuevo para calmarla.

Luisa se sentó a su lado e intentó tranquilizarla, aunque también sin mucho éxito. Pasaron dos horas antes de que saliera un médico a hablar con ellos. Al parecer, había sufrido un infarto de miocardio, sin embargo, gracias a la rápida intervención de los sanitarios se habían evitado males mayores. Una capa de grasa, desprendida de las arterias, había taponado su maltrecho corazón. Lo habían llevado a la UCI, pero ya se encontraba estable y podrían pasar a verlo en un par de horas. No obstante, todavía tenían que vigilarlo porque las próximas cuarenta y ocho horas eran cruciales. Todos respiraron un poco más aliviados al saberlo fuera de peligro, o casi.

Pablo propuso alquilar un coche para poder moverse sin molestar a Tina, para quien no era ninguna molestia, pero entendía su necesidad y se ofreció a acompañarlo.

Luisa se quedó con María, arrinconadas ambas en una sala que parecía aún más llena. Personas extrañas unidas por el dolor, muchas esperando para ser atendidas, otras aguardando noticias que les calmara el miedo de perder a alguien. Sufrimiento enlatado en una lúgubre sala de asientos de plástico y aire viciado.

—¿Cómo te encuentras tú? —le preguntó.

—Estoy asustada, Luisa. No eran estas las consecuencias que podía esperar. Nada de lo que ha ocurrido.

—Ya has oído al médico, se va a recuperar sin problemas. —Intentó consolarla pasando su brazo sobre sus hombros para mostrarle su apoyo.

—Bueno, eso espero, pero de momento está en la UCI.

—Tranquila, todo irá bien, ya verás. ¿Quieres tomar algo?

—No podría tragar nada, aunque me muero de sed ¿Hay agua por algún lado? —preguntó mirando alrededor.

—No te muevas de aquí, voy a buscarla. Vuelvo enseguida —dijo Luisa levantándose y regresando al minuto con una botella en la mano. Encontró a María llorando, escondiendo las lágrimas bajo sus manos, tapando su cara y su dolor. Se acercó a ella con delicadeza y le ofreció un pañuelo y el agua. De nuevo, ahí estaba Luisa cuando más necesitaba un brazo en el que apoyarse.

María, aún sin quererlo, pensó en Andrés y en lo idiota que había sido dejándose engañar. Las lágrimas volvieron a brotar mezcladas por el dolor, el miedo y la culpa. Cuando estuvo más calmada fue capaz de mirar su teléfono para comprobar que no había recibido ningún mensaje. La rabia de sentirse abandonada y engañada se sumaba a la culpa de ver a su exmarido al borde de la muerte.

Luisa, a su lado, intentaba sin mucho éxito aliviar el peso que María se echaba encima de sus hombros.

Pablo y Tina volvieron un poco más tarde y María insistió en que se marcharan ellas.

—A nadie le apetece estar en un hospital —dijo.

Pero Luisa no consintió en marcharse hasta que ella y su hijo pudieran entrar a verlo ya que así se quedaría más tranquila.

La espera aún se alargó más de una hora. Una enfermera salió en su busca para prepararlos con el equipo necesario para entrar en la UCI. Una vez ataviados como sanitarios para el quirófano, entraron en una gran sala detrás de un ATS que les indicó el camino. Primero lo vieron tras una mampara de cristal que lo separaba de otros enfermos. A María le fallaron las piernas y tuvo que sujetarse en su hijo para no caer. Le impresionó verlo tan indefenso, con el torso desnudo, rodeado de cables y máquinas por todos lados. Como pudo, se recompuso un poco antes de entrar y encontrarse con él.

—Cinco minutos —les dijo el ATS—. Está muy débil, no le fuercen a hablar, por favor —les explicó antes de correr una cortina para proporcionarles un poco de intimidad entre tanto sufrimiento.

Pedro abrió los ojos y lo primero que vio fue a su hijo acercándose para darle un beso en la frente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un hilillo de voz que nada tenía que ver con los gritos que había dado unas horas antes.

—Estaba haciéndole una visita a mamá y doy gracias por estar aquí en estos momentos. ¿Cómo estás?

—Ahora mejor —contestó como pudo y desvió los ojos a María.

—Hola. El médico dice que te recuperarás —le dijo María con una tierna y sincera sonrisa al lado de su hijo, pero sin atreverse a ningún tipo de contacto físico, como si todos aquellos aparatos desprendieran una corriente eléctrica a la que no podía acercarse.

—Eso espero. Está bien que estéis aquí. Mejor —susurró entrecortado y cerró los ojos.

—No hables —dijo su hijo—. Descansa.

—Estaremos fuera y entraremos cuando nos dejen —quiso añadir María.

Pedro seguía con los ojos cerrados y respiraba tranquilo. Pero a Pablo se le llenaron de lágrimas, al igual que a María, que lo abrazó por la espalda apretándolo con delicadeza a su cuerpo cálido de madre. El ATS descorrió la cortina para avisarles de que la visita había terminado.

—Nos vamos, pero volveremos pronto —dijo María a modo de despedida.

—Hasta ahora, papá —intentó decir con una voz rota su hijo.

El enfermo no abrió los ojos, los párpados le pesaban como losas. Solo movió afirmativamente la cabeza. Madre e hijo salieron de la sala y, al pasar a la habitación que les indicaron para dejar la ropa de visita, ambos rompieron a llorar. Se desahogaron unos minutos abrazados, aunque María sabía que tenía que tomar su papel de madre y ser más fuerte que su hijo para ser su sustento. Se secó las lágrimas con el puño y ayudó a Pablo a secar las suyas.

—Vamos a salir de esta —aseguró ella con todo el cariño del que fue capaz—. Papá se va a poner bien, pero impresiona verlo así. Ahora nos adaptaremos unos días a vivir en un hospital. No va a estar solo.

—Bien —contestó Pablo dejándose besar por su madre que, al momento, abrió la puerta.

Cuando salieron de nuevo a la multitudinaria sala de espera, Luisa y Tina se levantaron para ir a su encuentro, interesadas en saber cómo iba todo. María les dijo que impresionaba verlo tan desvalido y débil, sin embargo, confiaban en su fortaleza para que le ayudara a salir adelante. Tina se pegó a Pablo y se sentaron en un lateral donde encontraron hueco.

—Tienes que comer algo, o tomar un café, pero meter algo en el cuerpo —le dijo su amiga—. Dejemos aquí a los chicos y vayamos fuera del hospital a tomar un poco de aire. Enfrente hay una buena cafetería. ¿Te apetece?

María asintió y, al poco, agradeció el aire limpio del exterior. En el hospital el ambiente parecía enrarecido, con un persistente aroma a desinfectante, sudor y alcohol del que era difícil desprenderse. Se sentaron en la terraza y Luisa pidió unos refrescos de cola y unos sándwiches mixtos. María era reticente a comer nada, pero finalmente su amiga la convenció para dar unos bocados.

—Esta noche me quedaré yo —dijo muy firme María—. Pablo puede arreglarse solo en casa.

—¡De eso nada! Luego cenará en casa con nosotras algo caliente, que seguro le vendrá bien.

—Está muy afectado por lo de su padre —confesó—. Nunca ha vivido una situación como esta y no sé cómo va a sobrellevarlo.

—No te preocupes. Como ves, Tina se encargará de apoyarlo, y yo también estaré pendiente —le prometió Luisa.

—Lo sé. Gracias de nuevo por estar a mi lado cuando más te necesito —exclamó, dejando resbalar una tímida lágrima por su mejilla al tiempo que agarraba su mano—. Eres la mejor persona que he conocido en mi vida, Luisa. Y me alegra saber que estás cerca.

Volvieron al hospital minutos después. Tina y Luisa regresaban a La Calilla y esperarían a Pablo para la cena, ya él se quedaría un rato más acompañado a su madre.

Una ATS les hizo pasar a una sala más pequeña, exclusiva para familiares de enfermos de la UCI y más cercana a ellos, donde había menos gente; gesto que agradecieron. Les dijo que podrían verlo de nuevo sobre las nueve y que esa sería la última visita hasta el día siguiente. Esperaron en silencio, uno apoyado en el otro, intentando consolarse mutuamente del miedo y del cansancio que sentían.

Cuando volvieron a entrar, otra vez ataviados con sus trajes verdes de celulosa, Pedro estaba dormido y no quisieron despertarlo. No se impresionaron tanto como la primera vez, pero verlo así les dolía a ambos. Antes de marcharse, Pablo intentó convencer a su madre para quedarse él a pasar la noche, aunque María se negó en rotundo.

—Las noches en el hospital son muy largas —le dijo—. Ve, descansa y mañana cuando te levantes, te vienes para acá, entonces lo más probable es que podremos entrar de nuevo cuando

pase el médico a verlo. Si hay alguna novedad, te avisaré, no te preocupes.

Cuando María se quedó sola logró quitarse la coraza en la que se había envuelto y se derrumbó. No podía contener las lágrimas, como tampoco la impotencia, el desconsuelo y el sentimiento de culpa que no la abandonaba. Y así estuvo hasta que el sueño y el cansancio la vencieron acurrucada en un incómodo banco de plástico.

Se despertó al amanecer y salió a la calle a tomar un poco el aire. La cabeza le estallaba. Cruzó a la cafetería y pidió un café para llevar. No quería estar mucho tiempo fuera por si la avisaban, aunque dio un corto paseo para estirar las piernas. Cuando volvió a la sala de espera, estaba casi vacía. Preguntó a la enfermera si la habían llamado, pero esta le comentó que hasta que no pasaran los médicos, no la avisarían para hablar con ellos y, para eso, aún faltaba un buen rato.

De repente, se acordó de su trabajo y cómo había salido de allí. Tenía temas pendientes. Primero, llamó a su abogado para comentarle toda la situación, incluida la visita e ingreso de Pedro. Quedaron en que él se encargaría de todo el tema del despido y hablaría con los abogados de Pedro sobre su orden de alejamiento y lo que había ocurrido. María le dijo que, de todas formas, permanecería a su lado mientras estuviera en el hospital. Tras colgar, se quedó más tranquila y pudo saborear un cierto gusto a seguridad que le complacía.

Si tenía que sacar algo de positivo de toda aquella situación, era sin duda el no tener que volver al trabajo. Que la despidieran había sido, en el fondo, una bendición. Pedro se había encargado de acelerar una decisión que a ella le costaba tomar. Y, aunque no le deseaba mal a nadie, Fuertes se había llevado un buen corrector. Se acordaría de ella por mucho tiempo. Sin darse cuenta, sonrió.

Al poco rato llegaron Pablo, Tina y Luisa. María se alegró de verlos.

—Buenos días. ¿Alguna novedad? —preguntó Pablo, a modo de saludo con un beso y sentándose junto a su madre.

—Buenos días —contestó ella para todos—. Ninguna, todavía están visitando los médicos.

—¿Qué tal la noche? —se interesó Luisa—. ¿Cómo estás?

—Bien. Noche larga, pero llevadera —confesó su amiga.

—Hemos venido en el súper bólido de Pablo —bromeó Tina.

—Es un Fiat 500 amarillo y a Tina le hace mucha gracia —comentó el muchacho riendo.

—Me alegra verte más animado, hijo —le dijo María, acariciándole la rodilla—. Pasaremos todo esto juntos y papá estará mejor en unos días, ya verás.

—¡Por supuesto! —exclamó Luisa—. En poco tiempo nos acordaremos de esto casi como una anécdota. Todo va a estar bien.

Esperaron pacientes los cuatro hasta que avisaron de que podían pasar a visitar al enfermo sus familiares más cercanos. Pedro estaba despierto y los vio entrar.

—Me alegro de veros —dijo, a modo de saludo, con una tenue voz aún.

—¡Buenos días! ¿Cómo has pasado la noche? —preguntó María desde un lado de la cama.

—Bien. Sedado, creo.

—Tienes mejor cara, papá —le dijo su hijo acercándose para besarlo.

—Quiero salir de aquí —afirmó con firmeza Pedro.

—Supongo que pronto te subirán a planta y allí estarás mejor —intervino María.

Pedro solo asintió. Pablo puso su mano sobre la de su padre. Sufría de verlo así y necesitaba demostrarle su cariño de alguna forma, aunque no sabía cómo rodeado de tantos cables.

Poco después, llegó el médico, que se mostró muy optimista con el enfermo. Era un hombre de

mediana edad, de pelo canoso y bajo de estatura para ser un hombre, algo que compensaba con su tono de voz agradable, una sonrisa sincera y unos vivos ojos que destacaban tras los cristales de sus gafas doradas.

Dio por terminada la visita y señaló a María con la cabeza para salir.

—Estaremos fuera, papá —le dijo Pablo, mientras que María se despidió con un adiós con la mano y un «hasta luego».

El médico les explicó que ya había pasado lo peor y que no creía que se repitiera de momento otro episodio cardíaco, pero que seguiría bajo vigilancia. Si todo iba bien durante el día, posiblemente lo pasaran esa misma noche a planta. Les informarían durante la tarde de más novedades.

Luisa y Tina celebraron las buenas noticias y casi arrastraron a María hasta el coche para que volviera a casa a descansar un rato. Tina se quedaba con Pablo para hacerle compañía.

Así que María se puso al volante tras varios meses sin conducir, aunque aquel pequeño vehículo le pareció cómodo y manejable.

—Uno de estos necesitamos para nosotras, Luisa —dijo entusiasmada con el coche.

—Pues nos vendría genial para movernos a nuestro aire sin depender de Tina —respondió su amiga entre risas.

—Ni de Tina ni de nadie. Me gusta mi independencia y no sabía cuánto hasta que no la he disfrutado —exclamó segura de lo que decía.

Cuando llegaron a su casa, Luisa le preguntó si prefería dormir un poco antes de comer. Ya había dejado hecha la comida y podía traerla para cuando despertara, o comer juntas allí o en su casa. María no tenía sueño, pero sí hambre, así que decidió darse una buena ducha y, luego, iría a casa de Luisa a comer y aprovecharía para dar un paseo. Ya tendría tiempo por la tarde para dormir un poco si le entraba sueño.

Al salir de la ducha, aún envuelta con la toalla, escuchó cómo llegó al móvil un nuevo mensaje. Se asustó al pensar que podía ser Pablo con noticias de su padre. No se esperaba lo que se encontró, un mensaje de Andrés: «Siento el silencio. Vuelvo el sábado. Te quiero, princesa. Andrés». Eso era todo. Un escueto mensaje desde un número desconocido, que a saber de quién era.

Pero ¿qué se creía? Ni que se hubiera ido a comprar tabaco y ahora volvía como si tal cosa. Habían pasado demasiadas cosas tras su «desaparición» y, de repente, él se presentaba en medio de aquel caos.

«Siento el silencio». ¿Qué significaba eso? ¿Había sido voluntario? ¿Había provocado él aquel mutismo? No se sintió con fuerzas para seguir ahondando con cuchillos dentados en su alma. Se vistió con unos pantalones cómodos y una camiseta de manga larga y se fue a casa de Luisa, quien la vio entrar con la cara descompuesta.

—¿Qué ocurre? ¿Han llamado del hospital? —preguntó nerviosa.

—No, gracias a Dios, no es eso —contestó rápido María—. Andrés me ha escrito un mensaje y ha hecho que se avive en mí de nuevo la indignación.

—¿Ves? No hay mal que cien años dure —le dijo aliada su amiga—. Piensa en positivo. Se ha puesto en contacto contigo, alguna explicación tendrá.

—«Siento el silencio. Vuelvo el sábado», ese es todo su mensaje. Creerá que voy a caer otra vez en su telaraña de mentiras.

—Al menos, ya sabes cuando vuelve. Y dice que lo siente. ¿No crees que deberías escucharlo antes de tomar decisiones de las que, después, puedas arrepentirte? —preguntó su amiga.

—Creo que estoy demasiado dolida.

—¿Por algo que tú sola has creado en tu mente? En realidad, no sabes lo que ha pasado.

—¡Yo no me he inventado lo de su novia, su mujer y su hijo! ¡Me ha mentido y, además, desaparece sin dar señales de vida! —exclamó un poco alterada.

—María, yo solo te digo que quizás deberías escucharlo a él también —le dijo con cariño Luisa—. Pero vamos a comer, que tienes que descansar un rato. He preparado un rico estofado, ¿te apetece?

—¡Me muero de hambre! —respondió mientras su amiga estaba segura de que un buen plato de comida caliente le ayudaría a relajar los ánimos.

Las dos mujeres se dispusieron a comer compartiendo una botella de vino y unas merecidas risas, comentando la estrecha relación que parecía crecer entre Pablo y Tina. María estaba encantada con que una chica tan estupenda como Tina estuviera cerca de su hijo, pero por otro le preocupaba que toda esa historia lo alejara de una brillante carrera profesional.

Luisa preparó café, pero a María no le dio tiempo a probarlo. Sin quererlo, se había quedado dormida recostada en el sofá, así la tapó con una colcha fina y la dejó descansar casi hasta las seis de la tarde. Entonces, la llamó con delicadeza y mucha pena porque no podía dejar dormir más. Le esperaba otra noche larga de hospital.

—Ahora sí que me tomaré ese café —exclamó riendo María mientras terminaba de despertar—. Lo siento, me quedé dormida.

—Necesitabas descansar y más si esta noche te vuelves a quedar allí. ¿Te apetece comer algo?

—No, gracias, solo el café —dijo levantándose para servirse uno.

—Vale, pero te prepararé algo por si luego te da hambre.

María asintió sin decir nada. Si Luisa lo había dispuesto ya, no merecía la pena llevarle la contraria.

De pronto, sonó el teléfono de María. Inconscientemente, pensó primero en Andrés. Era Pablo.

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Todo bien? —preguntó al descolgar.

—Sí, mamá, tranquila. Era solo para decirte que lo suben a una habitación. Está bastante bien por lo visto —la informó.

—¡Eso es estupendo! Vale, en un rato estaré yo allí y te vienes tú. ¿Qué tal el día?

—Aburrido, no nos han dejado pasar hasta que ha salido el médico a darme la noticia de que lo subían a planta. Menos mal que estaba aquí Tina y lo hemos sobrellevado.

—Bien, me alegro de que estés acompañado. Yo no tardaré mucho —prometió y se despidió con cariño de su hijo deseando volver a verlo.

Mientras Luisa dejaba medio preparada la cena para ella y los chicos, María volvió a su casa a preparar una pequeña bolsa para llevarse al hospital con algo de ropa, agua, fruta y un par de libros, además de su cargador. Cuando estuvo lista pasó a recoger a Luisa en el utilitario amarillo y salieron hacia el hospital.

Antes de entrar, llamó a su hijo para saber dónde se encontraban y este le indicó la planta y el número de habitación donde habían trasladado a su padre. María y Luisa subieron calladas el ascensor.

—Al final voy a conocer a Pedro, eso es algo que no esperaba —dijo con gracia Luisa para romper el silencio.

—No en las mejores condiciones —repuso María.

—¿Prefieres que me quede fuera? —preguntó su amiga.

—No, pasa si te apetece y te lo presento.

Cuando llegaron a la habitación, Pedro estaba con Pablo y Tina. Ya le habían quitado muchos de los cables que lo envolvían en la UCI y lucía mejor aspecto. María le presentó a su amiga Luisa, a la que evidentemente ya conocía de oídas por los chicos.

No tardaron en marcharse y María quedó a solas con Pedro. Esperaba que él aprovechara el momento para volver a la carga y empezar a atacarla. Pero nada más lejos de la realidad, Pedro comenzó a hablarle despacio, aún fatigado.

—¿Por qué te quedas tú? No tienes que hacerlo, estoy bien —dijo.

—¿Te molesta? Pablo ha estado todo el día aquí contigo, pero las noches se le harían eternas. Además, quiero quedarme, eso es todo —explicó María.

—No me molesta, me alegro. Si esto me hubiera pasado solo en alguna ciudad extraña, no sé lo que habría hecho —murmuró bajando los ojos—. Gracias por estar aquí, te lo digo con sinceridad.

—Quiero hacerlo, tranquilo. Descansa, no debes hablar mucho. Yo me quedaré aquí sentada por si necesitas algo —dijo, al tiempo que colocaba sus cosas sobre un sillón que había junto a la ventana.

La noche fue larga aunque, como lo mantenían aún un poco sedado, Pedro durmió sin inmutarse, dejándose hacer cuando alguna enfermera entraba a comprobar su estado.

María recibió otro mensaje de Andrés aquella noche: «Deseando verte de nuevo, princesa. Cada vez más cerca», sin embargo, ella decidió ignorarlo y dejar el teléfono en silencio.

Los siguientes días en el hospital fueron rutinarios. Pablo se quedaba de día, algunas veces acompañado por Tina y otras solo, y María se quedaba por la noche. Pedro estaba irreconocible. Su mal carácter parecía haberse apaciguado tras el infarto y agradecía, cada vez que podía a su hijo y a María, el que permanecieran a su lado. Al principio, ella pensó que sería una estrategia más para convencerla de volver pero, conforme pasaron las jornadas, tuvo que admitir que no parecía fingido.

La trataba con respeto, agradecido por todo lo que estaba haciendo por él, afable y cortés, comportamiento que María no le recordaba desde que fueran novios. Podía haberse desentendido de todo, sin embargo, allí estaba ella, sentada en un desvencijado sillón de plástico rojo que le destrozaba la espalda, pendiente de lo que necesitaba en cada momento, como había hecho durante los últimos treinta años.

Incluso llegaron a tener alguna conversación, especialmente sobre el pasado, al mencionar instantes que en su día fueron felices, o que así al menos lo aparentaban entonces. Recordaron las vacaciones en Capri, o lo que disfrutó Pablo en un *resort* de lujo en el Caribe. Pedro prefería hablar de buenos momentos, aunque María, en silencio, no olvidaba tampoco las noches que se encerraba en su habitación llorando de impotencia ante el desprecio y las humillaciones que él mismo le había hecho soportar. No obstante, quería alejar esas imágenes tanto de sí como fuera posible e intentaba dejarse llevar por los agradables recuerdos que Pedro proponía.

Tras recibir numerosos mensajes que no respondía, Andrés la llamó el jueves, aunque María no contestó, al igual que tampoco hizo con las otras muchas que siguieron a esa. No quería escucharle, no quería oír sus excusas ni mucho menos sus mentiras. Demasiado boba había sido ya y no deseaba seguir siéndolo, por lo que aquellos mensajes se acumulaban en su buzón de entrada.

El viernes por la mañana dieron el alta a Pedro y su hijo decidió que volvería a Madrid para llevarlo, pero primero pasaría unos días allí con él para que se recuperara un poco más antes de emprender el viaje, de modo que cuando Pedro estuviera instalado en Madrid, él regresaría a Edimburgo.

Pablo había cambiado el utilitario por uno que resultara más cómodo para su padre y estaban recogiendo sus cosas, esperando que les llevaran los papeles del alta, con las recomendaciones médicas que seguro le darían a Pedro, cuando este pidió quedarse a solas con María un momento.

—María —empezó diciendo con un toco casi cariñoso—. Tengo que agradecerte todo lo que has hecho por mis estos días.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer —respondió ella enseguida.

—Déjame hablar, por favor —dijo tajante—. No tenías por qué haberlo hecho y, en cambio, has estado a mi lado cada noche, casi sin hablarme, pero a mi lado, cuidándome, escuchándome. Tengo que pedirte disculpas por lo que ha pasado. Estaba fuera de mí, totalmente ido y siento todos los problemas que te haya podido causar.

María escuchaba extrañada la humildad repentina que emanaba de las palabras de Pedro, que

continuó su pequeño discurso.

—Pablo me ha contado lo feliz que eres aquí, y me alegro mucho por ti, de verdad. Estos días he estado pensando mucho, supongo que encontrarte cerca de la muerte te hace tener otras perspectivas. He sido un idiota que no ha sabido valorar lo que tenía a su lado y, ahora, ya sé que es demasiado tarde para remediarlo.

—Sí, demasiado tarde —replicó ella cortando su discurso.

—No puedo dar marcha atrás, María, ni tú me dejarías intentarlo siquiera, lo sé —dijo hundiéndose con sus propias palabras—. Solo me queda aceptar que tienes una nueva vida y desearte que seas todo lo feliz que puedas. Aunque no me creas, quiero lo mejor para ti y posiblemente tengas razón en pensar que únicamente serás feliz lejos de mí.

—Gracias, Pedro —respondió ella muy cortés—. Yo también deseo que te vaya muy bien. Seguro que si te cuidas un poco más, podrás disfrutar de una buena vida, algo más tranquila que hasta ahora.

—Me gustaría que pudiéramos comer juntos los tres un día antes de marcharnos, ¿crees que sería posible?

—Sí, claro. Será estupendo. Dile a Pablo que me avise cuando quieras, ahora tengo tiempo.

—Es verdad. Lo siento, también te despidieron por mi culpa. No sé cómo podré compensarte.

—No te preocupes, me arreglaré —dijo María recogiendo su bolso y dando por terminada la conversación—. Vamos, Pablo nos espera.

Al salir del hospital Pablo intentó convencer a su madre para llevarla a su casa, pero ella prefirió que se quedara con su padre y se acomodaran en el hotel que habían reservado. María volvería en el autobús. Pablo pasaría al día siguiente a recoger sus cosas por la mañana si Pedro se encontraba bien.

Cuando llegó a su casa y se duchó estaba tan rendida que ni le apeteció ir a casa de Luisa a cenar y se metió directamente en la cama. Estaba a punto de dormir cuando el teléfono le indicó, con un sonido de burbuja, que había recibido un mensaje. De nuevo, Andrés: «No me has contestado. ¿Todo bien? Llego mañana sábado. ¿Nos vemos por la noche o el domingo?»

Era evidente que parecía vivir en otro mundo. María no deseaba enfrentarse a él cuando lo viera, ni tener que escuchar explicaciones a las que ella no le veía el sentido. Pero, por otro lado, solo el saber que estaría cerca le hacía sentir en todo el cuerpo un hormigueo ardiente difícil de sofocar.

Decidió no contestar. Tampoco sabía qué decirle.

A pesar del cansancio, no pudo dormir. La imagen de Andrés parecía omnipresente en su mente y casi sentía su presencia recorriendo su piel entre aquellas mismas sábanas. Dejó que sus manos se perdieran por su cuerpo y voló lejos bajo las imaginarias caricias de un amante que no sabía si volvería a tener, pero del que se sabía perdidamente enamorada.

Se despertó asustada cuando sonó el teléfono. Era Pablo.

—¡Buenos días! ¿Te he despertado? —saludó.

—Buenos días —dijo aún soñolienta—. Sí, pero ya es hora de levantarse, debe ser tardísimo. Anoche me costó dormir.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. Solo necesitaba descansar tras estos días. ¿Papá bien?

—Sí, estupendo. No te lo vas a creer, pero anoche solo cenó verdura, dimos un paseo y se acostó.

—¡Vaya! Parece que va en serio eso de cuidarse. Me alegro mucho por él —exclamó sincera.

—Dice que si te va bien, que comamos juntos hoy. Puedo ir a recoger mis cosas y ya te vienes conmigo. Luego te llevamos otra vez, estamos muy cerca.

María aceptó la invitación aunque, en realidad, lo que más le apetecía era quedarse en casa todo el día y descansar, tumbada en el sofá con un buen libro. Sin embargo, sabía que no tendrían muchas más oportunidades de estar de nuevo los tres juntos y no dudó en aprovechar lo que podía ser una última despedida. Se marchaban el lunes.

Se duchó y subió a la terraza a tomar un café recién hecho. Era un rincón especial; se alegraba de que fuera suyo, de tener ese sitio que la hacía sentir bien y, sobre todo, ser ella misma. Sacó sus trabajos de madera y se dispuso dedicarles un rato antes de que llegara Pablo. Tenía pedidos pendientes e iba ya muy retrasada. Además, esa parecía ser la única fuente de ingresos de la que disponía, por lo que se lo tendría que tomar más en serio y dedicarle tiempo.

Luisa la llamó cuando lijaba la cola de un pez.

—¡Buenos días! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien, he dormido hasta tarde y ahora estoy en la terraza, trabajando un poco con mis peces.

—He preparado un buen caldo, ¿te vienes a comer?

—Gracias, Luisa, pero hoy voy a hacerlo con Pablo y Pedro. En un rato vendrá mi hijo a recogerme, pero cenamos juntas esta noche. ¡Tengo cosas que contarte!

—¿Andrés?

—Sí, me mandó otro mensaje anoche. No le he contestado y tampoco lo he hecho a sus llamadas.

—Pues deberías. A ti no te ha gustado mucho cuando él no ha contestado a los tuyos, ¿no? —le recordó Luisa.

—Sí, es cierto —confesó—, pero no sé si ahora quiero hablar con él. Quizá sea mejor que él siga con su vida y yo con la mía. No quiero más problemas de los que ya tengo.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —le preguntó con cariño su amiga.

—No lo sé, Luisa, no lo sé.

Quedaron en que pasaría por su casa después de la siesta y cenarían juntas. María siguió con sus peces hasta que llegó Pablo. Le daba una pena tremenda que se fuera, aunque entendía que quisiera estar con su padre unos días antes de volver a Edimburgo.

María se puso un vestido ligero de flores y una chaqueta encima, no iba nada arreglada, pero

estaba muy hermosa pese a no haber descansado todo lo que le hubiera gustado. Hasta su hijo se dio cuenta y le dijo lo guapa que estaba.

Antes de salir, recibió otro mensaje de Andrés: «¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Por qué no me contestas? Estoy deseando verte».

María apagó el móvil. No contestó, y tampoco quería que sonara el teléfono si intentaba llamarla. No hablaría con él, ni dejaría que le estropeará el día con su hijo. Ese día, no.

Ya en el coche, de camino al hotel donde recogerían a Pedro, le preguntó a Pablo algo que le rondaba la cabeza.

—Hijo, ¿qué tal con Tina? —le preguntó directa.

—¿Cómo que qué tal?

—¿Hay algo serio entre vosotros?

—Pues aún no lo sé, mamá —le dijo, sin apartar la vista de la carretera—. Es una chica estupenda. Me encanta estar con ella, es divertida, sincera y muy positiva.

—¿Pero...?

—Pero no sé si me quiero enamorar de alguien que está a tres mil kilómetros —respondió con tristeza—. No sé si podría llevarlo bien.

—Yo creo que te enamoras o no. Es algo que no puedes decidir, simplemente ocurre —le insistió su madre desde la experiencia, tan cercana y tan desgarradora que vivía.

—Ya, pero sí puedo alentar una relación, hacerla crecer o no.

—¿Y tú qué quieres?

—Me gustaría tenerla siempre a mi lado, sin embargo, ni ella puede venir conmigo, ni yo puedo quedarme aquí —dijo con una voz apagada que no transmitía toda la tristeza que sentía—. Es muy complicado.

—El amor suele ser complicado, hijo —exclamó, acariciándole el pelo con todo el cariño que era capaz de transmitir con sus palabras—. Pero el tiempo siempre ayuda a dejar las cosas en su sitio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él extrañado.

—Pues que, según pase el tiempo, verás cómo se desarrollan los acontecimientos. Quizá podáis encontrar una solución, o desear otra cosa, o... ¡decidir tú venirte aquí! —rió su madre.

—Tienes razón, vamos a ver qué es lo que va sucediendo —dijo él encantado de tener a alguien como ella a su lado para darle esos sabios consejos, aunque no sabía lo difícil que a su madre le resultaba aplicárselos.

Al llegar al hotel, vieron a Pedro enseguida porque les esperaba sentado junto a la puerta. El hombre se subió en la parte de atrás del coche cuando su hijo paró a su lado.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó María.

—Estupendamente, mejor que nunca —dijo a modo de saludo Pedro—. Este sitio es una gozada, tranquilo y precioso. Una buena elección de Pablo para descansar unos días.

Se dirigieron hacia el restaurante, un chiringuito de madera junto a la playa pero en el que, por lo visto, se comía muy bien. Pidieron una gran ensalada y pescados a la plancha, por lo que Pedro pudo comer sin saltarse la estricta dieta que le había impuesto los cardiólogos. María y Pablo bebieron vino, aunque él se conformó con el agua clara, algo inaudito en él.

La conversación se centró en el trabajo de Pablo y en el nuevo estilo de vida que pensaba llevar ahora Pedro, mucho más sano y acorde a una persona con su historial médico. Estaba dispuesto a modificar ciertos hábitos a cambio de vivir un poco más, lo que constataba que el infarto sufrido le había asustado tanto que había sido capaz de hacerle cambiar.

Antes de empezar con los postres y el café, Pedro se puso serio y tomó la palabra casi a modo de discurso.

—Tengo que hablar de algo importante con vosotros —comenzó muy formal, como si estuviera delante de un juez.

—No me asustes —dijo raudo Pablo—. ¿Estás bien?

—¡Sí, claro! —exclamó Pedro mientras María lo miraba expectante—. No tiene nada que ver con mi ataque al corazón, o sí. Dejadme hablar, por favor —suplicó.

—Adelante —le alentó María deseando escucharlo.

—Supongo que, a raíz de todo esto, cuando uno se ve a las puertas de la muerte, la perspectiva con la que ves la vida cambia considerablemente. Y creo que he aprendido la lección. No he sido ni un buen padre ni un buen marido, lo sé —dijo levantando la mano intentando acallar a María que pretendía replicar algo—, ni puedo compensar todo el daño que os puedo haber hecho.

—¡Papá, no digas eso! —lo interrumpió su hijo.

—Es cierto, Pablo, y no me siento orgulloso de ello. Bueno, no me interrumpáis más. El caso es que he decidido relajarme un poco, bajar el ritmo en el despacho y en mi vida. —María y su hijo asintieron como aprobando la idea sin atreverse a decir nada—. Voy a mudarme a vivir a un piso en el centro, cerca del despacho para ir andando cuando decida ir por allí, que espero sea cada vez con menos frecuencia. Ya es hora de delegar en otras personas más jóvenes. Y quisiera vender las propiedades que aún tenemos juntos —dijo mirando a María, buscando su aprobación—, para dejaros ese dinero a Pablo y a ti.

—Yo no necesito nada —se le escapó ella.

—Lo necesites o no es tuyo, y de Pablo; quiero que disfrutéis de lo que os pertenece —aseguró—. Hablaré con tu abogado para arreglarlo lo más rápido posible. No tiene sentido que tú y yo tengamos ya nada en común, aparte de Pablo, claro; y prefiero organizarlo antes de que me dé otro infarto y me quede en el camino.

—¡No digas eso! —exclamó su hijo.

—Deseo tener las cosas arregladas y que cada uno de vosotros reconduzca su vida, que aún estáis a tiempo —afirmó clavando sus ojos en María.

Esta no daba crédito al cambio transformador de su exmarido, parecía otra persona, como si la hubieran cambiado en aquella habitación gris de la UCI. Jamás se le habría pasado por la cabeza que Pedro podría hacer algo así. No era propio de él el preocuparse por los demás si no había alguna tajada de por medio que llevarse, por lo que, incrédula, escuchaba atenta las explicaciones que estaba dando.

Siguieron comentando algunos detalles que Pedro quería quedaran bien claros y, cuando acabaron, se subieron al coche para llevarle al hotel y a María a La Calilla. Pablo había quedado con Tina en verse allí, tras dejar a su madre, y tomar un café rápido aprovechando la siesta de su padre.

María también se acostó un rato a descansar antes de ir a casa de Luisa, como le había prometido.

Tras descansar un poco, con ropa cómoda y una chaqueta vieja para protegerse de la fresca tarde que quedó, María se fue a casa de su amiga. Luisa la recibió encantada de tenerla cerca de nuevo.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Te apetece un café? Acabo de hornear magdalenas.

—Gracias, pero no tengo hambre, aunque me llevaré unas pocas para desayunar mañana, eso seguro.

—Pablo ha venido a dejar a Tina y a despedirse, por si no nos vemos. Dice que se marchan el lunes.

—Sí, así es. Me da muchísima pena que se vaya —lamentó su madre—. Lo echaré de menos.

—¿Sabes algo de Andrés?

—Sí, me ha enviado un nuevo mensaje y no para de llamarme, pero no le he contestado —confesó.

—¿Otra vez? María, no puedes ignorarlo para siempre —le dijo con sinceridad—. En algún momento tendrás que hablar con él y aclararlo todo.

—¡No tengo nada que aclarar! —exclamó casi enfadada—. Él tiene su vida y yo la mía. Y, por lo visto, no van a encontrarse por el camino.

—¡No digas eso! ¡Estás enamorada de él! —contestó Luisa—. ¿Vas a dejarlo a escapar?

—Creo que él ya ha escapado solo —murmuró María con los ojos medio llorosos.

—Pues yo creo que él también tiene derecho a explicarse —le dijo su amiga con cariño—. Y deberías escucharle.

Ambas se pusieron a preparar la cena y, poco después, compartían una succulenta sopa y una buena botella de vino. Para no abordar de nuevo el tema de Andrés que tanto daño le producía a María, comentaron lo mal que lo estaba pasando Tina con la partida de Pablo. Se había enamorado, pero el deber para con su familia, especialmente con su padre, y la distancia que la separaba del chico, la hacían dudar sobre el futuro de esa relación.

—Está asustada porque teme, por un lado, perder a Pablo y, por otro, alejarse de su familia —confesó Luisa.

—Pablo también está confuso —dijo su madre—. Todo ha sido muy rápido. Quizá necesitan algo de tiempo para madurar la situación.

Las dos querían a los chicos y a ambas les dolía verlos sufrir. Sin embargo, así es la vida, se dijeron; nunca te lo pone fácil y has de luchar con ahínco para conseguir aquello que de verdad quieres.

María la puso al tanto del cambio que parecía haber transformado a su exmarido en una persona diferente y le comentó, por encima, su estrategia de repartir en vida sus bienes materiales antes de que otro infarto lo pillara desprevenido. Luisa se alegró por su amiga, y por la estabilidad que eso supondría para ella ahora que se había quedado sin trabajo.

Cuando María regresó a su casa se metió en la cama, cogió el teléfono y volvió a leer los mensajes de Andrés. Evitaba mirarlos, aunque aquella era una misión imposible ante la que no dejaba de sucumbir y, con ellos, también volvieron los recuerdos de sus caricias, de sus hermosas palabras de amor susurradas en el oído, de sus besos locos que devoraban con avaricia sus labios.

Y lloró en silencio la pérdida de lo que creía habría sido su gran amor.

A pesar de que la noche anterior le había costado conciliar el sueño, se levantó temprano con la firme idea de trabajar con sus peces y adelantar los encargos pendientes. Se había puesto un pantalón fino de algodón y una camiseta vieja que solía utilizar cuando faenaba con sus maderas y estaba organizando algunos materiales cuando llamaron a la puerta. Supuso que se trataba de Luisa, así que abrió enseguida.

—¡Buenos dí...! —comenzó a decir, pero se quedó sin palabras al ver a quién tenía delante.

—¡Hola, princesa! —exclamó Andrés con una sonrisa dulce que María no había pensado encontrar—. Ya sabes, si la montaña no va a Mahoma...

—¿Qué quieres? —le preguntó ella sin soltar la puerta.

—¿Cómo qué quiero? Estar contigo, hablar contigo, besarte... ¿No me vas a dejar pasar? —preguntó incrédulo.

María dudó por un instante y, finalmente, le indicó con un movimiento de barbilla que podía pasar, pero aún se quedó unos segundos con la puerta en la mano antes de cerrar.

—Necesito hablar contigo y darte una explicación —dijo Andrés delante de ella mirándola a los ojos.

—No necesito ninguna explicación —respondió cortante María.

—Sí, sí que la necesitas porque, por lo visto, alguien se ha encargado de que tengas una visión muy diferente de la real.

—¿Y tú qué sabes de eso? ¿Has hablado con Luisa? —preguntó enfadada.

—Sí, pero ya me había llamado antes la manipuladora de Rocío para contarme vuestro desagradable encuentro en cuanto tuve el teléfono operativo de nuevo —confesó.

—¿Rocío? ¿Así se llama esa ramera? —interrogó indignada con un destello de celos en sus ojos que no pasó desapercibido para Andrés.

—No lo es, aunque lo parezca —contestó todavía de pie pues María seguía frente a él, con los brazos cruzados en posición defensiva, aun sin estar muy segura de su efectividad.

—Pensaba que tenías mejor gusto, pero ya veo que me equivoqué, como en otras cosas, ¿verdad? Eres un adulator, un farsante que va coleccionando mujeres por el mundo. Y yo, idiota de mí, he caído en tu red como una colegiala. Puedes volver con tu Rocío cuando quieras, o con tu mujer y tu hijo, aquí ya tienes poco que hacer —le soltó algo más enfadada de lo que le hubiera gustado demostrar.

—¡Ella no es nadie para mí! ¡No significa nada! —dijo él ofendido—. Salimos un par de veces hace tiempo y, desde entonces, va diciendo a quien la quiera escuchar que es mi novia. ¡Pero, por favor, que no tengo nada con ella! ¡Está loca! No tengo ninguna relación, ni con ella ni con nadie que no seas tú.

—Con quien te relaciones es tu problema, no el mío —sentenció María—. Conmigo no tienes ya ningún tipo de relación. Lo nuestro solo ha sido un error en el que no voy a volver a caer. No necesito más problemas de los que tengo. Quiero una vida tranquila, no algo similar a una telenovela venezolana como parece ser toda esta desagradable situación en la que me he visto envuelta.

—Pues ahora parece ser que también es un problema, por la importancia que le das —dijo él con una voz firme—. Sin embargo, no la tiene. Solo ha querido hacer daño y, por lo visto, lo ha conseguido.

—¿¡A mí!? ¡Qué equivocado estás! Como comprenderás, no me importa lo que hagas con tu vida, ni las mujeres o los hijos que tengas —aseguró incrementando su tono de voz, temiendo que se quebrase como su corazón lo estaba haciendo en ese momento.

—Ni tengo novia, ni mujer, ni tengo hijos —se defendió Andrés muy serio—. Esa es la verdad, María. Mi familia eres tú, mi vida eres tú.

—No fue eso lo que Rocío contó a gritos, en el bar de Paco, como para que se enterara todo el pueblo.

—Sí, ya lo sé —dijo tranquilo e intentó poner una mano sobre el hombro de María, quien instintivamente se apartó—. Por eso necesito que me escuches y que sepas la verdad. ¿Podemos sentarnos y hablar con tranquilidad, por favor? —pidió.

María le señaló la mesa de la cocina, donde aún estaba caliente el café y sirvió uno para cada uno. Sentados uno frente al otro, Andrés la miraba a los ojos con aquella inmensidad verde que la atrapaba y de la que, ya sabía, le sería muy difícil escapar.

—Está bien, te escucho —dijo algo más serena, dispuesta a darle al menos una oportunidad para que explicara su versión de los hechos.

Andrés comenzó a relatar su historia.

Cuando salió de su país, no lo hizo solo. Los dos únicos miembros supervivientes de su familia lo hicieron con él: la mujer de su hermano pequeño, Farid, y su hijo de dos meses de vida. Una de tarde en la que varios refugiados se agruparon escondidos entre arbustos o palmerales para pasar la noche, unos conocidos de su padre le contaron que su cuñada, Aziza, y su bebé estaban vivos. Habían podido escapar de la masacre porque cuando entraron en su casa, ella se encontraba en el mercado. Lo único que sabían era que la habían visto en la aldea de Fakilae, más al sur, y que estaban bien. Andrés decidió entonces que iría en su busca, pese a que eso retrasara unos días el plan que había trazado para escapar. Pero no los dejaría abandonados, eran la única familia que le quedaba.

Consiguió llegar a aquel pequeño pueblo sin despertar el interés de curiosos y, con mucha precaución, pudo dar con ella. La había acogido una familia de panaderos, parientes de su madre, y trabajaba de sol a sol para ganarse un techo y algo que llevarse a la boca. Aziza lloró de felicidad cuando vio a su cuñado. Pensaba que lo había perdido todo, pero la llegada de Andrés supuso para ella la tabla de salvación que tanto había rezado para que Alá le enviara. Desde ese momento, Aziza y su hijo quedaron bajo su responsabilidad y sacarlos lo antes posible del país era lo más urgente para él.

Guiados por los consejos de unos primos lejanos, consiguieron llegar hasta Francia —tras meses de viaje, campamentos y centros de acogida—, y asentarse en un barrio a las afueras de París. Andrés trabajó muy duro en cualquier empleo que le salió para mantenerlos. Consiguió un buen trabajo, papeles y hasta pudo ahorrar para acceder a uno de los pisos de protección oficial en una zona del extrarradio. Y aunque, según la tradición, podía desposar a la viuda de su hermano y así cuidar de ella para siempre, no lo hizo y estaba orgulloso de ello. Eso le había permitido a su cuñada volver a encontrar el amor y formar una nueva familia junto a un buen hombre. Fue entonces cuando le ofrecieron venir a España y pensó que era el mejor momento para volar y empezar una nueva vida, libre y lejos de todo, ahora que ella y su sobrino ya tenían a un hombre honrado que los cuidaría. A Andrés el ambiente frío y húmedo de París no le gustaba, así que le dejó el piso a Aziza y se decantó por el puesto que le ofrecieron, primero, en Barcelona y, más tarde, en Almería.

Ahora, su cuñada y su nuevo marido se mudaban a Alemania donde le habían prometido un buen trabajo y un mejor futuro para su sobrino. Por eso, Andrés había ido a París a vender su casa, ayudar a su familia en lo que pudiera y liquidar todo lo que aún le ataba al país galo. Sin embargo, al salir del aeropuerto, nada más llegar a la Ciudad de la Luz, para él se hizo la oscuridad. Le robaron el móvil y estuvo toda la semana sin él hasta que regresó a España ya que, en la misma frontera de Irún, pudo volver a disponer de su número tras rogar ayuda durante horas en una oficina de su compañía telefónica, que fue desde donde le mandó el primer mensaje.

Luego, Andrés pasó por Barcelona para ver a unos primos con los que había estado durante su corta estancia allí y volvió lo antes que pudo a Almería, deseando de reencontrarse con su verdadero amor, sin entender por qué no le contestaba al teléfono ni respondía a sus mensajes.

—Y eso es todo —concluyó Andrés.

—¿Eso es todo?—repitió María.

—No hay nada más —aseguró él—. Esta es toda la verdad. Y no me arrepiento de nada de lo que he hecho, no tengo nada que esconder.

A María le había sonado como un relato sincero, pero tampoco tenía forma de confirmar aquella historia que parecía sacada de una novela. Era cuestión de fe, se dijo, o más bien de amor. Cuando Andrés acarició suavemente su mejilla y dirigió su dedo índice hacia sus labios supo que no tenía escapatoria. Caería de nuevo atrapada en las redes del hombre de grandes ojos verdes que tenía delante.

—¿Me crees, princesa? —preguntó expectante—. Eres lo más importante de mi vida y no estoy dispuesto a perderlo. Haré todo lo que pueda para volver a recuperar tu sonrisa, tu amor.

María clavó su mirada en la suya y supo que decía la verdad. Él se acercó despacio y rozó tímidamente sus labios con los suyos, un leve contacto que descargó una sutil corriente eléctrica por todo el cuerpo de María. Andrés esperó paciente una respuesta y fue ella quien, unos segundos después, le devolvió con ganas ese beso. Ya había cruzado el umbral y se dejó arrastrar por la pasión que ambos sentían sin poder controlar. Sus besos se mezclaban torpes buscándose en cada rincón y, tropezando con todo lo que tenían en medio, sin separarse, llegaron hasta el dormitorio donde sus cuerpos, húmedos de placer y deseo, se fundieron como un solo ser. Luego, exhaustos de amor, se quedaron dormidos. Y, con ellos, los miedos que tanto dolor había provocado en María.

Los despertó el hambre. Cuando María abrió los ojos se encontró abrazada a un atlético cuerpo moreno del que emanaba ese olor tan suyo que la volvía loca. Andrés la cogió con dulzura de la barbilla para verle los ojos.

—Buenas tardes, princesa.

—No quiero moverme —dijo ella entrelazando sus muslos con los de él.

—Ni tienes que hacerlo —contestó Andrés—. Voy a preparar algo de comer y te lo traeré a la cama si lo deseas.

—¿Harías eso por mí?

—¡Y qué no haría yo por ti!

Andrés se levantó para buscar su ropa, que estaba desperdigada por toda la casa. María se sorprendió admirando su hermoso y compacto trasero. No pudo menos que sonreír. Estaba feliz. Se acurrucó entre las sábanas y aspiró con placer el intenso olor a sexo que aún desprendían. Se sobresaltó cuando sonó el teléfono, no recordaba dónde estaba. Andrés entró con él en la mano.

—Estaba en la cocina —dijo tendiéndoselo. Le sonrió y dio media vuelta para seguir con que estaba haciendo.

Era Pablo. Vendría a despedirse sobre las seis y ya eran casi las cinco de la tarde. No tenía escapatoria, ni tampoco la buscaba. Andrés conocería a su hijo por fin.

María le sonrió cuando entró con una bandeja entre las manos. Intentó levantarse para ponerse algo de ropa, pero él se lo impidió.

—No te muevas —dijo—. Así estás preciosa.

Había preparado un caldo ligero y un revuelto de setas. Un poco de fruta y té completaban el

menú.

—¡Está delicioso! —exclamó María al tomar el primer bocado—. Haces magia en la cocina.

—Me alegra que te guste, princesa.

Cuando calmaron un poco el hambre, María le apremió para ir a la ducha.

—¿Quieres que repitamos como la última vez bajo el agua? —preguntó él jocoso.

—No. Mi hijo llegará en poco más de media hora —dijo tranquila—, y no sería muy correcto que nos viera así.

—¿Qué? ¿Quieres que me vaya? —preguntó algo nervioso.

—No. Quiero que nos duchemos y estemos un poco más decentes para presentarte a mi hijo.

Andrés la abrazó y la besó con todo el cariño del que era capaz.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—¡Claro! Pero vamos a ponernos algo antes de que llegue —dijo ella riendo y devolviéndole el beso.

La ducha fue rápida ya que María pudo escapar entre risas de los brazos de Andrés, al que no le hubiera importado alargarla un poco. Se vistieron, arreglaron un poco la casa y, diez minutos antes de que llegara Pablo, ella preparaba café.

—Estoy nervioso —confesó Andrés.

—Yo también, pero piensa que peor será para él, que no te espera —vaticinó ella cuando oyó el coche llegar.

María abrió la puerta y, mientras se saludaban, Pablo tardó unos segundos en darse cuenta de que su madre estaba acompañada. Ella rompió el frío silencio que se hizo de repente.

—Pablo, te presento Andrés. Andrés, este es mi hijo Pablo —dijo solemne.

Ambos hombres se miraron a los ojos y se dieron la mano con cierto aire de miedo disfrazado de desconfianza, aunque lo disimularon bien los dos.

—Encantado, Andrés. ¡Vaya sorpresa!

—Igualmente. Para mí también lo ha sido —dijo Andrés sincero.

—No estaba previsto, pero me alegra que por fin os podáis conocer —comentó María satisfecha.

Se sentaron los tres en torno a la mesa a tomar el café. Pasada la turbación inicial que María supo manejar como con arte quirúrgico, la conversación fluyó sin problemas. Andrés estaba verdaderamente interesado en conocer a Pablo y, al igual que este, no paraban de hacer preguntas que ambos contestaban gustosos. La situación parecía estar controlada, pensó María, y dejó que charlaran sin apenas interrumpir. Era importante que se conocieran un poco.

Llamaron a la puerta. Era Tina que venía buscar a Pablo y la joven se alegró de ver a Andrés, al que saludó efusivamente.

—Mi tía ha preparado cena en casa. Me ha dicho que os dijera que os espera a las nueve a todos.

—Pablo, ¿tú te quedas? —le preguntó María.

—Sí, había quedado con Tina para salir un rato, si no te importa. Papá está reunido con un abogado del bufete y cenará con él en el hotel. Está bien, no te preocupes. Nos vemos par cenar entonces —dijo saliendo apresurado con Tina—. ¡Luego seguiremos charlando, Andrés!

Nada más cerrar la puerta, María no pudo contenerse.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—Parece un chico estupendo —respondió sincero—. Me alegro mucho de haberlo conocido. Gracias.

—¿Por qué?

—Por permitir que me cuele en tu vida, por dejarme conocer a tu hijo y que él conozca al hombre que te hará feliz cada día de tu vida.

María se acercó y lo besó con toda la fuerza que podía transmitir la felicidad que sentía en ese momento. Aún era pronto. Tenían tiempo. Ambos buscaron nuevos besos y caricias que los llevaron a perderse, otra vez, bajo la calidez de las sábanas y el fuego de sus cuerpos.

Un poco antes de las nueve estaban en casa de Luisa. Los chicos todavía no habían llegado.

—¡Cuánto me alegro de volver a verte, Andrés! —dijo con ilusión la anfitriona.

—¡Lo mismo digo! —exclamó él, dándole un gran abrazo—. Gracias —le susurró al oído.

—Espero que me cuentes con detalle la trama que has urdido para que estemos todos aquí esta noche —le dijo María a su amiga con una gran sonrisa.

—Ya habrá tiempo —contestó radiante Luisa sin parar de moverse por la cocina.

Estaban ultimando los preparativos para la cena cuando llegaron Pablo y Tina. Aún sofocados, no podían negar que había tenido su particular despedida. Pablo se abrió una cerveza y se puso a charlar animadamente con Andrés junto a la barbacoa. Las chicas terminaban en la cocina la gran ensalada entre risas dejándoles su espacio, pero sin dejar de observarlos con poco disimulo.

La cena, aunque muy agradable, transcurrió menos alegre que otras veces con la sombra de la despedida entre ellos. Pablo se levantó el primero para marcharse. Se hacía tarde y estaba preocupado por su padre, que a esas horas ya estaría solo.

Se despidió muy cordial de Andrés, al que hizo prometer que cuidaría con esmero de su madre, y abrazó con cariño a Luisa, a la que agradeció todo lo que hacía por ellos y, en especial, por su madre.

María temía este momento. Su hijo la abrazó con ternura, la besó y le dijo al oído:

—Nos veremos pronto.

Salió de la casa con Tina, que le acompañó hasta el coche. Los demás comprendieron que necesitaban unos minutos a solas.

Terminaron de recoger cuando Tina entró y, antes de medianoche, María y Andrés regresaban abrazados a su casa. La noche era fresca y María se acurrucó sobre el pecho de Andrés que la cobijaba con su brazo para darle calor.

No hubo que hablar nada. Esa noche también la pasarían juntos, como muchas otras más a partir de ese día.

Cuando Pablo se fue pareció llevarse consigo el buen tiempo. Diciembre comenzó con fuertes ponientes y varios días de lluvia, lo que hizo bajar las temperaturas y, a pesar de que el mar las suavizaba, la humedad lo invadía todo.

María había conseguido leña para la estufa, que era la única fuente de calor que utilizaba. Le parecía suficiente para tener todas las estancias cálidas y que su casa oliera a hogar. Aunque, en realidad, sabía que lo que le daba verdadero calor de hogar a su diminuta vivienda era el olor a guisos caseros, a ropa recién tendida y la felicidad que allí dentro se vivía cada día.

Oficialmente, Andrés seguía manteniendo su casa, sin embargo, pasaba más tiempo en casa de María que en la suya. Salía temprano a trabajar y volvía al caer la tarde, así que ella tenía todo el día para dedicarse a sus creaciones en madera y a disfrutar de largos ratos de conversación y compañía con su amiga Luisa.

Había días que lo dedicaban íntegro a la cocina, por lo que acababan teniendo comida para varios días y cuando Andrés llegaba del trabajo, entre los tres daban cuenta de los succulentos platos.

María ya se había convertido en una experta en pescados al horno, aprendió a hacer deliciosos guisos —tanto de carne como de pescado— y empezaba a hacer sus pinitos con algún postre. Andrés era el rey de las legumbres, sus berenjenas rellenas eran inimitables, por no hablar de su faláfel o sus huevos con dátiles, recetas que Luisa se empeñaba en aprender sin poder llegar nunca a su altura. En contraprestación, tampoco nadie podía hacer como ella el guiso de jibia, los calamares rellenos o el reconfortante caldo de cocido, al que se aficionaron casi todos los domingos. El simple hecho de reunirse al calor de los fogones a cocinar juntos ya era un motivo de celebración para los tres y casi una competición para ver quién superaba a quién con su mejor receta.

Uno de esos domingos, ya estaban con el café, cuando María fue la que sacó por primera vez la conversación.

—Estos platos están deliciosos —dijo entusiasmada—. Os superáis cada vez más.

—Pues tú no te quedas a la zaga —contestó Luisa—, tus doradas del otro día estaban exquisitas.

—¡Pero si es tu receta! —exclamó María riendo.

—Bien ricas que estaban —intervino Andrés.

—¿Y no habéis pensado en montar un restaurante? —preguntó María mirando a los dos, a uno y otro lado de la mesa.

—¡Vaya locura se te ocurre, hija! —soltó Luisa sin pensarlo y echándose a reír.

—Estoy segura de que la gente vendría a probar estos platos.

—¿A tu casa o a la mía? —preguntó jocosa Luisa con una sonrisa que no era capaz de ocultar.

—No, mujer. A un local acondicionado para servir comidas —intentó explicar María.

—Pues no sería tan mala idea —dijo Andrés—. Estoy de acuerdo con María, hay personas que pagarían por probar estas comidas; especialmente las tuyas, Luisa.

—¿Y no será mejor mantener nuestra pequeña casa de comidas en familia, como hasta ahora?

—preguntó Luisa convencida de ello.

—¿Y privar al mundo de unas delicias como la que salen de vuestras manos? —inquirió María con los brazos abiertos queriendo acaparar toda la mesa.

—Bueno, soñar no cuesta nada —sentenció Andrés divertido.

En esa ocasión, la conversación no fue mucho más allá. Luisa se levantó enseguida de la mesa y empezó a recoger antes de marcharse, pero María y Andrés no la dejaron, a sabiendas de lo mucho que necesitaba ya su siesta. Mientras terminaban de limpiar la cocina, Andrés no pudo reprimir un pensamiento en voz alta.

—Pues en el fondo no es tan mala idea esa del restaurante —dijo mirando a María, que sonrió mientras se acercaba a darle un cariñoso beso.

Andrés y María aún estaban conociéndose como pareja y como personas, algo que a ambos les resultaba grato y placentero en un grado extremo. Seguían descubriendo sus cuerpos y escondidas zonas de placer que disfrutaban explorando juntos. María experimentó sensaciones que ni en sus mejores sueños imaginó y, en los brazos de su amante, conoció diferentes tipos de éxtasis que la transportaban a otros mundos desconocidos hasta esos momentos para ella. Cada día más enamorados, más compenetrados y más ardientes de deseo por fundir sus pieles, sellaban poco a poco su fascinante historia de amor.

Algunas noches se acurrucaban en el sofá bajo una buena manta y veían una película con una humeante taza de té. A Andrés le gustaban las de ciencia ficción, a María las comedias románticas y, a ambos, las clásicas en blanco y negro. A veces se le unía Luisa, pero como siempre se quedaba durmiendo antes de que acabara, cuando tocaba sesión de cine optaba por marcharse poco después de la cena.

Tina pasó una semana en Edimburgo aprovechando un macropunte a primeros de diciembre. Volvió entusiasmada con todo lo que había vivido allí. El ambiente bohemio y cultural la fascinó, pero sobre todo fue Pablo quien la traspasó por completo. Si ya se había ido enamorada, volvió todavía más loca por él. Se había portado maravillosamente bien y juntos habían pasado unos días inolvidables. Pablo tuvo que compaginar las salidas con su trabajo, pero nada le impidió pasar el mayor tiempo posible al lado de la divertida Tina, a la ya que amaba sin remedio. Le presentó a sus amigos y aunque el nivel de inglés de ella no era admirable, al final, acabó congeniando con ellos muy bien. Para ella fueron unas jornadas inolvidables que no dejaría de recordar nunca.

Pablo iría a ver a su madre en Nochebuena y pasaría el Año Nuevo con su padre. Tina estaba encantada con tenerle allí unos días, pero más feliz estaba María de volver a ver a su hijo en pocos días.

Aunque aún faltaba para Navidad, a Luisa se le había metido en la cabeza ir al Mercado Central de Almería a comprar marisco, antes de que el precio subiera por las nubes. Estaba decidida a celebrar una navidad como hacía muchos años que no tenía. Un sábado, Andrés las llevó en su coche y Tina se apuntó a la excursión.

Cuando llegaron a la plaza, Luisa propuso dar una vuelta primero por todos los puestos y comparar precios y productos. Finalmente, y tras dudar mucho en su elección, compraron gamba roja, cigalas y tres Gallos Pedro, uno para comer al día siguiente. Pidieron que se lo reservaran en las cámaras del puesto y salieron a hacer cada uno sus compras más personales por la ciudad.

Al acabar, se reunieron de nuevo en un bar de tapas junto al mercado donde dieron cuenta de su extensa carta con unos vinos. Hicieron las últimas compras y regresaron a La Calilla a tiempo

para una buena siesta.

María tenía encargos pendientes por terminar para la tienda de San Antonio, por lo que esos días tuvo que incrementar su horario de trabajo. Con Andrés, Luisa o sola, cada vez que podía, daba largos paseos por la playa recogiendo los trozos de madera que los fuertes ponientes dejaban en la orilla. Algunos vecinos, entre ellos Francisco, le dejaban a veces en la puerta de su casa las maderas viejas que encontraban. Otras veces, cuando el tiempo lo permitía, Andrés y ella se perdían por las calas en busca de «sus pequeños tesoros», como los llamaba ella. Unas divertidas excursiones íntimas de las que ambos disfrutaban como críos.

Una tarde, estaba terminando de pintar de vivos colores uno de sus peces cuando sonó el teléfono. Era Pablo.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo estás?

—Hola, cariño, ¡qué sorpresa! —contestó—. Estoy bien, aquí ando liada con las pinturas y mis peces. ¿Cómo estás tú?

—Bien, con líos en el trabajo, pero bien. Escucha, quería comentarte algo.

—Tú dirás, hijo —respondió María preocupada.

—Verás, si no te importa, me gustaría pasar la Nochevieja en Almería con papá.

—¿Aquí? —preguntó sorprendida.

—Bueno, en el hotel que estuvimos. Papá ha invitado a un amigo y yo pensaba que así estaría más cerca de ti y de Tina.

—¿Y cómo es eso? —quiso saber María.

—He pensado que, para estar solos en Madrid, mejor ir ahí, ¿no? A papá le ha parecido buena idea, si a ti no te molesta. Cenaremos en el hotel y luego hay una fiesta. No tienes que verlo si no quieres.

La mujer guardó silencio intentando asimilar la noticia.

—No dices nada. ¿Estás ahí, mamá?

—Perdona, hijo. Sí, claro, sigo aquí. —María esperó unos segundos y siguió hablando—. Es una gran noticia tenerte cerca toda la navidad, Pablo. Me alegro mucho de que lo hayáis decidido así.

—Entonces ¿no te importa?

—¡Claro que no! —exclamó intentando disimular su desconcierto—. Me has dado una gran alegría.

—¡Perfecto! Gracias, mamá —dijo contento—. Ya nos queda poco para vernos. Tengo muchas ganas de volver a tu casa.

—Me alegra mucho que quieras estar en mi pequeño nido.

—¿Qué tal Andrés? —preguntó Pablo con interés.

—Muy bien, también liado con su trabajo, pero estamos muy bien; somos muy felices, Pablo.

—Me alegro por ti, mamá, te lo mereces.

Se despidieron con la ilusión de verse en pocos días. María pensó en los preparativos que aún quedaban. Se preparó un reconfortante té que la ayudara a asumir la idea de también tener a su exmarido cerca unos días, algo que no le hacía especial ilusión, pero que compensaba con creces con la alegría de pasar con su hijo más tiempo. En el fondo, sabía que era Tina, y no ella, la verdadera causa de pasar la Nochevieja en Almería, sin embargo, eso no le restaba un ápice de ilusión al poder disfrutarlo más esos días.

Andrés llegó un poco más tarde, pero María esperó a que se duchara y estuvieran los dos sentados, dispuestos a cenar, para darle la noticia, de la que él se alegró con sinceridad. Pero no le pasó inadvertida cierta inquietud en sus palabras.

—Es estupendo tener a Pablo aquí más tiempo. ¿Hay algo que te preocupe? —le preguntó.

—No me hace tanta ilusión tener a mi exmarido cerca —respondió sincera.

—No creo que vaya a molestarte —dijo seguro Andrés—. Y no tienes por qué verlo. Pero eso hará que Pablo esté más días entre nosotros y es fantástico, ¿no?

María le dio la razón y comenzaron con la cena. Poco después, Andrés había conseguido que ella arrinconara todas sus preocupaciones disfrutando de la cálida intimidad que estaban haciendo crecer a su alrededor. Perdida entre sus besos, sus caricias y su pasión desmedida, María olvidó todo aquello que no fuera el amor que sentía por el hombre que la mecía entre sus brazos.

Unos días antes de Navidad, y más relajada por haber entregado buena parte de sus encargos a la tienda de San Antonio, María ayudaba a Luisa a preparar una gran olla de su caldo especial para los fríos días que se avecinaban, cuando sonó su teléfono. Era su abogado.

—¿María? —le oyó decir al descolgar.

—Hola, Roberto. ¿Ocurre algo? —preguntó inquieta.

—No, no te preocupes. Son buenas noticias.

—Me alegra oírte decir eso —exclamó más tranquila.

—Tu exmarido me ha llamado esta mañana —comenzó a explicar—. Él ya ha firmado la sentencia de separación. ¡Eres una mujer soltera!

—¡Vaya! Sí que es una buena noticia.

—Recibirás una copia de la sentencia definitiva.

—Bien, pero quiero que te sigas encargando tú de todo, por favor. Eso me tranquiliza.

—Sí, claro, sin problemas. Pero hay más.

—¿Más? ¿A qué te refieres?

—Se han vendido las casas de Cádiz y de Madrid. Pablo y tú ya tenéis ingresadas vuestra parte correspondiente en vuestras respectivas cuentas.

—¿Pablo lo sabe?

—Sí, hablé con él hace un rato también. —Tolosa hizo una breve pausa y continuó—. Pedro me ha pedido que te pregunte si de verdad no te importa que vaya a Almería en Nochevieja. Dice que es por Pablo, quien por lo visto se ha enamorado de una chica de ahí. ¿Tienes alguna objeción? Me ha asegurado que no se acercará a ti, si tú no quieres. No tiene intención de salir de su hotel y va con un amigo. La orden de alejamiento sigue vigente.

María tardó unos segundos en contestar.

—No, no me importa. Ya me lo había comentado Pablo y, la verdad, prefiero que mi hijo esté aquí y no en Madrid.

—Entonces ¿no hay problema? —preguntó el abogado.

—Ninguno, Roberto. Te agradezco mucho todo lo que haces por mí.

—Es mi trabajo y lo hago con gusto —dijo muy correcto—. Hay algo que te quiero proponer.

Roberto le comentó la conveniencia de hacer rendir la nada despreciable cantidad de dinero de la que disponía ahora y, a cambio, recibir una buena renta mensual. Disponía de buenos amigos inversionistas, expertos en esos temas, y le presentaría una interesante propuesta para que la estudiara. A María le pareció bien, pero había algo que sí que quería pedirle.

—Antes quiero comprar la casa en la que vivo —expuso muy segura—. Y un coche, algo pequeño para poder moverme con libertad.

—Claro —respondió rápido—. Lo del coche es fácil. Elige el modelo que quieras. Yo me encargaré de todo en el concesionario.

—Genial.

—Sobre la casa —continuó Roberto—, ¿sabes ya su valor? Necesitaría los datos registrales para ver su situación actual.

—La verdad es que no he hablado con la propietaria. No tengo ni idea —respondió María sincera.

—Bien, mándame por favor toda la información que puedas y si todo está correcto, será algo rápido.

Se despidieron, quedando en volver a hablar en cuanto María tuviera todos los datos. Luisa, pendiente del puchero, estaba deseando que su amiga le contara todas las noticias que le habían hecho dibujar una sonrisa de felicidad en su cara y María no tardó en ponerla al día.

—Pues tendremos que ir a hablar con Encarna, la dueña de la casa —dijo Luisa poco después—. Es un hueso duro de roer, sin embargo, ahora que su marido se ha jubilado, seguro que le va bien algo de dinero extra.

—¿Tú crees que querrá vender la casa? —preguntó inquieta María.

—Lo vamos a saber pronto. Esta tarde vamos a verla —sentenció su amiga sin posibilidad de réplica.

Esperaron a que fuera una hora prudente tras la siesta y, a media tarde, Luisa y María se presentaron en casa de la señora Encarna. Allí encontraron también a su marido y a Luisa le fue fácil desplegar todo su poder de persuasión para convencerles de que vender la casa era la mejor opción para su jubilación. María estaba dispuesta a comprar esa u otra casa, y mejor que fuera la suya. Cerraron un precio justo, recopilaron toda la información que le había pedido el abogado y que le enviaron esa misma tarde.

Al salir, Luisa no pudo reprimir su alegría:

—¡Ya casi tienes casa! —exclamó entusiasmada.

—Bueno, aún no hay nada firmado, pero todo ha sido gracias a ti, una vez más —le dijo dándole un abrazo—. Sin ti no lo hubiera conseguido. ¡Eres una gran negociadora!

—Ahora vamos a *tu* casa —recalcó—, a prepararnos una buena cena y a esperar a Andrés para darle la noticia.

Sin embargo, antes pasaron por la ensenada y compraron unos salmonetes que todavía estaban saltando cuando Luisa los puso en el fregadero para limpiarlos.

Cuando Andrés llegó, la mesa estaba puesta y la cena casi lista. Ambas mujeres reían divertidas en la cocina.

—¡Hola! —saludó dijo al entrar, dirigiéndose a María para depositar un cariñoso beso en sus labios—. ¿Qué celebramos hoy?

—Tenemos buenas noticias —contestó Luisa sin dar tiempo a hablar a María.

—Dúchate y ponte cómodo, la cena está lista —le dijo con dulzura María—. Ahora te contamos.

Ya sentados en la mesa frente a unos deliciosos salmonetes al limón, unas alcachofas salteadas y una buena botella de vino blanco, lo pusieron al corriente de las novedades.

—¡Sí que son buenas noticias! —se alegró Andrés—. Eres una mujer libre, con dinero y con casa. Ahora sí que podrás considerarla tu hogar.

—Y el tuyo —se apresuró a decir María—. Me gustaría compartirlo contigo —le dijo sin apartar la mirada de sus grandes ojos verdes.

—¿Esto es una proposición? —preguntó inquieto Andrés.

—Creo que sí —contestó segura María.

—¡Bueno! ¿Me voy a tener que ir antes de cenar? —rio Luisa.

—¡Por supuesto que no! —contestó al unísono la pareja.

Dieron cuenta de la deliciosa cena y Luisa, muy cauta, se retiró en cuanto la cocina quedó recogida. Ya solos y acurrucados en su sofá frente a la estufa, Andrés no pudo aguantar más su pregunta.

—¿Qué has querido decir con eso de compartir la casa conmigo?

—Quiero que vivas aquí conmigo, que este sea nuestro nido —le dijo con ternura María.

—Pero ¡es tu casa! —contestó Andrés haciendo una pausa para continuar—. Es el hombre el que debe dar cobijo bajo su techo a su mujer y no al revés.

—¡Estamos en el siglo XXI, Andrés! —exclamó algo molesta María—. No importa de quién sea la casa, será nuestro hogar.

—Pero será tu casa y el día que te canses de mí, me darás una patada y me echarás por la puerta —rio él.

—Sabes que eso no va a ocurrir —le dijo ella cariñosa, dándole un dulce beso—. Además, la casa será de Pablo, yo solo tendré el usufructo, si eso te deja más tranquilo.

—Entonces ¿seremos unos ocupas? —sonrió él, abrazándola contra su pecho.

—No, cariño. Seremos una familia en nuestro nuevo hogar —dijo segura y orgullosa María.

No les dio tiempo a hablar más aquella noche. Ambos se abandonaron entre el ímpetu de sus cuerpos entrelazados, saboreando besos infinitos y cada poro de sus pieles fundidas.

El jueves por la tarde llegó Pablo y Tina se presentó voluntaria para recogerlo en el aeropuerto. María se quedó en casa ultimando algunos preparativos para dejar así un poco de intimidad a los jóvenes. Había decorado la casa con gusto, sin muchos ornamentos, pero las velas, el pequeño abeto que había hecho ella misma con maderas viejas y algunas guirnaldas de luces le daban un encanto especial a su hogar.

Luisa llegó un poco antes que los chicos y ayudó a María a terminar de preparar la cena, una succulenta pasta con setas, ensalada templada y los insuperables faláfel que Andrés había dejado hechos y que tanto gustaban a Pablo.

Pese a que se habían visto no hacía mucho, el reencuentro entre madre e hijo fue muy cariñoso. Poder abrazarlo de nuevo era un bálsamo para María. Lo veía algo delgado, pero se arreglaría comiendo bien los próximos días.

Poco después, llegó Andrés que, tras los saludos de rigor y una buena ducha, se unió a la alegría que desbordaba aquella noche a su pequeña familia.

Al día siguiente ya era Nochebuena. A María le hacía mucha ilusión celebrarla en su nueva casa, y más desde que su abogado le había mandado un mensaje diciéndole que ya estaba todo dispuesto para la firma, que se haría unos días después.

Pese a la insistencia de Luisa de organizar la cena del 24 en su casa, por el tamaño, ambas amigas habían empezado bien temprano en la cocina de María con los preparativos. Pablo y Tina desaparecieron pronto con la excusa de hacer unos recados y no volverían a comer. Andrés había ido en busca del cordero y las dos mujeres estaban solas disfrutando del placer de cocinar para las personas más queridas.

Prepararon una comida ligera para los tres, crema de verduras y un pollo al curry muy suave que les gustaba a todos. Como la noche se presentaba larga, ninguno perdonó una buena siesta para recuperar fuerzas. A las seis todos estaban ya de vuelta en casa de María, aunque Tina, que cenaba en casa con sus padres, se marchó pronto felicitando a todos la Navidad y prometiendo volver en cuanto pudiera por la mañana. Pablo y Andrés se encargaron del cordero mientras María y Luisa cocían el marisco y daban los últimos toques a la cena. Pese a lo pequeña que era la casa, se habían organizado bien y cada uno se encargaba de su tarea sin molestarse entre sí.

Antes de la nueve ya estaba todo dispuesto para cenar. Tomaban un poco de hueva con almendras, acompañando a una cerveza, cuando Luisa comenzó a echar al fuego las exquisitas gambas de Garrucha antes de sentarse.

Pablo no pudo reprimir una pregunta para Andrés, a la que andaba dándole vueltas un buen rato.

—Andrés, ¿y tú siendo musulmán no te importa celebrar la Navidad?

En ese momento, ambas mujeres se dieron la vuelta para escuchar con atención su respuesta.

—Jesús es uno de los cinco profetas más importantes para el islam y su nacimiento también es un momento que se puede conmemorar, e incluso celebrar con una comida familiar como esta, aunque no todas las facciones musulmanas comparten esta idea. —Hizo una pausa mirándole a los ojos y continuó—. De cualquier forma, yo me siento muy feliz de poder compartir esta noche

especial con todos vosotros. —Entonces, miró a las damas, que sonreían encantadas.

Luisa terminó las gambas y las dispuso en una fuente que, a continuación, llevó a la mesa. Todos se sentaron y María se decidió a decir unas palabras. Agradeció el poder disfrutar de aquella noche allí con las personas que más quería en el mundo, a falta de Tina, por todo lo que había conseguido y por haber tenido la oportunidad de conocer la verdadera felicidad. La acompañaron con un brindis y dio comienzo al festín.

Gamba roja, cigalas, jamón ibérico y encurtidos formaban el aperitivo. Luego, disfrutaron con la excelente bullabesa de pescado de Luisa, que les ayudó a calentar un poco el cuerpo junto con el cava. Después, Andrés pidió ayuda a Pablo para trocear el cordero y terminaron la cena con una excelente selección de dulces árabes que había preparado Andrés.

Luisa se arrancó con unos villancicos y, al poco, María y Pablo se unieron a ella con alegría bajo la divertida mirada de Andrés.

—Vaya lujo de cena que nos hemos dado —exclamó Pablo con la copa de cava en la mano.

—¡Y que lo digas! —replicó Andrés—. Hoy nos hemos dado un verdadero banquete de reyes.

—Estaba todo exquisito —confirmó Pablo—. ¿De verdad no os habéis planteado abrir un local donde la gente pueda probar vuestras maravillas culinarias?

—¡Vaya! —exclamó María—. Pues eso mismo dije yo no hace mucho. Los dos —dijo señalando a Luisa y Andrés—, son unos virtuosos de la cocina.

—¡Eso! Vamos a montar un restaurante aquí en la cocina de tu madre, o en la mía —rio Luisa.

—Hombre, aquí no. Pero en un buen sitio la gente vendría a degustar vuestros platos —aseguró el muchacho.

—A mí no me parece una idea tan descabellada —le siguió Andrés.

—Yo creo que los efluvios del cava y el vino están ya haciendo su efecto —sentenció Luisa con sorna.

—Poder disfrutar de una excelente comida, en un paraíso como este, es una experiencia por la que mucha gente estaría dispuesta a pagar, y mucho. No es ninguna tontería lo que estoy diciendo —explicó Pablo—. En verano sería un completo éxito.

—Pablo entiende de estas cosas —confirmó María—. Deberíamos hacerle caso, seguro que tiene razón.

Tras abrir una nueva botella de cava, cada uno de los asistentes fue aportando nuevas ideas. María destacó la facilidad de tener pescado fresco, vivo, cada día; Andrés la cantidad de gente que pasaba por allí en vacaciones, y Pablo pensaba que no era una inversión tan importante para los beneficios que podía dar.

Luisa, muy graciosa, tumbaba cada una de las ocurrencias de sus amigos con una frase jocosa con la que todos acaban riendo. Lo cierto es que, tras aquella Nochebuena, la idea de montar un restaurante ya no dejó de fraguarse en la mente de todos ellos.

Tina llegó el día de Navidad a comer. La velada sería en casa de Luisa, quien ya tenía encendida la chimenea que, junto al calor de los fogones, creaba un ambiente muy agradable pese al frío viento de poniente que azotaba fuera.

Habían esperado para intercambiar los regalos a que llegara Tina, y los abrieron en aquel momento. Se trataba de pequeños detalles que decían mucho. Y que todos agradecieron ilusionados por el mero hecho de que alguien se hubiera molestado en buscar algo especial para cada uno.

Tina y Pablo pusieron la mesa, María y Andrés se encargaron de los aperitivos y la ensalada, mientras que Luisa preparó los Gallo Pedro para freír. Cuando todo estuvo listo se sentaron a la mesa.

Comenzaron con un exquisito consomé de esos especiales de Luisa que ayudan a asentar el estómago tras una noche larga, siguieron con cigalas y unas almejas exquisitas, que salieron de la mano de Andrés. Brindaron por la familia.

—Gracias por tan excelente comida —dijo Pablo—. Me reitero en que sois unos *cracks* de los fogones y que deberíais compartir con el mundo el don que tenéis.

Tina se unió a la idea del restaurante, pese a los ruegos de su tía para llevarla a su bando —el de los cuerdos, según ella—, ya que los demás parecían haber perdido la cabeza con esa idea. No obstante, lo cierto es que Luisa escuchaba ya con más atención lo que decía Pablo.

El chico hablaba de buscar un buen sitio, no muy grande y gastar poco dinero en hacerlo atractivo. De que Luisa y Andrés podrían estar en las cocinas y María encargarse de la sala, con ayuda de Tina.

—¡Vaya lío! —exclamó riendo Luisa—. Esto parece condenado al fracaso desde el primer minuto.

—¿Crees que nos enfrentaríamos en la cocina, Luisa? —le preguntó Andrés riendo.

—¡Eso seguro! —contestó enseguida con su eterna sonrisa—. Pero solo para ver quién saca el mejor plato.

Todos rieron. Estaban a gusto alrededor del fuego y, entre cafés y risas, dejaron correr la tarde sin parar de dar ideas para la supuesta casa de comidas, como le llamaba Luisa, quien no tardó en quedarse dormida un rato en el sofá mientras los demás seguían en animada conversación.

—Bueno ¿y si yo os ayudara con todo esto para ponerlo en marcha? —preguntó Pablo dejando a todos en silencio durante unos segundos, hasta que María habló.

—¡Ojalá, hijo! Pero, por desgracia, tú estás muy lejos de aquí.

Pablo se puso un poco serio, se aclaró la voz y se disculpó porque quizá no era el momento más adecuado para dar la noticia —especialmente, a su madre y delante de sus amigos, incluso de Luisa que acababa de despertarse y se incorporaba para escuchar con atención.

Pero comenzó a hablar sosegado y con un agradable tono de voz que irradiaba seguridad. Miró a Tina, que a bien seguro estaba al tanto del tema, y ella asintió con la cabeza como animándole a seguir.

Pablo contó que había sufrido un gran desencuentro con sus superiores ya que no habían

reconocido el enorme trabajo realizado con los últimos proyectos en los que se habían dejado la piel, tanto él como su equipo. Le habían propuesto participar en la compañía si tenía éxito con ellos y, al final, había sido otro compañero afín a los socios el que se había hecho con el puesto prometido. Estaba francamente decepcionado con la empresa y pensaba muy en serio dejarlos si llegaba a un acuerdo con ellos.

—¡Cuánto lo siento, cariño! —le dijo María, acercándose para besarle—. No sabía nada. Lo debes estar pasando mal y no sé cómo ayudarte.

—Tranquila, mamá —respondió con una tierna caricia—. Tal vez este sea el momento adecuado para tomar otras direcciones en mi vida y hacer lo que realmente me apetece ahora que me lo puedo permitir, sin presiones. Puedo decidir lo que quiero hacer y eso me da una gran seguridad.

A María, como madre, le inquietaba que su hijo dejara un buen puesto de trabajo al que había dedicado tiempo y esfuerzo en los últimos años. Pero ella, mejor que nadie, sabía la felicidad y satisfacción que producía el ser libre para elegir lo que quieres hacer en esta vida. Tomara la decisión que tomara, ella estaría a su lado. De eso no había duda.

El poniente empeoraba según oscurecía y no tardó en empezar a llover. Tina llamó a casa para ver si estaba todo bien y decir que se quedaba a dormir, no quería conducir con ese tiempo y, mucho menos, perderse algo de lo que allí se estaba gestando. Andrés avivó la chimenea con un gran tronco y, aunque todavía era pronto, Luisa y él se liaron en la cocina a preparar algo ligero para la cena sin perder detalle de la conversación.

Pablo expuso la idea de apostar entre todos por el restaurante, cada uno aportando sus mejores habilidades. Disponía de dinero para invertir, además de suficientes conocimientos de desarrollo y gestión de proyectos como para sacar la idea adelante. Era un planteamiento que a todos les gustaba y que Pablo les respaldara, les aportaba confianza para aquel loco plan sobre el que divagaban, tanto que hasta Luisa vio una posibilidad de que pudiera ser factible. Mientras los demás seguían hablando, se le ocurrió una de esas disparatadas ideas que ya le estaban contagiando esa pandilla de locos.

—Está la vieja taberna de Miguel, a las afueras del pueblo —pensó en voz alta, aunque todos lo oyeron y se quedaron en silencio, un tanto perplejos ante aquella observación hasta que ella continuó—. Hace más de veinte años que está cerrada y últimamente ha servido como almacén para barcas medio rotas, pero tenía su encanto.

—¿Dices que hay un sitio que pudiera albergar el restaurante? —preguntó Pablo.

—Bueno, antes era una taberna y tenía su público hasta que Paco abrió el bar, aunque ahora solo son unas ruinas que se caen a pedazos.

—¿Podríamos ir a verlo mañana? —preguntó María.

—¡Claro, si el poniente nos deja salir! Además, seguro que lo has visto, pero tiene tanta chatarra delante que casi ni se aprecia.

Aquella taberna era el local de reunión de los pescadores cuando terminaban la faena y donde se celebraban las buenas capturas de la almadraba, cuando aún se podía vivir de ella. Miguel tenía un vino pasable y su mujer, Rosa, hacía unos guisillos insuperables con la morralla que sobraba de los barcos; y qué decir de las migas, que no faltaban en cuanto caían dos gotas. Allí los pescadores se olvidaban de que ese día se habían jugado la vida en el mar y de que, al día siguiente, volverían a hacerlo. Cuando Rosa murió, su marido cayó en una depresión, se dio a la bebida, dejó de atender la taberna y finalmente lo ingresaron en un sanatorio, donde también murió poco después.

—¿Y a quién pertenece eso ahora? —preguntó Andrés tras escuchar aquella historia.

—Creo que es de un sobrino suyo —replicó Luisa—. Pero no sé dónde estará. Desde luego, por aquí ha venido poco.

Pusieron la mesa para cenar. Andrés hizo unos apetitosos kebabs con los restos del cordero, y un pan de pita tostado en la lumbre. Con un poco de jamón y ensalada, el menú estaba completo, aunque hubo quien también se apuntó a una reconfortante taza de consomé. La cena continuó divertida hasta bien entrada la noche con las ideas y planteamientos que a cada uno se le ocurría. Tras dejarlo todo bien recogido, Andrés, María y Pablo regresaron a su casa.

Andrés había tenido la precaución de dejar la estufa encendida y la casa estaba caldeada. María ayudó a su hijo a montar su cama y, poco después, ya estaba todos metidos bajo las mantas. Pero ninguno, ni en la casa de María ni en la de Luisa dejaba de pensar e ilusionarse con aquella loca idea de montar un restaurante.

Al día siguiente era festivo, sin embargo, Andrés tenía que echar un vistazo al almacén. La lluvia había dado un respiro, pero el viento seguía soplando, si bien algo más flojo que la noche anterior. Al levantarse, vio a Pablo que estaba enfrascado con su ordenador.

—¡Buenos días! —le dijo—. ¿Trabajas ya tan temprano?

—Hola, buenos días. No, solo respondo a unos correos y busco algo de información sobre el tema del restaurante.

—¿Algo interesante? —preguntó interesado mientras servía café para los dos.

—Bueno, hay una legislación muy restrictiva al ser una zona protegida, aunque en realidad no se le va a dar un cambio de uso. Creo que hay posibilidades, pero Roberto Tolosa, el abogado, sabrá lidiar con esto.

—¿De verdad te quedarías aquí? ¿Cambiarías esto por lo que tienes en Edimburgo? —inquirió Andrés curioso.

—Todo lo que verdaderamente me importa está aquí. ¿Qué sentido tiene seguir allí ahora que tengo claro que será difícil mejorar mi situación? Además, odio el clima y este me parece un sitio idílico para disfrutar de una vida relajada y plena entre las personas que quiero.

—Bueno, un restaurante no es de lo más relajado —le respondió Andrés—. Un primo mío tenía un negocio de kebabs en París y trabajaba casi las veinticuatro horas del día. Hay que currar mucho.

—Como en todos los negocios. Nada cae del cielo. No obstante, creo que, entre todos, podemos hacerlo bien sin morir en el intento.

—Sí, supongo que el esfuerzo compartido es más llevadero —concluyó Andrés al tiempo que preparaba el desayuno—. ¿Tienes hambre?

Mientras saboreaban el rico café, las tostadas y algunos de los deliciosos dulces de Andrés, Pablo aprovechó para hablar sinceramente con él. Veía a su madre feliz, como nunca la había visto, y sabía que buena parte de ese cambio era gracias a él, pero necesitaba saber hasta qué punto estaba comprometido con ella. Fue directo en busca de las respuestas adecuadas.

—La amo como no he amado jamás a una mujer y quiero compartir con María el resto de mi vida —confesó el sirio—. Y aunque lo que más deseo sea casarme con tu madre y hacerla mi mujer, estoy seguro de que aún no es el momento para ella; sin embargo, confío en que algún día se convierta en mi esposa, si tú no pones ningún impedimento. Mientras tanto, ten por seguro de que la trataré como si lo fuera y tengo suficiente dinero como para que no tenga que trabajar

mientras viva, si eso es una cuestión que te preocupa.

Tras una intensa conversación, a Pablo le quedó claro que Andrés era un buen hombre, que quería a su madre y que la protegería con su vida si fuera necesario. Saber que estaría siempre a su lado, le transmitió la seguridad que necesitaba.

Andrés salió para el trabajo, no tardaría mucho en volver y pidió que lo esperaran si pensaban ir a ver la vieja taberna.

Cuando María se levantó, la casa ya estaba recogida y tenía el desayuno a punto. Despertarse y estar con su hijo sí que era un verdadero regalo navideño. Disfrutar de esos momentos de intimidad con él la llenaban de gozo y alegría.

Aprovecharon para hablar un rato con tranquilidad sobre la posibilidad de volver a España y establecerse allí. Pablo estaba convencido de que lo del restaurante era un negocio rentable, ya había hecho algunos planes y, ayudando todos, los beneficios podían ser cuantiosos, tanto como para poder vivir de ello sin problemas. Y, por otro lado, estaba Tina. Estaba enamorado de ella, la quería y no soportaba la idea de permanecer separados.

—Y además estás tú —le dijo abrazándola—. No hay nada mejor que estar cerca de la mejor madre del mundo y formar parte de esta pequeña familia a la que adoro y en la que soy feliz. ¿Se puede pedir más?

—No, hijo —le contestó sincera—. Yo, al menos, contigo aquí, no necesito nada más. Si es lo que quieres de verdad, me harás la mujer más dichosa del mundo.

—Lo conseguiremos, mamá, de eso puedes estar segura.

Tina y Luisa no tardaron en llegar, uniéndose a la conversación, al café y los últimos blakavas de Andrés.

—Mirad que he dado vueltas esta noche sin dejar de pensar en la loca idea del restaurante —dijo Luisa.

—Pues a mí se me han ocurrido un montón de ideas que pueden ser interesantes —le siguió Tina.

—Luisa —dijo Pablo—. Poco antes de que llegais le comentaba a mi madre que es un buen negocio del que vivir todos nosotros, y hacerlo muy bien, además. Con esfuerzo y tesón podemos crear algo bonito y muy rentable.

—Pero ¿qué sabemos nosotros de restaurantes? —preguntó inquieta Luisa, al tiempo que se volvía al oír Andrés entrar y saludar.

—Tengo la experiencia de haber desarrollado proyectos para negocios, incluidos restaurantes y cafeterías, pero lo más difícil de conseguir para que algo así funcione es tener buenos chefs o pasteleros, que son el alma del local y aquí, por suerte, contamos con las mejores manos. El éxito está asegurado. La gestión no será un problema —sentenció y nadie le contradijo.

Recogieron un poco, esperando a Andrés y salieron juntos a dar un paseo hasta la vieja taberna, bien abrigados para protegerse del frío. A unos cincuenta metros de las últimas casas del pueblo, una valla ya oxidada rodeaba un viejo almacén, al que accedieron sin dificultad ya que la que, en su día, había sido la puerta, ahora estaba tumbada en el suelo hecha un manojo de hierros. Al fondo del terreno, varias barcas viejas se amontonaban sin orden y otras, casi destrozadas, tapaban la antigua entrada a la taberna. Luisa los guio para dar la vuelta al edificio hasta la parte de atrás. Una desvencijada puerta de madera, medio rota ya, les permitió acceder al interior.

Al entrar y ver el aspecto de abandono y ruina que tenía el edificio, las caras de todo el grupo solo reflejaban una profunda decepción. Sin poder hablar, miraban a su alrededor absortos en el desastre que allí había. Paredes medio derruidas, maderas rotas y hasta parte del techo que se

había caído llenaban aquel suelo. La proliferación de trastos, basura y suciedad acumulada de años, no ayudaba a mejorar aquel siniestro aspecto. Fue Tina la primera que no pudo reprimir su expresión:

—¡Vaya mierda de sitio! —dijo con su característica sinceridad—. Parece que haya recibido el impacto de una bomba. ¡Se está cayendo a pedazos!

Andrés se decantó por una actitud más positiva, en un vano intento de levantar los ánimos a sus desilusionados amigos.

—Bueno, es cierto que está en muy mal estado —dijo con un tono lo más positivo que pudo—. Pero una vez limpio de basura, y con unos cuantos arreglos, esto puede tener un aspecto muy diferente.

—¿De verdad pensáis que alguien en su sano juicio vendría a comer a un sitio así? —preguntó Luisa—. Esto solo confirma la completa locura que ronda por vuestras cabezas.

—Pues a mí me parece que tiene mucho encanto —expuso María—. Es cierto que necesita un gran trabajo, sin embargo, creo que podría convertirse en un sitio especial.

Pablo no se había pronunciado aún. En silencio miraba detalles como las ventanas de madera —la mayoría sin cristales—, la estropeada barra maciza de madera de pino y las paredes forradas de viejas tablas de barcos desguazados. Sacó su teléfono y empezó a hacer fotos de todo, desde el techo a los detalles más nimios. Los demás lo dejaron hacer a su aire.

María, Tina y Andrés seguían inspeccionando el lugar cerca de donde se encontraba un gran hogar que ocupaba el centro de una de las paredes. Luisa se quedó pegada a la puerta, observando de lejos la incomprensible curiosidad que aquel sitio despertaba en el resto del grupo. Lo había visto lleno de vida, de hombres curtidos por la mar que deseaban calentar el cuerpo con un chato de vino tras una interminable jornada en sus barcos. Ahora, sin embargo, solo eran escombros.

El aire allí dentro no era muy saludable, por lo que todos salieron fuera, excepto Pablo, que tardó un poco más.

—Pues a mí me parece un sitio magnífico —dijo, ya en la puerta, con una rotunda seguridad—. Es cierto que está en muy mal estado y hay que hacer una buena reforma, pero puede ser un local excepcional y único. Y si al sitio le unimos vuestra magia con los fogones, estoy seguro de que será un éxito.

—¡Lo que es seguro es que, pensar en utilizar este lugar, es una verdadera locura! —exclamó Luisa.

—Pablo tiene razón, Luisa —intentó mediar Andrés—. Ahora está mal, sí, pero conozco gente, muy buena en su oficio, que nos podrá ayudar a reconstruir esto y hacer de él un sitio agradable y único.

De vuelta a casa de Luisa, pararon a tomar un aperitivo en el bar de Paco y, aunque nadie comentó nada, todos seguían dándole vueltas a la cabeza al singular edificio que acababan de ver.

Luego, pese a que no tenían mucha hambre, ninguno despreció un rico consomé de Luisa, que regó con un buen vino de Jerez, y Andrés aprovechó las ascuas fuertes de la chimenea para echarlas en la barbacoa y asar rápido unos filetes.

Mientras, Tina y María prepararon una ensalada y, enseguida, se hallaron todos sentados a la mesa, inmersos de nuevo en la conversación sobre el restaurante y la vieja taberna.

La siesta esa tarde no la perdonó nadie.

Al día siguiente María tenía que ir al notario a firmar la escritura de su casa, Pablo la acompañaba y pasarían después por el ayuntamiento a recabar toda la información que pudieran. Luisa y Tina se apuntaron para aprovechar y hacer unas compras. Luego, llevarían a Pablo a hacer una ruta de tapas por el centro y, más tarde, irían a ver coches a algún concesionario, aunque María ya tenía su favorito y fue difícil hacerla cambiar de idea.

Cuando volvieron a La Calilla por la tarde, María traía la escritura de su casa bajo el brazo y el pedido de un llamativo Fiat 500 de color rojo. Tina se marchó con pena por tener que abandonar al grupo, especialmente a Pablo, pero debía volver a casa. Andrés llegó pronto y mientras preparaba algo de cena con Pablo, María fue a buscar a Luisa para que se uniera a ellos.

De vuelta a casa, Luisa confesó a su amiga que todo aquello del restaurante la sobrepasaba un poco. No se creía capaz de hacer algo así.

—Tú eres capaz de eso y mucho más, Luisa, me lo has demostrado una y otra vez —le dijo con cariño María—. Y no estás sola, estamos todos en esto.

—Estamos todos locos —contestó riendo su amiga.

Durante las siguientes jornadas, el grupo se reunió poco. María se concentró en terminar algunos pedidos, que aún pendientes para la tienda, ayudada por Pablo cuando no se perdía con Tina. Luisa fue un par de veces a ver a su hermano a Campolindo y Andrés tenía bastante trabajo aquellos últimos días del año.

Ayudado por Roberto Tolosa, el abogado, Pablo estudió todos los trámites necesarios para poner en marcha la vieja taberna como restaurante y, aunque no resultaría fácil, consiguió tener un buen plan de negocio para examinarlo sin prisas con los demás. Además, el actual propietario estaba encantado de vender algo que solo le acarreaba gastos, por lo que la venta sería rápida.

El jueves por la noche se vieron en casa de Luisa para deleitarse con una buena cena que Andrés había preparado y ponerse un poco al día. Tras la cena y disfrutando de un buen vino junto al fuego, Pablo les explicó en detalle todo el plan que había elaborado con ayuda de Roberto. Era cierto que la inversión podía ser considerable, pero los beneficios también. A nadie le quedó ninguna duda de que, al menos sobre el papel, el negocio era rentable. Incluso Luisa tuvo que admitir que todos esos números, al final tenían sentido. Allí sentados, los miembros de aquella pequeña familia brindaron por la puesta en marcha de un negocio que les cambiaría las vidas.

El día antes de Nochevieja, Tina recogió temprano a Pablo, pero ninguno de ellos les explicaron adónde iban. El exmarido de María llegaba en el avión de la tarde y esta supuso que necesitaban un tiempo solos antes de ir a recogerlo. Andrés estaba en el trabajo y ella ultimaba los pedidos que debía entregar esa misma tarde en San Antonio.

A media mañana, Pablo la llamó y la instó para que saliera a la calle, pese a que ella no entendía nada.

Al abrir la puerta, se encontró delante su flamante Fiat 500 rojo que relucía brillante bajo el sol. Como una niña, saltó de alegría, abrazó a su hijo, a Tina y al coche, al que rodeaba

acariciándolo con delicadeza y una gran sonrisa en los labios.

—¡No me lo creo! —dijo exultante—. ¡Es mi coche!

—Pues sí, aquí tienes tu coche —le dijo su hijo feliz—. Ahora cuidado con él y no te conviertas en una loca de la carretera —bromeó y los tres se echaron a reír.

—¡Vamos a por Luisa! ¡Tenemos que probarlo! —exclamó entusiasmada.

Se montaron en el coche y llegaron pitando a casa de Luisa, quien salió corriendo a la calle ante semejante jaleo.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó atónita.

—¡Sube que vamos a probar mi nuevo coche! —le pidió casi a gritos su amiga sin bajarse del vehículo.

—Apago el fuego y salgo —dijo Luisa.

Entró de nuevo en la casa y salió a los pocos segundos, cerrando la puerta tras de sí.

Tina y Pablo se pusieron detrás para permitir a Luisa que fuera de copiloto de María, que parecía una niña con juguete nuevo.

—¡Está súper chulo! ¿Verdad? —exclamó la conductora.

—Esta genial, María, pero ¿crees que subir hasta el faro es buena idea con lo poco que has practicado últimamente? —preguntó algo preocupada Luisa.

—Es buena conductora, no te preocupes —contestó Pablo riendo—. Llevará cuidado, seguro.

Subieron sin problemas hasta el faro, despacio y admirando los bellos paisajes de mar y roca que se desplegaban ante ellos.

A la vuelta, pararon en el bar de Paco para «mojar» el coche nuevo. A María le tocó invitar también a algunos de los vecinos que allí estaban. Todos querían brindar por aquel vehículo, quizás el único que se había comprado en el pueblo en los últimos años. Con seguridad, era el más moderno de aquella pequeña localidad y para todos resultaría fácilmente identificable.

Al final, acabaron tomando unas tapas y raciones, por lo que hicieron la comida allí.

Más tarde, Tina dejaba a Pablo en el aeropuerto donde alquilaría un coche para moverse con su padre esos días, Luisa no perdonó su siesta y María se fue a casa a terminar de preparar los trabajos que llevaría más tarde a San Antonio.

Cuando Andrés llegó y vio el Fiat en la puerta imaginó la alegría de María con su nuevo cacharro y nada más entrar en la casa, ella se tiró a sus brazos loca de contenta. Tras el alboroto de los primeros momentos, María aprovechó mientras él se arreglaba para prepararse un té y terminar de colocar en cajas todos los encargos terminados para, después, llevarlos juntos a la tienda de San Antonio en el nuevo coche.

Primero pasaron por la tienda, dejaron los trabajos en madera y María arregló cuentas con Manuela, encantada de lo bien que se vendían sus creaciones.

Pablo la había avisado que ya estaba en el hotel con su padre y que cenarían allí. Luego, llamó a Luisa para ver si estaba bien; andaba un poco cansada y se acostaría pronto, ya que al día siguiente le tocaría a ella cocinar en casa en de su hermano y empezaría temprano. Así que aprovecharon que estaban solos y sin compromisos para disfrutar de una cena íntima y tranquila en un restaurante italiano que les encantaba a los dos.

—¿Te apetece que mañana hagamos algo especial? —preguntó Andrés mirándola con sus grandes ojos verdes—. ¿Ir a alguna fiesta, por ejemplo? Todavía quedan entradas para la cena del hotel Excélsior... ¡con habitación incluida! —dijo coqueteando.

—¿Una fiesta dices? —preguntó María extrañada—. ¡Ni loca! Odio las fiestas de Fin de Año y aún más las que me ha tocado organizar a mí. Mañana celebraremos tú y yo solitos, en casa, nuestra primera Nochevieja juntos, tranquilos, con nuestra estufa calentita y en pijama.

—Me parece una idea estupenda. ¡Cocinaré para ti! —fue su entusiasmada respuesta.

—Entonces será un verdadero lujo —contestó María, al tiempo que posaba un cálido beso sobre sus labios.

De vuelta conducía Andrés, deseando ambos llegar al calor de su pequeño hogar y dejar que sus pieles se fundieran de pasión y amor bajo las sábanas. Un frenesí loco de deseo que ambos necesitaban tanto como respirar.

A la mañana siguiente, Andrés salió temprano. Tenía que dar una vuelta rápida por el almacén y luego iría a comprar algunas cosas que necesitaba, aunque estaría de vuelta para la comida.

Luisa y Tina llegaron pronto para tomar un café rápido y felicitarle el año, por adelantado, antes de salir para Campolindo, donde Luisa también pasaría el día siguiente.

Tina, en cambio, tenía otros planes con Pablo, que la recogería tras las uvas para llevarla a la fiesta del hotel, en el que se quedarían hasta el día siguiente.

María se alegró de alguna forma de tener un día más para disfrutar a solas de Andrés sin moverse de casa y, aunque seguro que echaría de menos a su hijo, él estaría feliz disfrutando de una noche especial con Tina. Ambos se lo merecían.

A media mañana, liada ya preparando un rico caldo de pescado, recibió una llamada de Pablo.

—Hola, mamá ¿qué tal estás? —preguntó contento.

—Muy bien, preparando algo para esta noche —contestó ilusionada de oírle.

—Estáis solos Andrés y tú, ¿no? ¿No os animáis a venir a la fiesta?

—No, cariño. Por fin voy a pasar una Nochevieja tranquila, sin necesidad de disfrazarme, ni de aguantar a gente indeseable con la que no tengo nada que ver, como me ha ocurrido durante tantos años de mi vida. Solo te echaré de menos a ti.

—Bueno, de eso quería hablarte —dijo con un tono de voz algo más apagado—. Me gustaría pasar a verte para darte un gran beso. Papá me ha preguntado si querías comer mañana con nosotros en el hotel.

—No, hijo, se lo agradezco, pero no quiero dejar a Andrés solo y me apetece más quedarme en casa —contestó sincera.

—Me gustaría poder comer con Tina; creo que tienen preparado un *buffet* especial en el hotel, tipo *brunch*, y si no tiene que volver a casa, le haría ilusión ir —le dijo Pablo.

—No te preocupes, Andrés y yo estaremos bien, y nos apetece también tomárnoslo a nuestro aire —admitió ella.

—Papá deseaba verte, solo saludarte, si no te importa —le dijo a sabiendas de que era difícil que aceptara—. Voy a llevarlo a él y a su amigo hasta el faro para que vean la zona. ¿Quieres que tomemos una cerveza en el bar de Paco cuando bajemos?

María dudó unos instantes, pero supuso que no pasaría nada por estar unos minutos con Pedro y, aunque no era lo que más le apetecía, hizo un esfuerzo por su hijo, al menos así lo vería un rato.

—Claro —contestó—. Avísame cuando bajéis del faro y me voy para allá. Hoy no hace mucho viento y quizá se pueda estar bien en la terraza.

—¡Genial! —exclamó Pablo—. Pues creo que, en menos de una hora, estamos allí porque salimos ya.

Se despidieron con la ilusión de verse de nuevo enseguida, aunque a María la alteraba un poco el encontrarse con Pedro y esperaba que Andrés tardara más en hacer sus recados y que le diera tiempo a ella regresar a casa antes de que volviera. No le parecía aquel día más adecuado para que Pedro y él se conocieran, y no tenía intención de que pasara.

Cuando recibió la llamada de Pablo de que ya bajaban del faro era aún temprano. Cogió un chaquetón y salió en dirección al bar de Paco. Soplaban algo de viento suave de levante, por lo que en la zona de la terraza se estaba muy bien al sol. Eligió una de las mesas del centro y se sentó a esperar a que llegaran mientras Paco le servía un Martini blanco. Eso le ayudaría a templar los nervios, que parecían ponerla en tensión sin desearlo.

Al poco, llegó un coche conducido por su hijo, un Passat gris oscuro del que bajaron —además de él—, Pedro y un señor alto y canoso que debía ser el amigo invitado. Se dirigieron a la mesa en la que estaba María, quien se levantó para saludarlos. Un efusivo abrazo a su hijo, un par de besos de cortesía a Pedro, al igual que a Luis —su invitado y, por lo visto, buen amigo—, al

que recordaba haber visto en un par de ocasiones en alguna fiesta, aunque por aquel entonces no le había prestado mucha atención. Vio a Pedro más delgado, pero con buen aspecto, quizá lucía algo más mayor, como si le hubieran salido más arrugas, más canas o el tiempo hubiera dejado su huella más rápido en él.

—Me alegro de verte, María —le dijo Pedro.

—Yo también —dijo ella poco convencida de sus palabras—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bueno, más relajado y tranquilo —explicó—. Me tomo la vida de otra forma, me cuido y tengo ganas de ir cerrando temas para poder jubilarme de verdad y dedicarme a descansar y disfrutar de sitios como este paraíso que tenéis. No me extraña que hayas decidido ubicarte aquí, quizás sea un lugar un poco alejado de todo, pero único, desde luego.

—Sí, estoy feliz aquí, y creo que eso es lo importante —le dijo muy segura María con un tono amable.

—Son unos parajes espectaculares, una zona virgen que espero sepamos mantener todos —expuso Luis, mientras Paco tomaba nota de sus bebidas y les ofrecía las tapas disponibles aquella mañana.

—Le he dicho a Pablo que te dijera si querías venir a comer mañana con nosotros —le propuso Pedro.

—Te lo agradezco, pero ya tengo planes —se excusó María—. Espero que lo paséis muy bien, me han dicho que es un buen sitio.

La conversación, un poco forzada y que Pablo intentó llevar como buenamente pudo, se centró en el parque natural y en sus bellos rincones, que los nuevos visitantes esperaban conocer mejor.

María se excusó para marcharse en cuanto acabaron sus bebidas. Se despidió con las felicitaciones pertinentes para su exmarido y su amigo, y con un fuerte abrazo y un cariñoso beso de su hijo, con el que quedó en hablar al día siguiente.

De camino a su casa pensaba en la extraña sensación que tenía al ver a Pedro como alguien ya lejano en su vida, alguien perteneciente a un pasado que no hacía tantos meses había dejado atrás y que, ahora, ya nada tenía que ver con ella. Se alegró de ser otra, de tener otra vida y de ser tremendamente feliz con lo que había conseguido.

Andrés ya había llegado y ella le contó de dónde venía y lo poco que le apetecía ver de nuevo a su ex, pero por Pablo había hecho un esfuerzo que el chico había agradecido. Andrés lo entendió y cambió rápido de tema, pidiéndole ayuda con todo lo que traía.

Comieron pronto la rica sopa de pescado que había hecho María, luego Andrés echó un poco más de leña al fuego, casi la obligó a meterse en el sofá bajo la manta con su libro y él se dedicó a la cocina. Ella no tardó en quedarse plácidamente dormida y él disfrutó preparando una cena especial para los dos.

No necesitaron vestirse de gala, sino que escogieron ponerse ropa cómoda y abrigadita para estar en casa. María encendió velas y sus guirnaldas de luces que, junto a la luz del fuego, daban un aire muy romántico a la pequeña sala. Andrés abrió una botella de cava para brindar y empezó el festín para dos que él le había hecho con infinito cariño.

Comenzaron con unos dátiles enormes y dulces, un delicioso cóctel de gambas y cangrejo, el humus maravilloso como para no dejar de mojar con el pan de pita recién hecho y unos rollitos de col, rellenos de carne, con una sabrosa y especiada salsa. Por supuesto, no faltaron sus inimitables dulces.

Disfrutaron de cada momento de la cena, de forma íntima, cercana, riendo y dejándose amar de cerca por el otro. Pusieron la televisión para tomar las uvas, y se felicitaron el Año Nuevo con un gran beso que sellaba su unión.

—Este será el primero de muchos años que pasaremos juntos, amor mío —le susurró al oído Andrés y ella le respondió con un dulce beso.

—Espero que sean muchos, muchos, cariño.

De pronto, sonó el teléfono, era Pablo que los llamaba para felicitarlos. Iba a recoger a Tina y volverían a la fiesta. Hablarían al día siguiente para ver cuándo pasaría por allí. Nada más colgar, llamó Luisa que quería felicitarlos a los dos, al igual que Tina.

La pareja recogió un poco la cocina y se acurrucó después, junto a la estufa, con una manta para terminar el cava que les quedaba.

—Brindo por todos los años de amor y felicidad que nos quedan —dijo Andrés levantando su copa.

—Yo brindo, además, por todo lo bueno que está aún por llegar para disfrutarlo juntos —le replicó ella.

No tardaron mucho en abandonarse uno en los brazos del otro, en unir sus bocas y su piel como si fueran uno. Arrastrados por el deseo y unas ansias locas de saborear cada uno de sus poros, se metieron en la cama para dar rienda a sus más íntimos y recónditos deseos.

El día de Año Nuevo amaneció soleado y el viento parecía haber dado un respiro, al menos al inicio de la mañana. Andrés y María se levantaron sin prisas y pasaron buena parte de la mañana en pijama. Luego salieron a dar un paseo por las calas, dejándose acariciar por el cálido sol y la suave brisa del mar. Pablo llamó para decirle que pasaría por la tarde, después de dejar a Tina, y que cenaría con ellos, como así fue.

Como el muchacho se marchaba el lunes a Madrid y, de ahí, a Edimburgo, Luisa organizó el domingo una comida en su casa. Entre todos prepararon la barbacoa en el patio y, tras comentar cada uno su especial Nochevieja, el tema del restaurante no tardó en salir. Fue Pablo quien planteó el tema sin rodeos cuando ya se hallaban sentados a la mesa.

—Respecto al restaurante —dijo con seriedad y consiguiendo la atención inmediata del grupo—, el abogado me ha dicho que no hay problemas administrativos para reconstruir y poner en marcha la vieja taberna, aunque no permiten ninguna ampliación. No obstante, sí poner un porche todo alrededor, como terraza, manteniendo una estructura de madera similar a la que tiene; lo cual amplía considerablemente el espacio para los clientes. Además, el actual dueño está dispuesto a vender a un precio razonable.

—Eso son grandes noticias —respondió Andrés ilusionado.

—Sí, lo son —continuó Pablo—. Necesito saber si, de verdad, vamos a seguir con esto adelante y si hay un verdadero compromiso. Yo tengo que tomar una importante decisión cuando vuelva a mi empresa y he de saber si continuamos con este proyecto de forma inmediata, o si solo ha sido un vago sueño entre amigos. Vamos a dar un gran paso y tenemos que estar todos bien seguros de que es esto lo que queremos realmente.

El silencio se apoderó del grupo. Sus miembros se miraban unos a otros, esperando que alguien fuera el primero en hablar. Lo hizo María.

—¡Por mí seguimos adelante! —exclamó con brío—. Me hace mucha ilusión. Confío plenamente en ti, y estoy segura de que, entre todos, sacaremos el proyecto adelante con tu ayuda.

—Cuenta conmigo hasta donde pueda —dijo Andrés—. Tengo ahorros y unas buenas manos para trabajar en lo que haga falta.

—Yo te acompañaría al fin del mundo, lo sabes. ¡Vamos con ello! —exclamó feliz Tina, dándole un cariñoso abrazo.

Luisa guardó silencio durante unos segundos más, mientras todos los ojos se posaban sobre ella esperando su respuesta. Los miró uno a uno y tomándolo con calma también contestó.

—Está bien —dijo—. No voy a ser yo la única que me quede fuera de este proyecto. No voy a dejar de apoyar a mi sobrina, ni a ninguno de vosotros. ¡Adelante con esta locura! —exclamó levantando su copa de vino y sonriendo al fin.

La comida terminó con risas, ideas locas y un agradable calor familiar que todos sentían como propio y que, sin esperarlo, se había incrustado para siempre en sus vidas. Junto al fuego y disfrutando de los dulces de Andrés, ultimaron detalles que Pablo pondría en marcha de forma inmediata.

Casi sin darse cuenta, llegó la hora de las despedidas que tan poco le gustaban a María. Pero

ahora sabía que volvería a ver pronto a su hijo y eso la tranquilizaba.

Pablo pasaría a dejar a Tina en su casa y volvería a cenar con su padre y su amigo en el hotel para recoger sus cosas, ya que salían en el primer avión de la mañana. Luisa se retiró a su casa, estaba cansada y el día había tenido demasiadas emociones para ella.

María y Andrés se quedaron solos disfrutando de nuevo de su deseada intimidad que los llenaba de placer y un amor desmedido que, sin buscarlo, había completado sus vidas.

Aquella noche cada uno de los miembros de esta nueva familia tuvo sus propios sueños, pero en todos, sin excepción, se encontraban juntos.

Epílogo

Era ya inicios de julio y el calor apretaba sin piedad, aunque la suave brisa mitigaba sus efectos para los muchos visitantes de La Calilla que extendían sus sombrillas en la interminable playa. Al final del pueblo estaba el nuevo restaurante, El Faro, bajo una vieja construcción de madera y tejas, rodeado de un magnífico porche de maderas recicladas que lo convertía en un sitio extraordinario para hacer un alto en ese paraíso de mar turquesa en el que se encontraban.

María observaba desde la terraza los infinitos tonos de azul de un tranquilo Mediterráneo que, en unas horas, estaría lleno de familias con niños, parejas y amigos disfrutando de un agradable día de playa. Tan ensimismada se hallaba que no se dio cuenta de la llegada de Andrés, quien se había acercado a su espalda.

—¿Admirando el paisaje? —le susurró al oído.

María se volvió sorprendida y lo besó en los labios.

—Dando gracias por todo lo que tenemos —contestó.

—Pablo te necesita dentro —le dijo deseando volver a rozar sus labios—. Está todo completo y creo que habrá que poner mesas extras en el lateral.

—Voy ahora mismo.

—Vale —dijo Andrés comenzando a entrar de nuevo para la cocina, no sin antes devolverle el beso—. Luisa me está volviendo loco esta mañana —rio.

María aún se detuvo unos segundos en la puerta para deleitarse aún más con lo que veía.

El local tenía un encanto especial y una decoración de lo más cuidada, con detalles recuperados de la antigua taberna pero, además, ella había tenido una participación primordial con el singular estilo de que hacía gala el restaurante.

En un rincón creado expresamente para ello, se exponían las piezas de María, peces y colgadores que se vendían con mucho éxito. Sin embargo, lo más importante eran las personas que allí estaban.

Tina montaba mesas en la sala bajo las miradas repletas de cariño que Pablo le dirigía desde el mostrador, sin poder ocultar el amor que sentían. Ya habían puesto fecha para su boda, que celebrarían a finales de septiembre y eso colmaba de dicha a su madre, quien jamás había visto a su hijo tan feliz.

María organizó con él las mesas necesarias para cubrir todas las reservas, pero ya no podrían atender a nadie más hasta las tres y media, hora en la que empezarían a quedar mesas libres para un segundo turno.

Luego, entró en la cocina y encontró a Luisa y Andrés hablando y riendo sin parar. Su competición para sacar los mejores platos era real y diaria, algo de lo que los clientes disfrutaban con gran placer y había hecho que El Faro se convirtiera en un lugar de referencia en la zona. María los miró divertida antes de preguntarles si necesitaban ayuda, pese a que tenían un pinche que estaba todo el día con ellos y al que, incluso con sus locuras y enredos, le divertía estar en aquella cocina más que en ningún otro sitio.

—No, no, gracias —contestó Luisa—. Hoy parece que estamos a tope. ¡Vamos con ello! —exclamó contenta volviendo a dar vueltas al contenido de su olla.

—Francisco acaba de traer el pescado y tenemos casi una docena de loritos por si hay algún caprichoso al que le apetezca, que de estos no se ven muchos ya —dijo Andrés.

—¡Qué buena noticia! —exclamó radiante María—. Hoy tenemos platos estupendos. ¡Suerte, chicos!

Ayudó a Tina y al camarero a preparar las mesas extras que necesitaban y volvió a apoyarse en la balaustrada de madera mirando al mar, su mar, su querido Mediterráneo.

Aquel sitio la había acogido cuando llegó, huyendo de una vida que la había anulado por completo, y le había dado una nueva familia, un nuevo hogar y una nueva forma de vida de la que se sentía cada día más feliz y orgullosa. Había creado su propia vida y eso la llenaba de satisfacción. Habían sido muchas las duras decisiones que había tomado, los momentos de soledad y miedo vividos, pero cada uno de ellos había sido un paso más que la acercaba al mundo que ella misma había sido capaz de imaginar y de hacer realidad junto a los seres que más quería.

Su hijo, Tina, Andrés y su gran amiga Luisa eran ahora su familia, el centro de su nueva vida junto a un indescriptible mar de azul intenso que perfumaba, con olor a sal y vida, todo lo que tocaba.

María miró de nuevo el cielo despejado de nubes, el mar infinito y entró en el restaurante feliz de pensar que ese sería también un gran día, como muchos otros.

Gracias por el tiempo que le has dedicado a leer estas páginas.

Si te ha gustado este libro, por favor valóralo y compártelo para que pueda llegar a más personas. ¡Gracias!

Lola Masmola